# PERDIDAS EN EL BOSQUE

MARGARET ATWOOD

Lectulandia

Quince relatos profundamente personales e impregnados de una gran humanidad que nos iluminan con la perspicacia, el ingenio, la audacia y el humor que caracterizan a la emblemática autora de *El cuento de la criada*.

Incluyen una asombrosa secuencia de siete cuentos que sigue a una pareja casada mientras recorren juntos el camino, los momentos grandes y pequeños que conforman una larga vida de amor… y lo que viene después. Encontramos a dos hermanas que evocan el pasado, pero también a gatos, un caracol perdido, a Martha Gellhorn, a George Orwell, a la filósofa y astrónoma Hipatia de Alejandría, a una cábala de viejos académicos, a un extraterrestre y a una hija que intenta comprender si su madre es realmente una bruja.

Margaret Atwood

# Perdidas en el bosque

**ePub r1.0**
**Titivillus** 09.06.2025

Título original: *Old Babies in the Wood*
Margaret Atwood, 2024
Traducción: Victoria Alonso Blanco
Cubierta: Norma Bar

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

# Índice de contenido


I TIG & NELL

- Primeros auxilios
- Dos hombres muy quemados
- «Morte de Smudgie»

II MI MALÉFICA MADRE

- Mi maléfica madre
- La entrevista «post mortem»
- La impaciente Griselda
- Una dentadura espantosa
- Muerte a golpe de concha
- Pandemónium
- La metempsicosis o el viaje del alma
- Mujeres en el aire. Un simposio

III NELL & TIG

- Un almuerzo entre el polvo
- Viudas
- La caja de madera
- Perdidas en el bosque

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para mis lectores.*
*Para mi familia.*
*Para mis amigos presentes y ausentes.*
*Para Graeme Gibson, como siempre.*

# I

# TIG & NELL

# Primeros auxilios

Un día, Nell llegó a casa poco antes de la hora de cenar y se encontró la puerta abierta. El coche no estaba. En los peldaños del portal había manchas de sangre y, una vez dentro, siguió su rastro por la moqueta del recibidor hasta la cocina. Sobre la tabla de cortar había un cuchillo, uno de los preferidos de Tig, de acero japonés, muy afilado, y, junto a él, una zanahoria a medio cortar manchada de sangre. La hija de ambos, que entonces tenía nueve años, no estaba por ningún sitio.

¿Qué podía haber ocurrido? Unos bandidos habían allanado la casa. Tig había intentado defenderse con el cuchillo y se había cortado (aunque, entonces, ¿cómo se explicaba lo de la zanahoria?). Los bandidos habían salido huyendo con él y con la niña y se habían llevado el coche. Quizá debería avisar a la policía.

O puede que Tig estuviera cocinando, se diera un tajo sin querer con el cuchillo y, viendo que necesitaba puntos, decidiera acercarse en coche al hospital y llevarse consigo a la niña para no dejarla sola. Eso era lo más probable. Seguramente, con las prisas no se le había ocurrido dejar una nota.

Nell sacó el limpiador de moquetas y roció con el espray las manchas de sangre: una vez secas sería mucho más difícil quitarlas. Luego limpió con una bayeta la sangre del suelo de la cocina y, tras un momento de reflexión, también la de la zanahoria. Estaba perfecta, para qué desperdiciarla.

Transcurrió el tiempo. El suspense fue en aumento. Nell estaba a punto de llamar a todos los hospitales de las inmediaciones para preguntar por él cuando Tig regresó con la mano vendada. Estaba feliz y contento, igual que la niña. ¡Menuda aventura! «La sangre manaba a chorros», le contaron. ¡El trapo de cocina con el que Tig se había vendado el corte había quedado empapado! Sí, conducir había tenido su dificultad, reconoció —no dijo «su riesgo»—, pero no iba a quedarse esperando a un taxi. Se las había ingeniado para hacerlo con una sola mano porque la otra había tenido que llevarla en alto. La sangre le resbalaba por el codo. Ya en el hospital, lo habían cosido a toda prisa porque estaba poniéndolo todo perdido, pero, en fin, ¡ya estaban de vuelta! Menos mal que no se había seccionado una arteria, porque eso ya

hubiera sido otra historia. (Y efectivamente, fue otra historia la que Tig le contó a Nell un poco más tarde. Ese arrojo suyo había sido pura pantomima: no había querido asustar a la niña y, además, estaba preocupado por si la hemorragia iba en aumento y le daba un síncope, porque entonces ¿qué?)

—Necesito un trago —dijo Tig.

—Yo también —dijo ella—. Podemos hacer unos huevos revueltos. —Lo que fuera que él tuviera pensado preparar con aquella zanahoria quedaba descartado.

El trapo de cocina había vuelto a casa metido en una bolsa de plástico. Estaba de un rojo brillante, aunque ya empezaba a oscurecerse por los bordes. Nell lo metió en remojo con agua fría, que era el mejor método para quitar las manchas de sangre de los tejidos.

«Pero ¿qué habría hecho yo de haber estado presente?», se preguntó. «¿Ponerle una tirita? No, no habría bastado. ¿Hacerle un torniquete?» En las *girl scouts* le habían explicado muy sucintamente cómo se hacían. También habían tratado los esguinces de muñeca. Su terreno eran las emergencias de poca monta, no las graves; las graves eran cosa de Tig.

Ese percance había ocurrido tiempo atrás. Por lo que ella recordaba, un septiembre a finales de la década de 1980. Entonces ya existían los ordenadores, aunque tipo armatoste. Y también las impresoras, para las que se utilizaba un papel continuo con las hojas pegadas arriba y abajo y unas bandas perforadas con agujeritos a ambos lados que había que arrancar. Pero los teléfonos móviles no existían todavía; de ahí que Nell no hubiera podido enviarle un mensaje a Tig, ni llamarlo para preguntarle dónde estaba y a qué se debía toda aquella sangre.

«Cuánto tiempo pasábamos esperando entonces, esperando sin saber», piensa Nell. «Cuántos vacíos imposibles de llenar había entonces, cuántos misterios, cuánta falta de información. Ahora estamos en la primera década del siglo XXI y el espacio-tiempo es más denso, está abarrotado; apenas puedes dar un paso de lo cargado que va el aire entre unas cosas y otras. Es imposible escapar de la gente: todo el mundo está en contacto, conectado, a un solo clic de distancia. ¿Será eso mejor o peor?»

Nell desvía la atención hacia la sala en la que ambos se encuentran en este momento. Está situada en el interior de un rascacielos anodino de Bloor Street, cerca del viaducto. Tig y ella están sentados en unas sillas que

recuerdan un poco a las de los colegios; de hecho, delante tienen una pizarra blanca y un hombre llamado señor Foote está hablando. Las personas sentadas en las demás sillas, escuchando también al señor Foote, tienen como mínimo treinta años menos que ellos dos; algunos puede que incluso cuarenta años menos. Son unos críos.

—En caso de accidente de moto nada de quitarles el casco, ¿estamos? —dice el señor Foote—. Porque a saber lo que podrían encontrarse debajo, ¿eh? —Mueve la mano trazando círculos como si limpiara el cristal de una ventana.

«Bueno es saberlo», piensa Nell. Se imagina el visor embadurnado de un casco y, dentro, una cara que ya no es cara: un amasijo de cara.

Al señor Foote se le da muy bien evocar esa clase de imágenes. Se expresa de manera muy gráfica, como buen oriundo de Terranova. Sin pelos en la lengua. Físicamente, es un hombre de planta cuadrangular: torso ancho, piernas robustas, escasa distancia entre oreja y hombro. Un cuerpo, en suma, bien equilibrado, con un centro de gravedad bajo. No sería nada fácil tumbarlo. Nell se figura que alguien debe de haberlo intentado ya en algún bar. El señor Foote tiene todo el aspecto de saber manejarse en trifulcas tabernarias, pero también de saber cómo eludirlas en caso de llevar las de perder. Si le buscaran las cosquillas, arrojaría al camorrista por una ventana con toda calma —«Me tienen que mantener la calma», ha dicho ya en dos ocasiones—, y luego comprobaría que no tuviera ningún hueso roto, y llegado el caso lo entablillaría, y curaría los cortes y rasguños de la víctima. El señor Foote es un hombre muy completo. De hecho, es técnico en emergencias sanitarias, aunque ese detalle no se menciona hasta bien entrada la tarde.

Lleva consigo un archivador con tapas de cuero negro y viste una sudadera de manga larga con cremallera por delante y el emblema de Saint John Ambulance estampado, como si fuera el entrenador de algún equipo; cosa que es, en cierto modo: está enseñando primeros auxilios. Al final del día les pondrán un examen y cada uno recibirá su correspondiente certificado de asistencia. Todos los presentes están allí porque necesitan ese certificado; los ha enviado la empresa. A Nell y Tig también. Gracias a un contacto de la familia de Tig, ambos están dando unas charlas en una embarcación de recreo que hace excursiones para explorar la fauna del lugar; él sobre aves, ella sobre mariposas: sus respectivos *hobbies*. O sea que, técnicamente, forman parte de la tripulación, y todos los tripulantes de ese barco tienen que sacarse el certificado. «Es obligatorio», les ha dicho su contacto a bordo.

Lo que no se ha dicho es que la mayoría de los pasajeros —los invitados, la clientela— no serán jóvenes, por decirlo suavemente. Algunos serán mayores que ellos dos: auténticos vejestorios, gente a la que en cualquier momento podría darle un síncope; y entonces, certificados al rescate.

En rigor, es poco probable que Nell y Tig acudan al rescate de nadie; otros de menor edad tomarán la delantera, Nell cuenta con ello. De verse en esa tesitura, Nell titubeará y afirmará haber olvidado los pasos que había que seguir, lo cual será cierto. ¿Y Tig qué hará? Dirá: «Apártense, hagan sitio.» Algo por el estilo.

Se sabe, se rumorea, que esas embarcaciones disponen de cámaras frigoríficas suplementarias por si las moscas. Nell imagina la consternación del camarero al abrir por error la cámara equivocada y encontrarse frente a frente con la mirada de horror congelada del desventurado pasajero para quien el certificado no fue suficiente.

El señor Foote está de pie al frente de la sala, recorriendo con la mirada a la remesa de estudiantes del día. Su expresión es neutra, se diría, o quizá un tanto socarrona. «Vaya panda de blandengues indocumentados», estará pensando seguramente. «Urbanitas tenían que ser».

—Hay cosas que se deben hacer y cosas que no se deben hacer —dice—. Ya luego se las explico. Lo principal es que no se me pongan a correr de acá para allá dando gritos como pollos sin cabeza. Ni siquiera si el interfecto ha perdido la suya, ¿eh?

«Pero un pollo sin cabeza no puede gritar», piensa Nell. Al menos eso supone ella. De todos modos, entiende por dónde va: en caso de emergencia hay que mantener la calma, no hay que «perder la cabeza», como se suele decir. A lo que el señor Foote apostillaría: «A poder ser.» Él sin duda no querría que la perdieran.

—Casi todo tiene arreglo, pero sin cabeza no hay arreglo que valga —está diciendo el señor Foote—. Ahí yo ya no entro, ¿estamos?

Es una broma, intuye Nell, pero al señor Foote no se le nota cuando habla en broma. Tiene cara de póquer.

—Pongamos que están en un restaurante… —Una vez despachados los accidentes de moto, el señor Foote ha pasado a la asfixia—. Y el sujeto empieza a atragantarse. La pregunta que hay que hacerse es la siguiente: ¿el tipo puede hablar? Pídanle permiso para darle un palmetazo en la espalda. Si

les responde que sí de viva voz, la cosa no es tan grave porque todavía respira, ¿no? Sin embargo, lo que suele ocurrir es que a la gente le entra vergüenza, se levanta, ¿y qué es lo que hace? Pues que se va al servicio por miedo a montar el numerito, por no llamar la atención. Pero ustedes tienen que meterse allí dentro con ellos, tienen que seguirlos, porque podrían morirse, podrían caer fulminados en el suelo antes de que se percataran siquiera de que no están en su silla.

El señor Foote cabecea elocuentemente. Lo sabe por experiencia, insinúa ese cabeceo. Ha sido testigo, lo ha visto con sus propios ojos… y no llegó a tiempo.

«El señor Foote conoce el percal», piensa Nell. Ella misma había vivido algo muy parecido en una ocasión. Eso de atragantarse, de ir al servicio, de no querer montar el numerito. Pensándolo bien, la vergüenza puede ser un arma mortal. El señor Foote ha dado en el clavo.

—Luego hay que inclinarlos hacia delante —prosigue el señor Foote—. Cinco espaldarazos y el trozo de carne, el *dumpling*, la espina de pescado o lo que sea debería salir disparado del cuerpo *ipso facto*, allí mismo. Pero si no fuera el caso, tienen que hacerles la maniobra de Heimlich. La cosa es que, si no pueden hablar, no es que vayan a poder darles permiso precisamente; además, puede que ya estén poniéndose azules y a punto de caer redondos, así que hay que actuar, y rapidito. Puede que les partan una costilla, pero al menos seguirán vivos, ¿no? —Sonríe un poco, o al menos Nell interpreta eso, esa especie de rictus espasmódico, como una sonrisa—. A fin de cuentas, ese es el tema, ¿no? ¡Seguir vivos!

Repasan el procedimiento adecuado para golpear en la espalda al atragantado y después la maniobra de Heimlich. Según el señor Foote, la combinación de esas dos cosas casi siempre surte efecto, pero hay que intervenir lo más rápido posible: en primeros auxilios, el factor tiempo es fundamental.

—Por algo se les llama «primeros», ¿no? Nada que ver con el puñetero fisco, y perdonen la expresión; esa gente es capaz de tenerte esperando todo el santo día, mientras que ustedes disponen de unos cuatro minutos más o menos.

Ahora harán una pausa para el café y a la vuelta tratarán los ahogamientos y el boca a boca, y luego la hipotermia; y después de comer, los infartos y los desfibriladores. Es mucha materia para un solo día.

Los ahogamientos son bastante sencillos.

—Lo primero es que expulsen el agua. Si se dejan ayudar por la fuerza de la gravedad saldrá a chorros, ¿estamos? Me ponen al interfecto de costado y me lo vacían, pero rapidito. —El señor Foote se ha enfrentado a múltiples ahogamientos: el agua ha sido una presencia constante en su vida—. Luego me lo ponen boca arriba para despejar las vías respiratorias, comprueban si respira, comprueban si hay pulso y se aseguran de que alguien llame a una ambulancia. Si no respira, me le tendrán que hacer el boca a boca. Vamos a ver, este chisme que les estoy mostrando es una mascarilla para la RCP, la reanimación cardiopulmonar; el boca a boca, vamos; porque a veces vomitan y tal, y no es plan que acabe uno con esa porquería en la boca. Además, está el tema de los microbios, ¿no? Yo que ustedes llevaría un chisme de estos encima a todas horas.

El señor Foote tiene todo un cargamento. Pueden adquirirse al final del día.

Nell toma nota mentalmente para que no se le olvide comprarle una luego. ¿Cómo ha podido vivir hasta ahora sin una mascarilla de esas? Qué temeridad.

A fin de poner en práctica el boca a boca, los talleristas se dividen en parejas. A cada pareja se le entrega un torso de plástico rojo con una cabeza blanca y calva que bascula hacia atrás y una esterilla de yoga sobre la que arrodillarse mientras resucitan al torso entre ambos. Se pinzan bien los orificios de la nariz, se acopla la boca a la del accidentado, se le insufla aire cinco veces dejando que el torso se eleve y después se realizan cinco compresiones torácicas. Se repite la maniobra. Entretanto, la otra persona llama a una ambulancia y luego lo releva a uno con lo de las compresiones torácicas. Esa parte es cansada, hay que forzar mucho las muñecas. El señor Foote se pasea acechante por la sala examinando la técnica de cada uno de los talleristas.

—Ya casi le tienen pillado el tranquillo —dice.

Tumbado sobre la esterilla de yoga, Tig le suelta a Nell que, teniendo en cuenta el estado de sus rodillas, va a tener que llamar a la ambulancia para que alguien lo levante del suelo. A Nell, que lleva puesta la mascarilla de plástico en la boca, le entra la risa floja y malogra la respiración de rescate.

—Solo espero que nadie vaya a ahogarse mientras tú y yo estamos de guardia, porque dudo que viviera para contarlo —bromea, y Tig le responde que, por lo que tiene entendido, no es una muerte tan desagradable.

—Dicen que oyes campanas.

Cuando todos han reanimado a sus respectivos torsos de plástico, pasan a la hipotermia y el *shock*. Ambos procedimientos requieren el uso de mantas. El señor Foote les cuenta una historia asombrosa sobre un esquiador que, estando de vacaciones en la montaña, una noche salió de la cabaña sin linterna para echar una meadita y, como la nieve estaba bien alta, tropezó y se cayó en una poza de agua derretida que se había embalsado en torno al pie de un árbol y ya no consiguió salir. No lo encontraron hasta la mañana siguiente.

—Tieso como un palo y helado como un chuzo estaba —dice el señor Foote—, sin aliento en el cuerpo y con el corazón más silencioso que una tumba.

Pero resulta que uno de los huéspedes de aquella misma cabaña había hecho el curso de RCP como ellos y estuvieron dale que dale intentando reanimar al supuesto finado durante seis horas, ¡seis horas!, hasta que por fin lograron resucitarlo.

Hay que insistir. No hay que tirar la toalla —afirma el señor Foote—. Porque nunca se sabe.

Hacen una pausa para comer. Nell y Tig encuentran un pequeño restaurante italiano escondido en uno de los desangelados rascacielos de la zona, piden una copa de vino tinto cada uno y se toman una *pizza* que no está nada mal. Nell dice que va a hacer que le impriman una tarjeta, para llevar en el monedero, donde ponga: «En caso de accidente, avisen al señor Foote»; Tig añade que deberían nombrar al señor Foote candidato a la presidencia porque podría hacerle el boca a boca al país entero. Él cree que el señor Foote ha estado en la Marina, pero Nell sostiene que no, que es un espía. Tig dice que a lo mejor fue un pirata en el pasado y ella replica que no, que seguro que es un alienígena, y que eso de hacerse pasar por instructor de primeros auxilios es la tapadera perfecta.

Están haciendo el ganso, aunque lo cierto es que se sienten incompetentes. Nell está convencida de que si algún día tiene que enfrentarse a cualquiera de esas emergencias —la persona que se ahoga, la que ha sufrido una conmoción, la que se ha congelado— entrará en pánico y ninguna de las enseñanzas del señor Foote le servirá de nada porque se quedará en blanco.

—Aunque con una picadura de serpiente quizá me atrevería —añade—. En las *girl scouts* me dieron algunas pautas de cómo tratarlas.

—No creo que el señor Foote sepa de picaduras de serpiente —replica Tig.

—¿Qué te apuestas a que sí? Aunque seguramente lo reserva para las clases particulares. Es una especialidad con cierta demanda en el mercado.

La tarde resulta muy emocionante. Les reparten unos desfibriladores de verdad cuyos electrodos deben aplicar con precisión sobre los torsos de plástico rojo. A todos les toca su turno. El señor Foote les enseña cómo proceder para no desfibrilarse sin querer: el corazón podría confundirse y pararse. Nell le susurra a Tig que una muerte por autodesfibrilación sería bastante indigna.

—No tanto como electrocutarse por meter un tenedor en un enchufe —contesta Tig con otro bisbiseo.

«Es verdad», piensa Nell. Cuando los niños eran pequeños siempre había que estar atentos a eso.

Luego viene el examen. El señor Foote se cerciora de que todos aprueben: les da pistas sobre las respuestas y les pide que levanten la mano si hay alguna pregunta que no entiendan.

—Los certificados se enviarán por correo postal —anuncia cerrando su archivador de cuero negro.

Se sentirá aliviado, supone Nell: otra tanda más de ineptos que se quita de encima, y Dios quiera que ninguno tenga que vérselas con una emergencia en la vida real.

Nell compra una de las mascarillas para la reanimación cardiopulmonar. Le gustaría decirle al señor Foote que se lo ha pasado muy bien con sus anécdotas, pero puede que sonara a frivolidad, como si el taller hubiera sido un mero divertimento, como si no se hubiera tomado en serio sus enseñanzas. Puede que se sintiera insultado. Se limita, pues, a darle las gracias y el otro asiente con la cabeza.

Una vez Nell y Tig regresan a casa —«una vez» es al día siguiente, o puede que al otro—, Nell hace recuento de todas las ocasiones en las que ambos han visto la muerte de cerca, o aquellas en las que han temido por su vida. ¿Hasta qué punto había estado preparada para afrontar esas experiencias?

La vez que el tubo metálico de la chimenea se incendió y le prendió fuego al tejado por la parte interior, Tig tuvo que meterse en la minúscula bajocubierta y gatear entre la asfixiante humareda para verter cubos de agua sobre las llamas. ¿Y si se hubiera desmayado allí dentro al inhalar el humo? A

raíz de aquel incidente, Tig había comprado una manta ignífuga y, desde entonces, dondequiera que vivieran cada planta de la casa debía tener su extintor. Los hoteles también le preocupaban, y siempre procuraba localizar la escalera de incendios por si acaso. Y las ventanas, ¿se podían abrir? Cada vez eran más los hoteles que tenían ventanas impracticables, pero quizá se pudiera romper el cristal tomando la precaución de envolverse el brazo con una toalla… a menos que la ventana estuviese demasiado alta, en cuyo caso todo era inútil.

La vez que Tig hizo saltar todas las alarmas de incendio de un hotel de treinta plantas por fumarse un puro en el pasillo, debajo de uno de los sensores. Tuvieron que bajar un montón de tramos de escalera, cruzar por un vestíbulo repleto de bomberos y salir por la puerta haciéndose los locos. Pero en aquella ocasión no temieron por su vida; ni siquiera pasaron tanta vergüenza, porque no los pillaron.

La vez que iban por la autopista y un camión maderero que iba delante perdió la carga. Las tablas de madera saltaron volando por los aires, rebotaron en el asfalto y estuvieron a pique de darles. Fue en plena ventisca, para colmo. De poco les habría servido saber cómo hacer el boca a boca en ese caso.

La vez que estaban navegando en canoa por uno de los Grandes Lagos y un barco de vapor levantó una ola gigante que impactó contra ellos y los hizo volcar. Aquella vez se habían mojado, pero nada más.

La vez que Tig llegó a casa traqueteando en el todoterreno con el remolque cargado de troncos que había talado con su motosierra y la cara ensangrentada a causa de una herida en el cuero cabelludo de la que no se había percatado. Ahí no había habido ningún roce con la muerte: Tig ni siquiera se había dado cuenta.

—Tiene la cara llena de sangre —les dijo Nell a los niños, como si no saltara a la vista.

—Como siempre —respondió uno de ellos encogiéndose de hombros. A sus ojos, su padre era un ser indestructible.

—Será que tengo mucha sangre en el cuerpo —dijo Tig muy sonriente.

¿Con qué se habría desollado el cráneo? Qué más daba. Al minuto ya estaba descargando la leña y al minuto siguiente ya la estaba partiendo. Era madera seca, había estado talando troncos caídos. Y en un visto y no visto, ya estaba llenando la leñera. En aquella época vivían sin botón de pausa.

En cuanto a aquellas caminatas que hacían antes de que existieran los teléfonos móviles: ellos no les veían riesgo alguno. ¿Llevaban siquiera un

botiquín de primeros auxilios? Tal vez alguna gasa para las ampollas, alguna pomada antibiótica, un par de calmantes. ¿Y qué habría sucedido si uno de los dos se hubiese torcido un tobillo o roto una pierna? ¿Acaso dejaban dicho siquiera adónde iban a ir?

Un otoño, por ejemplo, en un parque nacional. Mal tiempo, la nieve y el hielo se habían adelantado.

Caminaban resueltos por el hayedo amarillo y dorado cargados con sus enormes mochilas; comprobaban la consistencia del hielo clavando sus bastones de marcha en los estanques, consultaban mapas de senderismo y discutían sobre qué camino tomar. Picaban trocitos de chocolate sobre la marcha y luego hacían un alto para comer: se instalaban sobre algún tronco y devoraban quesitos, huevos duros, nueces y galletas saladas. Bebían ron de una petaca.

Tig ya tenía problemas con las rodillas entonces, pero eso no le arredraba. Se ataba unos pañuelos de colorines, uno por encima y otro por debajo de las rótulas. «¿Por qué se empeña en seguir con esas caminatas, si apenas le queda rodilla?», le preguntó un médico. Pero eso fue mucho después.

El caso es que aquel otoño circulaba una leyenda urbana sobre el peligro de hacer senderismo: al parecer, en esa estación, que era cuando los alces estaban en celo, había que tener especial cuidado porque los machos se sentían atraídos sexualmente por los Volkswagen Escarabajo y les había dado por lanzarse desde los barrancos y saltar sobre esos vehículos aplastando coches y conductores. Nell y Tig pensaban que aquello era un cuento chino, pero añadían la coletilla «o eso dicen» porque a veces pasaban cosas raras.

Montaron la tienda en un lugar que les pareció apropiado, prepararon la cena en su infiernillo, colgaron las mochilas con la comida de un árbol un tanto apartado por si aparecían osos y se arrebujaron en los gélidos sacos de dormir.

Nell se desveló pensando que su abovedada tienda de campaña guardaba mucho parecido con un Volkswagen Escarabajo. ¿Y si un alce les saltaba encima en plena noche y luego montaba en cólera al descubrir su error? Los alces tenían fama de ponerse muy agresivos en época de celo. Podían ser criaturas extremadamente peligrosas.

A la luz del día, la posibilidad de que un alce los aplastara no resultaba muy plausible que digamos, así que lo más probable es que aquella vez su vida tampoco hubiera corrido peligro, salvo en la mente de Nell.

Sin embargo, al año siguiente un oso atacó y devoró parcialmente a una pareja que estaba recorriendo la misma ruta que ellos mientras estaban dentro de la tienda de campaña. A Tig le gustaba pensar que ellos dos habían escapado de milagro. Por las noches le dio por leer en voz alta a Nell fragmentos de un libro titulado *Ataques de oso*. Al parecer, había dos tipos de úrsidos agresivos: los osos hambrientos y las osas que protegían a sus oseznos. Había que reaccionar de un modo distinto en cada caso, pero no existía un método para distinguirlos a primera vista. ¿Cuándo había que hacerse el muerto, cuándo hacerse a un lado con sigilo y cuándo contraatacar? ¿Y con qué tipo de oso, con el negro o con el pardo? Las instrucciones eran complejas.

—No sé si deberíamos leer estas cosas justo antes de dormir —observó Nell. Habían llegado a una historia sobre una mujer a la que el oso le había arrancado el brazo de un bocado, aunque al final había conseguido disuadirlo dándole un golpe en el hocico.

—Qué aplomo el de esa mujer —dijo Tig.

—Estaría en *shock* —repuso Nell—: a veces te da poderes sobrenaturales.

—Al menos sobrevivió —dijo Tig.

—Por los pelos. Pero qué espantoso —exclamó Nell—… y no pretendía hacer un chiste.

¿Impidió algo de eso que siguieran con sus imprudentes caminatas? No, pero eso sí: Tig compró un espray contra osos. Y la mayoría de las veces se acordaban de meterlo en la mochila.

Ahora, al rememorar todo aquello —porque al cabo de un tiempo, de mucho tiempo, lo de rememorar se hace inevitable—, Nell se pregunta si las enseñanzas del señor Foote habrían tenido alguna utilidad en aquellas ocasiones, si de verdad se hubiesen visto ante lo peor. Tal vez, cuando el incendio de la chimenea, si ella hubiera sido capaz de sacar a rastras a Tig, inconsciente, de aquel espacio minúsculo, podría haberle hecho el boca a boca mientras la casa ardía, pero ¿si te aplastaba un alce o te devoraba un oso? Ahí no había salvación posible.

El señor Foote tenía razón: nunca se sabe. Nunca se sabe cuál será el desenlace final. Pero ¿por qué se dice «desenlace final»? El desenlace siempre es final. «No vamos a salir con vida de esta», solía decir Tig en broma, aunque no era ninguna broma. Pero ¿y si pudieras preverlo, si

pudieras predecirlo, sería mejor acaso? No: vivirías en estado de duelo permanente, llorando por cosas que aún no han sucedido.

Mejor mantener la ilusión de seguridad. Mejor improvisar sobre la marcha. Caminar resueltos por los dorados bosques otoñales, no muy preparados, hincar los bastones de marcha en los estanques helados, picar pedacitos de chocolate, sentarse en troncos congelados a pelar huevos duros con los dedos fríos mientras caen las primeras nieves y el día oscurece. Nadie sabe tu paradero.

¿De verdad habían sido así de despreocupados, de inconscientes? Pues sí. La inconsciencia les había sido de gran utilidad.

# Dos hombres muy quemados

—John se ha pegado un tiro en el radiador —anunció François con las mejillas sonrosadas y se echó a reír calladamente, como solía—. Pero no se te ocurra decirle que te lo he contado.

—¿Cómo que «en el radiador»? —pregunté. François no siempre se expresaba con claridad.

—Su intención era pegarse un tiro —me explicó—, pero luego ha cambiado de opinión y se lo ha pegado al radiador.

Hizo una pausa para darme tiempo a responder con el consabido arqueo de cejas: «¡No! ¿En serio?».

—¡Sí! Creo —prosiguió—. El suelo está empapado. Ha llamado a un fontanero y está que trina.

—Vaya —respondí.

John había sido nuestro casero durante el invierno y, aunque Tig y yo ya nos habíamos mudado a otra casa de alquiler, seguía bajando desde París «para ver cómo nos iba», según él, aunque sospecho que en el fondo lo que buscaba era otro público que no fuera su escéptica mujer francesa. En esas ocasiones, se alojaba en una habitación de la casa que tenía reservada para su uso personal, de la que salía para arrastrar los pies por el jardín, discutir con los diversos operarios contratados para hacer arreglos varios y compartir alguna que otra comida con nosotros.

Estaba familiarizada, pues, con esos arrebatos de cólera que podían desatarse en el momento menos pensado. También sabía en qué lugar se encontraba ese radiador: en un distribuidor que estaba al otro lado de la cocina. Allí era donde John limpiaba su escopeta, o sus escopetas, no tenía yo muy claro el número exacto. ¿Para qué quería esa o esas escopetas? Para matar jabalíes, posiblemente. Al menos en una época. El monte estaba infestado de jabalíes, y no solo arrasaban los viñedos, sino que además se podían hacer salchichones con ellos. Pero en fechas recientes seguro que la caza del jabalí se había terminado para él: ya no estaba para esos trotes.

—¡En el radiador! De chiste —añadió François componiendo otra serie de risitas—. Pero no se te ocurra decirle que lo sabes. Le dolería mucho.

Así se pasaban el día, uno riendo, el otro montando en cólera. Eran amigos íntimos: un irlandés explosivo y desgarbado y un francés bajito, regordete y afable. Formaban una extraña pareja, pero los arrebatos de John, aunque en general podían dirigirse contra quien fuera o lo que fuera, nunca tenían como víctima a François, y François se mostraba tan comprensivo con el estado emocional de John como si su amigo fuera un gatito perdido de los varios que él había adoptado.

Una posible explicación: que ambos habían estado en la guerra.

Ahora los dos están muertos. Eso es algo que viene sucediendo cada vez más a menudo: la gente se muere. Ese incidente con el radiador tuvo lugar a principios de la década de 1990, cuando ambos debían de tener… no sé. Hagamos la cuenta: John había estado en la Marina británica. Pongamos que en 1939 tuviera entre dieciocho y veinte años. Es decir, que cuando lo del incidente con el radiador debía de contar setenta y pocos, y François era tres o cuatro años menor que él.

Aquel año, ambos me contaron la historia de sus vidas. Sabiendo qué clase de criatura era yo, también sabían que no iba a guardarme aquellas historias; de hecho, confiaban en que las contara. ¿Por qué? ¿Por qué habría de desear eso nadie? Pues porque todos nos resistimos a la perspectiva de acabar convertidos en meros puñados de polvo, por lo que anhelamos al menos convertirnos en palabras. En aliento en boca de otros.

Así pues, caballeros, ha llegado el momento. Lo haré lo mejor que pueda en su honor. ¿Me escuchan?

Antes de nada, debo situar el escenario donde los conocí a ambos.

La casa que John nos había alquilado a Tig y a mí aquel invierno estaba situada en un protopueblo provenzal: unas cuantas viviendas, la mayoría de ellas casas de labranza, diseminadas en torno a un cruce de carreteras. Había cerdos sueltos por ahí (arrebatos contra los cerdos). Había mucho barro en las carreteras (arrebatos contra el barro). Había vecinos vestidos con gruesas rebecas de lana y monos de trabajo mugrientos (arrebatos contra los vecinos). La casa de John, sin embargo, no era de labranza. En otro tiempo debía de haber pertenecido a algún terrateniente del que John parecía la versión contemporánea: tenía un piso espacioso en París, cerca de la iglesia de Saint-Germain, una pensión de jubilación que le permitía pequeños lujos, como viajes y cenas en restaurantes, y la casa de campo que nosotros alquilábamos.

La vivienda era una edificación en piedra del siglo XVIII con dos plantas y los característicos postigos de lamas verticales propios de la época y el lugar. Había una verja y un portón de hierro forjado que daban a un jardín y un porche orientado al sur con glicinas enredadas en las columnas. El interior era uno de los más hermosos que Tig o yo habíamos visto nunca, pero, a pesar de su belleza, siempre parecía difuso, como entrevisto a través del humo, con los colores un tanto desvaídos y los contornos un tanto difuminados. El mobiliario no era ni cómodo ni práctico, pero sí auténtico, como el propio John se ocupó de hacernos saber, aunque ese gusto exquisito se debía a su mujer, y no a él (nunca montó en cólera contra aquella esposa invisible, al menos no en nuestra presencia).

Durante la guerra, la casa había pertenecido a un inglés cuya filiación política no estaba del todo clara. Justo cuando la contienda estaba tocando a su fin se encontraron su cadáver en el porche de las columnas y las glicinas, delante del hermoso jardín, a la luz del día. Lo habían asesinado de un balazo en la cabeza. No había arma a la vista, luego no podía ser un suicidio.

—¿Y por qué lo mataron? —le pregunté a John.

Encogimiento de hombros seguido de miniarrebato contra la criminalidad en la región y el hermetismo de su gente: nadie había sabido el porqué. O digamos más bien que alguien debía de saberlo, pero nadie soltó prenda.

—Así estaban las cosas entonces —añadió John.

Y, a su juicio, así seguían en el fondo: nunca sabías cuándo podía llegar la venganza por una traición política, por algún puñetero insulto, por alguna disputa a cuenta de una furcia sifilítica, por algún tira y afloja relacionado con asuntos de tierras —eso nunca podía faltar—, o bien por los dos peores agravios: el robo de caracoles —¡pobre de aquel al que se le ocurriera afanar caracoles ajenos, que le rebanaban el pescuezo!— y la caza furtiva de trufas, merecedora de castración con navaja oxidada.

Y merecido lo tendría, porque había que ser imbécil, concluyó John.

Los bosques estaban repletos de letreros que amenazaban con trampas o venenos a los potenciales malhechores y sus sabuesos esnifatrufas. En una ocasión, estando Tig y yo de caminata por la montaña, nos encontramos dos huesos enormes colgados de un árbol —huesos de bovino, lo más probable—, atados con un alambre en forma de cruz de San Andrés. ¿Un símbolo mágico quizá? ¿Una advertencia? Pero ¿advertencia de qué o para quién? Nos habíamos desviado del sendero principal; por allí no pasaba ni un alma. «No

lo toques», me dijo Tig, aunque no se me habría ocurrido: las moscas ya pululaban alrededor y apestaba a carne podrida.

Cuando le contamos a John lo de aquel artefacto óseo, otra vez se lanzó a despotricar contra la oscura malignidad de los habitantes de aquellas tierras: campesinos malévolos, patanes sin dos dedos de frente, destripaterrones ignorantes, *emmerdeurs*, contrabandistas, ladrones… gente sin respeto alguno por la civilización ni por la ley, si es que se podía hablar de ley.

Pero quizá había razones de memoria histórica detrás de todo eso, aduje yo; de desconfianza ante la autoridad. Esa región había vivido múltiples oleadas de movimientos inconformistas a lo largo de los siglos: los cátaros, los valdenses… (en aquella época me había aficionado a las guías turísticas).

John profirió un berrido. ¡Los cátaros! Pero ¿qué sandeces me había dado por leer? ¡Al cuerno los cátaros! Tan «perfectos» ellos, tan «santitos» como se creían, y a nadie le importaban una higa, aparte de a esos mercachifles que vendían *souvenirs* baratos importados de China y chuminadas artesanales que apestaban a lavanda. ¡Y los valdenses, al cuerno también! Unos meapilas hipócritas y arrogantes con cara de amargados. Dos ejemplos más, unos y otros, del mamoneo supuestamente piadoso que hacía de las suyas cada vez que entraba en escena la religión.

Pero habían sufrido horribles persecuciones, repliqué yo. En el caso de los cátaros, ¿no había sido Simón de Montfort quien había reducido Carcasona a cenizas con todos sus habitantes al otro lado de las murallas, mujeres y niños incluidos, al grito de «¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!»?

Llegados a ese punto, Tig se escabulló en dirección a la cocina, dispuesto a servirse un *whisky*. No tenía gran interés por el dualismo del siglo XIII, ni por las herejías y las masacres en general. Muy al contrario que yo, que en aquella época coleccionaba los múltiples pretextos concebidos por los seres humanos para masacrarse unos a otros.

John, sin embargo, estaba muy versado en herejías. No, replicó: el arrancalabios y saltaojos no había sido Simón de Montfort, sino un majadero abad católico; y no: aquella barbacoa humana, aquella orgía de sangre a golpe de espada de la que no salió viva ni un alma no había ocurrido en Carcasona, sino en Béziers. El hedor debía de ser atroz. Si mi intención era meter las narices en la historia de Francia —cosa nada recomendable, porque era una escabechina y degollina tras otra— más valía que me informara como es debido. De todos modos, ¡al cuerno esa gente y sus persecuciones! Se habían hecho herejes porque habían querido, ¿qué esperaban? Si nadie los hubiera

perseguido, menuda decepción; de todos modos, eran todos unos masoquistas que se regodeaban en el dolor e incluso le encontraban morbo; a tomar por culo todos, tres hurras por los católicos, que al menos sabían perseguir como Dios manda, eso había que reconocerlo.

Y no es que él fuera católico. ¡Al cuerno los católicos! ¡Y muy especialmente los católicos irlandeses! John tenía reservado un círculo del Infierno en exclusiva para su país natal, y nunca se cansaba de contar anécdotas sobre sus corruptelas políticas, la perversidad del clero local y la garrulería del campesino medio. Ahí estaba la historia, de cuando todavía vivía allí, sobre el limpiabotas que le había lustrado los zapatos con dos colores distintos en un gran hotel dublinés venido a menos, o lo de aquel empleado de una gasolinera que, cuando ya le estaba llenando el tanque de gasolina, fue y le preguntó: «¿Qué ponemos entonces?». La mayoría no sabían hacer ni la «o» con un canuto.

Pero yo no estaba dispuesta a abandonar el tema de los herejes. Esos movimientos disidentes, sobre todo en el sur de Francia, repuse intentando devolverlo al redil… seguro que su negativa a pasar por el aro guardaba alguna relación con la fuerza que la Resistencia francesa había cobrado en esa región durante la guerra, ¿no? Los maquis, por ejemplo, que se ocultaban en el monte y por la noche bajaban a escondidas para asesinar a los soldados alemanes y reventar las vías del ferrocarril.

¿Qué clase de norteamericana oligofrénica y papanatas era yo?, me espetó John. ¿Acaso no sabía la cantidad de aldeanos inocentes que habían llevado al paredón por culpa de esa pantomima inútil y egoísta del maquis? Ni una sola de aquellas heroicidades suyas había tenido la más mínima utilidad; no fueron más que degollinas por pura diversión. ¡Al cuerno los maquis!

Cuando se quedaba sin colectivos contra los que despotricar, John se encerraba en su habitación, a llorar (sospecho). Detrás de sus baladronadas se escondía un sentimental, como suele ser el caso con muchos iracundos. Seguramente en algún momento de su vida había concebido una idea —que quizá aún sostuviera entonces— de cómo deberían haber sido las cosas en un mundo mejor, aunque nunca descubrí en qué consistía.

Yo no sabía con exactitud lo que John había hecho durante la guerra, pero fuera lo que fuese, divertido no había sido. Había estado destinado en el Pacífico, donde se habían hundido un número ingente de barcos de la Marina

británica y cincuenta mil soldados habían perdido la vida. ¿Torpedearon su barco? ¿Estuvo a punto de perecer ahogado? John no solía mencionar la guerra salvo para arremeter contra los estadounidenses, que se habían atribuido toda la gloria por lo del Pacífico Sur. Apenas se recordaba que los británicos habían participado en la campaña.

En cuanto a *South Pacific*, la comedia musical a la que una mujer lo había arrastrado aprovechándose de que estaba demasiado borracho para oponer resistencia, arcadas le daba. ¡Al cuerno esos marinos pegando brincos! ¡Al cuerno esa rubia de pacotilla lavándose el pelo oxigenado mientras cantaba que se iba a quitar a un hombre de encima! Ninguno de aquellos mamarrachos cantarines se había visto nunca al lado de un camarada de cuerpo entero y, un segundo después, *¡bum!*, le habían volado la cabeza y no quedaba de él más que un sanguinolento… ¡Al cuerno todos!

Al terminar la guerra había entrado en el mundillo de la publicidad y había triunfado; de ahí su holgada pensión. Eso había sucedido en Nueva York («¡Al cuerno Nueva York, unos sinvergüenzas todos!») y en Toronto («¡Al cuerno Toronto, ese lodazal provinciano y mojigato!») durante la época dorada de los publicistas que abusaban de la bebida; esa gente que te clavaba la puñalada en la espalda a las primeras de cambio; unos piratas todos, incluido él mismo.

Los anuncios que mejor funcionaban en aquel entonces eran los de tabaco y alcohol, así como todos lo que tuvieran que ver con el jabón, porque la guerra había sido un asunto tan sucio y asqueroso que todo el mundo estaba deseando quitárselo de encima a restregones. Limpios como la patena todos, vuelta a empezar como si no hubiera pasado nada: eso era lo que todo el mundo deseaba. Él, por su parte, se había especializado en champús. También en permanentes caseras —por entonces, eso de destrozarse el cuero cabelludo en aras de la belleza estaba muy en boga— y en tintes para el pelo. John se atribuía la autoría de un eslogan muy conocido: «Solo tu peluquero lo sabe.» Una genialidad, aquel eslogan: un guiño a un secreto compartido además de una insinuación de sexo ilícito. ¿Qué había ocurrido entre bastidores para que la mujer del anuncio exhibiera aquella sonrisa de felicidad y aquella picarona mirada de soslayo? ¡Pues que se había liado a escondidas con el peluquero! Que había estado retozando en el vestuario, la muy guarra.

Había muchas insinuaciones en aquellos anuncios, y muchos líos a escondidas entre los hombres que los creaban. Porque entonces todos eran hombres, nada de ejecutivas solteronas ni de sargentonas tocapelotas que pusieran pegas y se lo cargaran todo. John había sido el protagonista de muchos de esos líos, según él. Uy, si él contara todo lo que allí se cocía, ¡no nos lo creeríamos! Era un tipo muy apuesto —eso no lo dijo él, pero se mostraron fotos—, un viva la vida que nunca pensaba en el mañana. Venga a saltar de cama en cama, que para eso no faltaban candidatas: amas de casa aburridas que lo estaban pidiendo a voz en grito, que se la pegaban a sus mariditos —más morbo añadido—, que se soltaban la melena en el calor del momento, la lengüita rosa colgando, y allí estaba él, montando guardia, siempre feliz de «echar una manita», valga el doble sentido.

¿Cuánto de verdad había en esas historias?, me preguntaba yo. Semejante desenfreno parecía difícil de creer. John aludía a la década de los cincuenta y a los primeros sesenta: todavía no existía la píldora. Aquellos escarceos espontáneos debían de haber olido a la goma de los distintos artilugios que tendrían que introducirse en una parte del cuerpo o deslizarse en otra. Requerirían espumas, geles y toda clase de ungüentos hoy tan obsoletos como los corsés de ballenas. Esas amas de casa que se habían dejado seducir por John «en el calor del momento» —fingiendo cierta reticencia, naturalmente —, sin duda debían de haber tomado más precauciones de lo que él imaginaba. Pero yo no sacaba a relucir nada de todo eso.

«Caían como moscas», decía John. Y entretanto, él amasaba una fortuna en el mundillo de la publicidad, una fortuna que gastaba a la misma velocidad que la ganaba regando comidas con alcohol, y luego regando cenas y luego desayunos. Hasta que un día el médico le advirtió que, si no dejaba la bebida, se moriría.

Entonces ingresó en una clínica de desintoxicación junto con un amigo alcohólico, pero la noche antes de entrar en el centro treparon por la tapia trasera y enterraron media docena de botellas de *whisky* repartidas por todo el recinto para casos de fuerza mayor. John nos lo contó como si aquello hubiera sido una gamberrada, una travesura, y nosotros reímos solícitos, pero al rememorar ahora esa aventurilla la veo con otra luz. Trepar por una tapia en la oscuridad, sin la menor perspectiva de futuro a la vista, mientras la identidad que te habías construido a base de jirones y apariencias se desmorona a tu alrededor, con ese camarada sin cabeza siempre a tu espalda, y luego caer a plomo del otro lado… terrorífico.

—Me llevó tres intentos y dos años, pero acabé quitándome —prosiguió—. Salvé la vida.

En la época en que lo tratábamos ya no se permitía ni siquiera catar un postre que llevara una gota de licor: un tropiezo y adiós muy buenas.

¿Qué ocurrió después? Durante un intervalo de tiempo, tal vez solapado con su etapa alcohólica o posterior a ella, había tenido un velero —¿o era un yate?; a mí difícilmente podía impresionarme con eso porque yo no sabía prácticamente nada sobre barcos— y se había enredado con una jovencita despampanante, una tigresa pelirroja, dijo, danesa, ¿o era sueca? «Una suripanta», así la llamó, no miento.

Cuando sus peroratas entraban en esos particulares me daba vergüenza ajena, en parte por el vocabulario, tan despectivo y trasnochado, pero también porque todo aquello parecía una fantasía erótica juvenil extraída de un ejemplar de *Playboy*. Hoy día, John sería tachado automáticamente de misógino, aunque tengo para mí que sus arrebatos contra las mujeres —«infieles», «mojigatas», «tigresas», «suripantas»— no eran sino un subconjunto más de su misantropía: los seres humanos, mujeres incluidas, eran un desastre.

Salvo su mujer francesa, por supuesto, a la que pintaba como una especie de niñera perfecta. Y salvo François.

François vivía en una población que quedaba a una hora andando del pueblo de John. Tig hacía esa caminata a diario. Años después aseguraba que podía recordar cada detalle de aquel trayecto y que a menudo lo recorría con los ojos cerrados antes de caer dormido. Yo no hacía aquel paseo con tanta frecuencia —me costaba seguir las largas zancadas de Tig—, pero puedo decir lo mismo: recuerdo cada recodo, cada cuesta.

Franqueada la verja de la casa de John, girabas a la derecha por el camino de grava. Pasado el cruce, cerdos y barro. Más cerdos y más barro hasta la primera a la derecha. Luego se atravesaba por unos campos. En aquella época del año, pongamos que febrero o marzo, no se cultivaba gran cosa en ellos, al menos oficialmente. En aquel punto solíamos encontrarnos a una anciana tocada con una pañoleta y calzada con botas de goma que pastoreaba un rebaño de cabras con la ayuda de dos perros. Las cabras pastaban mientras ella recogía plantas silvestres, que suponíamos eran comestibles, y las iba embutiendo en un saco de arpillera; los perros vigilaban a las cabras. Una vez,

la anciana le echó los perros a Tig, probablemente para ver cómo reaccionaba. No llegaron a atacarlo, pero se le acercaron mucho, con las orejas amusgadas, gruñendo y ladrando. En el campo, lo que surtía efecto con los perros era agacharte como si fueras a coger un pedrusco, aseguraba Tig: eso los ahuyentaba. Seguro que se las habían visto con algún pedrusco antes.

Al recordar a esa anciana, sin duda difunta desde hace tiempo, se me saltan las lágrimas. Pero ¿por qué? En su momento apenas le había prestado atención, y sin embargo ahora puedo evocarla con toda precisión, como si fuera un detalle del paisaje. Forma parte de lo que ya ha dejado de existir, de todo lo que ha barrido el tiempo. Puede que yo sea la única persona que queda en este mundo para recordarla. Antes pensaba que tener buena memoria era una virtud, pero ya no estoy tan segura. Tal vez la virtud sea olvidar.

De todos modos, la mente inventa cosas. ¿De qué color era aquella pañoleta? ¿Seguro que llevaba pañoleta?

Al otro lado del campo se alzaba un bosque: árboles altos, luz tamizada. Al adentrarte en él, el camino descendía hasta un barranco por cuyo cauce discurría un arroyo atravesado por un puente de madera. En varias ocasiones vimos a gente instalada en sus orillas con autocaravanas. Tig decía que no eran turistas. Nunca permanecían mucho tiempo allí acampados.

Luego el camino ascendía de nuevo, dejaba atrás el bosque y giraba a la derecha. En ese tramo pasabas junto a una larga alberca rectangular hecha de bloques de hormigón —no debía de utilizarse mucho, a juzgar por las algas— que albergaba una nutrida colonia de ranas. Las oías croar desde lejos, pero, por mucho sigilo con que te acercaras, siempre advertían tu llegada y se quedaban calladas, y en cuanto pasabas de largo rompían otra vez a croar. A lo largo de aquellos meses empleé bastante tiempo y empeño en ganarles la partida a aquellas ranas —quería verlas en acción—, pero nunca lo conseguí.

Pasadas las ranas había unas viejas higueras. El suelo estaba repleto de higos arrugados y aplastados. Al verlos por primera vez no identifiqué qué eran y le pregunté a François:

—¿Qué son esas cosas asquerosas que caen de los árboles y están aplastadas en el suelo?

Es posible que estuviéramos tomando un café en alguna mesa al aire libre, Tig, François y yo, escuchando a la gente dando voces a sus perros, que correteaban como locos alrededor con unos pañuelitos rojos y azules atados al

cuello. «*Jane! Jane! Viens ici! Bob! Bob! Fais pas ça!*». Todos los perros tenían nombres ingleses.

La pregunta entusiasmó a François.

—¡Sí! ¡Esas cosas asquerosas que caen de los árboles y están aplastadas en el suelo! —exclamó—. ¡Qué misterio! Yo también me he fijado en ellas. ¿Qué serán?

Se sucedieron las hipótesis. ¿Alguna especie de reptil? ¿Un hongo tal vez? François tardó un rato en revelarnos que eran higos.

Pasadas las higueras empezaban las casas del pueblo, con sus lirios en rocallas, sus geranios en macetas. («¡Al cuerno los lirios! ¡Al cuerno los geranios!», exclamaba John furibundo. «¡Puro decorado, nada más! ¡En este carnaval de cartón piedra ni siquiera puedes pintarte la casa como te venga en gana sin el permiso de esa puñetera empresa de tarjetas postales que se hace pasar por el gobierno!»).

Luego venía una fuente: un dios fluvial por cuya boca manaba agua. El musgo y los depósitos calcáreos habían ocultado parcialmente sus rasgos y lo habían dotado de una barba verdosa. Tenía una expresión ambigua: ¿era un rugido de indignación?, ¿una amenaza? ¿Estaba ahogándose? ¿Era el borboteo de la fuente un sonido de asfixia?, ¿un estertor tal vez? Tenía los ojos ciegos, las pupilas de antiguo erosionadas.

Ese es el tipo de detalles que recuerdo, aunque no conservo una imagen clara del camino una vez pasada la fuente. Entraba serpenteando por unas callejuelas con pequeñas tiendas y cafés; también había un hotel de cuatro estrellas y un restaurante en el que servían profiteroles con lavanda donde Tig y yo comíamos de vez en cuando con François.

A veces me topaba con François cuando los dos estábamos haciendo la compra, cada uno con su respectivo capazo de mimbre con asas de cuero.

—François, hoy tienen unas sardinas grandes con una pinta estupenda —me acerqué a decirle en una ocasión. Me lo acababa de anunciar la propietaria de una de las tiendas más caras, que solía confiarme esas nuevas con mucho discreteo, entre susurros, y una vez me había vendido una trufa lanzando miradas furtivas alrededor, como si estuviera poniendo en mis manos un secreto de Estado.

—Uy, no, yo las sardinas no puedo verlas ni en pintura —replicó François levantando la mirada al cielo.

—¿Y eso? —dije invitándolo a explayarse como sabía que haría.

—Verás —me explicó—, es que en el campo de internamiento no había otra cosa que sardinas: sardinas hervidas, sardinas fritas, sardinas asadas. Incluso hacíamos lamparillas con la grasa. ¡Todo apestaba a sardina, día y noche; venga sardinas y más sardinas! No había forma de quitarse de encima el olor que te dejaban en la piel. Así que, por lo que a mí respecta, se acabaron las sardinas de por vida —añadió estremeciéndose ligeramente.

Aquel campo de internamiento se encontraba en España, país que se había mantenido neutral durante la guerra. Y allí había ido a dar François al huir de Francia, cruzando los Pirineos, tras haber estado a punto de ser condenado por traición.

—Estábamos en la Resistencia; éramos muy jóvenes y muy entusiastas —contó—. Diecisiete años tenía yo entonces, ¿te imaginas? Nos dedicábamos a repartir octavillas que metíamos entre las páginas de los periódicos. Eso fue en Marsella, y me tenían vigilado.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡Tuvo que ser horrible!

—Mucha gracia no tuvo, no. Pero como entonces estábamos bajo el régimen de Vichy, que pretendía representar al Estado francés, se vieron en la obligación de enjuiciarme: no podían fusilarme como si tal cosa. El quiosquero era el único testigo en mi contra, pero la Resistencia lo abordó con antelación y le advirtió que si me identificaba era hombre muerto. Así que el día del juicio se puso en pie y declaró que se habían equivocado de François. Que ellos buscaban a otro François, a un François malo.

—Tuviste suerte —le dije.

—Vaya que sí. Me vino muy bien que existiera un François malo, uno al que nunca pudieran localizar. Pero ellos sabían que era yo y tarde o temprano me habrían liquidado. Aquella misma noche salí huyendo y crucé a pie las montañas, como hicieron otros muchos. Salta a la vista que no podía pasar por español tan fácilmente, así que mi presencia ilegal en sus respetables dominios no tardó en ser detectada. Y así fue como acabé dándome cita con las sardinas.

—Ah —dije asintiendo con la cabeza—. Las malévolas sardinas.

—Los británicos me salvaron de ese diabólico pescado: me canjearon por un saco de harina.

—¿Un saco de harina?

—Como lo oyes: un saco de harina. ¡Pero, ojo, era un saco bien grande!

Después, François se había marchado a Londres, donde había trabajado con el general De Gaulle y la Francia Libre, o lo poco que quedaba de ella. Allí, vivió en un piso cochambroso en Earl's Court que compartía con otros cuantos refugiados franceses y aprendió inglés. Fue testigo del Blitz, y desde entonces sentía una gran admiración por el valor y la sangre fría de los británicos… o quizá fuera estupidez: en el universo de François ambas cosas se asemejaban. En lo que respecta a su participación en la Resistencia, no se consideraba un héroe, sino más bien un idiota que se había dejado atrapar.

—Allí estábamos, en Londres, ¡con las bombas cayendo alrededor! —decía abriendo los brazos en cruz—. ¡Bombas! —exclamaba subrayando mucho las bes—, y fuera, en la acera, igual veías a un inglés… —hacía una pausa efectista— ¡tocando el piano!

Sonrisa querúbica, mirada que se alza al cielo para indicar las bombas que caían, encogimiento de hombros. ¡Cuántas ridiculeces se habían representado en aquellas aceras! ¡Pero hay que ver qué rebeldía!

François tenía asignado un puesto en los servicios de inteligencia de la Francia Libre como rastreador de los movimientos de trenes en su país. Hubo muchos empleados del ferrocarril que formaron parte de la Resistencia. Al comienzo de la guerra se limitaban a proporcionar información, algo bastante peligroso de por sí, pero más adelante fueron ellos quienes sabotearon las comunicaciones ferroviarias durante y después del desembarco en Normandía, gracias a lo cual impidieron que los refuerzos alemanes llegaran con prontitud a aquellas playas. Como represalia, fueron fusilados. Una vez, François y sus jóvenes colegas rastreadores de trenes siguieron la trayectoria de una guillotina que se dirigía a una ciudad donde iban a utilizarla para una ejecución. El tren se desvió de su ruta, avanzó en dirección contraria y quedó retenido; nunca llegó a su destino.

—¿Y lo hicieron a propósito? —pregunté.

—Quién sabe —repuso encogiéndose de hombros—. En aquella época había muchos accidentes tanto para mal como para bien. —Hizo una pausa—. ¿Quién sabe cuál es su propósito en la vida?

Después de la guerra había participado en el resurgimiento de la actividad artística e intelectual que hizo de París la ciudad estrella de la cultura internacional en la década de los cincuenta y principios de los sesenta del pasado siglo. Sartre, De Beauvoir y Camus presidían las tertulias del café

Dôme mientras Jean Genet, Beckett, Ionesco y el Teatro del Absurdo causaban furor en los escenarios. En esa época, François había escrito obras de teatro experimental. En una de ellas, me contó, una cucaracha enorme trepaba por un bastidor del escenario, cruzaba el techo y descendía por el lado opuesto. Otra consistía en una mecedora que se balanceaba muy rápido en el momento de subir el telón y luego perdía velocidad hasta que terminaba parándose.

—Parece que tus obras eran muy breves —observé.

—Uy, sí —respondió con su sonrisita habitual—, ¡brevísimas!

¿Alguna vez se habían representado? No me quedó claro. François nunca dijo de forma explícita que se hubieran llevado a escena, y habría estado feo preguntárselo.

Uno de los motivos por los que John se mostraba tan tolerante con François, según llegué a entender, era que consideraba que su amigo no había tenido una vida tan afortunada como la suya. A decir verdad, la vida de François había sido trágica. Había estado casado con una persona a la que amaba de verdad, nos contó John, pero su mujer desarrolló una enfermedad mental y se suicidó. La hija de ambos había heredado el mismo mal, por lo que deduje que también ella había fallecido. John, en cambio, después de su etapa de crápula desenfrenado, había acabado en las irónicas pero indulgentes manos de su mujer, persona por demás equilibrada, y se había ido a vivir al mismísimo centro del universo, que en su opinión no era otro que París.

Pese a todo, François no se lamentaba de su triste vida, lo cual demostraba que era un santo. John estaba convencido de que, en su caso, no habría dejado de quejarse. «Qué injusticia», decía. ¿Por qué le había tocado ese sino a François? ¿Por qué no tenía a nadie que cuidara de él? Supuse que John debía de haber intentado hacer de celestino más de una vez, pero, de ser así, no había tenido éxito, porque François vivía solo con sus gatos callejeros, unos felinos medio salvajes que entraban y salían de su casa cuando les venía en gana por la ventana del piso de arriba.

Algunos años después de aquel invierno, a François lo operaron a corazón abierto. Nos enteramos a través de John, que nos informó por *e-mail*. Para entonces, ya se había inventado el correo electrónico, aunque todavía no

existían las redes sociales, de manera que el mundo se ahorró los exabruptos que John sin duda habría descargado en Twitter de haber vivido lo suficiente. La intervención cardiaca de su amigo le afectó mucho: ¿por qué a François, que era más joven que él? ¡Si alguien debía tener un corazón de mierda era él! Nos dio la impresión de que esperaba que interviniéramos, o que asumiéramos la responsabilidad de algún modo. Su tono era de reproche: ¿cómo habíamos podido Tig y yo permitir que sucediera algo así?

Tal vez ya empezaba a perder el contacto con la realidad, si es que alguna vez lo había tenido. Él creía que sí. ¡La realidad era una mierda! ¡Al cuerno la realidad! Él lo tenía clarísimo, mientras que los demás seguíamos con nuestras miserias y banalidades, hozando en el abrevadero, divirtiéndonos con las anteojeras rosa puestas. ¡Al cuerno la diversión! Él tenía cosas más importantes de las que preocuparse, estaba escribiendo una novela. ¿Por qué no hacíamos nada por François?

François se recuperó de la operación. Le habíamos enviado varias tarjetas y notas deseándole una pronta mejoría, por lo que tenía nuestras señas, y al final recibimos un paquete. Dentro había una carta en la que nos contaba que todo aquel tinglado (el tinglado de su roce con la muerte y el arreglo de su corazón) le había resultado muy curioso. Esa carta venía acompañada de un manuscrito, no lo bastante largo como para considerarse una novela, pero más largo que un relato. Según nos explicaba, estaba inspirado en sus experiencias mientras estaba bajo el efecto de la anestesia general. Nunca había escrito nada tan extenso, añadía, pero esperaba que yo, dado que entendía francés, lo encontrara entretenido.

La historia se titulaba *L'Endormi se ment*, «El dormido se miente». Era un juego de palabras (a François le gustaban mucho los juegos de palabras) con el término *l'endormissement*, es decir: «el adormecimiento». Empezaba con el narrador tendido sobre una mesa de billar en una habitación verde, rodeado de personas vestidas con batas, guantes y mascarillas verdes. Cirujanos, suponía él. ¿Estaba muerto?

«Y ahora hará usted el amor», le susurra uno de los cirujanos.

«Con una rana gigante, supongo, ¿no, doctor?», replica él aludiendo a la vestimenta verde de los presentes.

«¡No, qué va! ¡Con una mujer de verdad!»

A continuación, exclamaciones de aliento por parte de la concurrencia. Luego, efectivamente, aparece una mujer de verdad, pero se disuelve en los

brazos de François, tras lo cual él se ve flotando suavemente en el mar. Entonces llega un barco llamado *L'Ana-Lise*: «El análisis.».

«¿Sabe usted jugar con las palabras?», le pregunta un hombre desde la cubierta de *L'Ana-Lise*.

«No es que sepa, es que me veo obligado a jugar con ellas porque las palabras mienten. Las dolencias, en cambio, no mienten», otro juego fonético: «*Le mot ment, en revanche les maux ne ment pas*», que traducido al inglés o al español no tiene mucho sentido.

La novelita proseguía en esa línea, con un doble sentido intraducible tras otro. El narrador, así como el resto de los pasajeros, está obligado a redactar una composición diaria sobre distintos temas propuestos por el capitán del barco, quien luego procederá a evaluar todos los textos; los pasajeros rechazados serán arrojados a los tiburones.

El primer tema propuesto es «*Le contraire d'une chaise*», «Lo contrario de una silla». Empiezan los juegos de palabras, con relativa ligereza. Pero las cosas no tardan en torcerse: el capitán es un hombre difícil de complacer, los temas propuestos son imposibles —«Si borro la palabra "borrador" con un borrador, ¿qué queda?»—, y los demás pasajeros, unos desagradables.

La amante del capitán, una noruega de melena rubia y cuerpo escultural, entra en escena para seducir al narrador. Los dos se enzarzan en un enrevesado debate filosófico sobre si el amor se hace solo con el pene. No tienen relaciones sexuales. La noruega hace mutis por el foro tras acusarlo de ser «un pobre diablo que se considera un genio».

Una vez solo, el narrador reconoce que es un pobre diablo —al fin y al cabo, cualquiera que se conozca mínimamente se sabe insignificante, ¿no?—, pero niega considerarse un genio. De todos modos, ¿qué es eso de «considerarse»? Tratándose de un caso de falsa autoidentificación así, más bien deberíamos decir «creerse». ¡Ay, qué mentirosas son las palabras!

El día siguiente, gran parte del pasaje y la tripulación al completo abandonan el barco en el único bote salvavidas y el capitán se tira por la borda.

En *L'Ana-Lise* solo quedan tres pasajeros, que matan el tiempo trasegando todo el alcohol disponible. Una tempestad destruye el barco y el narrador se salva subiéndose a una mesa de billar flotante.

Es la misma mesa sobre la que había empezado su travesía. Los médicos vestidos de verde se acercan a él, luego le vuelven la espalda y él cae en la cuenta de que ya no va a despertar. Eso no le preocupa. Mientras flota

suavemente sobre su balsa, oye una voz en lontananza que canta canciones infantiles de antaño.

¿De verdad había soñado François todo eso mientras estaba bajo los efectos de la anestesia? Es poco probable. Demasiadas florituras verbales. Puede que su historia se hubiese inspirado en una ensoñación, pero sin duda había empleado un tiempo y un esfuerzo considerables en redactarla. El tema —su posible muerte— debió de atraerle lo bastante como para dedicarle tanto empeño. ¿Por qué nos había enviado aquel librito a nosotros precisamente? O más bien a mí, porque Tig no leía en francés. ¿Qué se suponía que debía yo hacer con él?

En cualquier caso, la historia resultó ser profética, ya que François, efectivamente, murió poco después. «Las palabras mienten, pero las dolencias no», y la dolencia de François había dicho la verdad.

Tal vez fuera pura coincidencia, pero a partir de entonces la situación de John fue de mal en peor. Vendió su hermosa residencia campestre y luego lo lamentó. Nos envió la novela en la que estaba trabajando, que trataba sobre las repetitivas proezas sexuales de su protagonista y era bastante mediocre. Tig, entonces más tolerante con John que yo —había empezado a hartarme de sus invectivas, sobre todo cuando iban dirigidas contra mí—, fue quien se encargó de responderle. Lo hizo con toda la diplomacia posible, pero quizá no bastara con eso.

El lenguaje de John empezó a desintegrarse. Nos llegaban correos electrónicos con mensajes embrollados, denuncias a diestra y siniestra que derivaban en un puro galimatías. Las respuestas que le enviamos expresando nuestra preocupación —¿estaba bien?, ¿le pasaba algo?— nunca obtuvieron más que silencio.

Pero este es un final triste. Ya que puedo —ya que soy la única persona que puede a estas alturas—, permítanme que dé marcha atrás en el tiempo para que podamos compartir un momento algo más alegre los cuatro juntos: John y François, y Tig y yo. Como pueden ver, ya parecemos más jóvenes.

Pongamos que estamos en primavera. John y François se presentan en casa con cierta agitación.

—Os tenemos preparada una sorpresa —anuncia François—. ¡Hemos hecho un descubrimiento! —Sonríe radiante. También John parece inusitadamente jubiloso. ¿Está riendo entre dientes? No, John nunca ríe entre dientes.

—¿De qué se trata? —pregunta Tig.

Tan ufanos están que no podemos rechazar la invitación, sea lo que sea.

—Ya veréis. Es algo extraordinario —dice François—. ¡Os gustará!

La sorpresa implica llevarnos a comer fuera. Nos montamos en el coche —¿el nuestro?, ¿el de John?; François no tiene coche— y ascendemos por una estrecha carretera de curvas, dejamos atrás casas y terrazas de olivos y nos adentramos en el monte reseco y pardo. Es un día soleado, casi seguro —no recuerdo que lloviera nunca—, aunque de todos modos me empeñaría en que hiciera sol. Nuestro destino es una de esas granjas con un pintoresco granero a la antigua usanza. Vigas de madera soportando el tejado, paredes de ladrillo visto. Olor a queso añejo y estiércol fresco. Un hombre que representa el papel de granjero, y que muy probablemente lo sea, nos da la bienvenida y nos invita a sentarnos a una de las mesas, ante un ruedo de serrín como los que se utilizan para adiestrar a los caballos o subastar animales. En el centro se alza un pequeño montículo de tierra.

Empiezan a servir el almuerzo: los aperitivos, el entrante, el plato principal…

—Todo está hecho a base de queso —murmuro.

—¡Exactamente! ¡Todo está hecho con queso! —exclama François batiendo palmas. El menú a base de queso apela a su sentido del absurdo: lo mismo que sucedía con las sardinas de su juventud, solo que con queso—. Pero qué inventiva lo del queso, ¿no? ¡Han descubierto montones de formas distintas de prepararlo!

—Y todo casero, además —retruena la voz de John—. No como las chuminadas artificiales que venden en esas charcuterías pijas de pacotilla. Ahora viene la tarta de queso.

—¿Esta era la sorpresa? —pregunto procurando parecer complacida—. ¿El menú a base de queso?

Tig se sirve otra copa de vino.

—No, no, ahora veréis —contesta François. Parece que le va a entrar la risa floja.

—Hay un espectáculo —interviene John sonriendo de oreja a oreja—. Pero no como los de costumbre. Aquí no hay fulanas.

—¡Mirad! ¡Ya salen! —exclama François señalando hacia la izquierda.

Un rebaño de ovejas entra al trote en el ruedo, balando con estruendo. Son más blancas que las ovejas normales: les han lavado las lanas. Siguiéndoles los pasos —persiguiéndolas quizá— entran seis o siete cabras de aspecto bien cuidado y un par de perros pastores que les pisan los talones. A continuación, tres burros, detrás de ellos dos ponis retozones con cintas rojas trenzadas en la cola y, por último, una llama que parece la fuerza motora del espectáculo y de la que todos los demás huyen, dada la notoria agresividad y el mal humor de las llamas.

François está radiante. John ríe incluso: eso ya es una sorpresa de por sí.

Los animales dan vueltas y más vueltas en torno al ruedo, todo lo rápido que pueden, entre un horrísono guirigay de *beees* y *meees*, de relinchos y rebuznos. Concluida la tercera vuelta, la llama se dirige a medio galope hacia el centro y se encarama al montículo. Allí se planta, triunfal, como el rey del castillo. Los demás animales se detienen y levantan la mirada hacia ella. Los comensales aplauden.

—Ahí tienen un ejemplo viviente de la política —dice John—. Esa llama es el puñetero primer ministro.

—¡Puro teatro! —exclama François—. ¿A que es maravilloso? ¿Estáis disfrutando?

—¡Sí! ¡Gracias! —respondo, pero no alcanzo a comprender qué sentido tiene el espectáculo. Tal vez ninguno. Tal vez ese sea el sentido. ¿Será como lo de la cucaracha que trepaba por una pared y bajaba por la otra?

Pero no quiero decepcionar a François.

—¡Es fantástico! —añado con todo el entusiasmo que soy capaz de simular. Tig guarda silencio, pero sonríe y asiente sabiamente con la cabeza. Cuando estemos los dos a solas, me dirá: «¿De qué iba la chorrada esa?».

François ha dejado de reírse.

—Hacen lo que pueden por nosotros —concluye—. No les podemos pedir más. ¿Nos vamos?

# «Morte de Smudgie»

El duelo adopta formas extrañas.

Cuando a Nell y Tig se les murió su gato, Smudgie, Nell afrontó su desproporcionado dolor reescribiendo el poema de Tennyson, «Morte d'Arthur», con Smudgie en el papel protagonista, secundado por todo un elenco de nobles gatos ataviados con ropajes medievales y cotas de malla. Fue un empeño de una frivolidad tremenda por su parte, y el resultado, no demasiado feliz.

*Una pata,*
*envuelta en blanco brocado, mística, maravillosa…*

No obstante, Nell trabajó con denuedo en su transliteración, derramando lágrimas sobre el teclado. «Ay, esos victorianos, qué diestros con la muerte», pensó enjugándose los ojos y ralentizando la respiración. No era de extrañar, considerando la cantidad de ellos que, de hecho, se morían. Caían como moscas, de tisis, de fiebres cerebrales, de consunción y de quién sabe cuántas cosas más. La culpa era de la falta de higiene, de su desconocimiento de las bacterias y de sus nefastas ideas sobre nutrición, sobre todo la infantil. Creían que era malo alimentar a los niños con nada que no fuera blanco: pan blanco, azúcar, pudin de leche, puré de patatas, arroz… La verdura y la fruta se les antojaban demasiado indigestas para sus estomaguitos, la carne incrementaba peligrosamente los instintos animales. Las pobres criaturitas, cetrinas y raquíticas, se quedaban casi transparentes y, cuando lloraban, una buena dosis de agua de anís aderezada con unas gotitas de opio los sumía en un plácido sueño, las más de las veces eterno. Entonces se transformaban en angelitos que miraban en silencio desde los plateados daguerrotipos que se pudieran haber tomado de ellos en vida, aunque eso era privilegio de los progenitores más pudientes.

Los funerales eran todo un arte en aquella época. Un comerciante londinense, previendo el periodo de suntuoso luto que seguiría al

fallecimiento de la reina Victoria, acaparó el mercado de terciopelo negro y amasó una fortuna.

La evocación de ese terciopelo negro desató en Nell un acceso de sollozos. «¡Ay, Smudgie, tan negro y aterciopeladito! ¡Tan profundo, tan oscuro, tan refulgente a la luz de la luna!». Pero ¿a qué venía esa sensiblería? Si solo era un gato.

«Qué falacia ese "solo un"», se dijo Nell. Nada ni nadie es nunca «solo» algo. En cualquier caso, Smudgie había sido el único ser capaz de leer los entresijos de su mente, un lugar que ella mantenía cerrado a cal y canto, oculto a todos, incluido a Tig. Sobre todo a Tig; se habría asustado. Pero Smudgie se sentaba en su regazo, levantaba sus amarillentos ojitos hacia ella agitando levemente la cola y comulgaba con su identidad secreta: ese yo de afilados colmillos, de afiladas garras, siempre presto a lanzarse sobre su presa. Suerte había tenido el mundo, pensaba a menudo Nell, de que hubiese logrado domeñar al demonio que llevaba dentro. De haberlo dejado campar a sus anchas, a saber qué carnicería habría desencadenado.

*Día y noche resonó el fragor de la batalla*
*entre las montañas cercanas al mar invernal,*
*hasta que los gatos de la Mesa del rey Smudgie*
*en Lyonesse cayeron, uno tras otro, luchando junto a su señor,*
*el rey Smudgie; luego, pues honda era su herida,*
*el valiente sir Gatovere lo levantó y…*

A decir verdad, Smudgie no había tenido mucho de valiente caballero. Cuando dormitaba sobre la mesa de pícnic del jardín se dejaba importunar por los pájaros y provocar por las ardillas; ella misma había visto cómo una le saltaba encima y luego lo retaba a darle alcance. Smudgie nunca había cazado presa alguna, que ella supiera, ni tampoco había salido victorioso de ninguna refriega con otros gatos. Una vez se lo había encontrado encogido y temblando en el alféizar de una ventana por miedo a franquear la puerta de casa, que uno o unos gatazos habían rociado de orines en señal de desafío. Por no hablar de la vez que regresó con la garra de otro felino clavada en el morro.

No obstante, pese a su nada heroico espíritu, Smudgie sabía cosas sobre ella. Cosas significativas, peligrosas, arcanas. Cómo no las iba a saber, con

aquellos ojitos amarillos tan penetrantes que tenía. O sea que Smudgie era más bien un Merlín que un Arturo: más bien un hechicero, un adivino…

«Tonterías sentimentaloides», se dijo Nell. Smudgie sabía cosas, cierto, pero su sapiencia se limitaba a tener claro quién abría las latas de comida para gatos y en qué armario de la cocina se guardaban. Aunque la verdad es que los días que tocaba visita con el veterinario parecía ser consciente de lo que se avecinaba. ¿Cuántas veces no había tenido Nell que ponerse a cuatro patas entre los muebles para intentar sacarlo de su escondrijo? La tarea normalmente requería la intervención de Tig: ella se metía como podía bajo la cama, escoba en ristre, y Tig interceptaba a Smudgie en cuanto salía disparado de allí debajo.

—¡Ven aquí, bribón! —gritaba Tig, y cuando Smudgie le clavaba las zarpas en las manos gritaba otras muchas cosas—: ¡Échale una toalla encima! ¡Corre, abre la portezuela! —esto último refiriéndose al transportín.

—Pero, minino, si no será nada —decía Nell hipócritamente mientras Smudgie gruñía y babeaba, mirándola furibundo a través de los barrotes. ¡La muy traidora! ¿Cómo podía haberle tendido esa trampa?

En el veterinario, sin embargo, de verdad no era nada: solo unas vacunas y una ojeada al interior de las orejas para comprobar que no tuviera ácaros. Pero, luego, al volver a casa, Smudgie se pasaba días sin dirigirle la palabra, y de vez en cuando hacía sus necesidades en la bañera para castigarla. Así de inteligente era: no las hacía en el suelo, juzgando con acierto que un resbalón en un zurullo de gato tal vez colmara la paciencia de Nell. Las bañeras, en cambio, eran fáciles de limpiar.

Aunque puede que Smudgie sí hubiera poseído el don de la clarividencia, ya que al final, efectivamente, había sido un veterinario quien le había dado la puntilla.

*Mi fin se acerca; llegó la hora de partir.*
*Aprestad ese felino transportín que acogerá mi peso*
*y llevadme presto al veterinario, si bien temo*
*que mi herida se ha enfriado, y moriré.*

—Diabetes felina —diagnosticó el veterinario—. Se puede tratar, pero tendrían que tomarle una muestra de orina y ponerle una inyección cada día.

Nell y Tig se encontraban fuera del país en aquel momento, en Irlanda, entretenidos con lo que quiera que solían hacer durante aquellos viajes. La

persona que había hablado con el veterinario era la hermana pequeña de Nell, Lizzie, que se había quedado al mando del pabellón felino. Ella fue quien llamó a Nell, por conferencia (eran tiempos anteriores al correo electrónico y el móvil), para comunicarles la mala noticia.

—¿Cuántas veces crees que iba a dejarse pinchar? —le preguntó Lizzie.

—Por no hablar de esas muestras de orina. Perdona, Smudgie, ¿te importaría echar una meadita en este botecito? Con lo púdico que es él, que nunca se deja ver cuando hace pis —dijo Nell.

—A lo mejor conseguiríamos pincharlo una vez —siguió Lizzie—, la siguiente saldría a escape.

Nell no soportaba imaginar a Smudgie encogido entre los arbustos mojándose bajo la lluvia por temor a entrar en casa. Cada día más enfermo, cada día más achacoso, solo en la oscuridad. Desamparado. Consumiéndose sin que nadie lo viera. ¿Y si cogía un avión y volvía a casa para estar con él? Pero ¿para qué?

—Debería volver —dijo, aun sabiendo lo que Tig opinaría al respecto: «¿Seguro que es buena idea?».

—No digas tonterías —respondió Lizzie—. Puedo apañarme sola.

—¿Estás segura? ¿No será demasiado para ti? —Lizzie era una persona por demás empática y compasiva con las arañas.

—Segurísima —afirmó Lizzie.

Pero fue demasiado para ella. Al día siguiente, Nell y Tig recibieron otra llamada telefónica: Lizzie de nuevo, llorando con tal desconsuelo que apenas le salían las palabras.

—Es Smudgie —dijo—. ¡Ha muerto! Lo he llevado al veterinario, no me he apartado de él un solo momento. Gruñía, pobrecito. ¡Sabía lo que estaba pasando, lo sabía!

—¿Dónde está? —preguntó Nell. Por lo general, el veterinario, le ponía la inyección con delicadeza y luego se deshacía del cadáver. No era el primer gato que Nell había tenido.

—He pensado que a lo mejor… que a lo mejor querrías enterrarlo tú misma en el jardín —respondió Lizzie entre sollozos.

—Sí, claro —afirmó Nell, aunque no es que lo estuviera deseando.

—Así que lo he envuelto en un brocado de seda rojo y… y… ¡y lo he metido en el congelador!

Era muy propio de Lizzie tener un brocado de seda rojo a mano. Le gustaba revolver en las tiendas de telas buscando retales y luego plantearse qué coser

con ellos, pero raro sería que hubiera previsto utilizar aquel brocado para envolver un gato muerto. «A modo de mortaja», pensó Nell. «Qué egipcio. O más bien como si fuese un santo incorrupto, liofilizado y expuesto en una catedral.». ¿Acabarían distribuyendo o vendiendo reliquias de san Smudgie? ¿Habría peregrinaciones? ¿Milagros?

—¿En el congelador? ¿Con las hamburguesas? —le preguntó a Lizzie, que compartía piso con otras dos personas. Nell confiaba en que las hubiera puesto sobre aviso. Solo faltaba que una de ellas, rebuscando entre los congelados para ver qué se preparaba para cenar, se topara de pronto con el amortajado Smudgie envuelto en su brocado rojo, peludo y rígido, con los colmillos blancos asomando entre los labios ya secos y retraídos. «¡¿Qué coño es esto?!».

«Qué indefensos están los muertos», pensó Nell. «Qué humillaciones se les infligen. Aunque tampoco es que a ellos les importe mucho».

Eso de preguntarle por las hamburguesas había sido una falta de tacto. Lo que tendría que haber hecho era darle las gracias.

—Gracias.

—¿He hecho bien en conservarlo hasta tu vuelta? —preguntó Lizzie nerviosa—. No sabía qué otra cosa hacer.

—Has hecho más que bien —afirmó Nell. Cuando volviese a casa quizá cavara un hoyo entre los árboles de hoja perenne. Aunque había mofetas, y era probable que desenterraran a Smudgie y desperdigaran sus restos por todas partes. No podía permitir que eso sucediera. Pero ¿entonces qué? ¿Salir a hurtadillas cargando con el paquete y volver la esquina para colarlo de extranjis en el cubo de basura de algún vecino? ¿Había alguna ley que prohibiera eso?

Al término de esa llamada telefónica, le contó a Tig que Smudgie estaba metido en el congelador envuelto en un suntuoso sudario rojo y arrebujado entre los guisantes y las salchichas. A Tig le entusiasmó la imagen, se rio mucho. Él solía burlarse de la muerte casi a la manera de los mexicanos. Bueno, no burlarse exactamente. Aceptarla como parte de la vida. En el cuarto de baño tenían unos esqueletitos de barro vestidos con ropa de diario, enfrascados en sus ocupaciones cotidianas (jugando a juegos de azar, tocando algún instrumento musical, sentados a sus escritorios…). Los habían comprado en una de sus escapadas, quizá demasiado frecuentes, de la vida real.

—Mientras no termine en el horno —bromeó Tig.

Nell también se rio. Seguía en estado de *shock*; aún no había entrado en plena fase de duelo. En la fase de los velos, las plañideras, el terciopelo negro.

Aun así, ya entonces pensó: «En un cubo de basura ni pensarlo.». Seguro que la ocasión requería algún tipo de ritual, algo más digno. Otro tipo de ceremonia.

Tal vez por eso se había empeñado en reescribir a Tennyson, aunque a medida que avanzaba lentamente por el texto, transmutando una palabra aquí, una frase allá, cada vez dudaba más del valor terapéutico de su tarea. ¿Qué era aquello?, ¿un homenaje o una mutilación pura y dura? Aunque no siempre había diferencia entre una cosa y otra.

*Y de súbito, he ahí el calmo lago,*
*y el largo resplandor de la luna invernal.*

*Luego, abajo vieron virar una lúgubre barcaza*
*negra de proa a popa cual fúnebre velo;*
*y al descender advirtieron, tal que un sueño,*
*que sus cubiertas rebosaban de nobles gatos*
*con estolas negras, con cuellos negros;*
*junto a ellos, tres gatitas tocadas con coronas de oro*
*y de ellas se elevó un maullido que sacudió el firmamento,*
*y, como en un solo marramiau, una agonía*
*de lamentaciones cual viento que taladra la noche toda*
*en una tierra baldía, por ningún gato hollada,*
*ni ahora ni nunca, desde la creación del mundo.*

Nell continuó tecleando mientras se sorbía la nariz. El rey Smudgie fue colocado en la barcaza y las tres místicas reinas gatas lloraron su muerte con gran desconsuelo. Ese trío representaba a la Triple Diosa en su tercera faceta, la de la Anciana, reina del inframundo y por tanto de los muertos, que venía después de la Doncella y de la Madre. «La Morrígan, plañidera en los sepelios de los héroes», añadió Nell para sus adentros, pues en aquella época estaba tan versada en cultos irlandeses precristianos como en temas mediterráneos.

*Así yacía, pues, el gato, cual pilar desmoronado;*
*no como aquel Smudgie que, cola en reposo,*
*de garra a orejas estrella de…* [¿de qué?
Smudgie no había sido una estrella en nada],

*acechaba entre las flores de Gatomelot, y cargaba*
*ante la mirada de mininas y morrongos.*

Aquí las reinas dejaban de plañir y daba comienzo la gran endecha del rey:

*Y premioso Smudgie desde la barcaza respondió:*
*«Cambia el antiguo orden, cediendo paso al nuevo,*
*y Gato se manifiesta de múltiples maneras,*
*no fuere que un único alimento gatuno corrompiere al mundo.*
*Consolaos vos, pues yo no he de tener consuelo.*
*Siete vidas he vivido y, sabiendo lo que he hecho,*
*¡tenga compasión Gato y acoja en su seno este pelaje!*
*En cuanto a vos, si nunca mi rostro volvierais a ver,*
*ronronead por mi alma. Más fruto diere un ronroneo*
*de lo que este mundo soñar pudiera…*
*pero ahora, adiós. Parto a un largo viaje…»*

En ese punto, Tig entró en la habitación.

—Me voy a tomar un *whisky* —anunció—. ¿Te pongo uno? —Y, tras un silencio, añadió—: ¿Estás bien?

Envolvió a Nell en sus largos brazos y le dio un beso en la coronilla.

—Quizá deberíamos adoptar otro gato —dijo Nell, moqueando sobre la camisa de Tig. No se las prometía muy felices: por lo general era Tig quien se encargaba de limpiar la caja del gato, y la tarea no era muy de su agrado.

—Pero si ya tenemos otro —replicó él. Y era cierto: allí estaba Puffball, la hermana de Smudgie, que coqueteaba con los desconocidos y no andaba muy sobrada de luces. Puffball era la gata de todo el mundo, a diferencia de Smudgie, que había sido el gato de Nell, si es que había sido de alguien.

—No es lo mismo —repuso ella sollozando. ¿Por qué esa manía suya de que todo se mantuviera como estaba? ¿Por qué pretendía detener el tiempo y apresarse a sí misma y a Tig en una especie de paraíso grotesco donde nunca cambiaba nada? Al fin y al cabo era una quimera, luego ¿por qué desear algo así?—. Perdona. Estoy terminando una cosa. Enseguida bajo.

*Largo tiempo se entretuvo sir Gatovere*
*rememorando recuerdos sin fin, hasta que la barcaza*
*devino una motita negra contra la aurora,*
*y en el lago se extinguieron los maullidos.*

Tennyson, sin embargo, había cambiado el final del poema *a posteriori*, en *Los idilios del Rey*. Debió de parecerle demasiado lúgubre reducir a Arturo a una motita negra. Ese segundo final era casi como de tarjeta postal:

*Y se alzó el nuevo sol trayendo el nuevo año.*

«No estaba diciendo lo mismo, ni mucho menos», pensó Nell. «Ahí había un símbolo de esperanza, etcétera, no una simple motita negra menguante.» Aunque ella no acababa de decantarse por un final u otro.

Imprimió su poema transfigurado: «Morte de Smudgie». Incluso el título se le antojaba ridículo. Al cabo de un momento, lo hizo pedazos y embutió las hojas en la papelera. Era una tontería supina, un empeño fútil. ¿Por qué se había molestado siquiera en intentarlo? Necesitaba un trago, así que bajó a tomárselo con Tig. Habían adoptado esa costumbre, tomarse una copa antes de la cena, desde que los chicos se habían marchado de casa.

Aquí tenemos ahora a Nell, en el presente, rememorando recuerdos sin fin. Ahora ya no hay gatos en casa. ¿De cuándo databa aquel remedo suyo de Tennyson? De veinticinco años atrás, cuando Tig y ella todavía eran jóvenes. Aunque en aquella época ellos no se tenían por jóvenes, sino por gente de mediana edad. Gente que había cruzado el ecuador y entrado en la cuenta atrás. Ya empezaban a bromear sobre sus rodillas cascadas, pero ¿qué sabían ellos, en aquel entonces, lo que era tener las rodillas cascadas? Por amor de Dios, si todavía salían de caminata por las montañas. ¿Cuándo se había vuelto eso imposible?

En realidad, todo aquello no había sido por Smudgie, sino por Tig: en un momento dado, Nell debió de intuir que Tig por fuerza zarparía antes que ella, que la dejaría varada bajo la dura escarcha, en la tierra baldía, a la fría luz de la luna.

Y eso es lo que ha sucedido: Tig ya no está en la orilla, sino alejándose de ella sobre las aguas; está menguando, desvaneciéndose.

¿Y ella qué? ¿Habrá nada o alborada? O ambas cosas, pero ¿en qué orden? ¿Y si quizá fueran la misma cosa?

*Y yo, la última, avanzo sin compañía*
*mientras los días oscurecen a mi alrededor, y los años,*
*entre nuevas gentes, rostros extraños, otros modos de ver…*

«Eso lo resume todo bastante bien», piensa Nell. Tennyson era un experto en esas lides: la soledad, el desamparo, las lágrimas que brotan de las entrañas de cierta desesperación divina. «Oh, muerte en vida, días sin día».

«Bah, supercherías almibaradas», piensa Nell. «Aunque quizá… quizá podría adoptar otro gato».

O quizá no.

# II

# MI MALÉFICA MADRE

# Mi maléfica madre

—Qué malvada eres —le dije a mi madre. Entonces yo tenía quince años, la edad respondona.

—Me lo tomaré como un cumplido —repuso ella—. Soy malvada, sí, según la definición que otros podrían dar del término. Pero yo solo utilizo mis poderes maléficos para hacer el bien.

—¡Ja! Cuéntame otra —repliqué. Estábamos discutiendo sobre mi nuevo novio, Brian—. De todos modos, ¿quién decide lo que es el bien?

Mi madre estaba en la cocina majando algo en su mortero. Solía triturar muchas cosas en aquel mortero, aunque a veces utilizaba la batidora eléctrica. Si le preguntaba: «¿Qué es eso?», y ella respondía, por ejemplo: «Ajo y perejil», entonces sabía que estaba en modo cocinera. Pero si contestaba: «Mira para otro lado», o bien: «Ojos que no ven, corazón que no siente», o quizá: «Ya te lo contaré cuando tengas edad», intuía que alguien iba a salir mal parado.

En lo que al ajo respecta, debo reconocer que fue una adelantada a su tiempo: en barrios como el nuestro, la mayoría aún no lo había descubierto.

Nuestro barrio se encontraba en la frontera norte de Toronto, una de las muchas ciudades que se expandían a toda velocidad sobre campos de cultivo y pantanos desecados diezmando poblaciones de topillos y aplastando bardanas a su paso. De la tierra removida por las excavadoras habían brotado primorosas hileras de viviendas con semisótano y anexos a dos niveles, típicas de la postguerra, todas con su ventanal panorámico; casas al estilo rancho de tejados planos que aún no habían empezado a llenarse de goteras en invierno. Sus ocupantes eran parejas jóvenes y modernas con hijos. Los padres trabajaban, las madres no. Mi madre era una anomalía: no tenía un marido visible ni un trabajo propiamente dicho, aunque sí una fuente de ingresos al parecer.

En nuestra cocina, amplia y luminosa, había un enlosado de linóleo amarillo canario, una zona de desayuno con banco rinconero y un mueble

alacena blanco con la vajilla azul a la vista, expuesta en filas. Mi madre sentía predilección por la loza de color azul: decía que el azul protegía contra el mal de ojo que echaba a perder la comida.

Mi madre se depilaba las cejas formando dos arcos incrédulos como más o menos seguía de moda entonces. No era ni alta ni baja, ni gordita ni delgada. En todos los aspectos de la vida, procuraba emular a Ricitos de Oro y optar por la tercera opción: el término medio. Ese día lucía un delantal floreado —con tulipanes y narcisos— sobre un vestido camisero estampado con finas rayas blancas y verde pastel y cuello babero; zapatos de tacón cubano y un collar de perlas de una sola vuelta; perlas naturales, no cultivadas. («Vale la pena pagar lo que cuestan; solo las naturales tienen alma.»)

Mimetismo protector: así calificaba ella su vestimenta, que le confería el aspecto de la típica madre responsable que residía en vecindarios respetables como el nuestro. Viéndola trajinar ante la encimera de la cocina, podía parecer un ama de casa haciendo una demostración de alguna receta exprés sacada de la revista *Good Housekeeping*; seguramente algo con áspic de tomate, dado que a mediados de los cincuenta del siglo pasado el áspic de tomate casi ostentaba la consideración de grupo alimentario.

Mi madre no contaba con verdaderas amistades en las inmediaciones —«Prefiero guardar las distancias», decía—, pero cumplía con los deberes vecinales de rigor: obsequiaba a los convalecientes con la consabida fuente de pasta con atún, recogía la correspondencia y la prensa de los que estaban de vacaciones para así disuadir a posibles ladrones, y de vez en cuando cuidaba de algún perro o gato, pero nunca de bebés. Incluso si ella misma se ofrecía, los padres de las criaturas dudaban. ¿Percibirían aquella aura suya, tan invisible como levemente inquietante? (Invisible para los demás, porque ella aseguraba poder verla. Púrpura, decía que era.) Tal vez temían que al regresar se encontraran a la criatura en una fuente de horno con una manzana metida en la boca. Aunque, la verdad, mi madre nunca habría hecho nada semejante. Era malvada, pero no tanto.

A veces venían por casa mujeres en apuros —siempre eran mujeres—, y ella les preparaba una taza de algo que tal vez fuera té, las sentaba a la mesa de la cocina y las escuchaba escrutando sus rostros y asintiendo en silencio. ¿Había intercambio de dinero en aquellos encuentros? ¿Era así como se ganaba la vida, al menos en parte? No podría jurarlo, pero tengo mis sospechas.

Yo veía esas consultas en curso mientras subía a regañadientes a mi cuarto para hacer los deberes. Bueno, los deberes eran más bien mi tapadera; lo mismo podía estar pintándome de rojo las uñas de los pies o escudriñando la cara que me devolvía el espejo en busca de imperfecciones —demasiado cetrino, demasiado granujiento, demasiado dentudo—, o aplicándome una espesa capa de rojo carmín en los labios para luego admirar mis morritos reflejados, o cuchicheando con Brian por el teléfono del pasillo. Me tentaba escuchar a escondidas lo que mi madre les contaba a aquellas mujeres, pero ella siempre se lo olía. «¿Qué, con la oreja puesta?», decía. «¡Venga, a la cama, que mañana tienes que estar guapa!» Como si el solo hecho de dormir pudiera embellecerme.

Luego, la puerta de la cocina se cerraba y se reanudaba el bisbiseo. Estoy segura de que mi madre ofrecía, cuando menos, un buen puñado de consejos a aquellas angustiadas mujeres, aunque puede que también alguna pócima misteriosa dentro de un frasco de cristal. En el frigorífico almacenaba una provisión de ellos llenos de mejunjes de distintos colores; esos frascos, sin embargo, no eran de mi incumbencia. Como tampoco lo era el herbario del jardín trasero, donde nada estaba etiquetado y todo me estaba vedado, aunque a veces se me permitía coger flores de los benévolos señuelos ornamentales colocados estratégicamente aquí y allá y ponerlos en un jarrón. A mi madre no le interesaban lo más mínimo aquellas frivolidades decorativas femeninas, pero me las consentía sin reparos.

—Qué bonito, cariño —me decía distraída.

—¡Si no lo has mirado siquiera! —me lamentaba yo.

—Pues claro que sí, tesoro. Te ha quedado un ramillete muy artístico.

—¡Te estaba mirando! ¡Estabas de espaldas!

—¿Quién dice que hagan falta ojos para ver?

Ahí me quedaba sin palabras.

Puede que el porcentaje de maridos de nuestro vecindario que de pronto sufrían accesos de tos o fracturas de tobillo o que, por otro lado, conseguían un ascenso, no fuera superior al de otros lugares, pero mi madre se las ingeniaba para insinuar su particular influjo en esos hechos, y yo la creía, pese a que el sentido común me dictaba insistentemente lo contrario. A la vez, me daba un poco de rabia: ¡se creía tan lista! Además, se negaba a contarme sus tácticas: «Cosas mías, ya lo descubrirás», decía.

—En realidad no le caes bien a nadie —le solté una vez durante una de nuestras trifulcas—. Los vecinos creen que estás chalada. —Eso me lo había

inventado, aunque barruntaba que así era.

—Vaya novedad.

—¿No te importa lo que digan de ti?

—¿Por qué habrían de importarme las habladurías de unos ignorantes? Son chismorreos sin fundamento.

—Pero ¿no te duele que digan esas cosas? —A mí bien que me dolía, sobre todo cuando pillaba a mis compañeras burlándose de ella en los lavabos del instituto. A esa edad las niñas pueden ser bastante sádicas.

—¿Dolerme, a mí? Vamos, anda. No pienso darles ese gusto… —decía levantando el mentón—. Puede que no les caiga bien, pero me respetan. Mejor ser respetada que caer bien.

Yo discrepaba. A mí lo del respeto me daba igual —eso era propio de maestras, como los zapatos negros de cordones—, pero me moría por caer bien. Mi madre solía decir que, si quería llegar a algo en la vida, iba a tener que renunciar a ese vano afán. Que querer agradar era una debilidad de carácter.

Aquel día —el día de nuestra pelea a cuenta de Brian— dejó de darle al mazo, vertió el contenido en un cuenco y rebañó el mortero. Metió el dedo en la mezcla, se lo lamió —o sea que al final no era ningún mortífero veneno— y después se limpió las manos en el delantal de flores. Tenía montones de delantales así, todos estampados con motivos correspondientes a cada estación —calabazas, copos de nieve…— y al menos cinco vestidos camiseros de rayas, impecablemente planchados.

¿Dónde había adquirido esos delantales de flores, esos vestidos camiseros y esas cuentas de perlas auténticas? A diferencia de las demás madres, la mía no solía salir de compras. Nunca llegué a saber de dónde sacaba nada. Yo, por mi parte, había aprendido a tener cuidado de lo que deseaba porque cualquier cosa podía materializarse, y no precisamente en la forma ansiada. Ya estaba arrepintiéndome de aquel jersey de angora rosa con cuello de pelo de conejo y pompones que había recibido en mi último cumpleaños, pese a haberme pasado meses babeando ante su imagen en una revista. Parecía un peluche con aquel jersey puesto.

Tapó la mezcla de ajo y perejil con un sombrerito de plástico rojo y apartó el cuenco.

—Listo —dijo—, soy toda oídos. ¿Quién decide lo que es el bien? Pues servidora misma. Y, en el momento presente, el bien es lo que es bueno para ti, tesoro. ¿Has ordenado tu cuarto?

—No —respondí malhumorada—. ¿Por qué no te cae bien Brian?

—Si yo no tengo nada contra él personalmente, es al Universo al que no le gusta —respondió con aplomo—. Y sus razones tendrá. ¿Quieres una galleta, cariño?

—¡El Universo no es una persona! —repliqué furibunda—. ¡Es un ente!

No era la primera vez que salía ese tema.

—Cuando crezcas lo entenderás —dijo—. Y tómate un vaso de leche, que fortalece los huesos.

Yo seguía creyendo que mi madre tenía su influjo sobre el Universo. Había sido educada en esa creencia, y es difícil sacudirse de encima patrones mentales tan arraigados.

—¡Qué mala eres! —exclamé. Aun así, me estaba comiendo la galleta (de avena con pasas, una de sus recetas favoritas, hecha el día anterior).

—Si no eres mala, es que te dejas pisotear —replicó ella—. Cuando te pongas a ordenar la habitación, no te olvides de sacar los pelos del cepillo y quemarlos. No vaya a ser que algún ser maligno les eche la zarpa.

—Ya me dirás tú quién se iba a tomar esa molestia —repliqué confiando en sonar desdeñosa.

—Tu profesora de gimnasia, la señorita Scace —respondió—. Se dedica a recoger setas, entre otras cosas, o al menos eso hacía en los viejos tiempos. ¡Vaya disfraz se ha buscado! ¡Profesora de gimnasia! ¡Ja! ¡A mí me la va a dar! —exclamó arrugando la nariz—. No sabes cuánta energía hay que emplear para mantenerla a raya. Por las noches levanta el vuelo y se pone a espiar por tu ventana; aunque no puede entrar, ya me encargo yo de impedírselo. Eso sí, me roba las setas.

La profesora de gimnasia, una mujer nervuda con el cuello arrugado como un pollo que disfrutaba martirizándonos, tampoco era santo de mi devoción, pero no me la imaginaba recogiendo setas venenosas en plenilunio, que, como yo bien sabía, era la fase lunar indicada para recogerlas. La mujer sin duda tenía una mirada malévola —su ojo izquierdo no estaba del todo sincronizado con el derecho—, pero carecía de los poderes de mi madre. En cuanto a lo de volar, chaladuras suyas.

—¡La señorita Scace! ¡Ese vejestorio! Si ni siquiera… si sería incapaz de… ¡Estás como una chota! —exclamé. Eso lo había oído en el instituto: «Su

madre está como una chota».

—«Por sus actos los conoceréis» —repuso ella imperturbable—. Pero no nos desviemos del tema: Brian tiene que desaparecer. Quizá no del planeta, pero sí de tu vida.

—Pero es que me gusta —repliqué con voz lastimera. A decir verdad, estaba loquita por él. En el monedero llevaba su foto, tomada en el fotomatón de una estación de tren, con un beso de carmín tapando su hosca carita en blanco y negro.

—Ni que lo jures —repuso mi madre—. Pero al Universo le da igual quién nos guste. A Brian le salió la Torre, y ya sabes lo que eso significa: ¡catástrofe!

Mi madre le había echado las cartas del tarot a Brian, aunque no en su presencia, evidentemente. Preparó uno de sus estofados en la olla a presión, lo invitó a cenar —un acto sospechoso de por sí, que él debió de maliciarse ya que se pasó toda la velada frunciendo el ceño y contestando al desenfadado interrogatorio de mi madre con monosílabos—, y guardó un pedazo de la tarta de manzana que Brian se había dejado en el plato para utilizarla de enlace entre él y el mundo invisible. El pedazo de hojaldre acabó debajo de una bandeja vuelta del revés sobre la que mi madre desplegó las cartas.

—Sufrirá un accidente de automóvil, y no quiero que te pille en el asiento de la muerte cuando eso ocurra. Tienes que cortar con él.

—¿No puedes impedir el accidente? —pregunté abrigando esperanzas. Mi madre había logrado impedir un par de desastres inminentes que pendían sobre mi cabeza, entre los que se incluía un examen de álgebra. El profesor había sufrido una lesión en la espalda justo a tiempo y estuvo de baja tres semanas enteras que yo aproveché para hincar los codos.

—Esta vez no. Hay demasiada oposición: la torre, la luna, el 10 de espadas. Está clarísimo.

—A lo mejor podrías hacer que se le estropeara el coche —sugerí. Al fin y al cabo, el coche de Brian estaba ya para el arrastre: era de tercera mano, el tubo de escape no tenía silenciador y el motor emitía extraños chirridos y explosiones sin venir a cuento. ¿No podía ingeniárselas para dejarlo inservible?—. Así se vería obligado a pedir otro prestado.

—¿Acaso he dicho yo que fuera a suceder en su coche? —Me tendió el vaso de leche que acababa de servirme, se sentó a la mesa de la cocina y colocó ambas manos encima con las palmas vueltas hacia abajo (para extraer energía de la Tierra, como yo bien sabía), fijó sus ojos verdosos en mí y me

obsequió con una de sus penetrantes miradas—. No sé en qué vehículo ocurrirá. Puede que sea en uno de alquiler. Tú haz lo que te digo. En resumidas cuentas: si dejas a Brian, no morirá; pero si no lo dejas, sí… y tú con él, lo más probable. O terminarás en una silla de ruedas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—La Reina de Corazones. Esa eres tú. No querrás mancharte las manos con su sangre. Porque cargar con esa culpa de por vida…

—¡Pero qué locuras dices!

—Tú verás, no me hagas caso si no quieres —dijo con toda calma. Se levantó, chasqueó los dedos para desprenderse del exceso de energía telúrica y luego sacó del frigorífico una especie de hamburguesa y un plato con champiñones que había cortado previamente—. Es tu decisión. —Con la ayuda de una cuchara, mezcló la picada de ajo y perejil con la carne, cascó un huevo encima y añadió el pan rallado y los champiñones: rollo de carne picada, ese era el plato que se proponía cocinar. Ojalá le hubiera pedido la receta. Luego se puso a amasar la mezcla con las manos, que era la única forma correcta de hacerlo, según ella. La masa de las galletas también la trabajaba así.

—¡No existe forma alguna de probar nada de todo eso! —protesté. Aquel año me había apuntado al grupo de debate del instituto, hasta que un día Brian dijo que eso era de empollones. Para una chica, se refería. Desde entonces me hacía la displicente al respecto, pero secretamente me había aficionado al estudio de la lógica, y me apasionaba el método científico. ¿Confiaba tal vez en encontrar el antídoto contra mi madre? Es posible.

—Tú querías el jersey rosa de angora, ¿no? —repuso entonces.

—¿Y?

—Que de pronto apareció.

—¡Seguro que lo compraste tú misma!

—No seas tonta. Yo nunca compro cosas «yo misma».

—¡Me juego lo que quieras a que lo compraste tú! A ver si te crees Papá Noel —repliqué de malos modos.

—¡Fin de la conversación! —zanjó ella con una calma escalofriante—. Cambia las sábanas de tu cama, que ya están percudidas, y recoge esa ropa sucia del suelo antes de que empiece a criar moho. Las bragas no son alfombras.

—Ya lo haré luego —contesté buscándole las cosquillas—. Tengo deberes.

—¡No me hagas que señale con el dedo! —Sacó una mano del cuenco: estaba cubierta de pedacitos de carne cruda y tenía un sanguinolento color rosa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Lo último que deseaba era que se pusiera a señalar: así era como se lanzaban los hechizos. Ella misma me había dicho que, antiguamente, ahorcaban a la gente por señalar, o la asaban viva. Morir quemado en la hoguera era algo muy doloroso, daba fe de ello. En otros tiempos, señalar con el dedo había estado prohibido por ley. Si señalabas a una vaca y la vaca enfermaba, todo el mundo presuponía que andabas metido hasta el cuello en asuntos de magia negra.

Salí teatralmente de la cocina, con toda la insolencia de la que fui capaz. No creo que ahora supiera hacer una salida así; es todo un arte, aunque no he oído decir que las adolescentes de hoy día lo practiquen muy a menudo. Eso sí, todavía ponen morritos y tuercen el gesto, igual que hacía yo.

Subí enfurruñada a mi habitación e hice la cama tan mal como pude; luego recogí las prendas que llevaban desperdigadas por el suelo desde hacía días y las embutí en el canasto de la ropa sucia. Habíamos comprado una lavadora automática nueva, así que al menos no tendría que darle al manubrio de aquel viejo armatoste de rodillos.

También quité los pelos del cepillo y los quemé en un cenicero rojo de cristal que había reservado expresamente para ese fin. Mi madre, qué duda cabe, pasaría a inspeccionar el cepillo y de paso seguro que ojearía la papelera para cerciorarse de que no me había escaqueado. Hasta el año anterior, ella había llevado la larga melena cobriza recogida en un elegante moño a la francesa, pero un día se la cortó con las tijeras del pollo «al estilo Kim Novak», declaró. Se montó una pira en el fregadero de la cocina (ella predicaba con el ejemplo, no como otros padres) y la casa estuvo apestando a gato chamuscado durante días. «Gato chamuscado»: esas fueron sus palabras. Yo nunca había tenido la oportunidad de oler un gato chamuscado, pero ella sí. Antiguamente, aseguraba, se chamuscaba mucho a los gatos… junto con sus dueñas.

No tenía sentido plantarle cara a mi madre. Tampoco merecía la pena intentar quedar con Brian a escondidas: mi madre tenía ojos en la coronilla y los pajaritos le contaban cosas. Habría que renunciar a Brian. Me costó una buena llantina: adiós fragancia a Old-Spice para después del afeitado, adiós aroma a tabaco, a camisetas blancas recién lavadas; adiós jadeos en los cines durante las escenas de baile de los musicales; adiós meterle en la boca las

patatas fritas que me sobraban de la hamburguesa y los grasientos besos con sabor a patata que venían después… Qué bien besaba Brian, qué sólido lo sentía entre mis brazos; y además me quería… aunque eso no me lo había dicho, lo que era de admirar. Declararse habría sido una cursilada.

Aquella misma noche lo llamé por teléfono para cancelar nuestra cita del sábado por la noche. No se lo tomó muy bien.

—¿Por qué? —quiso saber.

Cómo iba a contarle que mi madre había consultado unas estampitas viejas con imágenes raras y vaticinado que moriría en un accidente de coche si salía conmigo. Para qué alimentar más rumores sobre ella en el instituto; bastantes circulaban ya.

—Es que no puedo seguir saliendo contigo —le dije—. Tenemos que cortar.

—¿Hay otro? —preguntó con tono amenazador—. ¡Le parto la cara!

—No —respondí y me eché a llorar—. Me gustas mucho, de verdad. Es que no puedo darte más explicaciones. Es por tu bien.

—Seguro que ha sido la loca de tu madre —replicó.

Y yo me eché a llorar, pero a moco tendido.

Aquella noche salí a escondidas al jardín trasero, enterré su foto bajo una mata de lilas y pedí un deseo: recuperar a Brian como fuera. Pero los deseos que no llegaban a oídos de mi madre no se hacían realidad. Según ella, yo carecía del don. Puede que lo desarrollara más adelante, que me fuera haciendo a él, por decirlo de algún modo, pero también cabía la posibilidad de que el don saltara una generación, o dos incluso. Yo no había venido al mundo «enmantillada» como ella, envuelta en el saco amniótico. Cosas del azar.

Al día siguiente, los rumores corrieron como la pólvora por el instituto. Yo procuraba hacer oídos sordos, pero no pude evitar oír algún que otro comentario de refilón: «Loca de atar», «Para que la encierren», «Como una cabra», «Chota perdida». Y el peor de todos: «No te extrañe, sin un hombre en casa qué se puede esperar.» Apenas había transcurrido una semana cuando Brian ya estaba saliendo con una tal Suzie, aunque no dejaba de lanzarme miradas de reproche. Yo me consolaba con distintas versiones de mi generoso altruismo: gracias a mí, el corazón de Brian seguía latiendo. Mentiría si dijera que no sufrí.

Unos años después se metió a traficante de drogas y terminó tirado en una acera con nueve balazos en el cuerpo. Luego puede que mi madre hubiera

acertado en lo esencial, aunque se equivocara sobre el tiempo y el medio en que tendría lugar el suceso. Podía ocurrir, según ella. Era como con la radio: aunque la emisión fuera correcta, la recepción podía ser defectuosa.

«Sin un hombre en casa» describía nuestra situación. Todo el mundo tiene un padre, obviamente —o, como se diría ahora, un donante de esperma, dado que el término «paternidad» tal como se entendía en el pasado ha caído en desgracia—, y también yo lo tenía, aunque en aquella época no estaba segura de si ese padre seguía lo que se dice «vivo». A los cuatro o cinco años, mi madre me había dicho que lo había transformado en el gnomo que teníamos colocado en los peldaños de la entrada; según ella, así era más feliz. Siendo gnomo de jardín no tenía por qué hacer nada, ni cortar el césped, que en cualquier caso se le daba fatal, ni tomar decisiones de ningún tipo, cosa que detestaba. Así podía disfrutar del aire libre tan tranquilo.

Cuando intentaba sonsacarla para que accediera a algo que en un principio me hubiera negado, me respondía: «Pregúntale a tu padre», y yo salía corriendo al jardín y me agachaba junto al gnomo —me agachaba solo un poco, porque no era mucho más bajito que yo—, y me quedaba mirando fijamente su rostro pétreo y jovial. Parecía como que me guiñaba el ojo.

—¿Puedo tomarme un helado? —le preguntaba con voz implorante. Estaba convencida de que entre él y yo había una suerte de pacto, que siempre se pondría de mi parte, a diferencia de mi madre, que siempre estaba de parte de ella misma. Me sentía a gusto a su lado; era una sensación cálida, reconfortante.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntaba cuando volvía a entrar en la casa.

—Dice que sí puedo. —Estaba casi segura de haber oído una voz ronca mascullando desde el otro lado de aquel pétreo rostro barbudo y risueño.

—Pues adelante entonces. ¿Le has dado un abrazo?

—Sí. —Siempre abrazaba a mi padre cuando me daba permiso para hacer algo un tanto prohibido.

—Así me gusta. Es de bien nacidos ser agradecidos.

Naturalmente, había que renunciar a esa fantasía en algún momento. Bastante antes de cumplir los quince, me dieron a conocer la otra versión; la real, supuestamente: mi padre nos había abandonado. Según mi madre, unos asuntos urgentes lo habían requerido en otra parte, aunque en el instituto se decía que había huido, incapaz de tolerar por más tiempo la locura de mi

madre. ¿Y quién se lo iba a reprochar? Su ausencia me hacía objeto de burla: en aquella década no era habitual que el padre de familia faltara en casa, a menos que hubiera fallecido en la guerra. «¿Dónde está tu padre?» era una pregunta molesta, pero «¿quién es tu padre?» resultaba insultante. Daba a entender que mi madre me había engendrado con una persona a la que ni siquiera conocía.

Yo no dejaba de darle vueltas. ¿Por qué me había abandonado? Si seguía vivo, ¿por qué no me escribía al menos? ¿Nunca me había querido ni un poco siquiera?

Aunque había dejado de creer que mi padre fuera un gnomo de jardín, sospechaba que mi madre lo había trasformado de algún modo. Me avergüenza confesarlo, pero durante un tiempo llegué a pensar si no se lo habría quitado de en medio con alguna seta venenosa o alguno de aquellos majados que preparaba en su mortero y lo habría enterrado en el sótano.

Casi podía verla arrastrando el cuerpo inerte escaleras abajo, cavando la fosa —debía de haber utilizado un martillo neumático para romper el cemento —, arrojándolo dentro y echándole yeso encima.

Inspeccioné el sótano en busca de indicios y no encontré ninguno, pero eso no probaba nada. Mi madre era muy lista: habría puesto buen cuidado en no dejar rastro.

Luego, cuando ya había cumplido los veintitrés, apareció mi padre. En ese entonces yo había terminado mis estudios universitarios y ya no vivía en casa de mi madre. Mi marcha no había sido amistosa: ¡era una mandona, me espiaba, me trataba como si fuera una niña! Esas fueron mis palabras de despedida.

—Tú verás, cariño —me respondió—. Cuando necesites ayuda, aquí me tendrás. ¿Te parece que done tus peluches a alguna organización benéfica?

—¡No! —exclamé con una punzada de dolor. Siempre que teníamos un encontronazo, yo inevitablemente perdía los estribos y, por el camino, un trocito de dignidad.

Me había propuesto no necesitar ayuda. Había encontrado un empleo de poca monta en una agencia de seguros y compartía una casa de alquiler barata al oeste de la universidad con dos chicas que, al igual que yo, trabajaban en lo más bajo del escalafón.

Mi padre se puso en contacto conmigo por carta. Luego caí en la cuenta de que seguramente había sido mi madre quien le había proporcionado la dirección, pero como volvía a estar en una fase en la que no le dirigía la palabra, no le pregunté al respecto. Tenía la impresión de que su locura había ido en aumento. El último disparate —antes de que interrumpiera la comunicación con ella— había sido un plan para acabar con el sauce llorón del vecino de al lado. No tenía de qué preocuparme, me dijo: lo haría señalando con el dedo por la noche, para que nadie la viera. Quería vengarse por no sé qué de un sapo al que habían atropellado en la entrada de la cochera, y de todos modos las raíces del sauce estaban invadiendo las cañerías.

Vengar a un sapo, dirigir un maleficio contra un árbol… ¿quién podía hacer frente a ese tipo de cosas viniendo de una madre?

Mi primera reacción al recibir la carta de mi padre fue de sorpresa. Luego me di cuenta de que estaba enfadada: ¿dónde se había metido durante todo aquel tiempo? ¿Por qué había tardado tanto en dar señales de vida? Le respondí con tres líneas en las que incluí el número de teléfono de casa. Me llamó y mantuvimos una conversación tensa e incómoda, pero quedamos en vernos. Estuve a punto de colgarle, de decirle que no tenía ningún interés en verlo, pero no habría sido verdad.

Comimos en un pequeño bistró de Queen Street que servía auténtica comida francesa. Lo eligió él y, muy a mi pesar —me había hecho el propósito de rechazar todo lo que viniera de él—, consiguió impresionarme.

Me preguntó si me apetecía tomar una copa de vino; él no pensaba beber, dijo. Yo entonces me tenía por una joven trabajadora sofisticada y me había acostumbrado a beber en fiestas y citas, pero en esa ocasión me limité a pedir una Perrier: necesitaba mantener la cabeza fría y cierto grado de autocontrol.

Aunque sentía una gran curiosidad por su persona, también estaba furiosa… pero no quería echarle el rapapolvo ni condenarlo sin antes averiguar cómo justificaba haberse desentendido de mí de manera tan ruin.

—¿Dónde has estado todos estos años? —fue mi primera pregunta. Debió de sonar a acusación.

Mi padre era un hombre ya maduro, de aspecto agradable, bastante alto, ni obeso ni esquelético; un hombre normal y corriente, pensé decepcionada: cuando te has pasado la infancia creyendo que tu padre ha experimentado una transformación mágica, te haces ciertas ilusiones. Todavía tenía pelo, aunque seguramente menos que en otro tiempo, y ya peinaba algunas canas; el resto era del mismo castaño oscuro que el mío. Vestía un traje de buena calidad y

una corbata aceptable, azul ultramarino con dibujitos geométricos en granate. Tenía los ojos del mismo azul que yo, y las mismas cejas, bastante pobladas. De pronto las arqueó y adoptó un aire franco, abierto. Sonrió inseguro. Al instante reconocí esa sonrisa, tan parecida a la mía. Comprendí que pudiera haberse sentido apabullado por mi madre.

—Parte de esos años los pasé en la cárcel.

—¿De verdad? —pregunté. De repente se me hizo más interesante. Lo último que podía haber imaginado era un presidio—. ¿Por qué?

—Conducción temeraria. Estuve a punto de matar a una persona, aunque ni siquiera me enteré. Iba borracho como una cuba. —Bajó la mirada hacia la mesa, sobre la que habían depositado una canastita con unas gruesas rebanadas de pan blanco y de centeno—. Soy alcohólico —declaró en un tono extrañamente neutro, como si hablara de otra persona. ¿Lamentaba el daño que había causado?

—Ah —exclamé. ¿Cómo se podía responder a eso? Por aquella época ya conocía a personas que tenían problemas con el alcohol, pero ninguna lo reconocía.

Él debió de percibir mi nerviosismo.

—Hace mucho tiempo de eso. Ahora ya no bebo. Ni probarlo siquiera. Seguí los pasos.

—Ah —exclamé una vez más. No acababa de entender a qué se refería. ¿Qué pasos?—. Pero ¿dónde vives? —le pregunté. ¿Tenía domicilio fijo? ¿Era una de esas personas que a veces veías por la calle pidiendo dinero con una taza? TENGO HAMBRE LIMOSNA POR FAVOR. No, porque allí estábamos, en un restaurante refinado (era él quien invitaba), dispuestos a darnos un banquete. Su corbata no encajaba ni de lejos con un sintecho.

—Vivo aquí —respondió—. En esta misma ciudad. Estoy casado y tengo dos hijas. Otras dos hijas —añadió como disculpándose. Sabía que esa información me haría sentir traicionada, y así fue.

Me había abandonado, había empezado una nueva vida, distinta por completo. Al instante me asaltaron celos de esas hermanastras que nunca había conocido.

—Pero ¿a qué te…? ¿Cómo te…? —Quería preguntarle si trabajaba, pero ¿no sería una impertinencia por mi parte? ¿A qué tipo de empleo podías acceder con un atropello y una pena de cárcel a tus espaldas?

—No pude volver a mi antiguo puesto —dijo leyéndome el pensamiento—. Había trabajado en ventas y *marketing*; ahora soy trabajador social. También

hago voluntariado, en prisiones. Asesoro a personas como yo sobre lo que supone ser alcohólico y cómo vencer la adicción.

Me sentí aliviada: no solo no tendría que hacerme cargo de él (no sería alguien a quien tendría que atender y cuidar), sino que era una persona virtuosa, al menos en parte. No había heredado unos genes tan nefastos.

—Mamá me dijo que te había transformado en un gnomo de jardín —le conté—, en el gnomo que está junto a los peldaños de la entrada. Esa era la historia con la que explicaba tu ausencia cuando yo tenía cuatro años.

Se echó a reír.

—Tu madre siempre me decía que me iría mejor en la vida como gnomo de jardín, que haría menos daño y sería más divertido.

—Pues yo me lo creí a pie juntillas. Cuando quería tomarme un helado o algo por el estilo, salía a pedirte permiso.

—¿Y yo te lo daba?

—Sí —respondí—. Siempre. —Entonces empecé a hacer pucheritos como una tonta mientras oía a mi madre diciendo dentro de mi cabeza: «Nunca dejes que nadie te vea llorar».

—Siento no haber estado presente —se disculpó él. Alargó la mano sobre la mesa como para darme una palmadita, pero se lo pensó mejor y la retiró—. Cuando eras niña, tu madre decidió que debía irme de casa y, teniendo en cuenta cómo era yo entonces, estoy convencido de que fue lo mejor para todos. Me decía que era un débil de carácter, un pusilánime sin remedio.

—A mí también me dice que soy débil de carácter, que no tengo personalidad y que soy más corta que la cola de un conejo.

Él sonrió.

—Tal para cual, entonces. Pero estoy seguro de que personalidad no te falta. Te has independizado, por lo que veo. —Se refería a que no vivía con mi madre.

—Tú también tienes personalidad —repuse generosa—. Fuiste capaz de…

—¿De dejar la bebida? Tuve mucho apoyo, pero gracias.

Habíamos estado comiendo mientras charlábamos: *Foie gras* de primero —era la primera vez que lo probaba y me cautivó al instante— y, de segundo, tortilla. Tampoco había comido nunca una tortilla en condiciones, solo en su versión reseca y cuajada en exceso.

—Supongo que te llegaban los regalos de cumpleaños que te enviaba, ¿no? —preguntó cuando ya estábamos con los *choux à la crème*—. ¿Y las tarjetas? Todo lo que empecé a mandarte cuando rehíce mi vida, cuando ya eras mayor.

—¿Regalos de cumpleaños? ¿Qué regalos?

Me miró consternado.

—Pues, por ejemplo, la bicicleta que te compré cuando cumpliste los once y el jersey de angora rosa cuando hiciste los… no sé. ¿Catorce? ¿Quince? Tu madre me dijo que estabas enamorada de ese jersey.

—¿Eso me lo regalaste tú? —Mi madre tenía razón: no lo había comprado ella. Pero yo también: no era Papá Noel.

—Según tu madre, te encantó. —Suspiró—. Ya veo que no te dijo que era de mi parte. Algo sospechaba, porque nunca me enviabas una notita siquiera dando las gracias. Debía de temer que te contaminara. —Suspiró de nuevo—. Puede que fuera mejor así. Ella siempre quiso protegerte, y era una mujer con las ideas muy claras.

Me gustaría decir que ese encuentro marcó el comienzo de una relación cercana y afectuosa con mi padre, pero no fue así. Parece que las relaciones cercanas y afectuosas no iban conmigo en aquella época. Los novios no me duraban, ni siquiera los que mi madre no vetaba. Me había aficionado a romper con ellos antes de que ellos pudieran hacerlo conmigo. Le dije a mi padre que quería conocer a su otra familia, sobre todo a mis dos hermanastras, que, por lo que vi en las fotos que me enseñó, ya eran casi adolescentes y llevaban unas coletitas rubias muy monas, pero él no estaba preparado para dar ese paso. Su segunda mujer no sabía de mi existencia, y temía posibles repercusiones; no quería alborotar el gallinero, me dijo.

Sobre todo no quería un encuentro entre mi madre y su nueva mujer, y no podía reprochárselo, porque a saber de qué habría sido capaz mi madre. La imaginé presentándose con un regalo trampa, quizá algún majado de los suyos en un frasco de cristal; o puede que le lanzara uno de sus maleficios con el dedo y el gallinero saltara por los aires, metafóricamente hablando. Y, por descontado, cualquier fechoría que llevara a cabo siempre tendría justificación: habría actuado por el bien de la humanidad, o por mi bien, o por seguir los férreos dictados del Universo, pero a mí ya no me valían sus razones. En realidad, el bien de la humanidad sería lo que menos le importara, solo buscaría el lucimiento, la satisfacción personal. Así la veía yo a mis veintitrés.

De modo que, a lo largo de los años siguientes, mi padre y yo guardamos las distancias. Solo quedábamos para comer de vez en cuando; a escondidas, como si fuéramos espías.

—No te dejes dominar por ella —me dijo en una ocasión. «Ella» siempre era mi madre.

—¿Por qué os separasteis? —le pregunté.

—Pues, como te dije, casi me echó a patadas.

—No, pero dime la verdad: ¿tú querías irte?

Bajó la vista.

—No es fácil vivir con alguien que siempre quiere tener la razón, incluso si al final se demuestra que la tenía. Puede resultar algo… inquietante.

—Ya. —De pronto sentí que lo comprendía, aunque «inquietante» se quedaba corto—. ¿A ti también te obligaba a quemar los pelos?

—¿Qué pelos? —Se rio un poco—. Esa es nueva. ¿Por qué iba a querer…?

—No importa —dije—. Pero ¿por qué te casaste con ella si tan difícil te parecía y tanto miedo te daba?

—No es que me diera miedo exactamente, digamos más bien que era una persona compleja. Podía ser muy divertida cuando quería. Aunque impredecible.

—Pero, entonces, ¿por qué?

—Me echó algún mejunje en la bebida. Perdona, no ha tenido gracia.

Mi padre murió relativamente joven. Tenía cáncer. Me había hablado de su enfermedad, así que al menos no me pilló desprevenida. De todos modos, fue una pérdida para mí: ya no podría contar con mi único secreto particular, con aquel rincón de mi vida que mi madre no había logrado forzar ni juzgar. Había estado siguiendo con atención las necrológicas, pues sabía que la familia —la otra familia, la familia que no era secreta— no me comunicaría su defunción.

Acudí a su funeral, al que asistió un nutrido número de desconocidos para mí, y me senté al fondo, lejos de los dolientes oficiales. Mi madre también se presentó, teatralmente vestida de luto, pese a que entonces ya nadie vestía de negro en los entierros. Hasta velo se había puesto. En aquella época yo ya estaba casada y tenía dos hijas. Mi madre y yo habíamos roto de un modo apoteósico tras el nacimiento de la primera: entró en la sala de maternidad mientras yo estaba dando a luz con un mejunje naranja a modo de obsequio para que me lo frotara en las estrías, y anunció su intención de cocinar la placenta para que pudiera comérmela.

—Pero ¿tú estás loca o qué? —le solté. Nunca había oído hablar de cosa tan repugnante. Hoy día, naturalmente, ya es algo que no le sorprende a nadie.

—Es una práctica tradicional. Ahuyenta la malevolencia. ¿Has seguido quemando los pelos del cepillo como te enseñé, cariño? La malvada de la señorita Scace anda rondando por ahí. Siempre ha querido hacerte daño solo por vengarse de mí. Acabo de verla delante de la sala de neonatos haciéndose pasar por enfermera. Es adicta a los disfraces. Antiguamente se disfrazaba de monja.

—¿La señorita Scace, mi profesora de gimnasia? Eso es imposible, mamá —respondí con mucho tacto, como si le diera explicaciones a una niña de cinco años—. La señorita Scace ya hace años que murió.

—Las apariencias engañan: no está muerta, solo lo parece.

Comprenderéis, pues, que deseara mantener a mis hijas a una distancia prudencial de su abuela. Quería que tuvieran una infancia normal, no como la mía.

Aprovecho este momento para sacar a colación a mi marido, una persona adorable que no ha hecho sino mejorar con el tiempo. Huelga decir que lo mantuve a bastantes leguas de distancia de mi madre durante lo que denominaré nuestro «cortejo», por utilizar un jocoso anacronismo. Me lo imaginé aguantando una de sus peroratas y saliendo por pies, muerto de miedo, hacia el aeropuerto internacional más cercano. Sin embargo, ese encuentro tendría que producirse tarde o temprano ya que —por algún medio desconocido para mí que tal vez tuviera conexión con las cartas del tarot—, mi madre había llegado a saber de su existencia. El Universo no tenía objeción alguna contra él, me hizo saber; de hecho, su carta estaba bien aspectada: mostraba el influjo de Júpiter bajo la preponderancia de los reyes de copas y diamantes. Estaba deseando conocerlo en persona. «No corre prisa», me dijo, lo que significaba que le urgía.

Preparé el terreno contándole a mi futuro esposo algunas anécdotas que parecieran graciosas y desenfadadas: la quema de los pelos, los mejunjes en los frascos de cristal, los señalamientos con el dedo, las cartas, incluso la transformación de mi padre en gnomo de jardín; excentricidades inofensivas todas ellas. Nadie se las tomaba en serio, le dije; ni siquiera ella, y yo menos, desde luego. Mi futuro esposo opinó que mi madre parecía sin duda una persona divertida y con sentido del humor. «Uy», le dije con las palmas sudorosas, «¡no sabes hasta qué punto!».

Advertiréis que no hice mención alguna de la señorita Scace. Ese apartado era de una insania absoluta. Yo confiaba en la comprensión de mi futuro marido, pero no hasta el extremo de aceptar la historia de una profesora de gimnasia que volaba por los aires y robaba setas. Mi vida sería más apacible si mi madre y mi media naranja podían tolerarse al menos.

Finalmente, se conocieron: quedamos para tomar un té en el hotel King Edward, en el centro de Toronto; yo misma organicé el encuentro. Pensé que mi madre no la armaría en un entorno tan refinado, y no lo hizo. No ocurrió nada indecoroso. Ella estuvo educada, afable, atenta; mi futuro esposo, deferente, correcto, comedido. Eso sí, la pillé mirándole las manos con el rabillo del ojo —querría atisbar su línea del corazón, por comprobar la probabilidad de que se descarriase y le diera por fornicar con alguna secretaria—, pero fue discreta. Aparte de eso, desempeñó el papel de agradable madre de clase media en una versión trasnochada. Mi novio se quedó un tanto chasqueado: se esperaba algo menos ortodoxo.

El funeral de mi padre se celebró durante una de nuestras treguas, por lo que, al verla allí con el vestido negro y el velo negro, me levanté para ir a sentarme a su lado. Había vuelto a hablarme con ella: lo de hablarnos iba por ciclos. Me hacía rabiar por algún motivo, yo cortaba lazos con ella, luego yo transigía, hacíamos las paces y así hasta que se pasaba de la raya una vez más.

—¿Estás bien? —le pregunté. Le caían unas lágrimas, algo insólito en ella.

—Fue mi gran amor —dijo enjugándoselas delicadamente con un pañuelo —. ¡Lo espanté con mi forma de ser! Estábamos tan enamorados en aquella época… —El rímel le resbalaba por las mejillas, y se lo limpié. ¿Desde cuándo se ponía rímel? O lo que es más importante: ¿desde cuándo lloraba en público? ¿Estaría ablandándose?

Efectivamente: se estaba ablandando, pero no para bien.

Desde el momento en que esa alarma tomó cuerpo en mi imaginación, empecé a advertir las señales cada vez más consternada; proliferaban con una rapidez inquietante, casi como si mi madre estuviera disolviéndose. La fase del rímel concluyó casi tan pronto como había empezado: según ella, la belleza exterior había dejado de preocuparle. Se terminaron los vestidos camiseros pulcramente planchados. De hecho, se terminó la plancha: nunca más volvió a planchar. Los vestidos almidonados y los prácticos zapatos de tacón cubano fueron reemplazados por una colección de camisetas de tamaño

desmesurado, no siempre limpias, combinadas con pantalones de chándal y un surtido de toscas sandalias de aspecto ortopédico por cuya puntera le asomaban los dedos contrahechos, las uñas engrosadas y amarillentas. Quizá cortárselas suponía demasiado esfuerzo, o peor aún: quizá se olvidaba de cortárselas.

¿Seguía triturando cosas en el mortero? No estaba segura. Descubrí en el frigorífico varios frascos que ya criaban moho. En aquella época, yo le revisaba la nevera dos veces por semana para asegurarme de que no pillara una intoxicación por comer sobras fermentadas.

La olla a presión hacía tiempo que había desaparecido —me aseguró que se había deshecho de ella porque la señorita Scace la había hecho explotar—, las sartenes de hierro estaban oxidándose. Había vaciado y limpiado sus macetas —no muy a conciencia—, y las tenía guardadas por ahí, aunque encontré una en el jardín con siete centímetros de agua estancada llena de algas y larvas de mosquito. «Es para que se bañen los pájaros», pretextó. El jardín parecía una selva; se terminaron los primorosos arriates, se terminaron las hierbas aromáticas. La cerraja campaba a sus anchas entre las malas hierbas.

Le pregunté por qué había dejado de cocinar.

Alzó los hombros.

—Demasiado jaleo. Además, ¿para quién iba a cocinar?

Mi preocupación por ella iba en aumento. La llamaba por teléfono a la hora de la cena para cerciorarme de que comía.

—¿Estás cenando?

Pausa.

—Sí.

—¿Qué te has hecho de cenar?

Otra pausa.

—Cosas.

—¿De lata?

—Más o menos.

—¿Estás sentada?

—A ti qué más te da.

O sea que picoteaba lo primero que pillaba por ahí, como una adolescente asaltando la despensa. Le llevé una fuente de pasta.

—Puedes calentarla en el minihorno —le dije.

—Se incendió. —No lo dijo muy preocupada.

—¿El minihorno?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿Y por qué te lo iba a decir si conseguí sofocarlo? Fue la malvada de la señorita Scace. Ella fue quien le prendió fuego.

—¿Otra vez con lo mismo? ¡Por amor de Dios, mamá!

—Tú no sufras, cariño, que esta vez llevo yo las de ganar.

Al final, conseguí sonsacarle la historia de cabo a rabo. La señorita Scace y ella llevaban siglos enfrentadas, desde hacía varias encarnaciones. En un pasado lejano habían sido amigas, pero acabaron enemistándose a causa de un chico. Desde hacía unos cuatrocientos años aproximadamente, habían empezado a librar batallas nocturnas en el aire. No montadas en escobas, puntualizó: ese cliché de las escobas voladoras era pura superchería. Después, la señorita Scace la había denunciado a las autoridades por brujería y mi madre había acabado ardiendo en la pira con trágico final. Según ella, su corazón se había negado a arder, así que tuvieron que incinerarlo por separado; «igual que sucedió con Juana de Arco», añadió con orgullo. La señorita Scace había asistido a su quema en la hoguera y la había abucheado.

—Tendría que haberme chivado yo primero —dijo—. Pero me pareció una vileza, una traición a nuestras tradiciones.

—¿Y qué se hizo de aquel chico? —pregunté. Era inútil replicar que aquello no eran sino fantasías o delirios; se habría cerrado en banda. Y decirle que no la creía habría desencadenado un altercado.

—Scace lo dejó consumido —respondió.

—¿Cómo que «consumido»?

—Lo utilizaba para sus depravados fines sexuales —respondió—. Noche tras noche.

—¿Estamos hablando de la misma señorita Scace? —No alcanzaba ni a imaginármelo siquiera. ¿La misma señorita Scace que entrenaba en el gimnasio al equipo femenino de baloncesto, con su silbato de árbitro y aquellas piernas flacuchas asomando por debajo de la falda plisada del equipo deportivo? ¿La señorita Scace, plana como una tabla, que en clase de Salud e Higiene farfullaba eufemismos mientras trataba de explicarnos el ciclo menstrual? El sexo era algo innombrable en aquella época: oficialmente no existía—. Imposible —dije tajante.

—Antaño tenía un aspecto distinto —replicó mi madre—. Mucho más atractivo. Llevaba corsé de ballenas y el escote al aire. Se pintaba la cara con arsénico.

—¿Arsénico?

—Entonces estaba de moda. En fin, el caso es que lo dejó exhausto. Le chupó hasta el tuétano de los huesos y luego, cuando el pobre ya no daba más de sí, le robó el pene.

—¿Cómo? —El robo de falos era una novedad: esa costumbre ancestral no había salido a relucir cuando yo estaba en el instituto.

—A lo mejor fue por rabia de que el miembro ya no le funcionara. El caso es que un día el chico bajó la vista y el pene le había volado. Me figuro que le lanzaría un maleficio con el dedo mientras dormía. Lo tenía guardado en un cofre de cedro junto con otros que había robado; les daba de comer granos de trigo, que es como se suele alimentar a los penes.

Me contuve con todas mis fuerzas.

—¿Por qué hacía eso? —le pregunté con cautela—. Lo de coleccionar penes.

—Pues por la misma razón que otros coleccionan sellos. En aquellos tiempos era muy común, yo también los coleccionaba. En fin, el chico consultó conmigo, aunque a través de una vidente, claro, porque yo ya había dejado esa encarnación terrenal. Yo le aconsejé que se quejara a las autoridades y eso hizo, conque la obligaron a devolverle el pene.

—Y a volvérselo a colocar en su sitio, supongo.

—Naturalmente, cariño. Pero ahí no acabó todo. La obligaron a devolver los demás penes también, y mira que en su colección había algunos de personajes muy importantes. Tenía uno de un barón. Y al final la quemaron en la hoguera de todos modos. Merecido lo tuvo.

—Y hete aquí ahora —dije.

—Exacto. Henos aquí. Pero ahora ya no hay autoridades. Al menos no como las de entonces.

—¿Me permites una pregunta? ¿La señorita Scace y tú seguís peleando en el aire por las noches?

—Pues claro —respondió—. Cada noche. Por eso estoy siempre tan cansada.

La imagen de mi madre con sus desmesuradas camisetas y sus burdas sandalias forcejeando en el aire con la señorita Scace, quizá todavía con su silbato de árbitro colgado del cuello, fue el colmo. Estuve tentada de soltar una risotada, pero habría sido una crueldad.

—Quizá deberíais dejarlo en tablas —sugerí—. Declarar una tregua.

—Ella jamás aceptaría una tregua. Menuda arpía es.

—Es que no es bueno para tu salud —repuse.

—Lo sé, cariño. —Suspiró—. Si fuera por mí, no me importaría, pero lo hago por ti, siempre lo he hecho por ti. Y por las niñas, claro; por mis nietas. No quisiera que esa arpía les hiciera ningún mal. A lo mejor resulta que alguna de las dos hereda el don y no se echa a perder.

Ya iba siendo hora de que regresáramos a lo que se entiende por realidad.

—¿Has pagado la factura de la calefacción? —le pregunté.

—Uy, si a mí no me hace falta calefacción —respondió—. Soy inmune al frío.

A partir de entonces su declive fue en picado. Poco después se rompió la cadera —una caída por una chimenea mientras volaba, me susurró al oído— y hubo que hospitalizarla. Intenté consultarle cómo proceder respecto a su futuro: una vez se curara de la cadera, ingresaría en un centro de rehabilitación y luego en una buena residencia asistida…

—Nada de eso será necesario —repuso—. No saldré del hospital con este cuerpo. Ya está todo dispuesto.

Las disposiciones incluyeron un fallo cardiaco. Escena final: yo a su vera, en la cama del hospital, sosteniendo su frágil mano cubierta de venas abombadas. ¿Cómo había podido empequeñecer de esa manera? Ya apenas si estaba allí, aunque su mente seguía ardiendo como una llama azul.

—Dime que todo eran invenciones tuyas —le rogué. Estaba convencida de que planteándoselo así, directamente, sin rabia, algo que en realidad no había conseguido hacer hasta ese momento, tendría que reconocerlo.

—¿Qué invenciones, tesoro?

—Lo de quemar los pelos del cepillo o señalar con el dedo. Todas aquellas historias tuyas. Como lo de que mi padre era un gnomo de jardín. No eran más que cuentos chinos, ¿verdad?

Suspiró.

—Eras una niña tan sensible, tan frágil, por eso te contaba esas cosas. No quería que te sintieras indefensa en la vida, que tan dura puede ser a veces. Quería que te sintieras protegida y que supieras que había una fuerza superior que velaba por ti, que el Universo se tomaba un interés personal por ti.

Le di un beso en la frente, en aquel cráneo cubierto por una delgada membrana de piel. Ella era la protectora, ella era la fuerza superior, ella era también el Universo que se interesaba por mí: siempre había sido ella.

—Te quiero —le dije.

—Lo sé, tesoro. Pero ¿te sentías protegida?

—Sí —contesté—. Sí. —En cierto modo era verdad—. Qué bonito que te inventaras todas esas cosas por mí.

Me miró de soslayo con sus ojos verdes.

—¿Que me inventara?

Y con esto llego al final. Aunque no es el final, porque los finales son arbitrarios. Concluiré con una última escena.

Mi hija mayor tiene quince años, la edad respondona. Estamos en pleno rifirrafe: quiere salir a correr en la calle, en plena noche, con un atlético amiguito suyo que apenas conozco de vista. ¡En la calle! Antes las chicas no salían a correr, como no fuera en las pistas de atletismo. Antes salían a darse un garbeo, a pasear. Correr por la calle habría sido indecoroso; menuda ordinariez ir por ahí bamboleándose; ¿quién sabía de sujetadores deportivos entonces?

Mi hija se ha puesto unos pantalones ceñidísimos y una camiseta elástica; lleva los brazos al descubierto y tres tatuajes provisionales en cada uno, todos de pájaros y animales. Asegura que en cuanto cumpla los dieciocho se los hará permanentes. Yo le he explicado lo difícil que es borrarlos cuando se cambia de opinión, pero en vano.

—A estas horas ni pensarlo —insisto—. Tú no sabes lo peligroso que es. Hay mala gente rondando por ahí.

—¿Y tú quién eres para decirme lo que tengo que hacer? ¡Para qué crees que sirven las putas farolas!

Es inútil replicar: «¡Qué lengua!», ni siquiera: «¡Vaya boquita, hija!»: esa batalla se perdió hace tiempo.

—Aun así. Y encima con ese, ese amiguito… Los chicos a veces se propasan.

—«Se propasan», ¡pero qué chorradas dices! ¡Si vamos a *correr*! ¡Ni que fuera un violador! Bueno, un poco gilipollas sí es, pero…

¿«Un poco gilipollas»? Un diagnóstico demasiado benévolo, en mi opinión.

—He dicho que no, y no se hable más.

—¡Qué coñazo eres!

—No me hagas señalar con el dedo —amenazo. Estoy empezando a enfadarme.

—¿Qué? ¿Cómo que no te haga señalar? —Levanta la mirada al techo y suelta una risita—. Señalar… ¡hay que joderse! ¿Qué chorradas dices?

—Es un maleficio —respondo con toda seriedad—. Las consecuencias no te harían ninguna gracia.

—¡No te jode! —Ríe desdeñosa—. ¡Un maleficio dice! ¿Tú te has chalado o qué?

—Tu abuela era bruja —replico con toda la seriedad de la que soy capaz.

Se queda descolocada.

—¡Venga ya, déjate de gilipolleces! Pero ¿en serio lo dices?

—Muy en serio —repito.

—Bruja, pero ¿en qué sentido? ¿Qué clase de brujerías hacía?

No está muy convencida, pero he conseguido captar su atención. Bajo la voz y le contesto en un susurro cómplice:

—Cuando tengas edad te lo cuento —respondo evadiendo el escollo inminente—. Pero hasta que estés preparada, nada de correr por la noche en la calle. Las brujas ven cosas en la oscuridad que son invisibles para los demás. Muertos, por ejemplo. Y sin la instrucción y la preparación necesarias puede ser terrorífico.

—Pero yo no soy una bruja —replica titubeante. No descarta la posibilidad.

—Puede que aún no seas consciente —le digo—. Tu abuela creía que el don era hereditario. Puede saltar una generación. Estoy convencida de que acabarás desarrollándolo. Cuando eso ocurra, tendrás que ir con mucho, pero que mucho cuidado. No debes abusar de tus poderes.

Se abraza el cuerpo.

—Tengo frío.

Está ilusionadísima. ¿Quién no lo estaría a su edad?

# La entrevista *post mortem*

MARGARET ATWOOD: *Buenas tardes, señor Orwell. Es muy amable de su parte aparecer… bueno, aparecer no, porque no puedo verlo, pero manifestarse o… en fin, que muchas gracias por aceptar esta entrevista*.

GEORGE ORWELL: De nada. La amabilidad es suya: raras veces se me brinda la ocasión de conversar con alguien que sigue todavía en su envoltura cárnica.

*¿En mi qué?*

Perdone, no pretendía escandalizar, es un simple coloquialismo local. Me refería a alguien que, digamos, sigue formando parte de lo que yo antes llamaba «los vivos».

*¿Ya no emplea esa expresión: «los vivos»?*

Hay distintas maneras de estar vivo.

*Cierto. La verdad es que usted siempre ha estado muy vivo para mí, incluso después de… de que abandonara su «envoltura cárnica»*. (Risita nerviosa.) *Es todo un honor conocerlo. ¡Usted ha tenido una influencia enorme en mi obra!*

*(Ligeros resoplidos. ¿De irritación tal vez?)* ¿Es usted escritora? Luego, egoísta, perezosa y egocéntrica como todos los escritores, ¿no?

*Bueno… perezosa sin duda*.

Yo no estoy libre de esos defectos. Al contrario. Pero, discúlpeme… no he tenido el placer.

*¿El placer de qué?*

De leer su «obra». A decir verdad, no sé muy bien con quién hablo: no puedo verla.

*¿Es porque madame Verity tiene los ojos cerrados?*

Exacto: me vendría mejor que estas médiums pudieran trabajar con los ojos abiertos. Así las cosas, esto es como hablar por teléfono, y para colmo con

una línea inestable. Deduzco por la voz que es usted mujer, además de súbdita de las colonias, ¿no es cierto?

*¡Deduce usted bien!*

¿Ya han empezado a escribir?

*¿Quiénes, las mujeres o los súbditos de las colonias?*

Pues… ambos.

*¡Uy, hoy día todo el mundo escribe hasta más de la cuenta! Aunque hay súbditos de las colonias, e incluso mujeres, que ya escribían cuando usted… Supongo que usted a las mujeres no debía de leerlas mucho*.

*(Toses.)* Estaba muy ocupado. Eran tiempos convulsos: había revueltas, dictaduras, guerras… quizá haya leído algo al respecto. Pero sí, ojeé algunos de aquellos… cómo los llamaría yo… productos sensacionalistas y románticos de segunda fila.

*¿Como esa literatura basura producida en masa que menciona en* 1984? (Con sequedad.) *«Novelas femeninas», se llamaban. Aunque ya entonces existían mujeres que escribían literatura seria*.

*(Carraspea.)* Mi estimada jovencita, espero no haberla ofendido. A veces las mujeres se pican por naderías.

*Hoy día podría buscarse un buen lío por hacer ese tipo de declaraciones. Se le acusaría de «banalizar» las cosas. Las mujeres ya no somos tan tolerantes como antes*.

Mil perdones. Ahora me doy cuenta de que antes los hombres hablábamos así sin pensar, y yo era un hombre de mi tiempo. Difícilmente se puede ser otra cosa. *(Pausa.)* Entiendo que usted no es de mi generación.

*No exactamente, aunque coincidimos un tiempo. Pero yo tenía diez años cuando usted se desprendió de su envoltura cárnica, así que, cuando empecé a escribir de verdad, ya no era humanamente posible que mi editor le enviara algunos ejemplares para reseñar*.

¿Eso pretendía ser una broma?

(Leve risita.) *De mal gusto. Lo siento*.

*(Silencio.)*

*¡No se retire, por favor! ¿Le estoy perdiendo?*

La conexión va y viene, como durante la guerra, cuando yo colaboraba en la BBC. Entonces casi todo era de mala calidad, incluso los aparatos de radio. «*Las ondas*», lo llamábamos. Creo recordar que mi voz se emitía bastante a menudo por esas ondas.

*En efecto, incluso presentó a través de ese medio algunos de sus mejores ensayos breves.* (Pausa.) *Había intentado ponerme en contacto con usted en varias ocasiones, señor Orwell, pero en vano. Tal vez porque siempre preguntaba por el señor Blair, y era su padre quien respondía*.

¿Ah, sí? Supongo que estuvo de lo más servicial, ¿no?

*Una vez me dijo que le habría gustado que usted se dedicara a la diplomacia o la abogacía, que le sacara más partido a la inteligencia que Dios le había otorgado*.

Con «Dios» se refería a sí mismo, qué duda cabe.

*También me dijo que usted había desaprovechado sus privilegios*.

Seguro que se refería a mis privilegios de clase: la fortuna familiar, el colegio privado para jóvenes esnobs, etcétera. Eso para mí no eran privilegios, sino una sarta de prejuicios basados en falsedades. Pura tergiversación de la verdad.

*Me dijo que lamentaba que hubiera terminado usted siendo un maldito comunista y, por si fuera poco, mal vestido*.

No tenía dinero para gastármelo en sastres; en cualquier caso, teniendo en cuenta la mísera calefacción de la que disponía, lo que realmente me habría venido bien habría sido un buen chaleco de lana.

*¿El chaleco que asoma por debajo de su chaqueta de tweed en aquella foto con el bigotito, el pelo cortado a tijeretazos y una expresión un tanto socarrona? Parece como si tuviera una mancha. ¿Era una mancha de tinta?*

Sí. Seguramente no lo lavaba muy a menudo. Mejor dicho, Eileen no lo lavaba muy a menudo. Sobre todo en invierno: habría tardado mucho en secarse.

*¿Eileen, su mujer?*

Mi primera mujer. ¡Logramos tantas cosas juntos! Su muerte me dejó destrozado, sobre todo porque fue muy repentina. Pero ahora está bien. Le interesa mucho la jardinería, incluso a esta distancia.

Pero, volviendo a mi padre… con el que, por cierto, apenas tuve trato… ¡yo nunca fui comunista! La socialdemocracia y el comunismo no son la misma cosa. Otra vez la imprecisión del lenguaje… ese era uno de los temas que me preocupaban entonces, y excesivamente, a decir de algunos; pero, cuando cambias el nombre de la cosa, en muchas ocasiones esa cosa cambia. La reescritura de la historia… se veía venir, y por ambos lados, debo añadir. El pasado colonial inglés distaba mucho de ser intachable; el imperio era una farsa, un despropósito, un sinsentido con el que encubrir la codicia pura y dura y las ansias de poder.

*Creo que hoy día la gente cada vez es más consciente de eso*.

*(Bufido.)* ¡Ya era hora! Cuando yo lo sacaba a relucir, se me acusaba de deslealtad a la patria.

*Le interesará saber que en la actualidad se sigue intentando reescribir la historia, especialmente en Estados Unidos.*

No me sorprende, habida cuenta del modo en que intentaron ocultar la esclavitud y de las posteriores leyes Jim Crow para la segregación racial… Esas inequidades no son de recibo en una democracia, suponiendo que Estados Unidos sea una democracia, o lo haya sido alguna vez.

*Se está difundiendo mucha desinformación*.

Si supiera hasta qué punto se pueden manipular las creencias de la gente, no daría crédito.

*De hecho, puede que las cosas hayan empeorado respecto a su tiempo. Stalin al menos no intentaba promover la idea de una invasión de extraterrestres con forma de pájaro azul*.

¡Ja! *(Risas.)* Así que aprendiendo del fantoche de H. G. Wells, ¿no?

*Quizá de sus narraciones tempranas. Pero al menos él creía en la ciencia, no como muchos antivacunas de hoy día*.

¿Antiqué?

*Sería largo de explicar*.

Wells acertó en algunos aspectos, pero la ciencia por sí sola nunca será la panacea. Y el gobierno mundial que propugnaba sería una tiranía, por mucho que se disfrazara. Aldous Huxley desmontó por completo esa idea en *Un mundo feliz*. Puede que haya oído usted hablar de ese libro. Huxley fue profesor mío en Eton; me enseñó francés, aunque no muy bien.

*¿Y Huxley no le escribió una carta con motivo de la publicación de* 1984?

*(Toses y risas.)* Así es, y en esa carta me decía: «De hecho, parece dudoso que la política de "la bota en la cara" pudiera imponerse con carácter indefinido. En mi opinión, la oligarquía dominante encontrará mecanismos menos arduos y onerosos de gobernar y satisfacer sus ansias de poder, y esos mecanismos se asemejarán a los que yo describía en *Un mundo feliz*».

*Usted y el señor Huxley han tenido razón en momentos alternativos. Estados Unidos, por ejemplo, estuvo muy cerca del golpe de Estado recientemente: una turba asaltó el Capitolio intentando revertir el resultado de las elecciones*.

No es nada nuevo. Yo viví una época pródiga en golpes de Estado de toda índole. Las consignas eran distintas, pero la idea es la misma. *(Toses.)*

*Y ahora muchos pretenden hacer como si aquello no hubiera sucedido*.

Como si el viejo «agujero de memoria» se lo hubiera tragado, ¿no? Al menos ellos disponen de una prensa libre, de voces independientes que pueden alzar la voz sin que los cosan a tiros.

*Más o menos. No es un sistema perfecto*.

Lo perfecto es enemigo de lo bueno. *(Toses.)* ¿Le importa si fumo?

*Es malo para su salud*.

*(Mezcla de gruñido y risa.)* Ya no: solo se muere una vez. ¿No había un libro con ese título que causó escándalo? O puede que fuera la película… ¡Ah, no! ¡Lo estoy confundiendo con *El cartero siempre llama dos veces*! ¡«Prolealimento»!, alimento para las masas; aunque no es que a mí me disgustara una buena novela policiaca. *(Sonido de una cerilla que se enciende.)*

*Yo no tengo inconveniente en que fume. En la década de los cincuenta, cuando yo era adolescente, se fumaba mucho; estoy acostumbrada. Pero*

*madame Verity tiene estrictamente prohibido el tabaco: algunos de sus clientes padecen asma*.

No se dará cuenta. Está feliz, en pleno trance, ¿no? *(Ligero olor a tabaco.)*

*¿Me permite que le haga una pregunta? Es una cuestión delicada*.

Por supuesto. Intentaré no contestarle con delicadeza.

*Me sorprende un poco que haya recurrido a los servicios de una espiritista. ¿No entraría eso dentro de la categoría de «farsas», «despropósitos» y «sinsentidos»?*

*(Ríe por lo bajo.)* Cambiar de estado te obliga a replantearte ciertas ideas preconcebidas. La rigidez es propia de mentes limitadas, y era muy característica de la supuesta intelectualidad de mi época: confundían las ideas fijas con el pensamiento.

*Esa tendencia no ha caído en desuso. Aun así, hay una diferencia considerable entre…*

Yo siempre he intentado ser pragmático. Por eso terminé convertido en una especie de panfletista: tenía que pagar el alquiler, y esos panfletos me brindaron una vía rápida para acceder a un público inmediato. *(Pausa.)* A la fuerza ahorcan. O sea que, si *madame* Verity es el medio que nos permite a usted y a mí comunicarnos, bienvenida sea *madame* Verity. *(Sonido de una cerilla al encenderse. Sonido de otra cerilla.)*

*Le vendría bien un mechero*.

Bah, chismes para esnobs, que hasta se los hacen grabar con sus iniciales. *(Sonido de una aspiración.)* La verdad es que esa mujer no se llama *madame* Verity, ¿sabe? Supongo que pretendía inspirar confianza poniéndose ese nombre. Sin duda es mejor que su verdadero apellido, ¿no cree? Dodge, que quiere decir nada menos que «eludir», «esquivar».

*Siempre me han interesado los alter egos, los pseudónimos, sobrenombres y demás, y el que usted eligió me ha dado mucho que pensar*: George Orwell. *En la dinastía de los Hannover ha habido cuatro reyes de nombre George*.

¡Pero mi seudónimo no tenía nada que ver con ellos! *(Risas.)* Es que necesitaba un seudónimo para no herir innecesariamente a mi madre. A ella le horrorizaban algunas de mis opiniones. Y el hecho de que frecuentara la

compañía de los menesterosos, de los más desharrapados, debo decir, y que luego, para colmo, escribiera al respecto…

*Déjeme adivinar: ¿escogió George por san Jorge, el santo patrón de Inglaterra, que mataba dragones?*

No me haga sonrojar. Yo era un muchacho joven y entusiasta. Ignoraba que las cabezas de los dragones siempre se regeneran.

*¿Y qué hay de su apellido: Orwell? Es el nombre de un río, pero descodifiquémoslo un poco…*

¿Que descodifiquemos qué? Ni que fuera un mensaje cifrado.

*Perdone, son cosas que se dicen hoy día. Me refería a lo que hacía Lewis Carroll con las palabras* portmanteau: *desglosar el término para analizar sus partes*.

Ah, entiendo. *(Toses.)*

*Veamos, pues*: «Or» *podría ser tanto la partícula disyuntiva inglesa como también el término francés para designar el oro. En cuanto a* «well», *significa «bien»; sin embargo, hay quienes se empeñan en representarlo a usted como a una especie de jeremías, como un gran pesimista, por aquello de la bota aplastando la cara en* 1984, *pero yo nunca lo he visto así: el apéndice sobre la neolengua al final del libro está escrito en pretérito, por lo que se sobreentiende que el régimen totalitario descrito allí ya es cosa del pasado*.

Me alegro de que haya reparado en eso. Muchos no supieron verlo y me tacharon de catastrofista.

*Se equivocaron. Luego está el* «well» *de su apellido, como en* «All shall be well»: *«Todo irá bien», la bella frase de Juliana de Norwich. ¡Es un mensaje de esperanza! Y* «well», *en inglés, también tiene la acepción de «pozo» o «fuente», como un pozo de inspiración o una fuente sagrada*.

No exageremos, jovencita: yo no tengo pretensiones de santidad. Mi intención era que mi apellido llevase el nombre de un río, sí, de un elemento de la naturaleza; pero de un río cualquiera. No de un río sagrado ni de un maldito río privado donde una partida de aristócratas pudiese dedicarse a pescar truchas.

*Siempre he recordado algo que usted… algo que Winston Smith menciona en* 1984 *cuando empieza a escribir su infausto diario en aquel hermoso papel de color crema.*

*«¿Para quién —se le ocurrió de pronto preguntarse— estaba escribiendo ese diario? Para el futuro, para los que aún no habían nacido… Pero ¿cómo comunicarse con el futuro? Eso era intrínsecamente imposible, porque o bien el futuro se parecería al presente, en cuyo caso no atendería a su mensaje; o bien sería distinto del presente y la problemática que él planteara carecería de sentido.»*

*Sin embargo, aquí estoy yo ahora, en mi presente, que es su futuro, y creo entender los problemas que acuciaban a Winston Smith, al menos hasta cierto punto. ¡Y eso gracias a lo bien que usted lo caracterizó! Las pésimas condiciones de vida, la horrible vestimenta, la comida repugnante, el miedo a la traición, la vigilancia constante a través de la telepantalla bidireccional… ¡No podía usted saber el gran parecido con la realidad que acabaría teniendo todo eso en la época actual debido a Internet!*

¿Internet? ¿Qué es eso, alguna asociación política secreta? ¿Como la masonería o…?

*No exactamente. Al principio se llamaba World Wide Web, o red mundial*.

¿Como la red de una telaraña?

*No, más bien como… Es un sistema de comunicación a través de frecuencias inalámbricas mediante ciertos dispositivos, aunque no como la radio. Empezó con buenas intenciones, como un medio para enviar mensajes rápidos que se suponía que eran privados, pero los gobiernos lo han transformado en un mecanismo para el espionaje*.

Como de costumbre. *(Sonido de una cerilla al encenderse*.) Imagino que Winston Smith habría recurrido a ese artilugio del Internet.

*Pero habrían terminado pillándolo, porque Internet ha traído como consecuencia el fin de la privacidad y la erosión del concepto de individuo. Aunque Winston, en cierto modo, seguía creyendo en el individuo, en la conciencia y el deseo… De ahí su intento de rebelión y el posterior lavado de cerebro, la habitación 101… ¡Qué historia tan fascinante! ¡A mi joven yo la tenía cautivada!*

Sí, sí. No quedó del todo mal. Aunque la izquierda estalinista arremetió contra mí por ese libro, como era de esperar. Siempre estaban atacándome: que si era un títere del capitalismo, que si le bailaba el agua al *statu quo*, que si era un niñato pequeñoburgués… cosas por el estilo. No se lo creerá, pero cada vez que mencionaba la naturaleza en alguno de mis esporádicos ensayos, mi buzón se llenaba de cartas incendiarias haciéndome saber que el amor a la naturaleza era cosa de burgueses.

*Me encanta el elogio que hizo del sapo: adoro esos animales*.

¡Ajá! ¡Ya tenemos algo en común! *(Ríe por lo bajo*.) También por ese ensayo sobre el sapo recibí ataques. La incapacidad para disfrutar de la vida que mostraba alguna gente de izquierdas en aquel entonces era verdaderamente asombrosa. Toda forma de placer quedaba prohibida… los manjares, el sexo bien entendido, los atardeceres… Aquellos tipos eran como los flagelantes del medievo.

*¿Entonces, la Liga Juvenil Antisexo y la esposa rígida y desdeñosa de Winston estaban inspirados en la realidad?*

Sí, por supuesto. A decir verdad, eran unos puritanos, y al que no acataba la línea del Partido, fuese la que fuese en ese momento, se lo condenaba al ostracismo y se lo excluía de la sociedad decente; es decir, de la de ellos.

*Conozco sobradamente ese tipo de reacciones. Las cosas se han polarizado bastante. Hoy día también existen líneas de partido, aunque los objetivos sean distintos. Y se sigue condenando al ostracismo social, solo que ahora se le llama «cancelación»*.

¡Ja! Como quien cancela un contrato o un concierto… ¡muy acertado el término! *(Toses.)* Tengo que reconocer que en algunas ocasiones me invadía un gran desaliento: ¿de qué sirve decir la verdad si nadie está dispuesto a escucharla? Los estalinistas estaban muy bien organizados en aquella época, justo al término de la guerra. Para mucha gente, Stalin continuaba siendo el bueno de Tío Joe, como lo apodaban familiarmente.

*¡Pero* 1984 *tuvo un éxito enorme, no se imagina hasta qué punto! Y luego, en 1956, ya muerto Stalin, Jruschov pronunció su «Discurso secreto», donde revelaba las atrocidades perpetradas por Stalin y sus cómplices*.

Algo oí al respecto. No me consuela mucho haber tenido razón.

*Creo que le interesaría ver la película titulada* La muerte de Stalin.

Me cuesta ver películas. Estoy obligado a hacerlo a través de un intermediario, y siempre hay alguien al otro lado que no deja de hacer comentarios en paralelo. Además, las interrumpen para ir a ponerse una cerveza, echar un vistazo al teléfono, ir al baño y esas cosas. A nadie le apetece tener que ser un *voyeur* involuntario hasta ese extremo.

*No debe de ser nada agradable. Pero podríamos verla juntos: ¡a mí no me importaría verla otra vez!*

Le agradezco el gesto, pero no funcionaría. Usted no lograría dejarme entrar. Puedo percibir que carece de facultades extrasensoriales. No es lo bastante permeable. Es una escritora, y por tanto una persona egocéntrica, como le decía antes.

(Risas.) *Ya, me han dicho en muchas ocasiones que no soy «lo bastante permeable», pero tal vez podría usted convencer a madame Verity para que la vieran juntos. Es una sátira muy de su estilo, basada en la realidad.*

La sátira es peligrosa cuando se viven tiempos extremos. Escoges cualquier exceso y, aunque pienses que estás exagerando las cosas, lo más probable es que haya sucedido en la realidad.

(Murmullo comprensivo.) *Lo sé.*

Sin duda habría preferido que el sueño soviético se desarrollara de otro modo. Sin tantísimas muertes, sin juicios falsos, sin asesinatos… Las intenciones originales eran buenas, al menos las de algunos. Los idealistas, siempre dispuestos a darlo todo por una causa que creen virtuosa y dirigida hacia el bien común, se dejaron llevar por el fervor. En fin. Toda revolución que triunfa es susceptible de corrupción, inevitablemente. Una vez tomado el poder, quienes lo han tomado desearán aferrarse a él cueste lo que cueste. Eso fue sin duda lo que sucedió durante los años que yo intenté describir a mi modesta manera.

*Hay muchas personas, entre las que me incluyo, que le están muy agradecidas por ello. Fue usted muy valiente, y no solo durante la guerra civil española. Muchas de sus declaraciones no fueron bien recibidas en aquella época, pero su obra ha tenido un valor inestimable y ha sido… ¿cómo lo diría?… una gran fuente de inspiración.*

(Murmullo de satisfacción.)

*Aunque debo reconocer que la primera vez que leí un libro suyo no tenía edad para comprenderlo. Debía de rondar los ocho o nueve años por aquel entonces. Me refiero a* Rebelión en la granja. *Pensaba que era un libro infantil, como* La telaraña de Carlota.

¿La qué?

*Es un cuento infantil que trata de un cerdo, pero de un cerdo bueno, y de una araña que teje mensajes en su tela para salvarle la vida*.

Ah. Por lo que parece, las palabras tienen poder incluso para los cerdos. *(Risas por lo bajo, sonido de una cerilla que se enciende.)*

*Ignoraba que* Rebelión en la granja *se hubiese inspirado en la Unión Soviética y la demonización de Trotski. ¡Entonces no tenía idea de quién era Trotski! Pensaba que los animales eran solo animales. La suerte de Boxer, el caballo, me hundió en la miseria. ¡No podía parar de llorar!*

Vaya.

*Y luego me dio rabia. ¡Era tan injusto!*

Yo diría que mi mayor motivación fue esa: denunciar la injusticia. Las acusaciones falsas, el sacrificio de vidas humanas. Lo que me impulsaba a escribir, más que nada, eran los atropellos. Sentía una indignación tremenda, exacerbada por la vulneración de la dignidad humana y la traición a los seres humanos comunes y corrientes.

*¿Como Dickens, en el ensayo que escribió sobre él?*

Sí, supongo. Pero tengo la sensación de que *madame* Verity empieza a revolverse. Nuestro encuentro está tocando a su fin.

*Hay algo más de lo que quisiera hablarle. Se trata de un libro de Rebecca Solnit*; Las rosas de Orwell, *se titula. Su historia toma como punto de partida la pasión que sentía usted por la jardinería, por cultivar cosas. Se trata de una faceta suya bastante desconocida, y Solnit lo describe como alguien… no sé… adorable, diría yo. Aquella foto suya con esa criatura encantadora, su hijo adoptivo… ¡No daba usted la imagen de ser un catastrofista ni mucho menos! Más bien parecía una persona que amaba la vida, lleno de proyectos hasta…*

Hasta el final, quiere decir. No se preocupe. Siempre tiene que haber un final, como en las novelas. Pero hay que vivir día a día, ¿no? Es cierto que me apasionaba la jardinería. *(Suspira.)* Es una tarea maravillosa… todo ese trabajo, cavar y demás, los olores, incluido el olor a estiércol… y, luego, de la tierra y el sudor, como un milagro, brota algo hermoso… Supongo que es lo que más echo de menos del planeta: su belleza.

*Los rosales que plantó en Wallington, en 1936… se refiere a ellos en su diario… florecieron el Día de Difuntos. Pensé que le gustaría saberlo.*

Cuántas cosas ignoraba yo entonces. Quedaba tanto por llegar: la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial… ¡tanto horror, tanto sufrimiento!

*Muchos de esos horrores terminaron finalmente, aunque dejaron cicatrices; y las guerras tienen la mala costumbre de repetirse.*

Es triste saberlo.

*Hoy día nos enfrentamos a una crisis más insidiosa: la Tierra misma, lo que conocemos como el planeta verde, se ha visto amenazada en cuanto organismo vivo*.

Empezó con el carbón, supongo, con los hornos de carbón, de ese carbón que mueve las máquinas. La gente no quiere saber de dónde procede en realidad la calefacción, la electricidad, las comodidades; ni tampoco lo que se destruye en el proceso. Si no recuerdo mal, escribí al respecto. *(Toses.)* Pero ¿qué hay de los jóvenes? ¿Todavía albergan esperanza?

*No estoy segura, pero lo intentan; intentan revertir el daño que hemos causado. Al menos muchos de ellos*.

*Madame* Verity se está despertando. Me temo que tendré que…

*Sus rosales, los que plantó en 1936, ¡siguen vivos! Siguen floreciendo cada verano. Parece algo casi simbólico.*

*(Silencio.)*

*¿Oiga? ¿Oiga? ¡Vuelva, por favor! Aunque solo sea un momento más…*

*(Se oye un bostezo.)* Ya estoy aquí, en la tierra de los vivos. ¿Su amigo se ha manifestado? Tengo la sensación de que sí. Me he quedado traspuesta y ahora estoy muerta de cansancio: es lo que pasa cuando uno presta su cabeza.

¡Consumen tanta energía! Han tenido una bonita charla, ¿no? ¿Le apetece un té? ¿Le ocurre algo, querida?

# La impaciente Griselda

¿Todos tienen ya su mantita protectora? Hemos intentado proporcionárselas en las tallas correspondientes. Siento que algunas sean manoplas de baño, pero es que ya no nos quedan mantitas.

¿Y sus tentempiés? Lamento que no hayamos podido ofrecérselos «cocinados», como ustedes dicen, pero tienen más valor nutritivo sin esas cocciones suyas. Si se meten el tentempié entero en su órgano de ingestión —eso que ustedes llaman «boca»—, la sangre no goteará en el suelo. Así lo hacemos nosotros.

Lamento que no dispongamos de ningún tentempié vegano. No hemos sabido interpretar esa palabra.

No tienen por qué comérselos si no quieren.

Por favor, los del fondo, dejen de cuchichear y gimotear. Y usted, caballero-señora, sáquese el pulgar de la boca. No dé mal ejemplo a los niños-niñas.

No, señora-caballero, usted no es un niño-niña. Tiene cuarenta y dos años. Entre nosotros sí lo sería, pero ustedes no proceden de nuestro planeta, ni siquiera de nuestra galaxia. Gracias, caballero o señora.

Uso ambos términos porque, francamente, no veo la diferencia. En nuestro planeta no tenemos tantas limitaciones.

Sí, joven ser, ya sé que parezco eso que ustedes llaman pulpo. He visto imágenes de esas simpáticas criaturas. Si mi aspecto les parece demasiado desagradable, tienen mi permiso para cerrar los ojos. De hecho, así podrán prestar más atención a lo que voy a contarles.

No, no pueden abandonar la sala de cuarentena. Ahí fuera hay una epidemia. Sería muy peligroso para ustedes. Aunque no para mí, porque ese tipo de microbio no existe en nuestro planeta.

Siento que no dispongamos de eso que ustedes llaman inodoro. Nosotros transformamos todo el alimento que ingerimos en combustible, de modo que no precisamos de receptáculos. Hemos solicitado uno de esos inodoros para su uso, pero nos comunican que hay escasez de existencias. Pueden probar a

hacer sus cosas por la ventana. Por cierto, está a bastante distancia del suelo, así que les ruego que no intenten saltar.

Para mí tampoco tiene ninguna gracia, señora-caballero. He sido enviado a este lugar como colaborador en un programa de ayuda para crisis intergalácticas. No me quedó otra opción, puesto que me dedico al entretenimiento y soy, por consiguiente, de baja condición social. Además, este artilugio para la interpretación simultánea que me han proporcionado deja mucho que desear. Como bien hemos tenido ocasión de comprobar, mis bromas no se entienden. Aunque, como dicen ustedes: «A falta de masa de harina cocida, buenas son masas de harina frita».

Bien. Y ahora, a por el cuento.

Me han pedido que les cuente una historia, y eso me dispongo a hacer. Es una antigua leyenda terrícola, por lo que tengo entendido. Se titula «La impaciente Griselda».

Había una vez dos hermanas gemelas de baja condición social. Se llamaban Paciente Griselda e Impaciente Griselda. Las dos eran bien parecidas, además de señoras, no caballeros. Todo el mundo las conocía por sus diminutivos: Pac e Imp. Griselda era eso que ustedes llaman su apellido.

Dígame, caballero-señora. ¿Caballero, dice? Adelante, dígame, caballero.

No, no eran una sola persona. Eran dos. ¿Quién está contando la historia? Yo, ¿no? Pues eso, que eran dos.

Un día, una persona adinerada de alta condición social, que era caballero y algo así como duque, llegó montado en un… en un… cuando tienes patas de sobra no te hace falta montarte en nada, pero ese caballero solo tenía dos, como todos ustedes. El caso es que, al ver a Pac regando el… haciendo algo delante de la casucha donde vivía, el duque le dijo: «Venid conmigo, Pac. La gente me dice que, para poder copular como corresponde y engendrar un pequeño duque, antes debo contraer matrimonio.» Porque, claro, el duque no podía expeler un pseudópodo y ya está.

Un pseudópodo, señora… o caballero. ¡Cómo no va a saber lo que es eso! ¡Es usted una persona adulta!

Ya se lo explicaré más adelante.

El duque añadió: «Sé que sois una persona de baja condición social, Pac, pero por esa misma razón quiero casarme con vos, porque una persona de alta condición social tendría sus ideas y vos, en cambio, no tenéis ninguna. Podré daros órdenes y humillaros como me plazca, y os sentiréis tan rebajada que no

osaréis decir ni mu, ni ¡buaaa!, ni nada de nada. Y si me rechazáis, haré que os corten la cabeza».

Alarmada por esas palabras, Paciente Griselda aceptó y el duque la montó en su… Disculpen, en nuestro planeta no tenemos palabra para eso, de manera que el artilugio traductor no nos sirve. En fin, la montó en su tentempié. ¿De qué se ríen? ¿Qué creen ustedes que hacen los tentempiés antes de convertirse en tentempiés?

En fin, proseguiré con la historia, pero no me hagan enfadar demasiado, se lo advierto. A veces, me entra enfadambre; es decir, que cuando tengo hambre me enfado, o que, si me enfado, me entra hambre, una cosa o la otra. Para eso sí que tenemos palabra en nuestro idioma.

Así que el duque agarró con fuerza a Paciente Griselda por su bonito abdomen para que no se cayera de su… en fin, para que no se cayera, y se alejaron cabalgando en dirección al palacio ducal.

A todo esto, Impaciente Griselda había estado escuchando por detrás de la puerta. «Ese duque es una malísima persona y se propone comportarse malísimamente con mi querida hermana gemela Paciente», pensó. «Me disfrazaré de joven caballero y pediré trabajo en la enorme habitación donde se prepara la comida del duque para vigilar de cerca sus movimientos».

Impaciente Griselda entró, pues, a trabajar de criado, como lo llaman ustedes, en la enorme habitación donde se preparaba la comida del duque, y allí fue testigo, o testiga, de mucho despilfarro: pellejos y patas que se desechaban sin más, ¿se imaginan?, y huesos que, una vez hervidos, se tiraban; pero también logró enterarse de todo tipo de chismorreos, que en su mayor parte giraban en torno a lo mal que el duque trataba a la nueva duquesa: era grosero con ella en público, la obligaba a lucir atuendos que no le sentaban bien, la maltrataba y le decía que si la trataba tan mal era por su culpa. Paciente, sin embargo, nunca decía ni mu.

Esas noticias llenaban a Impaciente Griselda de tanta consternación como enojo. Así que, un día que Pac estaba triste y meditabunda en el jardín, Imp se las ingenió para hacerse la encontradiza y le reveló su verdadera identidad. Las dos realizaron un gesto corporal afectuoso.

«¿Cómo permites que te trate de esa manera?», preguntó Imp.

«Mejor un receptáculo para beber líquidos medio lleno que medio vacío», respondió Pac. «Tengo dos hermosos pseudópodos. Además, lo que pretende es poner a prueba mi paciencia».

«O sea, que quiere ver hasta dónde puede llegar», dijo Imp.

Pac suspiró.

«¿Qué quieres que haga? No dudaría en matarme si le diera motivo. Si digo mu, me cortará la cabeza. Tiene un cuchillo».

«Eso está por ver», replicó Imp. «Hay muchos cuchillos en la habitación donde se prepara la comida y ya me sé manejar muy bien con ellos. Pregúntale al duque si te concedería el honor de dar un paseo nocturno contigo por este jardín esta misma noche».

«Me da miedo», repuso Pac. «Podría interpretarlo como un mu».

«Pues entonces intercambiémonos la ropa y yo misma se lo pediré», sugirió Imp.

Así pues, Imp se vistió con los ducales ropajes y Pac con el uniforme de criado, y ambas se encaminaron hacia sus respectivos lugares en palacio.

Durante la cena, el duque le anunció a la supuesta Pac que había matado a sus dos hermosos pseudópodos y ella recibió la noticia sin rechistar. De todos modos, sabía que el duque se estaba marcando un farol, pues otro criado le había contado que el duque había hecho trasladar a los pseudópodos a un lugar seguro lejos de palacio. Los que trabajaban en la habitación donde se preparaba la comida siempre estaban enterados de todo.

El duque añadió a continuación que, a la mañana siguiente, echaría de palacio a Paciente desnuda. En nuestro planeta no usamos esa palabra, pero tengo entendido que aquí es una vergüenza dejarse ver en público sin vestiduras. Luego, dijo el duque, cuando todos hubieran abucheado a Paciente y la hubieran acribillado lanzándole sobras putrefactas de tentempiés con gran despilfarro, él se casaría con otra mujer más joven y más guapa que ella.

«Como gustéis, mi señor», contestó la supuesta Paciente, pero antes tengo una sorpresa para vos.

El duque se sorprendió por el mero hecho de oírla hablar.

«¿De veras?», preguntó retrayendo sus antenas faciales.

«Sí, mi admirado y siempre perspicaz señor», contestó Pac en un tono de voz que sonaba a preludio de una excreción seudópoda. «Es un obsequio especial para vos en agradecimiento por las bondades que me habéis dispensado durante nuestro, ay, demasiado breve periodo de convivencia. Os ruego que me concedáis el honor de acompañarme esta noche al jardín para que hallemos solaz en el sexo una vez más antes de que me vea privada de vuestra luminosa presencia para siempre».

Al duque esa proposición le pareció tan atrevida como *piquant*.

«Piquant.» Es una palabra de su planeta; significa algo así como clavar un pincho en algo. Lamento no poder explicarlo mejor. Al fin y al cabo, es un término terrícola, no forma parte de mi idioma. Tendrán que recabar información por su cuenta.

«Muy atrevido y *piquant* por vuestra parte», afirmó el duque. «Siempre os había tenido por una borrega más blanda que una breva pero, por lo que parece, resulta que tras ese lechoso rostro vuestro se oculta un pendón, una furcia, una golfa, una buscona, una pelandusca, una mujerzuela y una puta».

En efecto, señora-caballero, en su idioma abundan las palabras de ese tipo.

«Estoy de acuerdo, mi señor», respondió Imp. «Nunca osaría llevaros la contraria».

«Os veré en el jardín a la caída del sol», dijo el duque prometiéndoselas muy felices. Quizá su sedicente esposa le daría un poquito de juego por una vez, en lugar de quedarse allí tumbada, rígida como una tabla.

Imp se fue en busca del criado, es decir, de Pac, y juntas escogieron un cuchillo largo y bien afilado. Imp lo escondió bajo la manga brocada de su vestido y Pac se ocultó tras un arbusto.

«Bienhallado seáis al claro de luna, mi señor», saludó Imp al duque al verlo salir de entre las sombras desabrochándose ya aquella parte de su vestimenta tras la que, habitualmente, se ocultaba su órgano del placer. Esta parte del cuento la verdad es que no la he entendido muy bien porque en nuestro planeta el órgano del placer se encuentra en lo alto de la cabeza y perfectamente visible en todo momento. Eso facilita mucho las cosas porque nos permite apreciar a simple vista si se ha producido atracción y si ha sido correspondida.

«Quitaos ese vestido si no queréis que os lo haga jirones, puta», amenazó el duque.

«Será un placer, mi señor», contestó Imp. Y mientras se aproximaba a él con una sonrisa en los labios, sacó el cuchillo que llevaba escondido bajo la suntuosa manga y le rebanó el pescuezo al duque como tantas veces había hecho con los tentempiés mientras desempeñaba sus labores de criado. El duque apenas dejó escapar un gemido. Después, las dos hermanas ejecutaron un acto celebratorio fundiéndose en un gesto corporal afectuoso y devoraron al duque entero, huesos y brocados incluidos.

¿Disculpe? ¿Cómo que «menuda chorrada»? ¿Qué quiere decir eso? Perdone, pero no lo entiendo.

Sí, señora-caballero, reconozco que esto ha sido un momento transcultural. Yo simplemente he dicho lo que habría hecho de haberme visto en la situación de las gemelas. Pero es cierto que contar historias nos ayuda a comprendernos mutuamente pese a los abismos sociales, históricos y evolutivos que nos separan, ¿no creen?

Después, las hermanas localizaron a los dos hermosos pseudópodos, se reunieron todos con gran júbilo y vivieron felices y comieron perdices en palacio. Hubo algunos parientes del duque que, escamados por su muerte, pasaron por allí a husmear, pero las hermanas se los zamparon también.

Fin de la historia.

Levante un poco la voz, caballero-señora. ¿Que no le ha gustado ese final? ¿Que no acaba así normalmente? Entonces ¿cómo quiere que acabe?

Ah, no. Creo que ese final sería más propio para otro tipo de historia; una que no me interesa y que contaría fatal. Pero esta la he contado bien, creo yo; lo bastante bien como para mantener su atención, eso tendrán que reconocerlo. Incluso han dejado de lloriquear. Menos mal, porque esos lloriqueos ya me estaban exasperando, y no digamos tentando. En mi planeta, solo los tentempiés lloriquean. Los que no son tentempiés no lloriquean.

Y ahora les ruego que me disculpen. Tengo varios grupos más en mi lista que están en cuarentena y mi trabajo consiste en ayudarlos a pasar el tiempo, tal como he hecho con ustedes. Cierto, señora-caballero, el tiempo habría pasado de todos modos, pero no tan rápido.

Ahora me deslizaré por debajo de la puerta. Es tan práctico no tener esqueleto… En efecto, caballero-señora, yo también espero que esta epidemia termine cuanto antes. Así podré volver a mi vida normal.

# Una dentadura espantosa

—Me quedé estupefacta cuando me enteré de que estuviste liada con Newman Small —dice Csilla—. ¡Con la dentadura tan espantosa que tenía!

—¿Con quién? —pregunta Lynne—. No conozco a nadie que se llame Newman Small.

—¡Cómo no lo vas a conocer! Escribía reseñas literarias para aquella revista, ya sabes cuál digo. A finales de los sesenta. Cerró al cabo de cinco años, y la verdad es que no fue de extrañar.

—¿De qué revista hablas?

—En la portada había unos castores haciendo cosas indecentes. Pero castores dibujados, no de verdad.

—¿Qué cosas indecentes? —pregunta Lynne. No recuerda la revista—. Han salido y cerrado tantas… —pero el concepto de «indecencia» que tiene Csilla siempre la intriga.

—Ah, pues ya te puedes imaginar. Copulando. En calzoncillos.

—Más indecente es no llevar calzoncillos —replica Lynne—. Aunque quizá no para un castor.

Están tomando el té en el jardín de Csilla. Es el segundo verano del COVID; de no ser por eso, estarían en un restaurante —no dentro, sino fuera, en alguna terraza—, pero a su edad hay que ser prudentes. Csilla unta mermelada de frambuesas en un *scone*, le añade nata montada y le da un bocado.

—¿Cómo pudiste, con esos dientes…? —Se estremece ligeramente—. ¿No era como besar un muro que se desmorona?

—Estás delirando —replica Lynne—. No sé de qué besos hablas.

Csilla, por su parte, tiene los dientes pequeñitos, como de niña, geométricamente alineados e inmaculadamente blancos; además, no le falta ni una sola pieza, pese a que ya debe de rondar los setenta. Csilla nunca revela su edad, mientras que Lynne hace gala de la suya. «Cuando llevas unos cuantos años encima», acostumbra a decir, «ya puedes bailar en lo alto de una mesa —siempre que puedas encaramarte a ella—, o liarte con el cartero, que a nadie le va a importar. O tirar el *push-up* por el retrete… bueno,

metafóricamente hablando, porque solo faltaba que tuviera que intervenir el fontanero y preguntara qué hacía ese sujetador allí dentro, pero en fin, tú me entiendes. Ya no tienes necesidad de meter barriga. Puedes hacer el ridículo tanto como te venga en gana porque el simple hecho de ser vieja te hace ridícula de por sí. La edad te da carta blanca para casi todo».

Lynne es claramente mayor que Csilla, por lo que aún tiene más carta blanca. Pero ¿cuántos años tiene Csilla en realidad? Lynne hace la cuenta: la Revolución húngara estalló en 1956, cuando Lynne tenía dieciséis años. Por entonces, Csilla ya había nacido seguro, puesto que su madre, una mujer con temple de hierro y mano de seda, la sacó del país por esas fechas. Ellas habían sido solo dos de las doscientas mil personas, más o menos, que aprovecharon la oportunidad para salir a escape de Hungría en dirección a tierras con centros comerciales y concursos televisivos diurnos de mejor calidad. Lynne había conocido a esa madre legendaria una vez, cuando todavía estaba en este planeta y vivía atendida a cuerpo de reina en casa de Csilla. Se rodeaba de una cohorte de perfumadas madres húngaras con alma de pedernal con las que jugaba a las cartas e intercambiaba batallitas sobre sus huidas respectivas, así como lamentos sobre los ingratos vástagos a los que habían salvado de las minas de sal comunistas. Por fuera, lavanda, tocados impecables, manicuras y maquillajes; por dentro, acero puro.

Lynne ha fantaseado muchísimo sobre la huida de esa madre: había sido la amante de un destacado apparátchik al que le había puesto los cuernos y de cuya furia celosa se había visto obligada a salir huyendo. Se había dedicado al contrabando de discos de *rock and roll* importados de Estados Unidos y estaban a punto de echarle el guante. O había sido miembro de una célula clandestina de la resistencia y los estalinistas le seguían la pista. ¡No hay que olvidar que hubo millares de supuestos miembros de la resistencia que fueron detenidos y asesinados! En una de aquellas fantasías, la madre de Csilla había seducido a un guardia en una patrulla fronteriza para que la dejara salir del país con la niña. En otra, le había disparado al guardia; en una tercera, lo había seducido y le había disparado.

Sin embargo, Csilla mantenía que a su madre la política siempre le había traído sin cuidado. ¡Nada de células de la resistencia en su caso! Lo suyo había sido mera nostalgia de la gastronomía de antaño, de algún tipo de cocina austrohúngara de opereta a lo Viuda Alegre que tal vez existiera en su juventud: *schnitzels*, paprika, *goulash* («¡Pero hecho como Dios manda!», añadía Csilla), nata montada (¡pero de la auténtica!); las cosas buenas de toda

la vida. Así que había agarrado una maleta, y a Csilla, y habían salido zumbando hacia la frontera.

La cuestión es: ¿qué edad tenía Csilla en aquel momento? Ella siempre ha respondido a esa pregunta con evasivas, aunque está claro que para entonces ya hablaba, porque aún tiene acento húngaro. El caso es que ha modificado muchas veces la edad que tenía en el momento de su desarraigo primigenio: a medida que envejece, la pequeña Csilla rejuvenece. Sus hijos le toman el pelo al respecto: «Un momento, el año pasado decías que diez, ¿ahora resulta que eran cinco? ¡O sea que puede que ni siquiera hubieras nacido, ¿no?!»

Pero Csilla es inmune a preguntas y burlas. Se hace la sorda, cambia de tema y avanza impertérrita por el sinuoso sendero narrativo que más le convenga en el momento. Como buena memorialista, es una mentirosa estratégica: le gusta tentar a la suerte, experimentar con sus oyentes, ver hasta dónde puede llegar. En otra vida habría perdido el dinero a espuertas en las ruletas de Montecarlo y luego habría vuelto a recuperarlo todo enfundada en un vestido de plateado lamé con la espalda al aire, largos guantes blancos, boquilla de ébano en ristre, un bolsito de lentejuelas bajo el brazo con una pistola de cachas nacaradas en su interior y… «Para el carro», se dice Lynne. Csilla nunca ha fumado, ni en esta ni en ninguna vida. De lo contrario no luciría una dentadura tan perfecta; la tendría amarillenta, le faltarían piezas, se le retraerían las encías.

Broncearse, en cambio, siempre le había gustado, y se le nota. Cierto ajamiento, algunos surcos. «Al final, el glamur se paga», piensa Lynne chasqueando la lengua. Ella, por su parte, siempre ha sido partidaria de las sombrillas. Leía protegiéndose de los rayos del sol mientras las demás se frotaban zumo de limón en el pelo para ponerse rubias y se embadurnaban con aceite de bebé para retostarse la piely conseguir un moreno dorado e intenso.

Csilla no había necesitado del zumo de limón: era rubia natural, pero ha seguido optando por el bronceado. Hace que resalten sus perlados dientes. Y si alguien se lo hubiese cuestionado, le habría respondido: «Hay que disfrutar mientras dure, ¿no? Esto se va a acabar tarde o temprano, así que mejor irse morenita y lucir guapa en el ataúd.» Porque, por debajo de la frivolidad y el sentimentalismo, del fantaseo barroco y la sonrisa perfecta, Csilla esconde a una fatalista melancólica. «Naturalmente», le había respondido a Lynne cuando esta así se lo había señalado unas décadas atrás. «¿No has oído hablar del pesimismo húngaro? Lo llevamos de fábrica».

—Coge otro *scone* —dice ahora—. Los he hecho yo misma, con estas manitas.

«Lo dudo mucho», piensa Lynne. Csilla es una experta en comida precocinada, no en repostería.

—Gracias —responde—. ¿Cómo están tus nietos?

Csilla tiene cuatro nietos, mientras que Lynne solo tiene tres. Pese a la casquivana juventud de ambas, de su manifiesto desinterés por las lavadoras-secadoras y de su afición a soltar consignas feministas antediluvianas («Una mujer necesita un hombre tanto como un pez una bicicleta» y cosas por el estilo), al final ambas se habían casado —más de una vez—, se habían reproducido, habían cantado nanas, se las habían ingeniado con los pañales y habían acabado recurriendo a los guisos clásicos —que Lynne preparaba con ingredientes frescos y Csilla compraba, congelados, en el supermercado.

Csilla esquiva la pregunta sobre los nietos fingiendo no haberla oído:

—A ver, estoy haciendo un poco de arqueología sobre Newman Small —dice como si rumiara—. Después de la revista con los castores rijosos, trabajó temporalmente para el gobierno federal como asesor sobre no sé qué asuntos de cultura. Entonces había mucho más dinero en ese negociado, como recordarás, y Newman siempre supo dónde rascar para sacar tajada. La burocracia soviética y la burocracia canadiense son lo mismo, para el caso. Si hay un sistema, hay que explotarlo: así era Newman Small. Aunque también denunciaba el sistema, cómo no. Eso es muy propio de los canadienses: mucho llenarse la boca con acusaciones, pero venga a pasar dinero bajo mano. Con los soviéticos habría sido imposible hacer eso porque te liquidaban y punto.

—Es que a nosotros nos gusta ser inclusivos —dice Lynne—. Nos gusta aceptar todos los puntos de vista, o mejor dicho: hacer como si los aceptáramos.

Csilla ríe, pero sigue abriéndose camino con su fábula.

—Aunque Newman continuó con la crítica literaria en otros circuitos. Sus reseñas tampoco eran malas; manejaba bien la jerga. Supongo que así fue como lo conociste: fueron tus reseñas literarias lo que os arrejuntó.

—Csilla, te repito que yo nunca me he arrejuntado con ningún Newman Small —protesta Lynne.

—Aunque tus reseñas eran mejores que las suyas. A lo mejor por eso quería deslizarse en la braguita de tu bikini. Pretendía seducirte para apoderarse de tu talento como reseñista. A lo mejor pensaba que tu dominio del género se le pegaría a través del pene.

—Yo no he llevado bikini en mi vida —replica Lynne indignada. Lo del bikini es lo más escandaloso que Csilla ha dicho de ella hasta la fecha. Ella ha sido siempre una defensora a ultranza del bañador de una pieza. Aunque no por mojigata, sostiene, sino solo porque las chicas de talle corto no deberían llevar bikini (donde dice «chicas», léase «mujeres»): esas bandas horizontales las hacen parecer más rectilíneas si cabe. Es una verdad dolorosa, pero una verdad al fin y al cabo.

—Pues en el pijama de franela entonces. Aquel con el estampado de ositos.

Lynne lamenta haber compartido con ella ese dato personal sobre su ropa de dormir. Csilla jamás se pondría una cosa así: los pijamas de franela con estampados de ositos le parecen risibles, los asocia a la tendencia a tener los pies fríos a medida que una se adentra en la senectud. Es rastrero por su parte sacar a colación ese pijama de forma tan despiadada, pero Csilla siempre ha sido despiadada.

—Eso ha sido un anacronismo —replica Lynne—. Te equivocas de década: ese pijama es del siglo XXI.

—Pues lo que sea que llevaras en aquella época —responde Csilla sin perder comba—. Aquellos conjuntos de Slenderella, ¿te acuerdas? Los de encaje en falso satén que estaban de moda entonces. Yo tenía el dos piezas con la mañanita a juego. En fin, el caso es que no sé cómo pudiste… —Arquea las cejas y abre desmesuradamente los ojos—. Ya sé que eran los sesenta y todos hacíamos muchas tonterías, ¡pero Newman Small! Supongo que tendría grandes cosas que ofrecer en otros terrenos, para compensar aquellos piños horrorosos. ¿Estaba bien dotado?

—¿«Bien dotado»? —repite Lynne entre risas—. Qué expresión tan formal, ¿no? ¿En qué siglo vivimos?

—Vale, pues, ¿tenía un buen paquete?

—Csilla —contesta Lynne recalcando mucho las palabras—, te repito que nunca me he tirado a ningún Newman Small. Ni siquiera me dice nada el nombre. Yo no me he cruzado con esa persona en mi vida.

—Pues tu primer ex asegura que sí. Él recuerda perfectamente esa historia. Dice que la tiene grabada a fuego. Fue un martirio para él, hasta tenía pesadillas recurrentes por su causa. Coge una uva, las he lavado.

—¿Jason? ¿Eso te ha dicho? —Lynne siente un escalofrío recorriéndole la espalda. No ha hablado con Jason desde hace tiempo. ¿Cuánto, exactamente? Un año, como poco. ¿Por qué habría Jason de recordar un episodio que nunca sucedió? ¿Estará trastornado por alguna desgracia de la que ella no ha sido informada? ¿Le habrá sobrevenido alguna enfermedad mental? ¿Tendrá párkinson, alzhéimer, algún tumor? No, seguro que no ha sido nada de eso: ya se habría enterado. Entonces, ¿a qué viene inventarse esas patrañas, esas transgresiones que en realidad ella nunca cometió? Si ella misma tiene dificultades para acordarse de sus verdaderas transgresiones. ¿Será que Jason también se había hecho un lío? ¿O lo habría dicho con mala intención solo por divertirse? No sería imposible.

Se sirve otro té, le echa un poco de leche y la mezcla trazando pequeños círculos con la cucharilla para hacer tiempo. Cuando por fin consigue dominarse un poco, replica:

—Jason nunca habría dicho semejante cosa. Porque es mentira, sencillamente. Además, ¿cómo es que has hablado con él?

Lynne sospecha el motivo: Csilla está escribiendo un libro sobre la década de los sesenta. Forma parte de una serie en curso: la historia social de Canadá contada década a década. Son libros ilustrados acompañados de textos breves sobre modas de la época, escándalos públicos, figuras políticas, victorias deportivas, estrellas del pop, personajes de segunda categoría. Jason es uno de esos personajes, o lo era: en otro tiempo había dirigido un programa radiofónico en el que entrevistaba a otros personajes de segunda categoría como él. Lynne también había gozado de cierta fama en su momento, por eso se habían conocido. En su primerísima juventud —los veintisiete, para ella—, había sido una poeta galardonada. Ser «poeta» entra de por sí en la segunda categoría, y «galardonada» es un adjetivo común hoy día: tanto podría aplicarse a una cerveza como a una vaca. Muchos de los grandes personajes de la década de los sesenta ya están muertos, y Lynne apenas recuerda quiénes eran; ya no digamos los de segunda categoría. Con el tiempo, todo lo que una vez fue importante pasa a segundo plano.

—¿Otro *scone*? —le ofrece Csilla—. Hablo con él muy a menudo. Le pirran los cotilleos. Para mí ha sido un filón: es una enciclopedia ambulante, conoce los trapos sucios de todo el mundo, sabe dónde están enterrados todos los cadáveres.

—Es posible, pero yo no soy un cadáver. Jason no habría dicho eso de mí. Puede que sea un exagerado, pero mentiroso no es. —«A diferencia de ti»,

dice Lynne para sus adentros mirándola con una amplia sonrisa, pero enseguida rectifica: «A diferencia de nosotras»—. O no hasta ese extremo —añade.

—Hay una avispa en tu plato —la advierte Csilla, y agita las manos para espantar el bicho.

—No se debe espantar a las avispas. Si tú no las incordias, ellas tampoco a ti —dice Lynne repitiendo una de las máximas heredadas de su madre, mujer nada amiga de histerismos ni blandenguerías.

—Eso ha demostrado ser falso —replica Csilla—. Yo me he portado la mar de bien con ellas. La semana pasada, sin ir más lejos, les di un trozo de pastel para ellas solas, y aun así me picó una.

—La ingratitud es deplorable, sobre todo viniendo de una avispa —conviene Lynne—. Mucha gente las mataría sin contemplaciones. Coges una bolsa de papel y lo usas para cubrir el avispero a la caída del sol, luego las rocías con insecticida y te las cepillas a todas de golpe. Pero dime, ¿cuándo y dónde se supone que tuvo lugar ese sórdido *affaire*?

—En 1967, en Otawa.

—Pues entonces más improbable todavía. En Otawa nadie tiene *affaires*.

—Uy que no —replica Csilla—. Entre funcionarios bien que abundan. Como se aburren tanto…

—Pero nadie se desplaza ex profeso a Otawa para liarse con alguien, ¿por qué iba a planteárselo siquiera?

—A lo mejor en el caso de que el otro en cuestión estuviera en silla de ruedas y le costara desplazarse —argumenta Csilla—. Sería una muestra de cariño.

—Ni aun así —replica Lynne—. En 1967 yo vivía en Whitehorse. La mitad de ese año la pasé allí, becada. Jason iba a verme los fines de semana, conque ya me dirás tú con qué pretexto iba yo a viajar a Otawa.

—Le dirías a Jason que tenías que resolver algún asunto relacionado con la beca —elucubra Csilla—. Cogiste un avión a Vancouver y luego el vuelo nocturno a Toronto, para llegar de madrugada, y allí hiciste trasbordo. Seguramente aprovechaste alguna oferta, porque siendo una jovencita sin blanca… ¡Qué admirable esa energía tuya! ¡Imagino las ganas locas que tendrías de llegar! ¿Dónde te citaste con Newman? O más bien dónde te citabas, ¡porque seguro que hubo citas a montones! ¿En el Chateau Laurier? ¿Te tenía una habitación reservada para cuando bajaras dando tumbos del avión? ¿Te esperaba allí para hincarte los cariados dientes en el cuello?

—Csilla, ¡eso nunca sucedió, nunca jamás!

—No sé por qué te pones tan a la defensiva. Todas tuvimos nuestras aventurillas, ¿no? La píldora acababa de salir al mercado. Estábamos demostrando nuestra libertad: «Si tú puedes, yo también», «Ojo por ojo», etcétera. Por lo que recuerdo, corría el alcohol, y la maría no digamos. Yo llevaba minifalda y botas blancas de charol. ¿Te acuerdas?

—No tengo ningún empacho en reconocer las aventuras que sí tuve —dice Lynne—. Y si lo que buscas es una abyecta confesión, reconozco que se me cae la cara de vergüenza solo de pensar en aquellos pantalones de pata de elefante, en la chaqueta de cuello Mao y el mono elástico con cremallera por delante. Pero insisto en que yo nunca tuve ninguna aventurilla con un sujeto llamado Newman Small. Por estas, palabrita del Niño Jesús, que me parta un rayo si miento.

Csilla hace caso omiso de esa reversión a la jerga infantil; es posible que desconozca tales coloquialismos vernáculos.

—Jason dice que tuvisteis una pelea por eso. Que reconociste el desliz y él te preguntó si estabas borracha o drogada, porque si no ¿de qué ibas tú a hacerle caso siquiera a un tipo con una dentadura tan espantosa? ¡Newman Small! Según Jason, aquello atentaba contra todas las reglas de la estética, y desde aquel momento dejó de respetar tu intelecto. Dice que destrozó vuestro matrimonio.

—Ahora mismo llamo por teléfono a Jason. No me puedo creer que haya dado pábulo a una historia tan absurda —protesta Lynne levantándose trabajosamente de la tumbona—. Gracias por el té. Y los *scones* estaban deliciosos. Tienes que decirme dónde los has comprado.

—Uy, no llames a Jason —suplica Csilla—. ¡Como se la líes por eso, nunca más volverá a contarme nada!

Lynne deja atrás el jardín trasero en sombra, bordea la casa de Csilla y pasa entre las forsitias, que alguien debería podar; luego cruza el césped, que alguien debería regar, y baja por los peldaños delanteros hasta la acera. En la calle hace un sol abrasador. «Como el calentamiento global aumente unos grados más, arderemos todos», reflexiona. «Aunque puede que para entonces ya esté muerta.» Ha dejado el coche a dos manzanas de distancia. «Aunque haga calor, mejor no ir con prisas; así es como se desmaya una».

Está rumiando sobre dentaduras, sobre las dentaduras de su juventud. En sus tiempos no existía la fluoración, ni siquiera el hilo dental, solo los palillos de dientes. Luego, cuando terminó la guerra, empezaron a brotar golosinas por doquier como malas hierbas empalagosas. Por no hablar de los helados, los chicles y los refrescos de soda. Seguro que fue una conspiración odontológica para provocar el aumento de caries, aunque no es que los dentistas necesitaran de ninguna ayuda. Lynne se recuerda con ocho, nueve y diez años encogida de miedo en la silla del dentista, soportando el espantoso taladro —martillo neumático, más bien— que en aquella época se activaba a golpe de pedal. El horrísono chirrido, el dolor —¿usarían anestesia entonces?; algo debían de usar, pero poco efecto hacía—, y luego aquel sonido —aquel crujido como si estuvieran pisando porexpán o nieve a seis grados bajo cero — mientras rellenaban la cavidad horadada. Todavía le quedan muchas de esas grisáceas amalgamas incrustadas en las muelas, sin duda filtrando mercurio directamente al cerebro. En los incisivos, sin embargo, lleva fundas. ¡Y que Dios bendiga los implantes!

¿Cómo había conseguido Csilla librarse de todo eso? ¿Era cierto, como la madre de Lynne aseguraba, que existían dos tipos de esmalte dental, el blando y el duro, y que, por desgracia, ella había heredado el esmalte blando de su padre, así que tocaba aguantarse porque «lo que no tiene remedio, remediado está»? ¿O era que los estalinistas habían mantenido Hungría tan desabastecida de artículos de primera necesidad, como las golosinas, que Csilla se había ahorrado los efectos corrosivos de la bonanza azucarera de posguerra?

Abstraída en esas elucubraciones llega a casa y consigue alcanzar a toda prisa el cuarto de baño para lidiar con los efectos del exceso de té. Luego se bebe un buen vaso de agua para combatir la deshidratación y se sienta a poner en orden sus pensamientos. ¿Qué le dirá a Jason cuando lo llame por teléfono, como se dispone a hacer en breves instantes? ¿Cabe la remota posibilidad de que Csilla y Jason estén en lo cierto, y que, por razones inexplicables, efectivamente hubiera tenido un escarceo con el misterioso Newman Small de asquerosos dientes, y que tanto eso como la subsiguiente trifulca y ruptura con Jason la dejara tan traumatizada que lo hubiera borrado por completo? Podría ser.

Si al menos hubiese llevado un diario, ahora podría comprobarlo, ¡pero la vida llevaba un ritmo tan acelerado entonces! ¿Cuándo había conocido a Csilla? ¿En 1968, año más, año menos? Había sido en un sarao miserable organizado por una editorial de poesía en un sótano, pero ¿el sótano de

dónde? ¿De una iglesia? No, no: de una taberna que dejó de existir hace ya muchos años. Aquel día, Csilla llevaba una vistosa minifalda de colores con estampado geométrico y un enorme reloj de pulsera rojo, naranja y azul, además de las botas blancas de charol. ¿Cuántos parásitos del mundillo cultural *underground* habían estado enamorados de Csilla, con su ondeante melena rubia, su bronceado divino y su *sexy* acento europeo? Montones. Lynne recuerda bien a aquellos embelesados pretendientes —algunos también poetas— que le hacían confidencias mientras trasegaban copas de vino blanco tibio o cafés igualmente tibios y, con la mirada ojerosa y arrobada, se lamentaban de la crueldad de Csilla, evidenciada en su negativa a acostarse con ellos. ¿Acaso tenía sentimientos? ¿Era una calientabraguetas despiadada? ¿Una diosa de hielo? Alguna razón antinatural debía de haber para que opusiera resistencia.

¿Y cuántos, por otro lado, habían estado enamorados de ella, de Lynne? Nunca lo sabrá. Sin embargo, Csilla aseguraba que ella sí lo sabía, y los sacaba a relucir en un momento u otro para burlarse. Formaban una larga lista, pero todos y cada uno de aquellos pretendientes carecía de algo, todos eran ridículos, indignos por completo de Lynne. Pero ¿cómo se había enterado Csilla de los sentimientos amorosos de aquellos jóvenes? No había forma de comprobar si lo que decía era cierto, y Lynne no iba a arriesgarse a preguntarles: «Disculpa, ¿estás enamorado de mí?» Habría corrido el rumor de que estaba chiflada; incluso más chiflada de lo normal, ya que las poetisas eran todas unas chifladas por definición. De todos modos, averiguarlo solo habría servido para saciar la curiosidad y alimentar su ego, porque a ella nunca le había interesado ninguno de aquellos jóvenes que figuraban en la lista de Csilla: había leído sus poemas.

Algunos de esos supuestos pretendientes estaban casados, eran señores maduros con un trabajo en toda regla, que se la pegaban a sus mujeres, que buscaban emociones fuertes y pretendían confraternizar con la contracultura. Las postrimerías de los sesenta fueron tiempos de grandes rupturas domésticas; era la época de la denominada revolución sexual, posterior a la píldora y anterior al sida. Jóvenes barbudos *hippies* por todas partes, chicas con abrigos largos o con maxifaldas floreadas y botines de cordones; la hierba y el ácido siempre al alcance de la mano, seguidos posteriormente de otras sustancias. Era como si la familia ideal de la década de los cincuenta se hubiera hinchado como un globo de agua y hubiera hecho explosión. Los matrimonios se rompían como cristal bajo una tormenta de granizo. Muchos

cincuentones desechaban sus trajes a medida, jubilaban las corbatas, denunciaban el sistema y se colgaban collares de cuentas; vergüenza ajena daban; madres con cuatro hijos decidían que en realidad eran lesbianas y que lo habían sido toda la vida, de ahí su insatisfactoria vida sexual. Por lo visto, todo el mundo andaba buscando su identidad perdida y parecía destinado a saltar de cama en cama para encontrarla. Incluido Jason, incluida Lynne. Luego ¿Newman Small había sido un signo de los tiempos? ¿Un daño colateral? ¿Qué se había traído Lynne con él exactamente, con él y sus dolencias dentales?

Descuelga el auricular del teléfono; ha mantenido el teléfono fijo porque ¿y si algún fenómeno meteorológico extremo, un huracán o una inundación, derribaba las torres de la telefonía móvil? ¿Y si se iba la luz debido a alguna tormenta de hielo y no podía cargar el aparato? Esas cosas pasan.

Abre los contactos del móvil para buscar el número de Jason y lo llama por el fijo. Así es menos probable que sepa que es ella. ¿Lo cogerá? Sí.

—Hola, Lynne —saluda Jason—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿Has pasado el COVID?

—Todavía no. ¿Y tú?

—Yo tampoco, todavía. —Toma aire—. Jason. —Pausa—. Acabo de hablar con Csilla.

Pausa al otro lado.

—¿Y? —responde él con cautela.

—Quería preguntarte por un hombre, un tal Newman Small.

—Ajá.

¿Eso ha sido una risa? A Jason le gusta burlarse de las flaquezas humanas, siempre que no sean las suyas.

—Dice Csilla que tú le contaste que tuve un lío con un tal Newman Small. En Ottawa. ¿Cómo pudiste decirle eso? Sabes que no es verdad. ¡Ni siquiera conozco a esa persona!

—Yo nunca he dicho nada semejante —replica Jason.

—¿Entonces qué le dijiste? Algo debiste de decirle.

—Csilla me soltó no sé qué historia sobre un tipo que tenía unos dientes espantosos y yo la dejé explayarse… aunque se habría explayado de todos modos, ya sabes cómo es. El caso es que luego me pidió que la corroborara.

—¿Y lo hiciste?

—No. No abrí la boca.

—Pues ella lo interpretó como un sí.

—Ella interpreta cualquier cosa como un sí cuando le conviene.

—¿Y por qué no le dijiste que no era verdad?

—¿Para qué? —replica Jason—. Csilla siempre cree lo que le apetece, o al menos dice que lo cree. Además, no podía confirmar ni desmentir la historia: ¿quién es ese tal Newman Small? ¿Cómo voy a saber si te acostaste con un desconocido del que en mi vida he oído hablar? No se puede demostrar la inexistencia de algo inexistente.

—¿Eso quiere decir que tú tampoco sabes quién es Newman Small?

—Correcto —afirma Jason. Ahora sí ríe, sin duda alguna.

—Se está pasando de la raya —dice Lynne.

—Qué novedad, ¿no?

—Quiere sacar a relucir mi aventura con Newman Small en uno de los libros de la serie que está escribiendo: *Escándalos en el mundillo literario de 1967*.

—Dile que la demandarás.

—¡No puedo demandarla! —replica Lynne—. ¡Es una de mis mejores amigas!

—¿Todavía? —pregunta Jason.

Una semana después, le toca a Lynne invitar a Csilla a tomar el té en su jardín.

Lynne no sirve *scones* y nata montada. Opta por un menú algo más protestante: unas rodajas de melocotón en almíbar con yogurt de vainilla por encima y unas barritas energéticas de dátiles con avena compradas en la panadería vegana de la esquina. Vuelve a hacer calor, así que ha sacado un ventilador de pie al jardín. Csilla lleva un vestido floreado en tonos pastel y mangas con volantitos. Está tan estupenda como siempre. «Quizá no tanto como siempre», corrige Lynne para sus adentros. «Estupenda en la medida de lo posible».

Tras el cortés intercambio de rigor (quién de entre sus conocidos se ha contagiado, quién ha acabado en el hospital, quién ha muerto de COVID y quién de otra cosa), Lynne aborda el tema principal:

—He hablado con Jason —anuncia—, y me ha asegurado categóricamente que en ningún momento te dijo que yo hubiera tenido nada con Newman Small.

—¿De verdad? —Csilla arquea las cejas con incredulidad—. ¿Eso te dijo?

—También me dijo que nunca había oído hablar de Newman Small.

—¿Que no?

—Exactamente. —Lynne deja que Csilla asimile el dato, aunque seguro que no le coge de nuevas—. ¿Existió alguna vez ese tal Newman Small o ha sido un invento tuyo, dientes incluidos? —le pregunta.

—¿Acaso importa? —responde Csilla regalándole su perfecta sonrisa.

—¡Pues claro que importa! —exclama Lynne—. Y mucho.

Csilla baja la vista hacia la taza.

—Pero si es una historia genial —masculla.

—Sin duda, pero no es verdad —replica Lynne. El tono es serio y severo, hay reproche en su voz. ¿Cómo se las ha ingeniado Csilla para hacerla sentir como una moralizante y aburrida maestrilla de catequesis enfundada en una faja color carne?

—Una historia no es genial porque sea veraz —argumenta Csilla—, es genial porque es buena.

—¿Y a cuántas personas les has contado esa genial historia tuya? —pregunta Lynne, aunque sabe que lo más probable es que Csilla se salga por la tangente. De pronto se ve a sí misma, o una imagen de sí misma, estampada en una valla publicitaria con la cara del inexistente Newman Small pegada a la suya. Lo ve sonriendo de oreja a oreja con los dientes muy separados. Ya nunca podrá despegárselo de encima. En cuanto una historia así salta al ruedo social ya no hay vuelta atrás.

—A pocas. A unas cuantas nada más —responde Csilla. Miente, no cabe duda.

Lynne guarda silencio. Le falta el aire. ¿Es rabia o estupefacción? ¿Cómo puede ser Csilla tan embustera? ¿Cómo puede inventarse esas patrañas ridículas? Porque no es la primera vez que ocurre. ¿Lo hará por el placer de crear? ¿Por malicia, por divertirse sembrando cizaña? ¿Por reivindicar que la vida es una farsa o por alguna otra razón más profunda o sibilina? Debe de saber que tarde o temprano la acabarán pillando, ¿qué busca entonces? ¿Una regañina? ¿La demostración de que no existe una sola buena persona en el mundo, ni siquiera ella?

—Tampoco hacía falta pintarlo como un ser tan repulsivo —protesta Lynne —. Podrías haberte inventado a un tío cañón. Pero supongo que pensaste que un engendro resultaría más gracioso.

—Estás enfadada conmigo —murmura Csilla contrita.

—Sí, un poco sí —contesta Lynne—. Me has puesto en ridículo. ¿Era eso lo que pretendías?

—Imagino que no querrás dirigirme la palabra nunca más —dice Csilla. Tiene la mirada fija en la mesa, juguetea con la cucharilla.

Pero ¿cómo iba a enfadarse hasta ese extremo, hasta el extremo de no volver a dirigirle la palabra a Csilla nunca más? Ya está mayor para escenitas de ruptura y portazos definitivos; no consigue armarse de la suficiente indignación moral. «Para mí, como si no existieras», diría alguien de una generación más joven, pero Csilla existe para ella, desde luego que existe. De hecho, Csilla forma parte de ella. El enorme reloj de pulsera, las botas blancas de charol, las fantasías rocambolescas. El vino blanco de garrafón, los mediocres poetastros, los arrobados pretendientes. Las dos retozando como gatitas, felices con su cuerpo, creyéndose libres. Sintiendo y provocando dolor. Flotando momentáneamente ajenas a las garras del tiempo…

—Estarías en tu derecho —reconoce Csilla—. No sé por qué soy tan mala pécora. —Es muy hábil en esas lides, sean las que sean: ¿arrepentirse, autoflagelarse, escurrir el bulto? ¿Prender fuego y huir de la quema? El hecho de ser guapa ayuda.

—¿Te acuerdas de cuando me robaste la píldora del mes entero y dijiste que no habías sido tú? —pregunta Lynne—. Eran los tiempos en que los anticonceptivos se vendían en aquellos discos de plástico duro que parecían el dial de un teléfono. Las pasé canutas para conseguir más existencias, entonces no nos lo ponían nada fácil. Fueron dos semanas de lujuria desperdiciadas por tu culpa.

—Pues siento decir que las vendí… en el mercado negro o lo que fuera aquello. A ver, necesitaba el dinero, ¡y no iba a vender las mías! —Csilla ríe, enseñando sus dientecillos infantiles—. Soy una mala pécora, ya te digo.

Al cabo de un instante, Lynne ríe a su vez. Todos aquellos días con Csilla, todos aquellos años, que ya se esfuman, que se evaporan. Que tan rápido han pasado.

—Eres mi gran amiga de toda la vida, y te quiero —dice.

Csilla sonríe con la mejor de sus sonrisas, la más perlada, angelical e inocente.

—¿Pero?

—Sin peros —responde Lynne.

# Muerte a golpe de concha

HABLA HIPATIA DE ALEJANDRÍA

«Pero ¿por qué conchas?», tuve tiempo de preguntarme, aunque no mucho tiempo: ya me habían sacado a la fuerza del carro y estaban arrastrándome por la calle. Me llevaban agarrada del pelo, según dijeron algunos más tarde, aunque lo cierto es que también me cogían de los brazos y las piernas. Supongo que habían hecho acopio de conchas de antemano, ex profeso. Era evidente que tenían un plan: lo habían tramado todo con anterioridad. Ahora me pregunto por qué no utilizaron cuchillos simplemente. Habría sido mucho más eficaz.

La eficacia, sin embargo, nunca fue algo primordial para ellos. Lo que les interesaba principalmente era el simbolismo. Es decir, que las conchas debían de simbolizar algo para ellos, aunque no sabría decir qué. Al parecer, Afrodita nació de algún tipo de bivalvo. Dos conchas que se abren y revelan un interior carnoso; salado, pero sabroso. Interprétenlo ustedes como quieran.

Como iba diciendo, me arrastraron por la calle; una calle empedrada, por cierto, y llena de baches. Eran todos hombres; solo entre los espectadores había algunas mujeres, que me miraban atónitas: ¿no era Hipatia una mujer reverenciada, una confidente leal de los gobernantes de aquella capital tolerante, efervescente, próspera y civilizada del venerable Imperio romano? Si a mí podía sucederme algo así, ya podían ellas prepararse. Debían de sentir temor, más que lástima o indignación.

Ninguna de ellas corrió a defenderme. Se ciñeron el velo a la cara y se dieron la vuelta haciendo como si no hubieran visto ni oído nada. No se lo reprocho. Habrían caído víctimas a su vez, y pasado a ser «daños colaterales», como ustedes los llaman hoy día. (Por otra parte, ¿acaso no me había dado yo la vuelta de manera similar al ver conducir a otros al cadalso? «Cierto, pero aquellos espectáculos eran legales», protesta una voz en mi interior. «Eran ejecuciones decretadas como castigo por actos delictivos.» Aun así, la verdad es que les había vuelto la espalda, y la línea que separa unos hechos de otros es muy delgada. Según desde dónde se mire, ni siquiera existe tal línea.)

¿He mencionado ya que estaba gritando? Cómo no iba a hacerlo. El cuerpo grita, quieras o no. Parar evitar esa reacción en tales circunstancias es preciso haberse ejercitado a fondo en el autodominio, y desde una edad temprana. Se necesita práctica, y yo carecía de ella: nunca había caminado sobre ascuas ardientes, ni vivido en una cueva entre escorpiones, ni me había insertado agujas al rojo bajo las uñas. Era matemática y maestra, no asceta. No me había visto en la necesidad de adiestrarme en ese tipo de autocontrol. Por consiguiente, grité, y a todo pulmón.

De hecho, ese debe de ser el objetivo de tal género de torturas; de cualquier tortura, a decir verdad. Y así, reducir al ser humano a lo más básico. «¿Lo ve? No existe eso que llaman "vida interior": era una mera pretensión suya. No hay más identidad que este pedazo de carne sufriente y lo que pueda extraerse de él: aullidos, súplicas, fluidos de diversa índole.» Las opciones disponibles en el manual están limitadas por la naturaleza del cuerpo humano: solo existe un número finito de cosas que se le pueden infligir.

Todo el espectáculo resultó bastante ruidoso, en realidad: a mis gritos se sumaban las voces desgañitadas de la concurrencia. Al participar en una turba asesina, la gente se azuza entre sí con vocinglera vehemencia. Ustedes mismos lo habrán podido comprobar en los partidos de fútbol. «Agresiones verbales», ese suele ser el término habitual utilizado para describir tal griterío. En mi caso, las ofensas consistieron en improperios relacionados con mi virginidad («¡Zorra degenerada!»), mi supuesta religión («¡Panteísta diabólica!»), mis inferidas prácticas mágicas («¡Bruja asquerosa!»), así como sugerencias de brutalidad («¡Arránquenle la piel a tiras!»).

Les ahorro los pormenores de lo que sucedió a continuación porque no quisiera herir su sensibilidad. Muchos en su mundo han dado en creer que se ha progresado desde mis tiempos, que la gente se ha humanizado, que las atrocidades del pasado han quedado atrás en su mayor parte, aunque no entiendo cómo cualquiera que siga de cerca la actualidad puede sostener esa opinión.

Permítanme que mencione tan solo que me arrancaron las vestiduras. Desvestir violentamente a la víctima es una práctica común en esa clase de celebraciones; su propósito es humillarla. Luego me desollaron viva con las conchas, que no eran muy afiladas, por lo que el despellejamiento llevó más tiempo de lo normal. Esa tortura se llevó a cabo en un santuario cristiano, me figuro que a modo de sacrificio humano en honor a su concepción de dios. Ah, también me sacaron los ojos, aunque no sé con seguridad si antes o

después de muerta. Para entonces ya me encontraba contemplando la escena desde algún punto cercano al techo, por lo que deduzco que debía de estar muerta. El caso es que se armó tal algarabía en el transcurso de ese acto, era tal el fervor, el ardor, el ansia por participar, que no conseguí verla como es debido. Hoy día se habrían tomado fotos con las cámaras de los móviles; se habría posado, se habrían blandido las conchas manchadas de escarlata; se habrían grabado vídeos captando el momento en que me arrancaron los ojos (como verán, me mantengo al corriente de las últimas tecnologías y prácticas de su época).

El caso es que uno de aquellos señores arrojó mis ojos al suelo y los pisoteó. Eso me dio pena: había disfrutado mucho gracias a esos ojos; me habían ayudado a observar los cielos, a cartografiar la órbita de las esferas celestes. «Adiós, queridos ojos», murmuré.

Ahora puedo ver perfectamente sin ellos. En esta etapa del ser, vemos a través de los ojos de los demás. Ahora mismo estoy viendo gracias a los suyos.

Una vez concluido el espectáculo principal, mi cuerpo fue descuartizado y sus partes arrastradas por las calles —exhibidas, podría decirse— hasta un lugar a las afueras de Alejandría donde se conducía a los malhechores para proceder a su quema. Allí incineraron lo que quedaba de mí.

Hubo profusión de sangre, como imaginarán. Algunos de aquellos hombres se embadurnaron la cara con ella, y algunos incluso se lamieron los dedos después. Las turbas se dejan llevar por la exaltación. Al día siguiente, ¿cuántos de ellos despertarían sin un recuerdo claro de lo sucedido? Entre ellos había hombres casados. ¿Les preguntarían sus mujeres de dónde había salido aquella sangre en sus túnicas? Es poco probable. Un marido con la túnica manchada de sangre es susceptible de reaccionar con suspicacia ante esa pregunta. En aquel entonces la ropa se lavaba en el río, golpeándola contra las piedras, por lo que mi sangre fluyó corriente abajo y desembocó en el mar.

El deber de las mujeres era arreglar cualquier desaguisado y callar. En el ámbito doméstico se imponía el silencio, se eludían ciertos temas; no había espacio para preguntas como: «¿Te has enterado de que han matado a nuestra respetada y estimada sabia, a nuestra astrónoma y filósofa, a nuestra joya de Alejandría y consejera del prefecto?» Seguro que esa pregunta nunca llegó a formularse.

El cabecilla del linchamiento era un lector eclesiástico, y esos lectores eran hombres cultivados. No vayan ustedes a imaginar a una chusma de campesinos analfabetos. Sabían leer, al menos la mayoría. También es cierto que, una vez que arrancó la cosa, se fue sumando gente de toda ralea, como es habitual. Cuando hay animación de por medio, ¿quién quiere quedarse al margen?

Y eso es todo. ¿Que cuál fue el motivo? Político, a decir de muchos: una lucha de poder entre el prefecto designado por Roma y el patriarca cristiano para decidir quién llevaba la voz cantante en Alejandría. Mucha gente expresó horror y estupor, se exigieron disculpas y hubo tibias reprimendas —«Ese no es el mensaje de nuestra fe», etcétera—. La comisión que se creó para investigar los hechos señaló a uno de los guardias del patriarca, lo que no sorprendió a nadie porque ese hombre y sus compañeros eran una caterva de maleantes y asesinos, pero nunca se llegó a encausar a nadie. Integrar una masa tiene sus ventajas. ¿Quién había arrancado el primer ojo? Y, a partir de ese momento, ¿a quién le importaba quién había hecho qué?

Por cierto, en el más allá las cosas son muy distintas. Ya no existen los secretos; todo se sabe. Se celebran juicios y se presentan pruebas: yo mostré mis ojos destrozados y mis extremidades descuartizadas. (Más tarde se creería que esas imágenes sirvieron de inspiración para varias santas icónicas: santa Catalina de Alejandría, por ejemplo, con la cabeza cortada; santa Lucía, con los ojos en una bandeja o, en otras representaciones, saliendo de un tallo con dos ramificaciones, a la manera de esos anteojos llamados impertinentes.)

Yo nunca he sido una persona vengativa. Perdoné a mis asesinos, aunque no estuvo en mi mano evitar el castigo al que se enfrentaron en este otro mundo.

Algunos sostienen que mi asesinato marcó un punto de inflexión, que señaló el fin de lo que se conoce como el mundo antiguo. No cabe duda de que a continuación se desató una iconoclastia generalizada. Los cristianos destruyeron todo lo que pudiera recordarle al pueblo los dioses y semidioses a los que antes habían entregado su confianza y su veneración. Estatuas, inscripciones, fuentes, mosaicos, frescos, vasijas, pergaminos, papiros… todo debía desaparecer. Hoy día, cuando alguien desentierra algún fragmento de mi mundo destruido —una Artemisa sin nariz ni brazos, un Zeus con el pene roto, una nereida sin manos, una dríada sin pies—, todo el mundo se congratula por el tesoro descubierto. «Es un hallazgo de valor incalculable», suele decirse. Y lo mismo sucederá con los vestigios de su mundo cuando le

llegue el turno. La bola de demolición ya trabaja con diligencia en la tarea, aunque no en nombre de la religión, o al menos no como tal.

No obstante, aunque el arte antiguo se destruya, siempre se crea arte nuevo, y parte de él ha encontrado inspiración en mí. A lo largo de los siglos he sido objeto de múltiples representaciones artísticas, entre las que predominan las estatuas clásicas de noble porte que me representan mucho más joven y hermosa de lo que era en realidad. Hagan el cálculo: en el momento de mi fallecimiento tenía al menos cincuenta años —más bien sesenta, para ser sincera—. Pero, dado que nadie recordaba mi verdadero aspecto —incluso en el caso de mis compañeros más cercanos, mi recuerdo quedó marcado por los detalles de mi sangriento final—, los escultores aprovecharon la oportunidad para plasmarme como deseaban. ¡Qué frondosa cabellera me han atribuido! ¡Qué porte tan grácil! ¡Qué favorecedores ropajes! Digo esto sin asomo de sarcasmo. Pregúntense ustedes: ¿cómo preferirían ser inmortalizados, tal como son en realidad, defectos incluidos, o como una versión mejorada de sí mismos? Sean sinceros.

Además de esas representaciones escultóricas, también he sido objeto de varias pinturas de un erotismo casi pornográfico, la mayoría realizadas en el siglo XIX, una época especialmente pornográfica, por lo que he observado. Es evidente que el interés de esos pintores se centraba en mis ropas desgarradas, lo que les permitía pintar a una mujer desnuda presa de la angustia, algo muy del gusto de cierto tipo de hombres. En varios de esos cuadros estoy completamente desnuda, y sin embargo no se observa en mi cuerpo ningún rasguño, pese a que fui arrastrada por las calles empedradas de la violenta manera ya descrita anteriormente.

En la más inquietante de esas pinturas, mi cuerpo —el de una mujer de veinticinco años— tiene el tono blanco verdoso de un pez muerto. Lo adorna una larga melena de color anaranjado, uno de cuyos mechones la protagonista del cuadro sujeta con una mano colocada delante del pubis mientras levanta la otra en actitud defensiva. Un gesto cuya inutilidad la historia se ha encargado de recalcar. Pero la historia sigue contando esas cosas y los pintores pintándolas, o eso hacían al menos en otras épocas, cuando todavía se representaban imágenes de personas y hechos en vez de envolver árboles con trozos de tela y demás: Napoleón en la mañana de Waterloo, la balsa de la *Medusa*, la carga de la brigada ligera, yo misma, justo antes de ser despellejada y descuartizada. Todos sabemos cómo terminaron esas historias.

Pero ahora que llevo muerta tanto tiempo, ¿qué significo? Para ustedes, me refiero, en su mundo, en la tierra de los que por el momento siguen vivos. Tal vez me consideren ustedes afortunada por el simple hecho de significar algo; la mayoría de la gente que lleva muerta tanto tiempo como yo no significa absolutamente nada porque no queda nadie con vida que sepa nada de ellos. Se han fundido como el hielo, se han desvanecido como el humo.

Yo, en cambio, continúo existiendo para ustedes, si bien como una multiplicidad de personajes: la patrona de las mujeres científicas, la última de los helenos, una figura secundaria en la historia del neoplatonismo, una mártir de la filosofía, un icono feminista —aunque ya podrían haber optado por un personaje menos desgraciado—, la heroína de varias obras dramáticas y narrativas de segunda fila —aunque todavía no de una serie de televisión—, la protagonista de varios poemas mediocres, aunque bien intencionados. Y, paradójicamente, también el paradigma de la virtud cristiana, un dato este que sin duda debería llamar a la reflexión.

Pero me han convocado aquí por un motivo: querían que les contara lo que sucedió en realidad, y eso he hecho. Ahora me plantean otra pregunta: ¿mereció la pena mi vida, la vida que decidí llevar? ¿Habría sido más feliz de no haberme convertido en una figura pública respetada, de haber seguido el camino habitual reservado a la mujer de entonces, de haberme casado y tenido hijos? No puedo responder a esa pregunta, solo me cabe decir que una vez hecha una elección, las demás quedan excluidas. Es probable que, de haber elegido otra cosa, no hubiera terminado sirviendo de entrenamiento para carniceros, pero uno nunca sabe. Muchas mujeres desconocidas han sido descuartizadas por el mero hecho de existir.

Yo procuro ver el lado positivo: no tuve que sufrir las indignidades de la senectud. ¿Qué es preferible, me pregunto, un charco o un crepúsculo? Cada cual tiene su encanto.

# Pandemónium

*Nos hallamos en el futuro. O en un futuro. Afortunadamente, para los escritores existen muchos futuros y pocos pueden refutarse de manera categórica. Mantengamos la imprecisión sobre el momento exacto en el que se desarrollan los hechos.*

*En este futuro, una enfermedad de transmisión sexual (o mejor dicho, una enfermedad que se contagia a través de cualquier tipo de contacto húmedo, besos incluidos) se ha extendido por toda la humanidad, que se ha visto obligada a adaptarse para sobrevivir. La historia se narra desde el punto de vista de una de las matriarcas encargadas de concertar matrimonios entre jóvenes no contaminados, una medida imprescindible para prevenir la enfermedad y garantizar la gestación de fetos no infectados.*

Sharmayne Humbolt Grey firmó sobre la línea correspondiente. Cuando era joven, sus amigos la llamaban Sharm, pero el tiempo había ido erosionando ese nombre y, excepto para las viejas amistades (de las que ya quedan pocas), por lo general todos la conocían ya simplemente por el título de prima mater.

Añadió luego la fecha, un día de mediados de junio. Seguía agradándole celebrar nupcias en ese mes y, aunque las cosas habían cambiado mucho, todavía existían las flores de azahar. Luego lacró el documento con el sello de la Casa de los Desventurados, cuyo diseño se remontaba a los orígenes de la Casa y mostraba a dos figuras que recordaban a los antiguos ojos de las cerraduras: dos botoncitos coronando dos triángulos, uno más grande y otro más pequeño, con sendos palitos, cada uno a modo de piernas que salían por debajo. Supuestamente eran una madre y un hijo, aunque era imposible saberlo a menos que te lo hubieran explicado.

Sharmayne había estado allí desde el principio, cuando todas se reunieron para idear la imagen de la institución. Se sentaron en torno a una mesa de lo que entonces era el comedor y ahora se llamaba la Sala de Juntas de la Prima Mater, y tomaron café, e incluso cerveza, riendo ilusionadas. Aquel día también habían escogido el lema de la Casa: los Desventurados. «Demasiado

religioso», pensó Sharmayne en aquel momento, aunque luego esa denominación las ayudó a recaudar fondos. En aquellos tiempos, cuando el tejido social se disolvía y las Casas no pasaban de ser una iniciativa nueva y audaz, un experimento para tratar de resolver un problema crucial, siempre andaban escasas de fondos. Sharmayne evocó con desagrado aquellos rústicos platos y tazas; las colchas, estrictamente utilitarias; las bolsas de basura verdes repletas de prendas donadas, algunas no demasiado limpias. Entonces aceptaban y agradecían todo lo que caía en sus manos. Ahora, en cambio, desde que el sistema de las Casas se había convertido en política oficial, el dinero había dejado de ser un problema.

Se levantó apoyándose en el escritorio para no perder el equilibrio y se volvió hacia el espejo de cuerpo entero que había hecho instalar en su despacho dos años atrás, después del día en que entró a la Asamblea General con la falda remetida por detrás y no se percató hasta que oyó a unas chicas riendo por lo bajo. Las chicas seguían riendo por lo bajo, los chicos seguían riendo burlones: eso no había cambiado y tal vez no cambiara nunca. En cualquier caso, no quería darles más motivos de los inevitables para risitas tontas o burlonas. Si su aspecto era más ridículo que de costumbre, quería ser la primera en detectarlo.

Se pasó revista en el espejo empezando por los zapatos: zapatos «novia de Frankenstein» los llamaba ella (ortopédicos hasta decir basta), pero ya no tenía edad para romperse la crisma en aras de la coquetería. Cordones bien atados. Los tobillos… esa hinchazón no tenía remedio, pero a los ochenta, ¿qué se podía esperar? Falda azul marino en su lugar, mangas largas con volantes que llegaban hasta los nudillos, un lacito en el pescuezo para esconder el pellejo de pavo y el sello de plata de la Casa colgando de un collar de perlas de una sola vuelta. Se echó un vistazo rápido a la cara (que todavía hacía su servicio, pero ya estaba bastante ajada, como era de esperar), se apartó unos mechones de pelo (que no se le ocurriría teñirse como la imbécil de prima mater Mabel, con ese rojo henna a sus setenta y nueve) y se irguió todo lo que pudo. Sharmayne ya era una figura ilustre y tenía que lucir como tal, pero a ella no la desempolvaban solamente para figurar en ocasiones especiales: sobre ella recaían las decisiones más importantes, las que requerían de su singular experiencia. Por ejemplo, seleccionar a las futuras novias.

El acuerdo del día anterior también lo había sellado ella, aunque no había sido un placer ni mucho menos. La prima mater de Alas Protectoras, la bruja

rácana de Corinna, era un hueso duro de roer. Pero Sharmayne no le iba a la zaga; en otro tiempo, gracias a su habilidad negociadora, había tenido asignada la tarea de gestionar los descubiertos con las entidades bancarias.

Disponía de material de primera clase que intercambiar, y todo el mundo lo sabía, incluida prima mater Corinna. Sharmayne había calculado que, pese a sus fanfarronadas, Corinna estaría dispuesta a sacrificar en lo económico con tal de conseguir un producto de pureza garantizada, como había sucedido. La Casa de los Desventurados gozaba de una reputación intachable.

Nadie que proviniera de allí había ido a parar al Pandemónium en quince años, lo que constituía el mejor récord de todas las Casas. El de Alas Protectoras no estaba nada mal, como mater Corinna se había encargado de recalcar. Pero Sharmayne había contraatacado con el rumor de que Alas seguía empleando aquellas perillas de silicona con las que se rociaban los pavos en lugar de sesiones íntimas presenciales; ¡qué antinatural, casi profano! Corinna había farfullado y lo había negado, pero su rostro adoptó un satisfactorio rojo grana y acabó cediendo en el precio.

Sharmayne se puso en marcha, algo que empezaba a ser un empeño de envergadura últimamente. Primero un paso, luego otro; pie izquierdo, bastón, pie derecho. Franqueó el umbral del despacho, avanzó pasillo adelante y se detuvo un momento para apoyarse en la pared. Allí estaba la puerta que daba a la *suite* de invitados, destinada a los visitantes oficiales de las demás Casas. Al fondo (pie izquierdo, bastón) se encontraba la puerta de la habitación infantil para invitados, todavía decorada al estilo Montessori de principios del siglo XXI. Sharmayne tenía predilección por las antigüedades: le provocaban nostalgia, una emoción que había reprimido enérgicamente en la mediana edad, pero a la que ahora daba rienda suelta.

Apoyada en el quicio de la puerta, se asomó al cuarto y rememoró la ilusión con la que habían escogido aquellos bloques apilables, las mesitas y sillitas rojas y amarillas, de saldo, evidentemente, y lo ufanas que se habían sentido con aquellas gangas. Curioso, el modo en que habían empezado las Casas, todas con un presupuesto ajustadísimo y ubicadas en las zonas menos prósperas de las ciudades. Entonces no ocupaban tres o cuatro manzanas, como ahora. Algunas habían servido como refugios para mujeres maltratadas o adolescentes víctimas de abusos sexuales; un par de ellas habían sido cooperativas de lesbianas en sus inicios. Todo aquel idealismo a espuertas, aderezado con gachas grumosas y café instantáneo, ¡con lo bueno que estaba

el café auténtico, uno de los verdaderos lujos de la vida! Ella no bebía otra cosa: su estatus se lo permitía.

Se estremecía de vergüenza al recordar lo serias que habían sido en otro tiempo, tanto ella como las demás prima matres; además de presuntuosas y moralistas, a decir verdad. Pero, de no haber sido por ellas, ¿dónde estaría todo el mundo ahora? Al final, incluso los políticos se habían dado cuenta de que el sistema de las Casas era el único modo de que la raza humana pudiera llegar a la generación siguiente. Ni los antiguos y aleatorios rituales de apareamiento ni la laxa monogamia autoimpuesta podían seguir funcionando: la tasa de mortalidad había crecido en exceso.

Pero la mayoría no se dejó convencer tan fácilmente. Sharmayne recuerda los titulares de prensa: colegios y oficinas cerrados, ciudades y zonas residenciales acordonadas; la obligatoriedad de los análisis, el colapso del sistema público de salud, las cacerías de brujas, los juicios en defensa de los derechos civiles, primero ganados y luego perdidos una y otra vez a medida que el miedo cerval se apoderaba de la población. Después vinieron los disturbios en los hospitales, los pacientes ingresados en las salas de infecciosos arrastrados a las calles por turbas furibundas cuyos cabecillas iban ataviados con trajes de amianto como los de los bomberos; el olor a gasolina y a carne quemada.

Esa nueva gama de enfermedades a las que se enfrentaban hacía que el herpes, la gonorrea resistente a la penicilina, la sífilis de cepa-R y el sida parecieran tan inofensivas como un vulgar catarro. Los nuevos virus se propagaban más rápido, mataban más rápido; algunos mutaban a tanta velocidad que ni siquiera los análisis eran capaces de detectarlos. Tanto hombres como mujeres podían ser portadores durante años sin saberlo y propagar la enfermedad por doquier.

Finalmente, después de que se comprobara la escasa fiabilidad de los trajes de látex y las mascarillas labiales en forma de «T» «para besar con seguridad», después de que los certificados de virginidad demostraran ser susceptibles de falsificación, después de que la Sociedad en Pro de la Castidad Masculina resultara un fracaso absoluto, solo quedaba una modalidad de defensa infalible: si las enfermedades eran imposibles de controlar, había que evitar el contacto, fuera del tipo que fuera. A partir de entonces, las Casas empezaron a levantar muros e invertir en alambre de espino, vallas eléctricas y tapias rematadas con cristales rotos. También empezaron a expulsar a los que infringían las reglas. «Estas casas son

santuarios, y nos encontramos en estado de sitio», solía repetir ella misma por entonces. «Hay que pensar en los niños».

Sharmayne, ya jadeando un poco, hizo un alto en la pasarela elevada que conectaba la Casa Uno con la Casa Dos dentro del recinto de la Casa de los Desventurados. Podrían haber derribado las viviendas individuales y construido alguna monstruosidad en cristal y acero, como el engendro que albergaba Alas Protectoras en Parkdale, pero ella prefería que las Casas parecieran casas de verdad. A pesar de que el ladrillo del siglo XIX requería mucho mantenimiento, así resultaban más hogareñas.

La pasarela elevada era uno de sus puestos de vigilancia favoritos. Desde allí se divisaba el patio de recreo de los chicos, a la izquierda, donde los jóvenes aprendían los rudimentos de los juegos bélicos. A la derecha, separado por una tapia de altura considerable, se encontraba el patio de recreo de las chicas. Sharmayne se acordó de que su abuela le contaba que, en sus tiempos, los niños y las niñas jugaban en el mismo patio, y de lo cómico que eso le había parecido en aquel momento.

Abajo, en su patio correspondiente, las niñas de doce años jugaban en ese momento una partida de Pandemónium. Cada equipo representaba a una Casa. El patio estaba diseñado a modo de tablero gigante del Monopoly, con viviendas del tamaño de casas de muñecas. Al Pandemónium se jugaba del mismo modo que al Monopoly, aunque las reglas se habían modificado para adaptarlas a la realidad presente. Ya no había hoteles; cada Casa en tu terreno te daba derecho a una novia que intercambiar, y cuatro novias, a un novio. Los novios tenían más valor porque, como todo el mundo sabía, los ejemplares puros resultaban difíciles de encontrar. Entre las Tarjetas de la Suerte había algunas que representaban las distintas variantes de la enfermedad, y la antigua casilla de la Cárcel había pasado a llamarse Pandemónium. Sharmayne recordaba que, en el juego del Monopoly, para salir de la Cárcel se necesitaba una tarjeta especial o una determinada secuencia de números en los dados. Pero si caías en Pandemónium ya no salías nunca, ni en la vida real ni en el juego.

Las voces de las niñas ascendían flotando hasta ella: jóvenes, escandalosas y llenas de vitalidad. «¡Ese adefesio bizco y viejales no vale una de mis novias Clase-A y dos casas! ¡Te lo cambio por una novia Clase-B y una casa!» «¡Anda ya! ¿Por ese saldo? ¡Ni hablar!» Sharmayne les sonrió con una pizca de tristeza: de algún modo tenían que aprender los principios de la negociación (tal vez algún día llegaran a ser matres), ¡pero eran tan inocentes!

Habían sido expuestas a las películas propagandísticas y se les había inculcado el debido temor, pero no podían imaginar siquiera lo terroríficos que eran en realidad los Pandemóniums.

Ahora, cada ciudad contaba con el suyo particular, o incluso con dos o tres, según las necesidades. En Toronto había dos: uno ocupaba una extensa zona al oeste de la ciudad que en otro tiempo había sido un parque; el otro se encontraba hacia el norte, en un parque de atracciones desierto, abandonado desde el tiempo de las epidemias, cuando la gente solía evitar las reuniones multitudinarias. Todos los Pandemóniums estaban provistos de vallas eléctricas, reflectores, perros guardianes y torres de vigilancia. Las provisiones se lanzaban diariamente desde helicópteros. Había drones que sobrevolaban el terreno, pero con la única función de llevar la cuenta. A veces se desataban altercados, se producían asesinatos, pero no existía ninguna injerencia del exterior. Quién sabe qué atrocidades tenían lugar de puertas adentro.

En los Pandemóniums no solo se permitía una total libertad sexual, sino que se fomentaba, pues se creía que así sus pobladores terminarían exterminándose unos a otros más rápidamente, aunque se rumoreaba que podías desarrollar inmunidad o entrar en fase de remisión y sobrevivir durante años. Los recién nacidos, si los había, llegaban al mundo sentenciados. A veces la gente optaba por una vía de salida rápida y sus cadáveres se distinguían a lo lejos, flotando en un estanque, balanceándose colgados de un árbol o del bucle de una montaña rusa en desuso que, pese a su actual estado de deterioro, todavía parecía prometer cierta forma de placer frívolo y desenfrenado. De libertad, incluso, si uno quería interpretarlo así.

Se estremeció al pensar en la facilidad con que ella misma podría haber sido confinada a un Pandemónium en otro tiempo. Entonces, la castidad estaba pasada de moda, la antigua familia nuclear había entrado en crisis, todo el mundo se divorciaba una vez como poco, todo el mundo saltaba de cama en cama, o eso decían los expertos. Cuando tenía veinte años había escuchado, sonriendo con desinteresada cortesía, los horrores que se contaban sobre los tiempos anteriores a la píldora: chicas sentenciadas de por vida, matrimonios de penalti, abortos clandestinos sobre mesas de cocina. Ella y sus amigas habían hecho poco más o menos lo que querían con quien querían, procurando, eso sí, evitar a todo el que pareciera un fracasado o un pervertido. Se hablaba bastante de relaciones formales, pero el sexo no implicaba compromiso, no era algo que conllevara demasiada emotividad. En el

instituto les habían hecho estudiar *Romeo y Julieta*, y les parecía una obra como llegada de otro planeta. Todavía le parecía oír a los chicos en los pasillos, entre clase y clase, chinchándose unos a otros con voz de falsete: «Oh, Romeo, Romeo, ¿dónde estás, que me peo, Romeo?» Hacía años que habían eliminado esa obra del programa de estudios de su Casa: inculcaba ideas peligrosas a los jóvenes.

Sharmayne consultó su reloj de pulsera, provisto de grandes dígitos. Ya estaba bien de pensar en las musarañas; si no, alguna de las otras (alguna que codiciara el cargo de prima mater) empezaría a difundir rumores sobre una posible demencia. No estaba bien visto que el novio llegara con retraso a su boda, ni ahora ni en el pasado. La ceremonia iba a celebrarse al cabo de hora y media, y ella aún tenía que recoger al pobre Tom y a su séquito de testigos para conducirlos a la sala de actos.

Prima mater Corinna se presentaría en la sala puntual como un reloj, acompañada de Odette, que era la contraprestación ofrecida por Alas Protectoras en el trato: su contribución al futuro de la raza humana. Odette era una chica corpulenta con la cara castigada por el acné, un tanto malhablada y demasiado bulliciosa, como muchas últimamente. Durante las entrevistas había hecho muchas indagaciones sobre la estatura, el color de los ojos y otras cuestiones que no eran de su incumbencia. «Eso es competencia de las prima matres», le había contestado finalmente ella. «Aquí las encargadas de la planificación genética somos nosotras. Es buen chico, y limpio, eso es todo lo que necesitas saber. Quizá sea un poco temperamental, pero si al principio te muestras amable con él no tendrás problemas.» La futura novia ya debía de haber sido adiestrada en el protocolo (nada de comentarios despectivos sobre los genitales ni muecas de disgusto), pero ¿seguiría las indicaciones?

Pie izquierdo, bastón, pie derecho, pausa. ¿Era el pasillo siguiente o el otro? Luego había unos escalones; eran solo tres, pero aun así cada día le costaba más subirlos. Salvó mentalmente los tres y siguió avanzando hacia la alcoba del novio, donde la víspera siempre se celebraba una fiesta en la que los casados mayores de edad de la Casa de los Desventurados lo emborrachaban, le contaban chistes sobre mujeres para disipar el terror y se quedaban toda la noche con él para asegurarse de que no intentara salir huyendo. La verdad es que no había adónde huir, aunque una vez se habían encontrado a un desventurado joven escondido en un canasto de la ropa.

En tiempos venideros, cuando ella ya no estuviese en este mundo, puede que las enfermedades se extinguieran, que murieran de inanición. Que

desaparecieran, al igual que la viruela, por falta de portadores. Los Pandemóniums se quedarían vacíos. Entonces, quizá ninguna de esas restricciones y esos temores tendría razón de ser. Las Casas creían que todos los comportamientos sociales eran adquiridos, y ella confiaba en que esos hombres del futuro tuvieran derecho a cierto nivel de independencia, a cierta dignidad.

Tal vez ese deseo suyo fuera mera nostalgia, su vicio secreto. Sabía que era una debilidad, pero sentía lástima de los novios y la entristecía tener que ceder a los chicos de la Casa de los Desventurados y que tuvieran que irse a otras Casas; y aquel muchacho, Tom, era uno de sus favoritos. No sabía si debía decirle que gracias a él había firmado un acuerdo de lo más satisfactorio. Tal vez no: podría subírsele a la cabeza, y mientras estuviera en Alas Protectoras le convenía ir con ojo y no llamar la atención. En los últimos años se habían dado varios casos de maridos apaleados. Luego se desestimaron, obviamente, porque no se podía perturbar el sistema, aunque es probable que las acusaciones tuvieran cierto fundamento.

«Dos criaturas tan solo», le diría a Tom. «Solo tienes que engendrar dos, así se estipuló en el contrato. Una vez hayas cumplido ese deber, podrás optar entre quedarte en Alas Protectoras y ayudar en alguno de sus sectores e ir subiendo en el escalafón hasta llegar a marido sénior, un futuro no carente de ventajas; o bien solicitar otro intercambio con una de las demás Casas y probar suerte con otra novia, siempre que hayas decidido que el sexo no es tan aterrador como imaginabas. O también podrías optar por el celibato y los juegos bélicos, según te apetezca llegado el momento. Pero antes tendrás que concebir a esas dos criaturas».

No le contaría la verdad sobre los juegos bélicos, ese medio tan útil para eliminar a muchos varones en exceso agresivos y problemáticos que de lo contrario podrían poner en jaque al gobierno de las prima matres. Al fin y al cabo, Tom solo contaba dieciséis años; ya tendría tiempo de descubrir la cruda verdad más adelante. Le daría unas palmaditas en el brazo y un pellizquito en la mejilla, lo animaría y alabaría su aspecto, eso siempre les gustaba. «Es una buena chica», le diría, «de caderas generosas y limpia de microbios; y no tiene ni un granito en la cara». No había necesidad de ser precisos respecto a la cuestión acneica: ya descubriría la verdad por sí mismo en breve.

Luego le colocaría el velo sobre la cara: azul marino para los chicos; blanco, como siempre, para las chicas (a juego con las flores de azahar). El

velo había pasado a ser obligatorio. Cubría multitud de pecados.

# La metempsicosis o el viaje del alma

Tenían razón en lo que nos contaron sobre el alma: existe. Pero resulta que se equivocaron en todo lo demás.

Es probable que hayan visto esos diagramas: un organismo denominado primitivo, como un caracol, por ejemplo, representado con un globo luminoso destellando en su interior. Ese globo simboliza el alma. Si el caracol se ha portado bien, en el momento de su defunción el alma tiene permitido reencarnarse en un organismo supuestamente superior, como un pez, pongamos por caso. Saltando de una piedra orgánica a otra —o mejor dicho, de peldaño en peldaño en la *scala naturae*, puesto que no se cree que el progreso del alma sea horizontal, sino vertical—, el alma de ese obediente caracol alcanza el pináculo de la creación y, ¡aleluya!, renace como ser humano. Así nos lo han contado.

Pero yo he venido aquí para decirles que hay muy poco de verdad en esa fantasía.

Yo mismo, sin ir más lejos, salté directamente de caracol a ser humano sin que mediaran lebistes, tiburones peregrinos, ballenas, escarabajos, tortugas, caimanes, mofetas, ratopines rasurados, cerdos hormigueros, elefantes ni orangutanes. Ni siquiera me vi obligado a ser concebido, gestado, alumbrado y luego criado desde la cuna con todas las mucosas, la sangre, los eructos, el vómito, la orina, las escoceduras, la dentición, las rabietas, el dolor y el llanto que ese proceso conlleva.

Estaba yo triturando una hoja de lechuga con mi boquita oval provista de rasposos dientecillos que se abre y cierra como una valva carnosa mientras me deslizaba rezumante por mi reluciente autopista de baba autogenerada. Ah, qué hermoso y difuso verdor me rodeaba, qué encaje iba creando, qué aroma a clorofila, qué húmeda jugosidad… ¡qué delicia! «Vive el presente», se les dice a menudo a los humanos, pero a los caracoles no nos hace falta que nos lo digan. Nosotros vivimos el presente en todo momento, llevamos el presente incorporado.

¿Y qué pasó luego? Que un tipo dispuesto a exterminarme se lió a rociarme con un pesticida ecológico que consistía —aunque no debería poner en su

conocimiento estas cosas— en un preparado a base de café frío al que se había agregado media tacita de sal y metido en un pulverizador. «¡Detente!», debería haberle gritado en cuanto las primeras gotitas escaldaron mi tierno cuello. «¡No me sacrifiques! ¡Soy parte integrante de un ecosistema! ¡Ayudo a que las aves formen las cáscaras de sus huevos!»

¿Sabía yo eso entonces? No. Los caracoles no se fijan en el lugar que ocupan en el universo. Esa relación con los huevos de las aves la descubrí investigando posteriormente; tiene que ver con la ingesta de calcio. (De todos modos, me habría sido imposible gritar: el mutismo de los caracoles es de sobra conocido.)

Ni siquiera tuve tiempo de retraer mis ojos tentaculares y replegarme en mi caparazón protector. Mi minúscula alma de caracol, una espiral translúcida de suave luminosidad fosforescente, salió disparada hacia el aire —el aire del espíritu, se entiende, donde operan reglas un tanto distintas— y se abrió camino entre las iridiscentes y tornasoladas nubes, el tintineo de las campanillas y los ululatos del theremín propios de esa región, para al cabo penetrar en el cuerpo de una empleada de una importante entidad bancaria, un mando intermedio del servicio de atención al cliente.

No mencionaré la entidad. Intuyo que a los mandamases de ese banco no les haría demasiada gracia enterarse de que una representante de su servicio de atención al cliente es, en el fondo, un caracol, y ni siquiera un caracol exótico: un vulgar caracol de jardín.

—¿En qué puedo servirle? —me oí de pronto diciendo. Se me había quedado la boca rígida; esa boca de mujer, con sus torpes dientes cuadrangulares, no era tan flexible como mi boca de caracol. Huelga decir que me sentía incorpóreo, así como totalmente incapacitado para la labor que mi envoltura humana al parecer había sido entrenada para desempeñar. Esa labor consistía en atender a los angustiados clientes que llamaban para quejarse del mal servicio recibido. El banco había perdido su dinero, o una parte de él, o había calculado mal sus intereses. El banco había hecho constar datos inexactos. El banco no había emitido los pagos con la debida puntualidad, con la consiguiente devolución de recibos impagados, y no, no aceptaban transacciones digitales. El banco les había vendido un producto o servicio bancario que no deseaban. Las medidas antipiratería de la entidad eran un absoluto desastre…

Mi envoltura humana había sido ampliamente adiestrada para calmar, aplacar y tranquilizar. Funcionaba como un autómata, como un robot de carne

y hueso que repetía la palabra «subsanar» muy a menudo.

Enroscado en el caparazón craneal de aquella humana, donde nuestras dos almas compartían espacio, me oí mascullar de pronto: «¿Por qué te quejas? Al menos no te han rociado con un pesticida anticaracoles.» De hecho, esas palabras salieron de mi boca humana mientras un cliente estaba todavía al teléfono.

—¿«Pesticida anticaracoles»? ¿Perdone?

La gente no quiere que la perdones cuando dice «perdone». Eso es algo que he aprendido. Lo que quiere es hacerte saber que se siente ofendida.

—Lo siento mucho —dijo mi boca humana—. Parece que hemos tenido interferencias de alguna emisora de radio. A veces se cuelan en nuestra frecuencia. No es la primera vez que sucede.

Al parecer, aquel refugio coclear con forma de mujer en cuyo interior me albergaba no tenía reparos en mentir, pero yo me quedé perplejo: los caracoles nunca mienten, luego no comprenden el concepto de mentira.

No tardaría en encontrarme con otro tipo de clientes, más quejumbrosos, más desesperados. Esos clientes habían recibido mensajes de texto, supuestamente remitidos por el banco, en los que se les informaba de que se habían detectado irregularidades en su cuenta y se les solicitaba que verificaran sus datos. Los clientes habían respondido cumplidamente a dicha petición y descubierto *a posteriori* que aquel mensaje no procedía del banco ni mucho menos, sino de un estafador que los había desplumado llevándose los ahorros de toda su vida.

—Qué disgusto tan grande —mascullaba el rostro femenino en cuyo interior me encontraba—. Le paso con nuestro servicio antipiratería.

—Pero ¿y mis ahorros qué? ¿Han volado? ¿Me los devolverán?

—Ahora mismo le paso.

Los caracoles no utilizan dinero. No lo necesitan. Pero allí me tienen a mí, obligado a ser testigo de esas conversaciones exasperantes sobre un tema que no me decía nada en absoluto.

Armándome de toda mi voluntad de caracol, me hice con el control de nuestra boca compartida y tomé la palabra a través de ella:

—¿Dice que contestó a ese mensaje? —le pregunté a la séptima víctima desavisada de aquel fraude—. ¿Que les dio sus contraseñas? ¡Pues se necesita ser tonto!

—¿Perdone?

¿Qué hacía yo en aquel cuerpo que no me correspondía? ¿Qué fuerza me encadenaba a aquella habitación, a aquel escritorio, a aquel teléfono? La transición desde mi cuerpo de caracol había sido tan repentina ¡que ni siquiera sabía qué aspecto tenía mi nuevo caparazón! Claro que tampoco había sabido qué aspecto tenía siendo caracol. A los caracoles no les interesan los espejos.

El reloj, por fin, dio las cinco. Mi cerebro humano (la carne pensante de este cuerpo ajeno, porque, permítanme un inciso: el alma es sin duda distinta del cerebro), este cerebro humano sabía de relojes. De manera que yo, o tal vez ella, podía desconectar, dar por concluida la jornada y dirigirme al cuarto de baño. Allí me aguardaban nuevos tormentos.

Estábamos trabajando desde un lugar que al parecer era nuestra «casa» debido a algo llamado COVID. (Ese algo era un virus. Los caracoles también tienen sus virus, así como infinidad de parásitos —la lombriz pulmonar de la rata mejor ni mentarla—, pero el COVID no figura entre ellos.) Es decir, que ese cuarto de baño era el «mío», si me permiten que utilice un pronombre posesivo para referirme a una habitación que, a pesar de resultarme vagamente familiar, me era ajena por completo. Ese espacio estaba impregnado de aromas embriagadores entre los que detecté algunos a los que más adelante pude poner nombre: jabón de almendras, ambientador con fragancia de limón y una vela perfumada con pétalos de rosa y flores de azahar. Este último aroma me tentó especialmente, pero resistí el impulso de hincarle el diente.

Nuestro movimiento siguiente fue mirar al espejo. Allí había una cara, una cara rodeada de pelo, una cara con una fea y protuberante nariz en medio, una simétrica cara humana que sin duda había visto antes, o quizá habría que decir que aquella imagen especular era un espejismo que generaba un espejismo similar en el tejido cerebral que rodeaba mi minúscula y helicoidal alma de caracol. Supongo que no estaba mal como cara. Para un humano debía de tener su atractivo. No se apreciaban grandes imperfecciones. Descubrí que era capaz de hacerla reír y fruncir el ceño. La puse a prueba para ver qué gama de posibilidades ofrecía. Saqué la lengua y pensé: «Por fin una parte del cuerpo con la que puedo identificarme, una parte húmeda, flexible, retráctil, provista de sensores químicos. Muy similar a un caracol, pese a su color rosado».

Mi interés por las maniobras linguales no tardó en agotarse y me dediqué a otros asuntos. Aunque los caracoles tenemos ojos, nuestra visión es limitada: exploramos el entorno a través del tacto y el olfato. Reprimí, sin embargo, las ganas de ponerme a cuatro patas y lamer el suelo. Solo faltaba que tuviera que

pasar aquella lengua prestada por todas las superficies del baño. Tenía que centrarme. Desvié entonces la atención hacia los sanitarios.

En el cuarto de baño había un lavabo y un váter. Yo entonces no conocía la terminología, aunque deduje su función. Excuso relatar, porque ya podrán figurárselo, el horror que me produjo aquel artefacto lleno de agua, duro y brillante, por no hablar de las funciones corporales para las que había sido diseñado. Los caracoles no se paran a pensar en sus excreciones, que son inofensivas y de un agradable tono verdoso. Habría preferido ignorar todo aquel fregado, si se puede llamar así, pero no tenía mucha opción: era el suelo, el váter o explotar. Nuestro cuerpo contuvo la respiración y se alivió.

En ese cuarto de baño también había una bañera con ducha. Los cuerpos humanos son muy secos por fuera: carecen de esa magnífica capa mucosa que brinda tanta agilidad y sinuosidad al cuerpo de los caracoles, caparazón aparte. La idea de sumergirme en agua me pareció de lo más apetecible. Nos desprendimos de los pantalones de chándal y de la camiseta de manga larga, que llevaba estampado el lema *This Is Not a Drill* ilustrado con la imagen de un martillo, aunque yo no pillé el chiste (entonces no sabía que «*drill*», además de ser un taladro, es también un simulacro), y nos deslizamos en el agua caliente que había salido por el grifo tras girar uno de los dos mandos.

Estaba en remojo dentro de la bañera, procurando no mirar la apabullante masa de carne mamífera que se extendía de mi cuello hacia abajo y sintiendo, al mismo tiempo, cómo mis tejidos se asemejaban cada vez más a los de un gasterópodo, cuando de pronto se entreabrió la puerta.

—Hola, belleza —dijo una voz.

La palabra «belleza» debía de ir dirigida a nuestro cuerpo compartido, puesto que en aquel cuarto no había ningún otro ser visible. Aun así, me sobresalté. Instintivamente, hice amago de replegarme en mi caparazón, pero enseguida recordé que ya no disponía de él. La puerta se abrió del todo y otro humano entró en la habitación. Como era un macho adulto, emitía unas vibraciones muy similares a las del patán que poco antes me había rociado con matacaracoles, así que me alarmé al instante.

Este macho venía cargando con una gran bolsa de papel. Un hedor nauseabundo a carne churruscada impregnó el aire. Existen especies de caracoles carnívoros, pero yo no soy de esa calaña.

—He comprado costillas de cerdo —anunció una voz profunda y retumbante. Sus palabras me dejaron *in albis*—. Y pan de maíz, que sé que te gusta.

—Costillas —farfullamos—. Estupendo.

—Y una botella de Pinot. Cuando saques ese pedazo de cuerpo de la bañera comemos, y luego quizá… ¿Netflix? —Esa última palabra la pronunció como si fuera una caricia.

—Netflix… —susurramos ella y yo. El cerebro homínido en el que me encontraba apresado parecía reconocer la palabra. ¿Sería algo de comer?

El hombre, al que supuse una especie de pareja, contorsionó los músculos faciales hasta componer una mueca que parecía una sonrisa de medio lado y estableció contacto visual con nosotros. En esa mirada me pareció reconocer algún tipo de contraseña sexual, como el primer roce vacilante de un tierno tentáculo de caracol contra otro.

—*Con faldas y a lo loco* —dijo enigmáticamente al salir, sin cerrar la puerta.

Salimos mal que bien de la bañera y recurrimos a la memoria muscular para la secuencia de movimientos posteriores. Nos secamos la piel ya arrugada dándonos unos toquecitos con una toalla, nos inspeccionamos los dedos de los pies —¡qué extraño tener dos pies!, los caracoles solo tenemos uno— y nos enfundamos como pudimos el albornoz, no muy limpio, que colgaba del gancho junto a la puerta y tenía un tono rosa vomitivo, como la lengua. El pelo se nos había mojado, y gracias a eso experimenté lo que era la ansiedad. Los caracoles nunca tienen por qué preocuparse de cuestiones capilares, a diferencia de los humanos, para quienes —como no tardaría en descubrir— son una fuente constante de problemas: tener pelo, no tenerlo, peinárselo, quejarse de cómo otros se lo peinan, hacerse tirabuzones, coletas, moños, cortárselo, arrancárselo… No sería mala idea que los humanos, a la hora de hurgar en el pasado remoto en busca de sus orígenes prehistóricos —un asunto que les obsesiona—, indagaran en la recurrencia de dichas cuestiones capilares.

Nos envolvimos el pelo en otra toalla, salimos del cuarto de baño con mucho tiento y entramos en el dormitorio principal. El novio, pues eso resultó ser, había servido las costillas y el pan de maíz en dos platos junto con un poco de ensalada de col como acompañamiento. Los platos estaban dispuestos sobre una mesita al lado de la ventana. Al parecer, vivíamos en un bloque de pisos con vistas a otros bloques de pisos, a un lago y a un cielo. ¿Recordaba el cerebro humano esa vista? Efectivamente. ¿Acaso ese recuerdo se superponía a mis recuerdos de caracol a la manera de un palimpsesto? Efectivamente. Sentí vértigo; eran demasiadas cosas que asimilar.

Tomé asiento por ambos en la silla disponible.

—¿Hay lechuga? —pregunté con un hilillo de voz.

—He pedido ensalada de col. —El novio me miró tan feliz y compuso la inquietante sonrisa de un omnívoro. ¿Cómo explicarle que yo era incapaz de comerme aquello? El vinagre del aderezo, que mis sensores de caracol podían detectar a una legua de distancia, me habría abrasado por dentro.

Vi que el novio abría una botella de cerveza. Eso ya era otra cosa: a los caracoles les encanta la cerveza; por la levadura, que huele a vegetación fermentada. Por desgracia, la cerveza muchas veces se utiliza para ahogarlos.

—Preferiría lechuga. He pillado una especie de virus intestinal, y como la lechuga se digiere mejor… ¿No tenemos?

—No sé —respondió el novio. Abrió una puerta blanca y miró al otro lado. «Claro», me recordó el cerebro humano: «una nevera»—. Pues no, no queda. Nos la habremos comido. Pero hay una zanahoria.

—Me tomaré una cerveza también —dije.

—¿Qué? ¡Pero si detestas la cerveza!

—Ya no —contesté.

—Lo que mi nena quiera —dijo él—. ¡Aunque sea mi cerveza! —Nuestra boca dio un sorbito de la botella que el novio nos tendía: por fin algo en esta vida humana que podía disfrutar.

Jugueteé con la zanahoria, que, al no estar podrida, se me hacía demasiado dura. Luego me atreví con un pedacito de pan de maíz, pero lo encontré demasiado seco; parecía arena. El novio, Tyler —su nombre había aparecido de pronto en mi consciencia como una serie de letras indistintas, como escrito entre la neblina—, roía las costillas sujetándolas por los extremos con sus grandes pezuñas y arrancando la carne del hueso con sus enormes dientes blancos. Vaya zafiedad de proceso, ¡qué distinto de los delicados movimientos de raspado que practican los caracoles! Yo no le quitaba ojo, asqueado y fascinado a la vez.

—¿No tienes hambre, nena? —preguntó Tyler entre tiento y tiento.

—No mucha —respondí con mi voz de empleada bancaria y una sonrisa que pretendía ser agradable. «Esperemos que la cerveza sea nutritiva», pensé, porque si seguía encarcelado en ese cuerpo humano durante mucho más tiempo, ¿qué iba a comer? Al día siguiente llevaría al cuerpo humano a hacer la compra y haríamos acopio de brotes de guisantes y fruta pasada.

—¿Qué tal el día? —preguntó Tyler.

Yo me lo quedé mirando desde el otro lado de la mesa, entre la creciente bruma embriagadora provocada por la cerveza. Saltaba a la vista que era atractivo en el sentido humano de la palabra. Tenía mucho pelo, de color oscuro, y algo de músculo.

—Bah, como siempre —respondí—. Pero me parece que he estado grosera con un cliente.

—¿Grosera tú? —replicó—. ¡Imposible! —Soltó una risotada y por su boca salieron disparados pequeños proyectiles de costilla—. ¡Tú no serías capaz de ser grosera ni con Godzilla!

Así que esa era la personalidad de mi anfitriona humana antes de que un caracol se instalara en su interior: la de una persona blandengue, amorfa, sin sangre en las venas. ¿Por eso había estado disponible para recibir mi alma? ¿Porque carecía de fuerza interior?

—Seguro que estaban monitorizando las llamadas. Igual me despiden —dije. A decir verdad, estaba deseando que así fuera.

—Que te crees tú eso —repuso—. Eres demasiado buena para ese trabajo, esa gente no se merece a alguien como tú. ¡Ni yo te merezco, qué coño!

Tyler se nos acercó por detrás y nos masajeó los hombros. Iba a dejar el albornoz rosa apestando a carne. Me asaltó una imagen borrosa de una lavadora automática: ¿tendríamos lavadora? Tyler nos besó en el cuello y le dio un lengüetazo exploratorio.

Era un movimiento de cortejo —incluso entre caracoles se habría percibido como tal—, y nuestros cuerpos, el de Tyler y el nuestro, no tardaron en iniciar los preliminares del apareamiento, que condujeron con una velocidad indecorosa a las fases finales, durante las cuales mi pequeña alma verdosa se dejó llevar por el proceso como un recién nacido atado a un tren bala. ¡Qué burdos los rituales sexuales de los humanos comparados con los de los caracoles! ¡Cuánta precipitación! Nada de lentas y lúbricas caricias tentaculares, nada de entrelazamientos y retorcimientos incitantemente voluptuosos. Los caracoles, a diferencia de los humanos, invierten infinidad de horas en el proceso.

¿Cómo podía explicar lo que yo deseaba? No podía exclamar a bocajarro: «¡Soy hermafrodita!» No se habría entendido. Tampoco podía decirle al novio que quería introducir mi pene en su poro genital (debía de tenerlo situado cerca de la oreja, si es que lo tenía) mientras él insertaba el suyo en el mío. Y sobre todo, no podía decirle que quería lanzarle un dardo amoroso para que así mi esperma tuviera más posibilidades de fertilizar sus óvulos. Mi cerebro

humano y racional era consciente de que el novio no tenía óvulos, pero el sexo no es racional, ¿no es cierto? Es una cuestión de sensaciones, y eso era lo que yo sentía.

En cualquier caso, no tenía dardos amorosos que lanzarle. Y uno de aquellos cuchillos largos para cortar la carne habría sido un pobre sucedáneo; incluso podría haberlo matado. Y yo no deseaba que eso sucediera. De todos modos, un impulso es un impulso, y mi trabajo me costó contenerme.

—¿Te pasa algo, cariño? Te he notado rara —dijo Tyler al concluir el acto.

—Es que me siento rara. —¿Hasta qué punto podía contarle la verdad sin que pensara que me había desquiciado por completo?

—¿Cómo rara?

—Que siento el cuerpo raro.

Siguió un silencio. Ya se había hecho de noche y no pude distinguir la cara de Tyler. Debía de estar pensando. La mano que un momento antes me estaba acariciando el pelo se retiró.

—Vaya —dijo—. A lo mejor es que estás incubando algo.

—No —respondí—. Me encuentro perfectamente, pero tengo la sensación de que este no es mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso? Si tienes un cuerpo estupendo.

—Quizá para otro —repliqué—, pero no para mí. Debería estar en un cuerpo distinto.

Siguió otro silencio aún más largo, que interpreté como señal de pensamiento.

—¿Y no convendría que te viera alguien? —dijo con prudencia, más como afirmación que como pregunta.

—Sí. Creo que sí. —Observé que no me había preguntado en qué clase de cuerpo consideraba que debía estar.

Tyler trabajaba como técnico de sonido en televisión, por lo que no tuvo dificultades en encontrar un psiquiatra. El especialista venía muy recomendado por un amigo, según dijo. Tenía costumbre de tratar con gente especial.

—¿A qué te refieres con «especial»? —pregunté.

—Bueno, ya sabes: actores.

Me dieron cita para al cabo de un par de semanas, tiempo durante el cual me fui adentrando progresivamente en mi encarnación humana como quien se

enfunda un traje de neopreno. Gracias a los circuitos neuronales de mi cerebro humano, a esas alturas ya había incorporado a mi memoria la práctica totalidad de las costumbres y maneras de mi anfitriona femenina; articulaba las frases, ejecutaba los rituales, pero seguía convencido de que, en realidad, era un gasterópodo terrestre. Por las noches enroscaba el cuerpo todo lo que podía, me tapaba la cabeza con la sábana y soñaba con hojas, con troncos húmedos, con otros caracoles…

El psiquiatra era un hombre bajito con gafas y bigote que parecía la caricatura infantil de un psiquiatra. Tenía una libreta. La abrió y me preguntó cuál era el problema en mi opinión. Le contesté que me preocupaba tener nariz. El psiquiatra hizo un esfuerzo por no mostrar sorpresa.

—Ah —dijo—, trastorno dismórfico corporal.

—No —repliqué. Me había documentado previamente sobre la terminología—. No es que quiera una nariz distinta, es que no quiero ninguna. O, mejor dicho, no quiero una que sobresalga.

—¿Se ha planteado la cirugía plástica? —La pregunta era una táctica para «entrar en el delirio del paciente», pero yo iba preparado para esa eventualidad.

—No quiero que me cambien de cuerpo —repuse—, quiero que me lo quiten. Estoy en un cuerpo que no me corresponde en absoluto.

—Ah —volvió a decir—. Está en un cuerpo que no le corresponde.

—No soy un hombre —repuse—, por si se le ha pasado por la cabeza.

—Ah. —Parecía decepcionado, pero interesado a la vez. Jugueteó con el bolígrafo. ¿Estaría ya fantaseando con el artículo que iba a publicar en alguna revista científica especializada?

—Pero tengo pene, eso sí —le dije—. Aunque no es un pene humano. Es el pene de mi verdadero yo.

—¿Ah?

—Lo tengo cerca de la oreja.

Parecía confundido. Dejó el bolígrafo sobre el escritorio.

—También tengo óvulos —añadí—. Y un dardo amoroso. En mi verdadero cuerpo, me refiero; en el que no estoy ahora.

—¿«Un dardo amoroso»? —repitió el doctor alzando las cejas—. Entonces ¿tiene un arma?

—No es exactamente un arma, es un *gypsobelum*. Está hecho de calcio. Lo disparo para que penetre en mi pareja. Bueno, lo dispararía si me encontrara en mi verdadero cuerpo.

—Ah. —Me miraba un tanto alarmado, pero no solo a mí, sino también a la puerta que estaba a mis espaldas.

—No se dispara como un arma —puntualicé—, es más bien como una especie de cerbatana.

—Entiendo —dijo—. Y dice usted que su verdadero cuerpo…

—En realidad soy un caracol.

Silencio.

—Creo que nuestra cita ha terminado —anunció, aunque faltaban cinco minutos como mínimo—. ¿Nos vemos la semana que viene?

—No creo que pueda ayudarme —le dije recogiendo mi bolso. Me había costado un poco acostumbrarme a aquel bolso. Esos accesorios no tienen ninguna utilidad para los caracoles.

Abandoné la consulta presa de la desesperación. «¿Por qué delito estoy siendo castigado?», me pregunté. «¿Qué atrocidad cometí en mis tiempos de caracol? ¿Cuánto tiempo tendré que seguir confinado en este purgatorio? ¿Qué penitencias tengo que cumplir para librarme de esta condena?»

Pensé entonces que podría tratarse de un problema religioso y empecé a frecuentar iglesias, en las que me colaba cuando no estaban muy concurridas. Por dentro eran sombrías y húmedas, como el revés de las hojas, y olían un poco a moho, un aroma que me reconfortaba. Me dio por rezar: «¡Ay, Dios mío… o quien sea el responsable de este despropósito… te suplico que me saques de aquí! ¡Libera mi pequeña alma de esta cárcel grandota y desgarbada en la que estoy preso! No es indispensable que me devuelvas a mi cuerpo de caracol, aunque lo preferiría. ¿Podrías reencarnarme en una tortuga o en una rana? No, demasiado trajín. Mejor en algo plácido, algo vegetariano…»

Luego empezaron a asaltarme las dudas: ¿y si resultaba que, al fin y al cabo, no tenía alma de caracol? ¿Y si en realidad era aquella mujer, Amber? (así se llamaba). ¿Y si era Amber, si siempre había sido Amber y estaba sufriendo un brote psicótico? ¿Qué lo había causado? ¿Debería intentar borrar todo recuerdo de mi existencia como caracol? ¿Sería más feliz entonces? Solo de pensar en semejante cosa me entró ansiedad.

¿Debería saltar por el balcón de nuestro bloque, poner fin a ese cuerpo indeseado a la espera de volver a reencarnarme? Pero ¿y si terminaba en un cuerpo aún peor; el de una sanguijuela, el de un ácaro folicular, el de una babosa, en el mejor de los casos?

Pero esa fase pasó, con la ayuda de unas gominolas de THC que me procuró Tyler. Fue un detalle por su parte. Descubrí que, estando colocado, podía tolerar bastante bien su forma de apareamiento e incluso gozar de vez en cuando. Decidí entonces que, ya que no podía bajar del carro, más valía disfrutar del viaje, así que mi cuerpo robado y yo hicimos todo lo que pudimos.

Dos semanas después perdí mi empleo como representante de la entidad bancaria. A decir verdad, casi me despedí yo mismo. No tenía energía para desempeñar aquel trabajo —¡tantas voces descontentas!— y no me interesaba nada de lo que me contaban. ¿A quién le importaban los fondos de inversión garantizados? A mí no, desde luego. «Interés» y «tipo de cambio» eran invenciones que no guardaban relación alguna con el mundo real; no comían ni procreaban ni defecaban. Esos fragmentos de la ideosfera humana flotaban en torno a mí como volutas de humo, siempre cambiantes, imposibles de aprehender de forma tangible o satisfactoria.

Después de dejar mi puesto en el banco me dio por sestear acurrucado en el puf con mi minúscula alma helicoidal resplandeciendo en el interior de su domicilio carnal. Cuando no dormía, dormitaba en un estado liminal, como hipnotizado. Me pasaba horas observándome las manos —las espiras en las yemas de los dedos, las líneas que recorrían la superficie de las palmas— e imaginando lo que sentiría al deslizar mi viscoso pie, tan parecido a una lengua, sobre las sendas de mi propia piel.

Tyler empezó a preguntarme cuándo iba a buscar trabajo. Supuse que le inquietaba que hubiera dejado de contribuir al alquiler del piso, pero esa inquietud suya me dejaba indiferente. Luego me planteó si no habría contraído alguna enfermedad —la mononucleosis, tal vez— y sugirió que quizá debería verme un médico. Yo respondí que me encontraba muy cansado, pero nada más. Él repuso que tanto cansancio no era normal; además, estaba adelgazando: no podía alimentarme solo a base de verduras, tenía que comer algo más. Le dije que lo intentaría, pero entretanto ¿podría comprar más lechuga? Al parecer se nos había terminado. El mercado era el mejor sitio donde encontrarla. Allí vendían productos de proximidad. Tan pronto como Tyler salió a hacer la compra con su bolsa reutilizable, le di la vuelta al puf y me acurruqué debajo. Qué sensación tan agradable, aquel calor ligeramente húmedo, aquella oscuridad.

Mientras estábamos comiendo —una ensalada deliciosa, aunque él se había echado beicon en la suya—, Tyler se encontró un caracol en su lechuga

romana.

—Eso prueba que es ecológica —dijo, y se levantó—. Voy a tirar a este cabroncete por el váter.

—¡No! —exclamé. O creí exclamar, porque no emití ningún sonido. Me había quedado sin voz. ¿Mudo de horror, tal vez? Ya que Tyler había demostrado ser un asesino, no podía seguir viviendo con él. Mientras él estaba en el cuarto de baño deshaciéndose de mi congénere, salí sigilosamente del piso y avancé por el pasillo en dirección al ascensor. Todavía llevaba puesto el chándal y la camiseta, con solo un abrigo de entretiempo encima. ¿Adónde podía ir?

Me encaminé hacia el parque más cercano, pero era un espacio demasiado abierto. El aire repleto de pájaros me pareció atemorizador. Encontré un puente ferroviario y me agazapé allí debajo, contra el muro frío y húmedo de hormigón. Decidí que me instalaría allí. Era octubre; escarbaría un hueco en la tierra antes de que helara; hibernaría. Si al menos pudiera ir reptando poco a poco muro arriba, hasta aquellas tentadoras malas hierbas que se adivinaban entre la estructura de hierro… Pero no, eso sería pretender lo imposible, porque yo no era un caracol, ¿o sí lo era?

Aguanté el tipo unas cuantas horas, agazapado, encogido, tiritando de frío, ignorado por los transeúntes. Una persona me dio dos dólares. Yo notaba que mis tejidos se contraían, se arrugaban hasta que, finalmente, la sed me condujo de vuelta al piso.

—¿Dónde has estado, nena? —me preguntó Tyler mientras yo bebía agua a grandes sorbos en la cocina.

—Por ahí —logré articular a duras penas y luego me desplomé en sus brazos; debí de sufrir un desmayo.

Cuando desperté, estaba en un hospital con una vía intravenosa en el brazo. «Deshidratación extrema», dijeron. «Y desnutrición.» Me prescribieron caldos sustanciosos, postres de gelatina, natillas. Conseguí ingurgitar de todo un poco, aunque con gran esfuerzo. Al menos eran alimentos húmedos.

Ahora estoy otra vez en el piso de Tyler. Él pasa poco tiempo en casa. Dice que va al gimnasio, pero es imposible que alguien vaya tanto al gimnasio. Me está evitando. De hecho, puede que me tenga un poco de miedo. Es evidente que se ha buscado a otra con la que aparearse, como sucedáneo de todo ese ejercicio que dice hacer. Huelo el perfume almizclado de esa mujer en su piel a una legua de distancia, pero no me importa: los caracoles experimentan pasión, pero no entienden de celos. «Puede que a esa robanovios le apetezca

entrelazarse con nosotros dos», elucubro tontamente. ¿Y si se lo propusiera a Tyler? A los caracoles les gustan los tríos: esto dentro de aquello, aquello dentro de esto, esto dentro de lo otro, como en una especie de guirnalda floral de sedosas interconexiones musculares. Pero no; en el fondo, Tyler es un puritano —su adicción al gimnasio es prueba de ello— y, como todo buen puritano, con tendencia a la monogamia. Qué lástima.

Pasan los días. Dejo pasar el tiempo. Medito. Tal vez he entendido este fenómeno completamente al revés: tal vez he sido siempre una mujer; puede que incluso esta mujer en particular, Amber, con su vestuario de simpáticas camisetas, y me enviaron al cuerpo de un caracol para que aprendiese algo crucial para mi espíritu. Pero ¿qué podría ser eso? ¿Rendir homenaje a lo inmediato, como las ricas nervaduras y células de las verduras comestibles y el aroma voluptuoso y embriagador de las peras en estado de putrefacción? ¿Apreciar los placeres sencillos de la vida, como la cópula con otro caracol o caracoles? ¿De eso se trataba? ¿Qué es lo que no estoy captando? ¿Que las cosas son como son? ¿Que soy lo que soy? Pero ¿qué soy?

¿Por qué hay que sufrir? He ahí el enigma fundamental. Y he ahí lo que conlleva ser humano, supongo: cuestionar las condiciones de la existencia.

Pero no todo es penitencia. También hay cosas positivas: un caracol no puede ver las estrellas, pero yo he podido verlas con estos ojos prestados. Las estrellas son maravillosas. Quizá conserve algún recuerdo de ellas cuando vuelva a ser caracol, si algún día se me concede esa gracia.

Tiene que haber un propósito. Algo debo de estar aprendiendo. No me puedo creer que todo sea pura arbitrariedad.

Tengo que mantener una actitud positiva hasta que mi actual anfitriona de carne y hueso se desgaste. Entonces, mi pequeña y luminosa alma helicoidal levantará el vuelo y atravesará las iridiscentes nubes y la música en clave menor del reino espiritual intermedio para reencarnarse una vez más. Pero ¿en qué?

En cualquier cáscara menos en esta, en cualquier caparazón menos en este.

# Mujeres en el aire. Un simposio

Myrna llega a casa de Chrissy y llama al timbre. Las campanillas tintinean, pero en vano. Entra.

—¡Soy yo! —anuncia, o más bien grita—. ¡No deberías dejar la puerta abierta! ¿Y si fuera una asesina en serie?

—¡Voy! —responde a voces Chrissy desde algún punto del interior.

Al menos en el recibidor alicatado de rosa se está un poco más fresco. Myrna se mira en el espejo de la entrada, un espejo grande y ovalado de aire provenzal, enmarcado en madera turquesa, con una moldura tallada en forma de lazo en la parte superior. Chrissy es incapaz de resistirse a esas supuestas tiendas de antigüedades, por falsas que sean las mercancías a la venta. A esos restos desechados por otros; como los hombres que le gustaban a Chrissy, en otra época. Desde luego, ese armatoste debería estar en un dormitorio.

«Qué asco de calor», masculla Myrna para sí mientras se quita el sombrero de paja y se aparta unos pelos pegados a la cara. No debería haber dejado que a Antonio, el de las tijeritas de plata, se le fuera la mano con el magenta. La verdad es que se había disculpado por el resultado, aunque solo a medias. «Podemos ajustar el color para la próxima», le dijo, «pero hay que reconocer que ha quedado espectacular, conque ¡a lucirlo!»

Para colmo, en mala hora se le había ocurrido ponerse ese vestido sin mangas, por dos motivos: uno, las quemaduras de sol; dos, el descuelgue de los tríceps. Las mancuernas no habían surtido efecto, aunque la verdad es que si hubiese hecho algo más que mirarlas, otro gallo le cantaría. El verde le sienta fatal, o al menos ese verde lima que le da un tono cetrino a su tez.

«¿A qué viene tanta coquetería?», le pregunta a su reflejo. «No tienes edad de presumir. A nadie le importa ya el aspecto que tengas».

Avanza hacia la sala de estar de Chrissy. La moqueta color avena sobre la que pisa es mullida, como el musgo húmedo. Antes Toronto se alzaba sobre una ciénaga y, a juzgar por el bochorno que hace, allí sigue. En la sala, todo está en su lugar de costumbre: el jarrón mexicano con las flores secas y las ramitas teñidas de malva, verde agua y plata; los cojines con motivos bordados que Chrissy había comprado en aquella cooperativa de mujeres de

Bangladesh; la ilustración de la cubierta descartada de *Mujeres en el aire: el despegue* (el único libro de Chrissy que había tenido éxito) ampliada y enmarcada. Ella se había encaprichado de esa, pero acabaron imponiéndole una mucho más básica: una pequeña imagen de un biplano ultraligero en naranja. Los diseños de las cubiertas tenían que ser limpios, tersos, argumentaron. Tenían que verse claramente en el móvil.

*Mujeres en el aire* era una incursión en el análisis feminista interdisciplinar, o al menos así lo había definido Chrissy. («Paparruchas sin fundamento», sentenció Myrna restándole importancia; ella se consideraba más rigurosa.) En el pasado, Chrissy había impartido clases de mitología y folklore en la tercera universidad más prestigiosa de Toronto; su libro partía de un artículo académico sobre mujeres imaginarias que desafiaban las leyes de la gravedad.

Sin embargo, *Mujeres en el aire* no se quedaba en Iris, mensajera de los dioses y personificación del arcoíris; ni en las arpías, con sus alas y sus garras; ni en la ancianita de las canciones de cuna arrojada al aire en una cesta; ni en las hadas de las flores ilustradas por Cicely Baker; ni en Mary Poppins descendiendo de una nube con la ayuda de un paraguas mágico; ni en Campanilla, la minúscula y centelleante hada de Peter Pan; ni en las bondadosas *benandanti* italianas, que se batían en el cielo con las malévolas brujas para salvar las cosechas; ni en la Dorothy del reino de Oz y su perrito Toto, que a menudo surcaban las nubes. Chrissy había trasladado la ficción y el mito a la vida real: mujeres propulsadas desde cañones; acróbatas ligeras de ropa que se precipitaban a su muerte; Amelia Earhart y su misteriosa desaparición, o las Brujas de la Noche, aquel escuadrón de intrépidas pilotos soviéticas que, a bordo de sus biplanos de chapa, habían sembrado la muerte al abrigo de la oscuridad durante la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué significaban aquellas mujeres voladoras para quienes las contemplaban, ya fuera sobre la página escrita o desde el suelo? Chrissy había propuesto varias hipótesis. Una era el sadismo sexual —había quienes disfrutaban viendo a bellas acróbatas agitarse aterrorizadas en el aire—; otra, el comprensible deseo femenino de escapar de las limitaciones que imponían sus cuerpos, atados a la tierra. ¿Qué jovencita no había soñado con despegar?

Algunos lectores se quejaron: creían haber adquirido un libro sobre escuadrones de las fuerzas aéreas aliadas y se encontraron con un puñado de hadas. «De “putas hadas” para ser exactos», recordó Myrna, que había leído algunas de las cartas incendiarias dirigidas a Chrissy. ¿Por qué no consultaban el índice temático?, se lamentó Chrissy en su momento. ¿Por qué decían cosas

tan desagradables? «Feminazi de los cojones» no era una expresión que se empleara en un debate académico serio, aunque el término «feminazi» lo hubiera acuñado un profesor universitario. ¿Y por qué dos de los reseñistas la habían calificado de «frívola» y un tercero había bromeado con que tenía «la cabeza en las nubes»?

—Si publicas un libro, basta con que una parte de tu anatomía lleve la letra «ñ» para que atraigas el odio como un imán —le dijo Leonie a Chrissy consolándola—. Es automático, nos pasa a todas. —Luego añadió como solía —: En la Revolución francesa todavía era peor. Podían decapitarte por no utilizar la palabra «ciudadano» para dirigirte al otro. —La Revolución francesa era la especialidad de Leonie. La había enseñado en la segunda universidad más prestigiosa de Toronto cuando la historia todavía tenía cierto caché.

También ella había publicado un libro: *¡Termidor!* Su intención original era que apareciera en alguna editorial académica, pero sus gestiones en ese sentido no tuvieron éxito: el sensacionalismo con que trataba la violencia hacía difícil tomarse en serio el libro, pretextaron. Sin embargo, una editorial comercial de tamaño medio le vio posibilidades. Suprimieron el subtítulo que ella había propuesto: «Represalias políticas extrajudiciales y ajustes de cuentas durante la reacción termidoriana de la Revolución francesa, y su legado para la actualidad» («Demasiado plúmbeo», objetaron), le añadieron los signos de exclamación al título para darle más dramatismo y lo estamparon sobre un fondo rojo uniforme, con unos caracteres granates al estilo de la Belle Époque, inspirados en los carteles creados por Toulouse-Lautrec a finales del XIX. Cuando ella les afeó el anacronismo, la miraron sin dar crédito. Era francés, ¿no? ¿Y acaso el color no evocaba sangre coagulada? ¿Qué más quería?

Esa cubierta había sido un desastre en su opinión. Como era de prever, algunos académicos pedantes cargaron contra ella por el anacronismo tipográfico, pero también hubo gente normal que al ver *¡Termidor!* en las librerías creyó que se trataba de un recetario de marisco especializado en langosta (el crustáceo favorito de Toulouse-Lautrec) y se disgustó al encontrarse entre sus páginas una ilustración de Olympe de Gouges en el momento en que subía al patíbulo para ser guillotinada por exigir libertad, igualdad y fraternidad para las mujeres, así como un retrato a todo color de Robespierre recibiendo un disparo a bocajarro en la cara y un grabado de unos vengativos contrarrevolucionarios asesinando a sus prisioneros jacobinos con

sables, garrotes y pistolas. ¿Qué clase de monstruo sediento de sangre era esa autora para interesarse por una temática tan depravada?

También ella había recibido cartas incendiarias. Muchos de sus remitentes ni siquiera se habían molestado en leer el libro y simplemente reaccionaban contra la foto de Leonie que acompañaba las críticas en la prensa. El libro había sido objeto de bastantes reseñas, ya que los redactores de cultura consideraban que las ejecuciones en masa y el pánico cultural eran temáticas de interés para sus lectores. Algunos de los remitentes masculinos de esas cartas la acusaban de no haber podido encontrar trabajo por su culpa; otros se limitaban a arrojar los calificativos habituales: «vacaburra», «adefesio», «p… retorcida», etcétera. Las cartas enviadas por mujeres contenían, por lo general, comentarios más elaborados: «Se necesita ser morbosa», «¿Por qué es tan negativa?», y el golpe de gracia: «Me he llevado una gran decepción».

—No te lo tomes así —le aconsejó Myrna a Leonie, que incluso se había echado a llorar de tan dolida como estaba. Bueno, casi se había echado a llorar; la gente de su generación no se permitía hacer esas cosas en público. Se consideraba una debilidad propia de mujeres, y había que luchar contra esos estereotipos con uñas y dientes—. Hay mucha gente a la que sí le ha gustado tu libro.

—No a la suficiente —replicó Leonie—. Los demás han dicho unas ordinarieces tremendas.

—La ordinariez es tan vieja como la escritura misma. Solo hay que ver los muros de las tabernas de Pompeya…

—¡A mí qué mierda me importan las tabernas de Pompeya! —repuso ella entre sollozos—. ¿Tú me ves a mí como una p… retorcida?

—No más que la mayoría —respondió Myrna.

—Pero es un libro histórico, ¡esas cosas ocurrieron de verdad! ¿Tengo yo que pagar el pato por haberlas sacado a relucir?

—La mayoría de la gente no quiere enterarse de esas cosas —dijo Myrna —. Prefieren una buena langosta a la Termidor que leer sobre lo que pasó hace siglos.

«Y yo me encuentro entre esa mayoría», añadió Myrna para sus adentros. «Las cabezas cortadas no irradian alegría precisamente, así que, ¿para qué entretenerse con ellas? Son cosas que ocurrieron, cierto, pero no todo el mundo anhela el fulgor puro y cristalino de la Verdad».

Durante un tiempo, cuando era profesora de la universidad más prestigiosa de Toronto, Myrna se había dedicado a estudiar los insultos y el lenguaje

ofensivo como fenómenos sociolingüísticos. Y desde que se jubiló ha retomado ese estudio, aunque ya a título personal. Últimamente, viene observando el uso creciente de la palabra «decepción» como arma arrojadiza entre las mujeres propensas a dejar comentarios críticos mientras navegan por internet. Ese término casi ha reemplazado a «escándalo» e «indignación», a la manera de esas variantes más contagiosas de un virus que reemplazan a rivales más aletargadas.

Entretanto, he ahí la cubierta rechazada del libro de Chrissy, presidiendo la sala de estar. Un cielo azul pálido, un globo aerostático victoriano de colores vivos. Tres jóvenes damiselas con guantes y volantes (cada una de un color distinto: vincapervinca, rosa y mimosa), tocadas con amplias pamelas sujetas con velos por debajo del mentón, se han subido a la barquilla de mimbre del globo. Saludan alegremente al observador con la mano mientras sobrevuelan árboles, tejados, chapiteles y ríos disfrutando, no sin cierto riesgo, de la vista panorámica. El sol se está poniendo, o tal vez está saliendo, entre o desde una espuma de nubes rosa. ¿Se avecina buen tiempo o mal tiempo? Chrissy nunca ha sido concluyente al respecto.

Leonie ya ha llegado. No ha perdido el tiempo: tiene una copa en la mano, un *gin-tonic* con lima; triple, como de costumbre. Está recostada en la *chaise longue* de terciopelo cereza con las largas piernas extendidas. Lleva unos holgados pantalones palazzo blancos, zapatos de plataforma rojo escarlata, blusa de flores multicolor y grandes pendientes colgantes de plástico naranja. Hoy no se ha puesto la peluca; desde la segunda tanda de quimio, aún no le ha vuelto a crecer del todo el pelo y luce una pelusilla color blanco hueso. Se ha pintado las cejas. Justo después de la operación y la posterior radioterapia, le dio por dibujarse bigotes de gato en la cara, pero ya ha superado esa fase.

—¿Qué? Hace calorcito, ¿no? —dice Leonie recurriendo a un tópico que se viene empleando desde hace años para saludar. «Hoy habría que añadirle un "joder" en alguna parte», piensa Myrna. Sus nietos adolescentes lo sueltan cada dos por tres. Los pequeños todavía no están en ese punto; siguen en la fase del «caca, culo, pedo».

Antes «joder» no se podía poner por escrito, mientras que los comentarios despectivos relacionados con la raza y la etnicidad estaban a la orden del día, justo lo contrario de lo que sucede hoy. Myrna registra todas esas mutaciones verbales, ya que las palabras prohibidas han sido un tema recurrente en todas

las civilizaciones humanas desde el principio de los tiempos. A ver, los amigos de la calumnia y la escatología hagan cola aquí, los de los juramentos y las blasfemias ocasionales, allí. Palabras tabú que traen mal fario, al fondo, por favor. Volviendo a la palabra «joder» en particular, Myrna en su día había publicado un artículo al respecto en la revista *Maledicta: The International Journal of Verbal Aggression*, donde analizaba «ese problemático término» tanto en sus acepciones negativas («Que te jodan»), como positivas («Joder, qué bueno está»), entre otras cosas.

—Esto es un horno —dice Myrna—. Pero dentro de cuatro meses estaremos quejándonos del frío. —Podría haber dicho «Ya lo pagaremos más adelante», una respuesta habitual, aceptable. También podría haber probado a decir: «¡Ya lo pagaremos más adelante, joder!», ¿o quizá sería más enfático: «¡Joder, ya la pagaremos más adelante!»? ¿O: «¡Joder, fijo que lo pagaremos más adelante!»?

¿Acaba de emplear «fijo» como adverbio? ¡Horrísona locución! Qué fácil es dejarse arrastrar por los desagües verbales y sumirse en el pozo sin fondo de las modas léxicas.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado en el pelo? —exclama Leonie—. ¿Qué ha sido, zumo de remolacha?

—Nada, que he tenido un encontronazo con un brujo —responde Myrna—. Quería convertirme en orangután, pero se quedó a medias.

—Ya te crecerá —asegura Leonie, y luego, intuyendo que ha estado un poco impertinente, recoge velas—. La verdad es que queda bastante espectacular.

—Gracias, el tuyo también.

«Hay que joderse», piensa Myrna. «Leonie tiene un veinte por ciento de probabilidades de seguir viva dentro de tres meses y, por si fuera poco, el hombre con el que ha convivido los últimos cuarenta y seis años está ingresado en una residencia, creyéndose piloto de bombardero, ¿y nosotras aquí, hablando de pelos?»

Echa una ojeada al bar que Chrissy ha improvisado sobre una mesita auxiliar: botellas y copas, hielo en un bol metálico de acero inoxidable, otro bol más pequeño con rodajas de limón y lima. Latas de Coca-Cola y *ginger-ale*, botellas de agua Perrier. Tiene tanta sed que arrasaría con todo. Escoge una Perrier, desenrosca el tapón.

—Coge dos, que van baratas —dice Leonie—. Y no te preocupes, que esta vez no me pasaré con la ginebra. Por prescripción facultativa. —Suelta una

carcajada un tanto estridente—. En nuestro último encuentro se me fue la mano.

Del último encuentro hace casi un año, antes de que le diagnosticaran el cáncer. Myrna recuerda muy bien hasta qué punto se le había ido la mano: tuvo que llamar a un taxi y embutirla dentro. No iban a dejarla ponerse al volante, ni pensarlo; podría haber atropellado a algún infeliz que anduviera por allí paseando al perro. Myrna, con su escaso metro sesenta de estatura, se las vio y se las deseó para que el metro ochenta de Leonie, plataformas aparte, encajara en aquel taxi.

«No debería ni probar el alcohol», piensa. «Debería limitarse a beber jugo de kale. O de arándanos, los arándanos que no falten».

Chrissy entra apresurada con un cuenco fucsia y azul ultramarino lleno de aceitunas negras y un plato cerúleo con bocaditos de hojaldre rellenos de verduras. Deposita las aceitunas y los bocaditos encima del sobre de cristal de la mesita de centro, junto a la pila de diminutas servilletitas de encaje con un capullo de rosa color rosa bordado. Lleva un vaporoso atuendo malva que recuerda a aquellos delantales con peto que llevaban las niñas antiguamente, los brazos delgados y pecosos al aire y un par de brazaletes de cuentas. Sus pendientes de cristal violeta en forma de racimo de uvas emiten un leve tintineo. Se ha recogido el pelo, rubio ceniciento, en una cola de caballo atada con un coletero azul celeste estampado con —¿será posible?— unicornios. Myrna decide que sería de mala educación señalar esos unicornios en voz alta.

—Qué puntualidad la tuya —dice Chrissy en tono de reproche—. ¡Aunque la verdad es que Leonie ha llegado antes de hora!

—No pienso disculparme por eso —replica Leonie—. Lo importante es que ya estamos aquí reunidas. El aquelarre de brujas al completo. Exceptuando a Darlene, claro.

«Un aquelarre, en sentido estricto, sería una reunión nocturna y bulliciosa», piensa Myrna. «Quizá “contubernio” sería un término más preciso, aunque esta reunión no tiene nada de ilícito, y en realidad…»

—Darlene causa baja —anuncia Chrissy—. Creo que necesito un *spritzer*.

—¿Está enferma? —pregunta Myrna. Hay tanta gente enferma…

—No, perdón, me he explicado mal. Debería haber dicho que dimite —puntualiza Chrissy haciendo malabarismos con botella y copa—. Que dimite de nuestra comisión. Dice que no nos conviene la polémica.

—¿Qué polémica? —pregunta Myrna.

—Bueno, es decana —responde Chrissy—. Y bióloga. Los biólogos siempre andan metiéndose en líos, nadie los entiende. Quizá no deberían ser decanos.

—¡Pero necesitamos a Darlene! ¡Somos un desastre sin ella! ¿Ha pasado algo? —pregunta Leonie—. ¿Ha levantado alguna liebre o algo?

—Salió en la radio —responde Chrissy—. En un debate.

—¡Un debate! —exclama Leonie—. ¡Antes la muerte!

No todos los debates son malos en opinión de Myrna. Ella había participado en uno para hablar sobre los *kennings* de la literatura medieval noruega e islandesa, y se lo había pasado estupendamente.

—¿Qué clase de debate? —pregunta.

Chrissy responde bajando la voz:

—De género.

—¡Joder! —exclama Leonie—. ¡Se ha metido en la boca del lobo!

—Ya conocéis a Darlene, es muy ingenua. Le habían pedido que hablara sobre la diversidad en la naturaleza y se le ocurrió sacar a relucir los mohos mucilaginosos o no sé cuántos. Son como una especie de hongos amorfos que, según ella, resuelven bastantes problemas… —Hace una pausa y después continúa—: Al parecer, tienen setecientos veinte sexos…

—Acabáramos —exclama Leonie.

—Exacto —conviene Chrissy—. Eso no le hizo gracia a nadie: la mitad de los panelistas creyeron que los estaba tachando de amorfos y la otra mitad, que iba en contra de las mujeres.

—La verdad es que eso de los mohos mucilaginosos no resulta muy tranquilizador —tercia Myrna.

—Para esa gente, no. Ellos quieren que todo venga de dos en dos y solo de dos en dos. Compartimentos estancos: noche y día, blanco y negro, hombre y mujer.

—Condena y salvación —añade Leonie—. Muy puritano. Muy revolucionario a la vez: «¿A favor o en contra? ¡Que le corten la cabeza!» O sea que Darlene acabó en el saco de los condenados, ¿no?

—Pues sí, más o menos —dice Chrissy—. El asunto estalló en Twitter. Duró apenas un minuto, pero aun así… Las universidades están muy sensibles con su imagen. Al final, tuvo que emitir un comunicado afirmando que se había expresado mal.

—¡Pero si Darlene nunca se expresa mal! —replica Leonie—. Es muy precisa.

—Ya lo sé —replica Chrissy—. He dicho «afirmando que se había expresado mal». Es lo que les toca decir a los decanos y decanas cuando la gente se molesta.

—«Que se había expresado mal» —repite Myrna—. Un eufemismo para aceptar que había metido la gamba. O mejor dicho, la pata, porque lo de la gamba es un italianismo, no sé si sabréis.

—Qué interesante —murmura Chrissy distraída—. He comprado un queso nuevo en la charcutería de la que os hablé. Es de cabra, ahumado; «ceniciento» lo llaman, supongo que por Cenicienta y las cenizas.

—¡A la polémica que la parta un rayo! —estalla Leonie—. Nosotras podemos con eso y más. ¿O es que Darlene piensa que nosotras tres nunca nos hemos metido en polémicas? Tiene que volver a la comisión; la queremos de vuelta.

—Es que dice que lo polarizaría todo —aclara Chrissy— y que no quiere gafar el proyecto.

—¿Cómo que lo polarizaría? —salta Leonie—. Menos mal que ya no tengo que bregar en el proceloso mar académico, ¡alabado sea el cielo! ¡Eso sí que es el Reinado del Terror!

—En cierto modo, nosotras pasamos por algo parecido —dice Myrna—. En nuestros tiempos. ¿Os acordáis de la que se armó con la propuesta de escribir *women* con «y»? —«O sea, *womyn*», piensa, «y no *wymmen*, que no es ninguna invención moderna, porque proviene del inglés medio, anterior a…»

—Nunca tuvo mucha aceptación —dice Leonie—, salvo en algunas sectas.

—Hay que comprender la postura de Darlene —replica Chrissy muy seria —. Todavía trabaja, no como nosotras. Y está metida en las redes sociales.

—Pues que salga de ahí —gruñe Leonie.

—Nosotras también polarizábamos la opinión —recuerda Myrna—. ¿Os acordáis de cuando sacamos *Great Dames*? «La revista que tiene aterrorizados a los carteros.» Je, je, tan incisivas nosotras como un gran danés. ¿Y del número «Lesbos & Psicos», sobre la misoginia de ciertos psicoanalistas freudianos?

—Eso sí que fue despertar a la bestia —afirma Leonie—. ¿Y qué me decís de aquellas cartas incendiarias que nos enviaban, con mayúsculas y subrayados en rojo y azul, llamándonos «arpías» y «malas pécoras», o de las violentas amenazas de muerte? ¡Qué gracia tenían algunas! Como aquella que

decía, si no recuerdo mal: «Me voy a hacer una pepitoria impechonante con vuestras pechugas.» Pero, oye, tú, aquí seguimos, ¿no? ¡Vivitas y coleando!

«“Arpía”, ese término ha caído en desuso», piensa Myrna. «Y “mala pécora” no digamos. Las “pechugas” y las “tetas”, en cambio, están de rabiosa actualidad…»

—Y todos aquellos que nos ofrecían lo que, según ellos, estábamos pidiendo a gritos; o sea, una violación en toda regla —añade Leonie—. «Tú atrévete y verás», les contesté a un par de ellos. «En una de esas aprendes lo que es recibir una patada en los huevos con una bota de puntera metálica».

—Yo nunca amenazaba con cosas tan fuertes —dice Chrissy—. Claro que ser alta como tú ayuda. Estabas en el equipo de fútbol femenino universitario, ¿no?

—Si contestabas, aún se picaban más —tercia Myrna—. La verdad es que nunca llegaron a hacernos nada. Aunque yo durante un tiempo estuve saliendo a la calle con un paraguas puntiagudo y un espray de pimienta.

—Lo último que hay que hacer es ponerse a dar voces pidiendo socorro —advierte Chrissy—. Hay que gritar «¡fuego!».

—¿Por qué? —pregunta Myrna. Ella recuerda haber oído que lo mejor era vomitar, pero decide no sacar el dato a colación.

—Porque si gritas «¡socorro!» no acude nadie —responde Chrissy con pesadumbre.

Se quedan en silencio las tres.

¿De verdad están tan solas? ¿Tanto miedo tiene la gente y tan insolidaria es?

—Pues yo sí acudiría —afirma Leonie—. Si lo oyera.

—Lo sé —dice Chrissy.

—Y yo también —asegura Myrna—. Si llevara el espray de pimienta encima.

—En fin, volviendo a lo de Darlene —interviene Leonie—. A ver, ¿qué edad tiene exactamente?

—Es más joven que nosotras —responde Chrissy haciendo girar los anillos que luce en los dedos: un ópalo blanquecino, una amatista—. No está en nuestra misma situación.

—Ya, pues es una cagueta —replica Leonie y levanta la copa—. Brindemos por la polarización. —Echa atrás la cabeza y se pimpla un tercio del *gin-tonic*.

—¡Leonie, no seas injusta! No estamos en 1972 —protesta Chrissy en ese tono moralizante que a veces adopta.

—Vamos a ver, ¿me lo dices o me lo cuentas? Si estuviéramos en 1972 no estaría medio calva, la mitad de mis amigos no estarían muertos y Alan no se empeñaría en creer que lo han metido a la fuerza en un B-17 que en cualquier momento va a soltar a una bomba sobre la residencia. Se pasa el día haciendo ruiditos: *zum*, *zum*… me parte el alma. ¡Si ni siquiera estuvo en la puñetera Segunda Guerra Mundial! —Por un momento parece que va a llorar.

—Perdona, Leonie, lo siento mucho, no pretendía… —Ahora la que parece que va a llorar es Chrissy.

«Competición lacrimógena: ha llegado el momento de cambiar de tema», piensa Myrna.

—Ahí fuera el asfalto está literalmente derritiéndose —comenta—. Casi me desintegro. Cuando he entrado por la puerta parecía una estantigua.

—Por eso he pensado que mejor nos quedábamos dentro con el aire acondicionado puesto —explica Chrissy agarrándose al cambio de tema que Myrna les brinda como el testigo en una carrera de relevos—. Aunque no es que me guste, la verdad, pero a veces… lo he puesto alto, pese a que me hace estornudar. Espero que no esté…

Myrna se bebe la Perrier de un trago y agarra un puñado de bocaditos.

—Yo también compro hojaldres de estos. Los hacen con harina de garbanzo. A mis nietos les encantan. «A ver si le dejáis alguno a la abuelita», tengo que decirles. ¡Son como ardillas!

—Mi abuela usaba mucho esa expresión —dice Leonie enjugándose los ojos con la punta de una de las servilletitas bordadas con capullos de rosa. Ella también prefiere cambiar de tema.

«El llanto puede fácilmente derivar en chismorreos y rupturas», piensa Myrna. Las cismáticas trifulcas feministas de la década de los setenta eran feroces y se prolongaban durante años, pero a su edad ya no les queda fuelle para entretenerse con interminables disputas bizantinas.

—¿Qué expresión? —pregunta.

—Que parecía una estantigua —responde Leonie—. Aunque ella decía «estantijua».

—¿Y era verdad? —pregunta Chrissy. Posa cuidadosamente su delgado trasero en el sofá y despliega la falda con una mano sin soltar el *spritzer* con vino blanco que lleva en la otra.

—¿Que era verdad qué? —pregunta Myrna.

—Que parecía una estantigua —responde Chrissy.

—No lo sé —dice Leonie—. Nunca he sabido lo que significa la palabra.

—Pues algo así como un fantasma o una momia —explica Myrna—. Procede del latín *hostis antiquus*, que era uno de los muchos nombres para referirse al Diablo.

—Pues la verdad es que al final bastante momia sí parecía, sí —dice Leonie—. Al final de su vida. Como lo pareceremos todas.

—Si no lo parecemos ya —apunta Chrissy.

—¿Que parecemos qué? —pregunta Myrna. ¿Por qué se le ha ralentizado el tiempo? Le está costando seguir el hilo de la conversación, y ni siquiera ha bebido. ¿Será una afasia incipiente? De ser así, menuda ironía. No, son las otras dos, que no dejan de saltar de un tema a otro como ranas—. Ah, ya —dice—, momias.

—Sí. ¡La culpa la tiene el cuello! —Chrissy le da un sorbito a su *spritzer* —. Pero qué le vamos a hacer. ¿Y si saco ese queso nuevo con unas galletitas saladas?

—Mal no nos hará —responde Leonie.

Chrissy va en busca del queso.

—Quizá deberíamos meternos en faena —sugiere Myrna—. ¿Cuál es el orden del día? —Como sigan así, les dará la medianoche y todavía no habrán abordado el tema principal.

—Lo del cuello se soluciona con un *lifting* —dice Leonie—. Yo me lo hice hace ya… no sé, unos diez años. Aunque ya nadie lo diría, la gravedad hace estragos.

—Mi madre también —salta Myrna—. También parecía una estantigua, quiero decir. Aunque, una vez muerta de verdad, no os podéis imaginar lo tersa que se le quedó la piel. Todas las arrugas por el sufrimiento y las preocupaciones le desaparecieron de un plumazo, como un bótox instantáneo. —Tan pronto como esas palabras han salido por su boca, siente que se ruboriza.

—Qué macabro —dice Leonie con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Pero es un precio demasiado alto que pagar! Prefiero seguir arrugada.

—Pues yo no pienso dejar que me rajen —dice Chrissy a su regreso. Trae un plato amarillo prímula con el queso ceniciento colocado sobre un trono de hojas de lechuga y rodeado por un óvalo de galletitas con semillas—. Los cirujanos plásticos son todos unos maniáticos del control. Creen saber mejor que tú la imagen que te conviene.

—A una amiga que tuvo cáncer de mama —cuenta Chrissy— le extirparon los dos pechos y luego optó por ponerse implantes. Hizo dibujos, sacó fotos, tomó medidas; de copa tenía una A y quería seguir como estaba. El cirujano que iba a colocárselos le dijo: «Claro, por supuesto, no se preocupe», ¡y al despertar la pobre descubrió que tenía una C o casi una D! Dos balones de playa. ¡Menuda decepción se llevó! Bueno, más que decepción lo suyo fue escándalo e indignación.

—¡Cielos! —exclama Leonie entre risas—. ¡Y seguro que el tipo encima pretendía que tu amiga le diera las gracias! —Está atacando las aceitunas negras, que ya le han dejado un reguero de jugo en los holgados pantalones palazzo.

«Craso error el blanco para unos pantalones», piensa Myrna.

—Lo más seguro —dice Chrissy blandiendo una galletita—. Se creería un artista el hombre. El tetólogo de las estrellas. ¡Cómo se le ocurrió pensar que las quería grandes a sus setenta y cinco años!

—Nunca hay que tirar la toalla —interviene Leonie—, al menos hasta que te llegue el día.

—¿El día de qué? —pregunta Myrna. Está comiéndose una galletita cargada de queso. Con tanto hablar de la muerte de pronto le ha entrado hambre—. Este queso es fantástico —le dice a Chrissy.

—El día de palmarla —responde Leonie de pronto seria. Ha dado cuenta del *gin-tonic* y se está preparando otro.

—La verdad es que esos implantes le salvaron la vida —dice Chrissy—. Un día dio un traspié en el sótano y se cayó de bruces, y de no ser por las tetas postizas, que le hicieron de parapeto, se habría estampado de cabeza contra el suelo de hormigón. Pero rebotó y ya está.

—Qué buen reclamo comercial —observa Leonie—. Deberían utilizarlo para la publicidad.

—Aunque luego hizo que se los quitaran —añade Chrissy.

—Yo también me los hubiera quitado —asegura Myrna—. ¿Se los cambiaron por otros más pequeños?

—No, supongo que al final tiró la toalla —contesta Chrissy.

—Como quien dice: «¿Ya para qué?», ¿no? Es comprensible —opina Myrna. «O como quien dice: “¿Ya para qué, joder?”», añade para sus adentros.

Sigue un momento de reflexión.

—Bueno, habrá que espabilar, que el tiempo corre —las apremia Leonie—. Tengo una cita ineludible antes de la cena. Con el abogado, por lo del testamento.

—Sí, deberíamos hacerlo todas. Lo del testamento —dice Myrna. Cal y ella lo han hablado, pero todavía no han dado el paso. Es fácil dar largas a esas cosas. —«Testamento» —musita. «Cualquiera diría que viene de "*testa*", que en latín tardío quería decir "cráneo", pero nada de eso, porque resulta que viene de "*testari*", "declarar"—. De modo que está relacionado con "*testis*" —dice ya en voz alta—, o sea, "testigo", cuyo diminutivo es "testículo", propiamente "testigo de la virilidad". Algunas fuentes aseguran que, en la Antigüedad, quien testificaba lo hacía poniéndose la mano en el miembro, y que las mujeres no podían ser "testigas" de nada, pero yo no creo que nadie tuviera que ponerse la mano»…

Las demás la están mirando fijamente.

—Uy, perdón, monólogo interior. ¿Os aburro? —No debería dar rienda suelta a la libre asociación en público.

—A mí no. Ahora me entero de que los testículos son diminutivos —bromea Leonie.

—Voy a por los apuntes —dice Chrissy muy diligente. Está harta de testículos, tanto en la conversación como en la vida. Se levanta y se dirige a la cocina con mucho revoloteo de faldas.

—¿No hará demasiado calor para pensar en estas cosas, en el proyecto en general? —duda Myrna.

—No —replica Leonie—. Estamos haciendo progresos.

Chrissy regresa con una carpeta rosa, toma asiento de nuevo y la abre.

—Buena noticia: hemos llegado al medio millón —anuncia—. Un cuarto del camino en pos de nuestro objetivo.

—Pues sí que ha ido rápido —observa Myrna—. La última vez estábamos apenas en ciento cincuenta: el legado inicial.

—Bueno, otra vieja feminista se hizo rica de la noche a la mañana por la muerte de un pariente —explica Chrissy—. Tenía mala conciencia porque el dinero venía de una empresa minera boliviana corrupta, así que decidió compartirlo con nosotras.

—O sea que es dinero sucio —dice Leonie con sorna. Siempre le ha divertido ver a Chrissy encarando un espinoso dilema moral.

—El dinero siempre es sucio —replica Chrissy con gazmoñería—, pero nosotras le daremos un uso limpio.

Leonie suelta un resoplido burlón al que Chrissy hace caso omiso.

—Darlene montó todo este tinglado por nosotras —prosigue—. ¡Con el empeño que puso, no podemos defraudarla! Tenemos que seguir adelante con el proyecto. A lo mejor ahora podríamos contratar a una directora ejecutiva.

—Cierto —conviene Myrna—. Ya va siendo hora de contar con alguien que domine el percal. Los ricos deberían morirse más a menudo.

—Vale ya de mentar a la Parca —protesta Leonie, que se incorpora y se levanta de la *chaise longue*—. Me pone a cien.

«¿Será una broma?», se pregunta Myrna. Al escudriñar el rostro de Leonie advierte su sonrisa aviesa y enseguida concluye: «Sí, es una broma».

—Y a mí me pone a cien que te ponga a cien —replica Myrna. Han entrado en terreno seguro; las dos se echan a reír—. Además, te veo muy cadaverófoba. Los cadáveres también son personas, no sé si sabrás.

—Perdón, perdón. Mantengamos la compostura —dice Leonie, y le pregunta a Chrissy—: Cuando has dicho «vieja feminista», ¿te referías a una feminista de la vieja guardia?

—No —responde Chrissy—. Solo a que es vieja. De nuestra generación.

—Cómo han cambiado las cosas —dice Leonie. Se está sirviendo otra copa.

—Pues claro que han cambiado —replica Chrissy—. ¡Nada es como antes ni podemos pretender que lo sea! Pero estas chicas nuevas tienen buenas intenciones.

—«El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones» —declama Leonie.

—No es justo que digas eso —Chrissy—. Por lo general, la gente actúa de buena fe.

—En parte sí es justo, reconócelo —replica Leonie—. Creen que su buena intención lo justifica todo y se pasan la vida lanzando acusaciones y clavando cabezas en picas. A esa gente le encanta juzgar.

Chrissy se echa a reír.

—¡Eso mismo decía mi abuela cuando yo me quejaba! Que no me daba cuenta de la suerte que tenía de poder contar con un frigorífico y no con una caja con barras de hielo dentro como había en sus tiempos. Y enseguida se largaba a hablar de la guerra, del racionamiento, de la escasez de carne y tal. Aunque no es que yo coma carne hoy día, la verdad; o al menos no mucha.

—Yo solo como pescado y marisco —afirma Myrna orgullosa de la rectitud con que conduce su vida, a diferencia de Chrissy. Lo cierto es que a Myrna últimamente la carne le resulta indigesta: su microbiota intestinal ya no la tolera.

Leonie vuelve a recostarse en la *chaise longue* y hace tintinear el hielo en la copa que acaba de servirse.

—Me encanta la ginebra —declara.

—Centrémonos —dice Chrissy—. Deberíamos redactar la propuesta estipulando bien las condiciones. Ese es el paso siguiente, según Darlene, y después, una vez tengamos el proyecto colocado en una universidad, lo anunciamos oficialmente. He pensado que estaría bien hacer una rueda de prensa vía Zoom.

—Venga, vamos allá —dice Leonie—. ¿Qué estamos proponiendo exactamente? Pásame ese queso de cabra, está de vicio.

—Podemos decir que es una cátedra subvencionada para una mujer emergente —sugiere Chrissy.

—Eso es una contradicción —replica Myrna—. Una cátedra subvencionada debería destinarse a una persona con cierto prestigio.

—Hay que añadir «trans» —observa Leonie.

—Darlene dice que debería haber una cátedra que atraiga a las jóvenes —dice Chrissy—. Hoy día representan a más de la mitad del total de estudiantes universitarios, pero sigue habiendo más hombres en lo alto de la pirámide. Además, habrá que escoger la universidad adecuada. La de Darlene está descartada, ya ha tanteado el terreno.

—Pues prueba con mi antigua universidad —interviene Myrna—. Si hay dinero de por medio son capaces de albergar hasta a la abuela del diablo.

—A las jóvenes no les va a gustar esto de la «cátedra», dirán que es elitista —opina Leonie.

—Ah, pero seguro que… —empieza a decir Chrissy.

—La verdad es que le ponen pegas a todo —la interrumpe Leonie—. ¿Os acordáis del infierno que era ser jóvenes?

—Tenía sus cosas buenas —replica Chrissy—. Aunque no echo de menos la TPM.

—Dice Darlene que las hormonas que afectan a las mujeres cuando están con la tensión premenstrual los hombres las tienen en circulación a todas horas —dice Chrissy.

—Así nos va con los líderes mundiales —señala Leonie.

—Si Darlene estuviera aquí, ya habríamos zanjado esto hace una hora —se lamenta Chrissy.

—Bueno, pues una cátedra para mujeres creativas emergentes y bla, bla, bla —dice Leonie—. ¡Dios, qué tirria le tengo a eso de «emergente»! ¿De dónde se supone que emergen? Suena como si salieran de una ciénaga.

—Puede que la metáfora vaya por lo de salir del cascarón —sugiere Myrna —: como polluelos saliendo del huevo.

—Todo el mundo sabe lo que significa «emergente» —tercia Chrissy—. Centrémonos, por favor. ¿Qué ponemos, «mujeres creativas emergentes» o «talento femenino emergente»?

—Como empecemos así, vamos mal —replica Leonie—. Me está entrando dolor de cabeza. A ver, que alguien me recuerde por qué nos estamos complicando la vida con esto.

—Pues para corregir la desigualdad de género —aclara Chrissy en tono de reproche—. Porque sigue habiendo muchos más creativos masculinos que acaparan los puestos importantes, que se llevan los premios y demás. ¿No te acuerdas de la gráfica que hizo Darlene?

—Ya, hablaba en broma —asegura Leonie—. Lo entiendo. Estamos sentando los cimientos para esa nueva e intrépida generación de personas creativas emergentes que no son hombres cisgénero, y por cierto, también detesto eso de «creativas». Ni que fueran una categoría aparte. ¡Todo el mundo es creativo!

—Si estamos en esto es porque nos comprometimos —les recuerda Myrna —. Más exactamente porque nos comprometimos con Darlene. De todos modos, no es tanto por el futuro, porque eso ya no lo veremos, sino más bien por el pasado.

—¿Como una especie de homenaje a la memoria de…? —pregunta Leonie —. Me gusta. A la memoria de viejas arpías como nosotras.

—No podemos poner eso en la propuesta —replica Chrissy—. Lo de «arpías» por lo menos.

—Era broma —dice Leonie con la mirada fija en la copa.

—Tiene que constar que va dirigida a las creativas más jóvenes —apunta Chrissy.

—¿Esas que quieren la cabeza de Darlene? —salta Leonie—. Y la mía me figuro que también, si algún día descubren lo que llevaba dentro.

—Bueno, ¿quién se ofrece a redactar la propuesta? —pregunta Chrissy.

—Yo voto por ti —responde Leonie.

—A mí no se me dan bien estas cosas. Mejor que lo haga Myrna, que es la lingüista —sugiere Chrissy.

—¿Myrna? ¿Cómo lo ves? —pregunta Leonie.

—Yo me pondría demasiado puntillosa —responde Myrna—. Me obsesionaría buscando la palabra exacta. Tardaría meses en redactarla. ¿Por qué no contratamos a la ejecutiva esa de la que hablábamos antes y que lo haga ella?

—Darlene es una artista para estas cosas —dice Chrissy apenada.

—¿No podríamos convencerla de que volviera? —pregunta Myrna.

—No lo creo —dice Chrissy—. Dice que está… quemada.

—Que le han pegado fuego, vaya —añade Leonie—. Para mí que alguna trepa talentosa anda por ahí intentando usurparle el puesto. ¿Es que no pueden tener la decencia de esperar a que se jubile o la palme por causas naturales?

—Qué cínica, ¿no? —dice Chrissy—. Muchas creen sinceramente en…

—Ilústrame —la reta Leonie—. Para empezar eso de que «creen sinceramente» rara vez tiene algo que ver. Estamos viviendo un cambio de régimen, como en la Revolución francesa. ¡Luchas de poder! Las consignas no dejaban de cambiar; te levantabas una mañana, usabas la del día anterior, y venga, a la guillotina.

—Que yo recuerde, tampoco nosotras tuvimos la decencia de esperar —tercia Myrna—. Defenestramos a bastantes vejestorios de una forma u otra. Bien mirado, puede que fuéramos crueles.

—¡Pero eran hombres! —exclama Leonie.

—¿Os acordáis de cuando no había que «acostarse con el enemigo»? —dice Myrna.

—Sí, qué gracia —contesta Leonie—. Yo me acosté con montones de enemigos. Siempre en calidad de espía, me decía a mí misma.

—Hipócrita —sentencia Myrna, y las tres se echan a reír.

—Prometedme una cosa —dice Leonie—: ataúd cerrado, chistes en el funeral y ríos de ginebra en el velatorio.

—No sigáis por ahí, haced el favor —dice Chrissy—, que me pongo muy triste.

Silencio.

—Volviendo a Darlene —dice Leonie—. Debe de estar destrozada. Hay que levantarle un poco la moral. —Saca el móvil—. ¿Darlene? Soy Leonie… bien, bueno, más o menos. He tenido épocas mejores. —Pausa—. Siento el revuelo que se ha montado con lo de los mohos. Vivimos tiempos peligrosos.

El Comité de seguridad pública quiere nuestra cabeza. —Pausa—. En sentido figurado.

—Dile que es imprescindible, que no podemos seguir adelante sin ella —susurra Chrissy.

—Dile que tenemos un queso fantástico —añade Myrna—. Uno nuevo. Le encantan las novedades.

—Mira, estamos en casa de Chrissy —prosigue Leonie—. Tienes que venir: te necesitamos. Y no te puedes imaginar hasta qué punto. —Pausa—. Sí, por lo de la cátedra para las jóvenes emergentes o yo qué sé, para talentos femeninos y tal, para lo de las creativas… —Otra pausa—. No, no tienes por qué formar parte de la comisión oficialmente, solo echarnos una mano. Vale que nos hemos quedado rancias y obsoletas, pero nadie tiene por qué enterarse de que estás con nosotras. —Pausa—. No podemos redactar la propuesta solas. Lo hemos intentado, pero se nos va el santo al cielo, nos quedamos sin palabras. —Pausa—. Venga, ¡es mi última voluntad! Bueno, y que estamos borrachas, vaya.

—Borracha lo estarás tú —interviene Myrna.

—Ojalá diga que viene —dice Chrissy juntando las palmas.

—Y que sepas —añade Leonie— que tenemos un queso de cabra, ahumado, que está de muerte, y no te puedes quedar sin ver el pelo de Myrna. Se armó de valor para ir al peluquero ¡y se lo dejó granate brillante! El desaguisado tiene un tiempo limitado de visualización porque dice que se lo va a volver a teñir, o sea que o vienes o te lo pierdes. Además, se ha hecho un tatuaje. —Pausa—. ¡Eres un sol! ¡Te has ganado el cielo! ¡Aquí te esperamos! ¡Te guardamos queso! —Cuelga—. ¡Que dice que viene!

—¡Alabado sea el cielo! —exclama Chrissy.

—Serás mentirosa —dice Myrna—. Yo no me he hecho ningún tatuaje.

—A Darlene le pueden los pelos estrambóticos —dice Leonie—. Ha escrito sobre el tema: la extravagancia capilar como señal de cortejo. Aunque allí hablaba de los titíes leoncitos.

—¿A quién iba yo a lanzarle esas señales de cortejo? —pregunta Myrna entre risas—. ¡Si los hombres que conozco apenas pueden levantarse de la cama!

—No tienen por qué levantarse, basta con que tú te metas bajo las sábanas —replica Leonie—. Con tu cabellera magenta. ¡Tacháaan! Empalme instantáneo: mil veces mejor que la Viagra.

—Vale ya de chinchar a Myrna: no era el color que ella quería —interviene Chrissy.

—Me defenderé contra ofensas capilares con una maldición ancestral —amenaza Myrna—: ¡Que el diablo te joda!

—Ojalá alguien lo hiciera. Pero tú maldice cuanto quieras —contesta Leonie—, que yo soy una bruja dura como el pedernal y esas bajezas me resbalan. Yo a mi aire. Me voy a poner otro *gin-tonic*. Uno flojito nada más.

—¡Mi abuela siempre decía eso!: «¡Yo a mi aire!» —exclama Chrissy.

—A tu aire, como un vapor mefítico —dice Myrna.

—¡Como una cometa! —tercia Chrissy—. ¡Como un globo! ¡Como si volaras!

«Como el alma al abandonar el cuerpo en forma de mariposa», piensa Myrna. «Como un soplo de aliento».

—Brindemos por ese aire, nos lleve adonde nos lleve —dice Leonie levantando la copa—. ¡Venga, todas a una! ¡A volar se ha dicho!

# III

# NELL & TIG

# Un almuerzo entre el polvo

El Viejo y Jovial Brigadier no se siente muy jovial. Huelga decir que solo lo llaman así a sus espaldas, o bien el Brig o el J. B., cuando quieren abreviar. Nell sabe por Tig que el apodo se lo habían inventado él y los socarrones de sus amigos cuando eran adolescentes y, por consiguiente, despiadados; demasiado jóvenes para comprender que aquella irritante jovialidad del Brig no era sino una máscara. O quizá hubieran intuido la impostura, sin entender el motivo.

No cabe duda de que en aquella época el Brig procuraba por todos los medios ser jovial. «Debía de ponerle mucho empeño», piensa Nell. En aquellos veranos, cuando Tig era adolescente e invitaba a sus amigotes a la casa de campo que la familia tenía junto al lago Muskoka, su padre se levantaba temprano, se metía un cigarrillo entre los labios y lo prendía con su encendedor («Un Zippo», se figura Nell). Luego se servía una taza de café bien cargado, de cafetera, se encajaba un trapo de cocina en el cinturón a modo de delantal, mezclaba la masa para los *pancakes*, sacaba la sartén y les preparaba a los muchachos todo un señor desayuno. Incluso había escrito un letrero, que colgaba de un árbol, para señalar el lugar donde se servía el rancho: ¡TOQUE DE DIANA! PANCAKES AQUÍ.

Tig y sus amigos dormían en el suelo de un cuartucho que había en el altillo de la caseta donde se guardaban los botes. Los despertaban a golpe de gong, uno de esos gongs con los que se anunciaban las cenas a finales del XIX, que era de cuando databa aquella casa de campo. No se trataba de una segunda residencia como las actuales: tenía dependencias para el servicio, aunque ya no existiera tal servicio, y también un faisán disecado bajo una campana de cristal. Nell sabe todo eso porque Tig se lo ha contado.

Los chicos subían dando traspiés por la colina de granito hasta la rústica mesa dispuesta al aire libre, adormilados todavía, porque al Viejo y Jovial Brigadier no se le hacía esperar. Y allí estaba él, expeliendo el humo del cigarrillo por un lado de la boca y volteando los *pancakes* en la sartén con una sonrisa resplandeciente que, piensa ahora Nell, debía de partirte el alma, pues no hay esfuerzo fútil que no te parta el alma. Pero eso los chicos no lo veían,

por supuesto que no. Tal vez la madre de Tig sí lo viera, o lo hubiese visto de haber mirado por la ventana. Aunque lo más probable es que no mirara. A ella le gustaba quedarse remoloneando en la cama con su propio cigarrillo, su taza de té y el periódico del día anterior, haciendo acopio de fuerzas para enfrentarse al nuevo día. El periódico se lo llevaba a casa un lugareño llamado Norman que le había instalado remos a una canoa y se pasaba el día yendo y viniendo por el lago para repartir la prensa y la correspondencia a los vecinos. Era todo un personaje en la zona.

La madre de Tig sin duda ponía tanto de su parte como el Viejo y Jovial Brigadier. Ambos desempeñaban su papel lo mejor que podían por el bien de los niños, de Tig y su hermanito, que también debían de poner su empeño, aunque sin ser conscientes. Todos representaban cierta apariencia de normalidad, de lo que imaginaban que era una vida familiar normal. Tuvo que ser muy difícil para todos, en especial para la madre de Tig. ¿Cómo sería vivir con un hombre que solo estaba presente a medias porque su otra mitad se había quedado abandonada al otro lado del Atlántico, en un paisaje devastado que ni siquiera podía mencionarse? Para colmo, el Brig no reconocía la existencia de esa otra mitad de sí mismo: mantenía a su doble oculto a los demás, encerrado a cal y canto, mientras su parte visible volteaba los *pancakes* en la sartén, les pasaba el sirope de arce a los chicos, freía el beicon con los ojos entrecerrados para que no le entrara el humo del tabaco y les preguntaba alegremente: «¿Habéis dormido bien? ¿Os vais de pesca? Hace un día ideal para pescar. ¿Más *pancakes*?»

Aquello no podía durar, evidentemente. Al menos para la madre de Tig. Era como estar casada con un psicópata asesino que te utiliza como fachada mientras guarda una docena de cabezas cortadas en el congelador.

¿Cuándo sucedía todo eso? Nell cuenta con los dedos. Seguramente apenas cinco o seis años después de terminada la guerra, durante ese vacío temporal que sigue a una catástrofe, cuando la gente hace como si no hubiera pasado nada. Pero sea lo que sea que haya sucedido —un incendio, una inundación, un accidente aéreo, una casa entera tragada por un socavón con la familia al completo dentro, un bombardeo masivo, la guerra relámpago de Hitler, los millones de víctimas—, al final las cenizas se dispersan, las aguas retroceden, las ambulancias abandonan la zona, la tierra cubre cualesquiera huesos y astillas restantes. Ya está. Se acabó. ¡Arriba ese ánimo! ¡Sigamos adelante! Y

mira qué blanca la nieve, qué verde la hierba, cómo brotan las flores, cómo brilla el sol; saldremos de merienda al campo, verás qué bien, verás qué música, ¡disfrutaremos el momento! Ellos, los que no sobrevivieron, no querrían verte llorando por los rincones, ¿verdad que no? ¡Después de todo lo que hicieron por ti! Aunque lo único que hicieran fuera morir, y contra su voluntad. Y no por ti: a ti ni siquiera te conocían, tú ni siquiera habías nacido, tú apenas eras un pensamiento. Pese a todo, querrían que fueras feliz.

Una mentira mayúscula, si uno se para a pensar. ¿Por qué iban a querer eso, tu felicidad, en este futuro que tan brutalmente se les arrebató? Los muertos tienen sobrada fama de rencorosos. Y de inquietos, y de hambrientos. ¿Por qué iban a sentir tanto alborozo al contemplar tu despreocupada merienda campestre? Pero esa mentira aportaba cierto consuelo, por mínimo que fuera; como una tirita pegada a un cuello degollado.

El cuello degollado había sido la guerra, naturalmente. La Guerra. La guerra de mediados de siglo, del siglo pasado. La guerra que una vez había sido presente y ahora es pasado, y el pasado es algo muy remoto, o eso se podría pensar; y Nell, en efecto, intenta pensar así. Para Tig, sin embargo, ese pasado no es remoto, como tampoco lo es para Nell. Para ellos la guerra ocurrió ayer. Mejor dicho: hoy, solo un poco antes del momento en que se encuentran, solo unas horas antes del día que están viviendo. Es un asunto nocturno, la guerra. Un despertar a oscuras en plena noche y preguntarse: ¿en qué año estamos, en qué mes, por qué suena esa sirena? Aunque por unos instantes solamente, porque luego las aguas vuelven a su cauce, Tig prepara agua caliente con limón y le lleva una taza, y por la mañana hacen café, pero del auténtico, no como aquellos sucedáneos a base de salvado de trigo tostado con melaza que se tomaban durante la guerra. No es que Nell llegara a probarlo nunca: todavía no tenía edad para eso, pero recuerda el bote. Instant Postum se llamaba. Durante la guerra te conformabas con lo que había. No protestabas.

Ya estamos otra vez con lo mismo: la Guerra. Por una cosa o por otra, no hay forma de dejarla atrás.

En fin, aquí tenemos al Viejo y Jovial Brigadier al cabo de muchos años: una reliquia del pasado. Un excedente del ejército. Enviado de vuelta a casa («devuelto del frente», se decía entonces, como si fuera un paquete rechazado). Está sentado en el mullido butacón de terciopelo granate de la

sala de estar, el mismo butacón en el que se Santa Claus se acomoda para comerse las galletas y beberse la copa de *whisky* que le dejan la víspera, dándose un pequeño respiro porque está agotado de tanto trajinar de acá para allá repartiendo alegría.

Es Nochebuena, y el Viejo y Jovial Brigadier siempre aparece esa noche, o al menos lo ha hecho hasta entonces. Los niños (los nietos) se mueven de puntillas a su alrededor con los ojos muy abiertos. El abuelo ha estado en la guerra, pero ellos no saben qué es la guerra, solo que la gente baja la voz cuando se la menciona. El Brig es una especie de objeto reverencial, tal vez incluso sagrado: algo que se mira, pero no se toca. Lo sacro tiene algo de monstruoso; luego quizá tras esa coraza arrugada de hombre más o menos benévolo haya algo horrible. Algo muerto, posiblemente. Algo cubierto de sangre.

Parece cada vez más frágil, más cubierto de venas, más encogido. A Nell le cuesta reconocer en él al hombre de aquellas fotos en blanco y negro que se tomaron en los años cuarenta: tan elegante con su uniforme (el cinturón ancho de cuero, la pistola en su cartuchera, la figura alta y esbelta, el porte erguido, el atildado bigote), mirando un mapa junto a otros militares bigotudos tocados con boina o con la gorra de plato propia de los oficiales; o, en otra imagen, montado en un *jeep* con un cigarrillo en la mano enguantada; o en otra, de pie junto a un tanque; o dirigiéndose a una muchedumbre que parece feliz en algún pueblo recién liberado, las mujeres con el pañuelo atado al mentón como era costumbre, los hombres con gorras de paño o sombreros de fieltro.

Nell le lleva un *whisky* (con un chorrito de agua, sin hielo) y, en un platito blanco, una galleta de queso con forma de abeto. Le coloca la copa en la mano, deja el plato sobre una mesita auxiliar. El Brig la mira como si no acabara de reconocerla. El fuego crepita en la chimenea, el árbol engalanado parpadea y destella, el ambiente hogareño proyecta su engañosa luminosidad por toda la sala. Tig está en la cocina, justo al otro lado de la puerta de doble hoja, preparándose él también una copa. Todo podría quedar arrasado en un instante. Una densa humareda, las astillas de su vida saltando por los aires. *¡Bum!*, un socavón en el suelo. Ese es el efecto que el Viejo y Jovial Brigadier tiene sobre ella.

—Gracias —dice el Brig, siempre tan educado. Lleva una americana de *tweed* y una corbata seguramente de sus tiempos de militar. Todavía puede hacerse el nudo solo, pese al temblor en las manos. Tiene prendida en la solapa una pequeña insignia de plata cuyo significado Nell ignora, y el bigote

ya cano, amarillento en las puntas a causa del tabaco. Habría que recortárselo. El pelo ya le roza el cuello de la camisa. Tiene que comentárselo a Tig.

El Brig ha enterrado a dos esposas y ahora vive solo en un piso antiguo. Una señora de la limpieza va por allí dos veces por semana. ¿Será suficiente esa ayuda? ¿Quién se asegura de que coma? ¿Cuenta con alguien que le haga compañía? ¿Acaso ha llegado el momento de hablar de una residencia donde pudiera estar mejor atendido? Sin duda pondría el grito en el cielo; solo el hecho de reconocer la necesidad de ayuda física sería una humillación para él. Se niega a colgarse el avisador para personas mayores («Pulse el botón rojo en caso de caídas») que le han proporcionado. Tig está acostumbrado a tener que buscar ese avisador cada dos por tres, y a encontrarlo cada dos por tres escondido en el cajón donde el Brig guarda los pañuelos.

¿Y si le regalaban un gato? Mejor no: tropezaría con él.

A veces llama por teléfono a Tig, siempre por la noche. Cuando Nell se pone al teléfono, cuelga; solo quiere hablar con Tig.

Le ha confiado que se le aparece gente en el piso. A veces es gente conocida, a veces no; a veces viva, a veces no. Se sientan en su butaca y él les lleva una taza de té, pero se niegan a hablarle. ¿Qué se puede hacer? Él quiere que se vayan o que al menos le hagan caso, pero no hay manera.

Tig le quita el candado a la bicicleta y allá que va pedaleando en la oscuridad (eso preocupa a Nell porque algún conductor imprudente o borracho podría atropellarlo; ya sucedió una vez, a pesar de que llevaba los reflectores en la chaqueta. Por suerte no se rompió nada). En el piso, Tig encuentra notas que el Viejo y Jovial Brigadier le ha escrito a esa gente que tanta indiferencia muestra. «¿Qué está usted haciendo aquí? ¿Por qué se niega a hablarme?» De día, el Brig reconoce que esos intrusos no están allí en realidad. De todos modos, son personas perfectamente sólidas: no se transparentan.

—¿Hasta qué punto son reales? —ha indagado Tig.

—Pues tan reales como tú. —«En cierto sentido es verdad», piensa ella. «Los espectrales somos nosotros, Tig y yo. Para el Brig, nuestra existencia está rodeada de una nebulosa».

Hace un par de semanas llamó despavorido por teléfono pasada la medianoche. Se había encontrado a un hombre muerto colgando de su ducha.

—Tranquilo —le dijo Tig a su padre—, voy para allá.

Y eso hizo.

¿Qué está causando esos fenómenos?

—Es que está muy solo —dice Nell.

—No, no es solo eso —replica Tig. Subtexto: «¿Cuántos cadáveres crees que vio realmente colgados de los árboles, de las farolas, de los postes telefónicos? No es de extrañar que al menos uno de ellos haya aparecido de pronto en su ducha con la cara violácea y la lengua hinchada».

—¿Quiere una aceituna? —le ofrece Nell al Brig tendiéndole el plato. No hay respuesta. Quizá se esté quedando sordo. Tiene la mirada fija en el fuego de la chimenea, detrás de ella. ¿Qué ve? ¿Adónde ha ido? ¿Hasta dónde se ha remontado?

Nell conoce un poco la historia del Brig, pero solo por lo que le ha contado Tig. El Brig, por su parte, nunca ha revelado gran cosa sobre su vida, al menos no a ella.

Había nacido mucho tiempo atrás, en 1908, antes de la Primera Guerra Mundial, que entonces llamaban la Gran Guerra, puesto que aún no eran dos. El Brig contaba casi siete años cuando estalló, por lo que algún recuerdo debía de conservar de ella, sobre todo de sus postrimerías: hombres que regresaban mutilados física o mentalmente, uniformes por doquier, la tristeza o el miedo en la cara de los adultos, plegarias en las iglesias, desfiles. A continuación, justo después del armisticio, la gripe española; un tsunami mayúsculo, caótico, que trajo consigo más muerte: gente que caía desplomada en plena calle con sangre manando de los oídos; jóvenes soldados que morían en cuestión de horas, súbitamente cianóticos por la falta de oxígeno, con los pulmones destrozados; cadáveres que se amontonaban por todas partes. ¿Es posible que el Brig hubiera padecido la gripe española a sus doce años? No se sabía, aunque era probable.

El padre del Brig había sido un abogado con posibles, propietario en otros tiempos de un solar situado en la esquina de Yonge con Saint Clair, ¡lo mejorcito de Toronto! «Lástima que se lo haya vendido», solía decir Tig. Había nacido en 1866. Entre sus papeles había un retrato de cuando tenía seis o siete años. Embutido en un lúgubre y horripilante traje victoriano con bombachos hasta la rodilla y botas altas con botones, mira a la cámara con ceño feroz. En su vida adulta había sido un ejemplo de lo que antes llamaban «rectitud»: religioso practicante por conveniencia, amante de los trajes de tres piezas discretos pero resistentes, y pariente cercano —¿hermano? ¿tío?; Nell lo ha olvidado— de un comisionado de Prisiones. Había votado en todas las

elecciones y, a la edad de noventa y ocho años, incluso se había hecho llevar en silla de ruedas hasta el colegio electoral. Nell intuye que el abuelo de Tig había sido un hombre frío, de moral estricta, pero se diría que Tig le había tenido cariño. Solía jugar al ajedrez con él. ¿O era a las damas? ¿O a las dos cosas? «El abuelo era un hacha jugando», decía Tig. «*Plop*, *plop*, *plop*, *plop*, reina, ¡jaque mate!»

Ese viejo jugador de ajedrez o de damas tuvo la misma secretaria durante cincuenta años y no la llamó jamás por su nombre. «Eso lo dice todo», piensa Nell. Pero está pecando de severa: eran otros tiempos, tiempos no muy dados al tuteo, al menos con el servicio. Cuando el Brig se instaló en su atestado pisito tras la muerte de su segunda mujer (que se había ido rabiosa por caer la primera cuando lo que esperaba era heredar), les regaló a Tig y Nell una cantidad ingente de objetos victorianos de plata. Bueno, eso de que les «regaló» es un eufemismo, digamos más bien que se los endilgó. Los objetos de plata hay que pulirlos, ¡y de ningún modo puedes deshacerte de ellos! Son un fetiche: sería un sacrilegio.

En la familia de Nell no había esa clase de abolengo: sus antepasados tendían a ser rústicos campesinos, aunque posee algunos objetos de frágil porcelana heredados de su abuela materna, que era la única del árbol genealógico con alcurnia y corsés, por humildes que fueran. A Nell esa porcelana floreada le crea mala conciencia —¿se romperá si la usa?—, y la tiene escondida en un aparador.

La plata de los ancestros de Tig consiste en teteras, cafeteras, cucharillas para espolvorear azúcar, saleros y pimenteros, bandejas grabadas. La cubertería está guardada en un arcón de roble con patas provisto de tres cajones —cuchillos, tenedores, cucharas y otros adminículos, como servilleteros—, junto con la factura original, que lleva el membrete de MAPPIN BROTHERS LTD., SILVERSMITHS AND CUTLERS, LONDON, ENGLAND. Todos los artículos y su correspondiente precio figuran en una lista, escrita con una elegante caligrafía, fechada el 16 de octubre de 1883. Algunos ya han caído en desuso: «trinchadores de carne», «trinchadores de pescado», «palas de pescado», «cesta para pasteles»… (¡¿«Cesta para pasteles»?! ¿Qué clase de pasteles?)

Todos esos artículos solían adquirirse como regalos de boda; eran objetos que antiguamente se consideraban necesarios. Pero es imposible que los padres del estricto abogado los hubieran recibido cuando su boda, porque en 1883 ellos ya estaban casados. Nell creía recordar que esos abuelos paternos

habían regentado un próspero almacén de ultramarinos, pero no: Tig le aclaró que los padres del abogado habían sido granjeros; eran los abuelos maternos los que se habían dedicado, y con éxito, al negocio de la alimentación, seguramente importando té de Inglaterra.

El recibo está a nombre de alguien de apellido Burgess: el apellido de soltera de la mujer del abogado. Puede que, al morir los Burgess que habían comprado toda aquella plata, esta hubiera ido a parar a la familia de Tig a través de su abuela. ¿O sería un regalo de boda? ¿Se alegró de recibir aquella plata o de cualquier otra cosa en la vida? Silencio. No hay cartas, no hay fotos. Lo único que Tig recuerda de su abuela es que todos los objetos guardados en los aparadores del comedor estaban etiquetados. También a Tig, a pesar de ser un cocinero con tendencia a la improvisación y el desorden, le gusta etiquetar las cosas, aunque no los servicios de mesa.

La cesta para pasteles ya no está por ninguna parte. Ha desaparecido con el transcurso de los años. ¿Qué habrá pasado con ella? ¿Estará agazapada en algún anticuario, en algún mercadillo? Como un mensaje del pasado, aguardando a que alguien lo descifre; pero en vano, como la mayoría de esos mensajes. Nell se la imagina como una cápsula del tiempo propulsada hacia el futuro, un futuro alienígena, de alienígenas como ella misma. «¿Qué es esto?», imagina que se preguntarán los alienígenas ante el hallazgo. «¡Qué insólito artefacto! ¿Se utilizaría para predecir el tiempo? ¿Para el sacrificio de pequeñas alimañas? ¿Es algún tipo de divinidad?»

En el seno de esa familia heredera de la cesta de plata había nacido el Viejo y Jovial Brigadier. Nell hace la cuenta partiendo de 1908. Siempre cuenta así cuando conoce a alguien, por hacerse una idea del tipo de vivencias que habría tenido esa persona antes de que ella la conociera. ¿En qué momento de la historia se encontraba a sus diez, quince o treinta años?

El Brig tenía diecisiete años en 1925, el momento álgido de los locos años veinte, y, por consiguiente, había sido un joven alocado; según Tig, bailaba el charlestón de maravilla incluso pasados los cincuenta. Seguramente vestía pantalones de tiro alto y pernera holgada, solapas estrechas, chalecos de punto y aquellos tirantes anchos de color claro que habían estado tan de moda en esa época. Zapatos Oxford bicolor, con la pala blanca y la puntera negra. ¿Jugaría al golf o al tenis, los deportes de las clases ociosas en aquellos tiempos? Nell no se lo imagina, ni tampoco jugando al fútbol o al *hockey*, aunque sí puede

verlo ante una mesa de juego. ¿Bridge o póquer? No hay constancia, pero probablemente a ambas cosas.

En sus tiempos universitarios se aficionó al tabaco y a beber de todo un poco —*whisky* y martinis, por ejemplo—, y a escribir poemas, y a dibujar caricaturas, y a hacer teatro, y a colaborar con el periódico estudiantil, y a saltarse clases. No es de extrañar, por tanto, que dejara colgados los estudios, algo que no debió de sentarle muy bien al rígido abogado que era su padre. La familia puso a trabajar al zángano bailarín del niño como corredor de bolsa justo cuando la crisis financiera de 1929 estaba al caer. El Brig hizo entonces lo que uno hacía si tenía esa posibilidad: alistarse en el ejército. Ya se había graduado como oficial a través del Reserve Officer Training Corps, el cuerpo de formación de oficiales reservistas —inspirado tal vez por un tío suyo, militar condecorado durante la Gran Guerra—, por lo que el ejército debió de parecerle la opción más lógica.

Luego, de pronto, llegó la década de 1930 y las cosas tomaron un rumbo muy distinto. Mucho menos elegante, mucho más serio. Más airado… amenazador. Pero, a pesar de las huelgas generales, de las colas del pan, de los comunistas y de la guerra civil española, el Brig fue subiendo en el escalafón en el cuartel de Wolseley —en London, Ontario— y alrededores, con algún que otro periodo de formación militar en Inglaterra, y ahí lo tenemos, casado y con hijos —Tig y su hermano— y ascendido a capitán antes de 1939, cuando se declaró la guerra.

En agosto de 1940 lo destinaron a «ultramar». Hoy día no diríamos «ultramar», pero entonces el otro lado del Atlántico estaba mucho más lejos que ahora. Muy lejos, lejísimos, con un vasto océano de por medio. No existían verdaderos vuelos transatlánticos de pasajeros, así que la travesía debía hacerse por mar, en barco. El Brig debió de partir de Toronto desde Union Station en un tren —militar, probablemente— con destino a Halifax y, una vez allí, embarcar en un navío amarrado en la ensenada protegida del puerto —que ya empezaba a transformarse en la inmensa zona de acantonamiento para efectivos y materiales que pronto sería— y zarpar junto con su regimiento.

Probablemente harían la travesía en convoy, probablemente a bordo de un barco mercante, probablemente escoltados por una corbeta, dado que los submarinos alemanes merodeaban ya por el Atlántico. Debieron de salir lentamente del puerto y bordear la isla de McNabs viendo cómo la tierra se alejaba, y luego emplear seis, siete u ocho días en efectuar la travesía. Con la

mar gruesa, el vaivén debía de ser considerable. Probablemente correría el alcohol y también los vómitos, pero así era como había que cruzar al otro lado en aquel entonces.

«Cuántos “probablemente”», piensa Nell.

Una vez en Inglaterra, el Brig debió de pasar un tiempo a la espera mientras se entrenaba para la guerra en Camberley, condado de Surrey, y estudiaba logística, y observaba o supervisaba maniobras militares. Maniobras ya desfasadas, puesto que los ejércitos suelen entrenarse en función de la última contienda, no de la que están a punto de librar. ¿Excavaba trincheras y las reforzaba con sacos de arena? ¿Disparaba rifles de modelos anticuados? ¿Probaba algún que otro tanque chirriante? Hacía desfilar a la tropa. Inspeccionaba sus uniformes. Enviaba a casa cartas sin demasiada información, pero con graciosos dibujitos para los niños en los márgenes, una habilidad que conservaba de sus tiempos como bisoño caricaturista. Y continuaba esperando.

Polonia ya había caído, y Francia, y Dinamarca, y Noruega. Churchill acababa de ser nombrado primer ministro y gozaba de gran popularidad gracias a su papel en la evacuación de Dunkerque. Los bombardeos sobre Londres habían empezado, Estados Unidos aún no había entrado en la guerra.

El racionamiento había entrado en vigor. El ambiente era sombrío.

A pesar de todo, había fiestas. Había bailes. Nell imagina al Brig en sus días de permiso fumando un cigarrillo y luego lanzándose a la pista con alguna desconocida, disfrutando de lo lindo, desplegando su dominio del charlestón. ¿Haría eso? Por supuesto que sí: apenas había cumplido los treinta y dos años.

Antes de 1941, el Brig ya había ascendido a coronel y, a principios de 1943, ya era brigadier, a sus treinta y cuatro años; el más joven del ejército canadiense. Después de atravesar Sicilia con los británicos y los canadienses, se adentró en la península italiana mientras los alemanes retrocedían hacia el norte, volando ciudades a su paso, dejando una estela de hambre y desolación. El Brig y su brigada siguieron su avance, pasaron por Nápoles, combatieron en Ortona y cruzaron el río Moro. Luego vino Montecasino, una de las batallas más encarnizadas de la guerra. Aun así, aquello era solo el comienzo. Lo peor aún no había llegado.

Tras la muerte del Brig (tras la muerte de todos, incluido Tig), Nell encontró entre sus papeles una carta curiosa. La remitía Martha Gellhorn, la célebre corresponsal de guerra. El Brig había conservado aquella carta guardada dentro de una carpeta junto con su expediente de guerra, documentos sobre operaciones militares en las que había participado y textos de las charlas que había pronunciado al término de la guerra y en el transcurso de los años.

Las cosas que la gente conserva, las que desecha, eso siempre ha sido de interés para Nell. El Brig no solo había conservado aquella carta, sino que la había preservado como oro en paño. Encontró varias copias repartidas entre sus papeles, en distintas carpetas, entre recortes de prensa, fotografías y menciones.

*Domingo*

*Mi brigadier favorito:*

*Espero que te guste este artículo. Es muy engorroso leer textos mecanografiados en papel tan fino, casi tanto como leerlos en formato de cablegrama. Pero, bueno, puede que te haga ilusión. Si no se menciona a mi preciada brigada en particular es solo porque estoy obligada a escribir en términos generales. No saldrá publicado en la revista hasta dentro de bastantes semanas, y va dirigido a tres millones de personas que seguramente solo leen* Collier's *durante sus trayectos en metro. La intención es ofrecer una especie de panorámica general, por así decirlo. Creo que esta será la última crónica de una batalla que escriba porque tengo para mí que la guerra habrá terminado antes de un mes. En fin, roguemos a Dios que así sea.*

*Mañana parto para Francia y no tengo ni la más remota idea de lo que haré a continuación. Es fácil que regrese por aquí, en cuyo caso espero verte. Y si no aquí, en algún otro lugar.*

*Gracias por tu enorme gentileza: te portaste como un ángel conmigo y lo pasé muy bien con todos vosotros. Dale recuerdos a Roscoe, a Alan, al apuesto coronel y a todos los chicos. Y mucha suerte para todos en todo momento.*

*Un abrazo,*

*Marty*

¿«Un ángel»? ¿En qué sentido exactamente?, se pregunta Nell tras releer la carta. ¿En qué consistió esa «enorme gentileza»? ¿O era una mera fórmula de cortesía? ¿En qué fecha tuvieron lugar esos hechos, en qué domingo? Qué rabia que su autora no lo especificase. Debió de ser durante la primavera de 1944, antes de la batalla de Normandía. ¿Dónde se encontraba Martha Gellhorn cuando escribió esa carta? ¿Cómo consiguió hacerla llegar a su destinatario? «Mañana parto», pero ¿desde dónde? Debía de encontrarse todavía en Italia.

Nell ha visto algunas fotografías de Gellhorn en aquella época: melena rubia peinada al estilo años cuarenta, cigarrillo entre los dedos; a veces vestida con gabardina militar, a veces tocada con una gorra de campaña. Delgada, pero no flaca. Alta para la media femenina de la época; tanto mejor, si se producían insinuaciones no deseadas. Seguro que más de una se produjo. Y deseadas también, a juzgar por sus cartas. Algunas de ellas se recogieron en un libro que Nell ha leído, aunque no la carta «a su brigadier favorito».

¿Con qué adjetivos podríamos describirla? «Práctica», «sentimental», «dura», «empática», «resuelta», «temeraria»; aunque nadie es del todo temerario en realidad; seguro que, más bien, tendía a correr riesgos calculados.

En otra época, mucho más lejana, una chica de esas características podría haber ayudado con las labores de una granja de las Praderas, como solían hacer las hijas de los granjeros entonces. Habría ordeñado vacas y domado potrillos sin andarse con tonterías, luego se habría casado y habría tenido ocho hijos; se habría arremangado y habría hecho lo que hubiera que hacer sin remilgos. Pero cuando a la joven Martha le llegó el momento de estudiar, la familia disponía de dinero y la envió a la prestigiosa universidad de Bryn Mawr. Abandonó la carrera antes de licenciarse; lo único que ella deseaba hacer, como le diría a su abuela, era escribir novelas.

Luego se dejó arrastrar por el espíritu de los tiempos y partió a cubrir guerras (la guerra civil española y la posterior guerra mundial), y utilizó su don de palabra para colarse en lugares donde las mujeres, al menos la mayoría de las mujeres, tenían vetada la entrada, pues se las consideraba demasiado frágiles. Martha no era frágil; bien se encargó de demostrarlo. Nada de sollozos, nada de desmoronarse, ni desmayarse, ni vomitar.

Me la imagino en Italia, sentada a una mesa improvisada en cualquier parte, tecleando sobre papel cebolla en su máquina de escribir. Poco después de enviar aquella carta al Viejo y Jovial Brigadier, se coló de extranjis en un

barco de la Cruz Roja que se dirigía a Normandía e hizo el viaje encerrada en un baño, empeñada en cubrir el desembarco. En ese momento no disponía de acreditación oficial como corresponsal de guerra: le habían robado los papeles. Tan pronto como su presencia en el frente llegó a oídos de los altos mandos, la echaron con cajas destempladas y la castigaron por saltarse las normas, pero a Martha se la trajo al fresco, ella ya tenía su crónica.

La carta dirigida al Brig iba acompañada de una copia del artículo sobre la ruptura de la Línea Gótica por parte de las fuerzas aliadas congregadas en la zona: polacos, australianos, canadienses, surafricanos, neozelandeses e indios entre otros. Estaba redactada en el peculiar estilo telegráfico que requerían las transmisiones por cable, sin mayúsculas y con la puntuación imprescindible escrita con todas sus letras.

> línea gótica párrafo la línea gótica desde nuestra posición era un pueblo arrasado una carretera asfaltada y una colina de un marrón rosáceo stop en este sendero polvoriento y minado que ascendía hacia el pueblo la carretera y la colina la infantería aguardaba para atacar stop apostados todos en una sola fila distanciados unos de otros mudos e impasibles stop el ruido de nuestra artillería abriendo fuego desde las colinas a nuestras espaldas no cesaba stop nadie le prestaba oído stop todos estaban atentos al repentino martilleo como de picapinos de las metralletas alemanas que disparaban por delante y escrutaban el cielo a la izquierda donde las bombas aéreas alemanas formaban pequeñas nubes oscuras stop

«Una forma de escribir muy modernista», piensa Nell. «Los escritores de tersos y sucintos relatos, los poetas que nunca empleaban mayúsculas ni signos de puntuación habían surgido a raíz del telégrafo, y ahora que la telegrafía ha muerto ese estilo prácticamente ha desaparecido también.» Sin embargo, al descubrir ese texto mecanografiado entre los papeles del Viejo y Jovial Brigadier, Nell siente una sacudida eléctrica. Es una escritura tan fresca, tan inmediata, que tiene la impresión de estar mirando por encima del hombro de esa persona vestida con una blusa ligera de manga corta, ya que hacía calor, los jóvenes soldados a buen seguro se lanzarían a nadar nada más alcanzar el Adriático mientras ella, la joven periodista, buscaba las palabras exactas para expresar lo inexpresable porque cómo describir todo aquello, cómo decir lo indecible si es algo que no se puede describir, cómo hacer que

se entienda algo así, algo tan extremo, no los olores sino los hedores, la humareda asfixiante, no los ruidos sino las horrísonas explosiones, las muertes repentinas y absurdas, la belleza, la confusión total, *tac, tac*, *tac*, sobre las teclas de la máquina, una máquina manual obviamente guion largo una Remington lo más seguro guion largo sobre esa mesa improvisada coma y otro cigarrillo más y un café asqueroso con leche de bote con un poco de suerte antes de seguir luchando stop

> allí estaba la línea gótica cuidadosamente ideada de modo que cada repliegue del terreno sirviera para ocultar la muerte y los jóvenes soldados avanzaban a pie hacia ella y esos jóvenes han visto tantas cosas y hecho tantas cosas que se adentraban en ella como si se tratara de una jornada laboral cualquiera coma de una jornada infernal pero jornada al fin y al cabo stop párrafo fueron los canadienses quienes rompieron esa línea aprovechando un paso fácil por el que penetrar stop me avergüenza escribir esa última frase porque no existe paso fácil con minas alrededor y no existe paso fácil con Spandaus alrededor y no existe paso fácil con aterradores cañones de 88 mm alrededor y si has visto arder un tanque en la ladera de un monte ya nunca volverás a creer que exista nada fácil en el mundo stop

Su crónica de la batalla prosigue trabajosamente, entre rugidos, explosiones, calor, polvo y sangre:

> párrafo una batalla es un rompecabezas de soldados de civiles perplejos y aterrados de ruidos olores bromas dolor miedo conversaciones truncadas y explosivos de alta potencia stop […] la polvareda alcanzaba más de un palmo de altura y cuando conseguías coger algo de velocidad la tierra hervía como agua bajo las ruedas stop todos teníamos la cara tiznada de un polvo blanco verdoso que se levantaba formando una neblina cegadora en torno a las tropas en marcha y se amontonaba sobre la tierra creando una densa calima marrón stop […] párrafo nosotros observamos la batalla por la toma de la línea gótica desde una colina al otro lado sentados sobre un cardizal mirando por los prismáticos stop nuestros tanques parecían escarabajos marrones punto y coma pululaban colina arriba se desplegaban por el horizonte y se perdían

> de vista ladera abajo stop de pronto un tanque arrojó cuatro grandes llamaradas y otros tanques bajaron rodando desde el horizonte para ponerse a cubierto en los repliegues de la colina stop la fuerza aérea del desierto mantiene encadena los seis aviones que juguetean en el aire como un banco de pececillos y reciben la orden de bombardear una colina con forma de pan llamada monte luro stop […]

¿«Encadena»?, se pregunta Nell rumiando. ¡Ah! «En cadena.» Era una maniobra habitual entonces: mantenían aviones en el aire como taxis a la espera de pasaje y los iban rotando de manera que siempre hubiera unos cuantos disponibles y no perdieran tiempo repostando todos a la vez. Todo iba muy rápido; los aviones hacían cola trazando círculos en el aire hasta que recibían instrucciones desde tierra: «Alfa Bravo Charlie. Cambio y corto.» Como un antiguo drama radiofónico.

> el monte luro estalló en imponentes oleadas de humo y tierra parduzca stop nuestra artillería abrió una brecha en la línea gótica y por las laderas brotaron como flores unas algodonosas bolas de humo stop nuestros bombarderos descargaron una lluvia de metralla […] stop la batalla que se desplegaba ante nosotros parecía completamente irreal minúscula y cristalina stop pero había hombres dentro de aquellos tanques y hombres entre aquellos árboles donde caían los proyectiles y hombres debajo de aquellas bombas stop nunca habíamos oído tal estruendo salvo en el cine stop párrafo llevábamos todos despiertos y recorriendo los campos desde las cinco de la mañana cuando se produjo nuestra primera colosal descarga de artillería stop ya acalorados y hambrientos comimos en una tienda a unos cincuenta metros de nuestras posiciones defensivas stop las detonaciones de los cañones sacudían la tienda y solo podíamos comunicarnos entre salvas stop a lo largo de todo aquel día y del siguiente el estruendo de nuestros cañonazos se hizo físicamente doloroso stop

Hay un paréntesis: un joven brigadier canadiense entretiene a sus camaradas durante el almuerzo contándoles cómo será la fiesta que dará en su jardín una vez terminada la guerra para quienes tengan interés por saber cómo había sido todo aquello. Habría incluso efectos de sonido imitando el estruendo de los tanques, una máquina de polvo hollywoodiense lanzaría

nubes de polvo y se soltarían millones de moscas sobre un refrigerio a base de carne de ternera enlatada, alubias, galletas saladas untadas con mermelada y, para bajar el rancho, un té tibio negro como el carbón.

El simpático caballero que los divirtió con esa parodia tuvo que ser el Viejo y Jovial Brigadier; Nell detecta cierta similitud con el vivaracho caricaturista y animado bailarín de charlestón que el Brig debió de haber sido y que seguiría siendo en ciertos aspectos. Al menos entonces, en plena contienda, había conseguido sacarle un poco de jugo a la vida. ¿Era eso en lo que pensaba cuando volteaba los *pancakes* que les preparaba a los chicos en la casa de campo con el faisán disecado?

Luego, concluido aquel almuerzo y abierta la brecha en aquel sector particular de la Línea Gótica, Martha Gellhorn envió su despacho sobre la batalla de Montecassino y emprendió viaje; primero rumbo a Estados Unidos, para intentar salvar un matrimonio que hacía aguas, y luego rumbo a Normandía, para cubrir, contra viento y marea, el combate y el día del desembarco. Entretanto, el Brig se abría camino a trancas y barrancas por Italia al mando de la Segunda Brigada de Infantería canadiense. Ascendían trabajosamente por la costa del Adriático, de ciudad en ciudad, vadeando un desbordado río tras otro. La resistencia enemiga era intensa. Avanzaban kilómetro tras kilómetro, colina tras colina, barranco tras barranco, muerte tras muerte.

La primera unidad en romper la barrera defensiva de la Línea Gótica en esa región fue precisamente un batallón de la Segunda Brigada de Infantería comandada por el Brig, al que premiaron con la Orden por Servicios Distinguidos en Defensa de la Patria por orquestar y dirigir «un ataque nocturno ejecutado con maestría» gracias al cual se habían tomado las cumbres de San Fortunato. (Nell ha buscado esas cumbres en un mapa que, como todos los mapas, es plano, y por tanto no ofrece mayor información sobre la orografía del terreno.) El Brig había hecho lo que tenía que hacer, y lo que había hecho fue descrito por el *Canadian Gazette* en el estilo con el que solían describirse esas acciones: «Dirigió a su brigada con pericia, inspirando confianza en todos los rangos a su cargo, a menudo bajo fuego enemigo, arrostrando el peligro sin preocuparse de su propia seguridad».

«¿Quién había escogido esas palabras?», se pregunta Nell. «¿Cómo sabían lo que el Brig había hecho?» El parte de guerra que ha encontrado está fechado el 28 de abril de 1945. Tig lo había pasado a máquina y lo había adjuntado a una copia de la carta de Martha Gellhorn sobre Montecasino con

una nota de su puño y letra en la que había escrito: «Parece una mujer encantadora.» ¿Cuándo había escrito Tig esa nota y adjuntado ese informe? Tenía que haber sido, forzosamente, después de que su padre falleciera.

O sea que, a fin de cuentas, algo sí había comprendido Tig sobre el Viejo y Jovial Brigadier, piensa Nell. No había sido solo un hombre chapado a la antigua amigo de hacer *pancakes*, su padre.

Poco después de conquistar las cumbres de San Fortunato, el Brig y su brigada de infantería recibieron la orden de abandonar Italia y, junto con la Primera Brigada canadiense, fueron enviados a Europa Occidental vía Amberes, ciudad que entonces ya había sido tomada. Eso sucedía en el otoño de 1944. Luego tuvieron que seguir subiendo hasta adentrarse en Alemania.

Mientras Nell indaga sobre la historia, revolviendo entre los papeles del Viejo Brigadier —que ha heredado de Tig, al igual que la plata victoriana, y de los que tampoco se ve capaz de desprenderse—, hace un hallazgo sorprendente. Se trata de una carpeta que lleva por título: «Poemas de mi padre.» La etiqueta está escrita con la letra de Tig.

Eso quiere decir que Tig había leído esos poemas escritos por su padre. ¿Qué habría pensado? Al leerlos ella también, no alcanza a imaginárselo. ¿Pensaría que había descubierto un tesoro escondido? ¿Sentiría que estaba invadiendo su privacidad? Siempre hay un punto de duplicidad en eso de espiar a los muertos.

Los poemas, como tales, son propios de un aficionado, pero esa no es la cuestión.

No son muchos. Todos parecen haber sido escritos entre marzo y mayo de 1945. El último está fechado el 9 de mayo, el día siguiente a la victoria de los aliados en Europa, cuando la guerra terminó por fin en el Viejo Continente. «Si es que en algún momento ha terminado», añade Nell para sí.

El primero, en cambio, es de la época de la Batalla de Reichswald, una operación cruenta y desesperada: fango, sangre y muerte en el bosque sembrado de trampas explosivas, en las llanuras anegadas y los campos cubiertos de niebla, con un frío húmedo que calaba hasta los huesos y toda clase de incomodidades. La Séptima División de Infantería Canadiense, unidad cuyo mando había asumido el Brig, estuvo metida hasta el cuello en esa batalla, a menudo literalmente. Pero allí estaba él, en medio de toda esa vorágine, escribiendo poesía de algún modo.

¿Cómo se las ingeniaba? ¿Garabateaba los poemas en libretas y los pasaba a máquina después? Porque todos están mecanografiados. Debía de ser la misma máquina de escribir que utilizaba para redactar sus informes: entre sus papeles hay varios informes mecanografiados. Seguramente disponía de una máquina mecánica y de un puesto de mando móvil. Seguro que tenía un vehículo militar y una tienda de campaña, o algo por el estilo, con alguna superficie plana sobre la que apoyar la máquina. Nell tiene muy poca idea de cómo se las arreglaban para esas cosas en plena guerra.

*EL REICHSWALD*

*Bajo esta luna hoy velada,*
*este claro cielo, estos pinos,*
*me detengo y escucho.*
*Aquí se besaron los amantes*
*en silencioso arrobo.*

*No reina el silencio ni la paz esta noche,*
*el retumbe de los cañones, el rugido de los aviones*
*preludian el alba.*
*Bajo la luna, bañados por su luz,*
*aguardamos en calma.*

*A lo lejos, la cerrada descarga*
*cubre a los que con denuedo luchan*
*sobre suelo alemán.*
*Y al frente divisan los fogonazos*
*hacia los que con bravura avanzan.*

*Estos gráciles pinos, esta luna brumosa*
*inmunes al dolor de la guerra*
*están mudos esta noche*
*con la certeza de que el bien*
*entre las tinieblas ha de triunfar.*

*Mañana, con tristes rayos ensangrentados,*
*el sol se levantará, y la pesarosa luna*
*tras las nubes de la guerra*
*se alejará en sueños*
*de amor perdido.*

*Alemania, marzo de 1945*

«Es más bien un borrador que un poema», piensa Nell. Esos pinos que tanta certeza tienen de que el bien acabará imponiéndose, ¿de qué cuento infantil eduardiano salieron? Por no hablar de esa luna que sueña. ¿Qué hacen los amantes en ese bosque, y no digamos ya en ese poema? ¿Qué amor perdido? ¿Adónde quería ir a parar el Brig? Y esa espera de la que habla… espera a la orden siguiente, se supone, a la señal de avanzar hacia la carnicería que se estaba desarrollando un poco más adelante. La espera se hace en silencio, pero en plena batalla no hay silencio que valga. Lo que hay, como se suele decir, es fragor.

Luego viene otro poema más curioso si cabe:

*UN DESEO*

*Un beso, una mirada*
*que no oculta dolor ni pesar*
*una sonrisa valerosa aun*
*con el corazón desgarrado.*

*Tal fue nuestro adiós. Mas si,*
*algún día tú y yo, amor,*
*volvemos a encontrarnos,*
*ojalá amor volvamos a darnos*

*Lejana queda esa despedida*
*lejanos esos placeres nuestros.*
*Mas el pesar que tan triste brotó,*
*¿se habrá disipado mañana?*

*Alemania, marzo de 1945*

El poema ocupa media página: alguien ha arrancado la mitad inferior («Arrancado, no cortado», observa Nell). Se adivina a duras penas algo tecleado debajo: la parte superior de una primera palabra que podría ser el artículo «El». El poema «Un deseo» parece haber sido compuesto más o menos en la misma época que el anterior. ¿Guarda alguna relación con el romance evanescente bajo el claro de luna de «El Reichswald»? ¿Quién era esa joven o esa mujer? No parece el tipo de poema que encaje con una esposa —con la madre de Tig, que durante seis años bregaría sola con los dos niños

allá en Toronto, que le escribía cartas llenas de preocupación, pero también de una lealtad inquebrantable, que vivía con el temor de que en cualquier momento le entregaran el telegrama orlado de negro que tantas mujeres, tantas esposas de militares que conocía, habían recibido ya—. Entretanto, el Viejo y Jovial Brigadier, en esa época ni mucho menos viejo, se planta en la oscuridad de un bosque, rodeado de explosiones por doquier, de muertos o pedazos de muertos desangrándose sobre las acículas de los pinos, y evoca un amor perdido.

«¿Quién podía haber sido aquella mujer?», insiste en preguntarse Nell. «¿Una novia de sus tiempos universitarios?» «Lejana queda esa despedida» sugeriría tal cosa, pero en la guerra el tiempo avanza tan veloz como lento: en una semana se pueden condensar décadas enteras. ¿Pudo haber sido Martha Gellhorn? ¿Tuvieron un «idilio», como se decía entonces, en la Italia de 1944, entre el asfixiante calor de la tienda, el polvo, las moscas, el té asqueroso y el ron repugnante? Nell confía en que así fuera: quienes sienten que la muerte podría rondarlos tienden a comerse la vida a bocados, aunque no es que ella se haya visto nunca en esa tesitura. No se lo reprocharía ni mucho menos al Brig, ni tampoco a Martha, cuyo matrimonio debía de estar al borde de la ruptura por aquel entonces.

Pero, pensándolo bien, es poco probable. No habrían tenido tiempo. Y habría habido demasiado polvo, demasiado estruendo alrededor. Y estarían ocupados pensando en otras cosas. Tal vez algún ligero coqueteo entre una explosión y otra, algún que otro requiebro, alguna bromita. Algún intercambio de horrores. Martha Gellhorn era una camarada estupenda, por lo que Nell ha deducido de sus lecturas, pero ¿una amante? No le imagina tanto interés, al menos por lo puramente sexual. Aunque tampoco los poemas del Brig tienen nada de sexual en sí.

¿Y qué hay de ese interrogante con el que concluye el poema? ¿Expresa la esperanza de que la pena remita o el temor a que lo haga?

¿Y qué había pensado Tig de todo eso, si es que pensó algo, al encontrarse con ese poema tras el fallecimiento de su padre? Porque es evidente que se lo encontró: así lo atestigua esa etiqueta escrita de su puño y letra. ¿Le había molestado que el Brig tuviera pensamientos infieles, o ese hallazgo más bien le había permitido conocer mejor a su padre? Después de que el Viejo y Jovial Brigadier regresara de entre los escombros en que se había convertido Europa había habido muchas fricciones entre ellos, y desprecio mutuo, como el que suele surgir entre adolescentes idealistas que rechazan los rancios y

desfasados valores paternos y padres que ven en ellos a jóvenes ignorantes, arrogantes y sobre todo ingratos. Había habido resentimiento por ambas partes. Sin embargo, ahí estaba el Brig, tan retraído al final de su vida, escribiendo poemas rebosantes de melancolía y sacando a relucir su corazoncito.

En el poema se menciona dos veces la palabra «pesar», un término ya un tanto en desuso. Pero ahí tenemos al Viejo y Jovial Brigadier, el de entonces, hablando de «pesares», de «placeres perdidos», de «sonrisas valerosas». Esas eran las palabras clave mientras aguardaba la orden de avanzar en el bosque brumoso.

El poema siguiente se titula «Avanzadilla», y lleva como subtítulo «El Rin». No está firmado —ninguno de los poemas lo está—, pero sí fechado: «Alemania (el Rin), marzo de 1945.» En esos momentos, el Primer Ejército canadiense, o al menos la brigada comandada por el Brig, debía de dirigirse hacia el río con la intención de cruzarlo. Nell sabe, gracias a fotografías antiguas que ha visto en libros (algunos heredados del Brig) que durante el trayecto por poco se produjo un embotellamiento, de tantos vehículos militares como se habían ido sumando a la marcha.

*Ya no estallan los obuses rompiendo*
*el silencio que ominoso presagia*
*el peligro que acecha*
*entre quedos campos desiertos*
*mientras el aire susurra una advertencia.*

*Ahora el rugir del tráfico brama incesante*
*resonando entre los árboles. Avanzan*
*ristras de tanques presurosos,*
*hombres, camiones, armas:*
*en la guerra no hay tiempo que perder*

*Ajetreados, los hombres se detienen*
*entre risas y roncos motores al ralentí*
*y luego, gritando y perjurando,*
*regresan a la abarrotada carretera*
*vuelta al tráfago de la marcha.*

Todos los poemas se escribieron en la misma máquina. El papel es lo bastante grueso como para que las hojas no se hayan arrugado; apenas si han

amarilleado con el tiempo. No se trata de copias hechas en papel de calco. Hay algún que otro error gramatical y faltan signos de puntuación. En el poema sobre la despedida de los amantes se ha hecho una corrección a lápiz: una trasposición de dos términos en dos versos sucesivos, es decir que el Brig los había releído como mínimo una vez después de pasarlos a máquina. Se había tomado ciertas molestias.

¿Qué pensaba hacer con esos poemas? Posiblemente nada. Quizá los viera como entradas en un diario, como notas dirigidas a sí mismo. Por otra parte, no era el primer soldado poeta de la historia; si te paras a contar, ha habido montones: Sófocles, para empezar, había combatido en la guerra, y el rey David de los Salmos. En siglos posteriores, Lovelace, Owen, Brooke, McCrae y un largo etcétera; además, al Brig le había gustado escribir durante sus años mozos en la universidad, cuando había dado rienda suelta a su vena artística. ¿Tenía tal vez en mente publicar un breve poemario?

En cualquier caso, no se separó de esos poemas durante su ardua y potencialmente mortal marcha a través de Europa. Todos estaban doblados por la mitad y vueltos a doblar, lo que parece indicar que los llevaba en un bolsillo. Después se desdoblaron, se guardaron planos y se archivaron entre sus papeles: eran sus testigos silenciosos, la voz de una parte de sí mismo oculta en lo más profundo de su ser. ¿Descubrió la madre de Tig esos poemas posteriormente? ¿Hubo indagaciones sobre ese beso de despedida, por ejemplo? ¿Hubo celos? «¿Quién era esa mujer, la tal Martha? Sé que estuvo allí, en Italia, contigo; encontré su carta. Dime quién era».

Nell sospecha que algo debió de descubrirse sobre aquella mujer y aquel beso, o sobre otras mujeres y otros besos. El matrimonio no duró; aunque, según Tig, pocos matrimonios interrumpidos por la guerra se mantuvieron unidos después de que los soldados regresaran a casa, a menos que hubieran tenido hijos después, y a veces ni siquiera así. Él mismo había sido testigo del desmoronamiento y la ruptura, como explosiones a cámara lenta, de muchas parejas del círculo de sus padres: quien había partido (el hombre, en el noventa y cinco por ciento de los casos), y quien se había quedado (la mujer, también en el noventa y cinco por ciento de las ocasiones) ya no conseguían entenderse. ¿Cómo se vivía sabiendo que al día siguiente, que una hora después, podías estar muerto? ¿Cómo se vivía contemplando las estrellas con el temor de que en ese momento, ¡en ese mismo instante!, al otro lado del mundo la persona a la que amabas podía estar desangrándose en una ciénaga, dando las últimas boqueadas? Y seguir viviendo así día tras día, mes tras mes

y año tras año, durante casi seis años, porque en aquel tiempo los soldados no tenían derecho a volver a casa de permiso, era demasiado arriesgado, además de costoso. Solo quedaba esperar y seguir esperando con el ánimo como una goma elástica al límite de su tensión, sin nada a lo que aferrarse más que cartas censuradas y mensajes enviados a través de programas de radio sin mencionar el paradero preciso: «Estoy bien. Con todo mi cariño desde tierras italianas».

Y luego el regreso, el júbilo, el abrazo, y el despertar paulatino a la conciencia de que ambos perfectamente podrían provenir de galaxias distintas.

—¡Cuéntame!

—No puedo. —Cabeza entre las manos—. Lo siento. Me es imposible.

—Cuéntame cómo era aquello, por favor. —Poniendo mucho de su parte.

—Es imposible describirlo. —«No lo entenderías».

—Te quiero. —Poniendo mucho de su parte.

Silencio, demasiado largo.

—Yo también te quiero. —Voz sin emoción.

—Lo superaremos. Te repondrás enseg… bueno, dentro de nada.

Pausa.

—Sí.

Pausa.

—¿Un cigarrillo?

Los dos fumaban como carreteros, tanto el Brig como su mujer. Y también bebían mucho. Por limar un poco las excesivas aristas. Los excesivos filos. Las excesivas distancias.

Ella falleció apenas cumplidos los cincuenta de un cáncer de garganta; aunque, según Tig, porque tenía el corazón roto. ¡Tantas cosas se rompen en una guerra! El Brig vivió mucho más tiempo. Había sufrido varias enfermedades graves, de las que se había ido recuperando, pero al final una neumonía acabó con él. Ocurrió después de aquella Navidad en la que estaba sentado en la butaca de Santa Claus con la galletita en forma de abeto y su copa de *whisky* sin hielo.

—Estoy cansado de todo esto —le había dicho a Tig durante el trayecto en coche hacia el hospital. Cuatro días más tarde ya había fallecido. Al menos padre e hijo tuvieron tiempo de perdonarse mutuamente. La posguerra no había sido fácil para ninguno de los dos; Tig ya no era el niño de seis años que se despedía de su querido papá abrazado a él entre lágrimas, sino un

huraño adolescente aliado con su rencorosa madre. En tiempos de paz, el Brig se había visto reducido al papel de comparsa, ora en un cuartel, ora en otro, y luego al de figura decorativa en los cócteles, como agregado de defensa en Washington, ¿y todo para qué? En tiempos de paz los soldados resultan superfluos; se les homenajea una vez al año por aquello que fueron en el pasado, pero se les evita en el presente por aquello en lo que se han convertido.

El Viejo y Jovial Brigadier, prematuramente avejentado, volteando los *pancakes* en la sartén para los muchachos.

«Hace un día estupendo. ¿Os vais de pesca?»

Neblina y luz de luna. Pesar y dolor. Sonrisas valerosas.

No había más poemas fechados en marzo de 1945: debían de andar muy ajetreados por esas fechas. Por fin cruzaron el Rin; después, el ejército canadiense recibió la orden de liberar Holanda de las fuerzas de ocupación. Nell ha indagado sobre esas operaciones en los enormes volúmenes heredados del Brig que contienen la historia oficial de la guerra; unos tomos enormes, encuadernados en rojo, con anotaciones en tinta azul, aquí y allá, probablemente hechas por el mismo Brig. Esos libros cubren en detalle, con fechas y mapas, los movimientos de los batallones y regimientos canadienses durante el transcurso de la guerra.

La liberación de Holanda. Inundaciones por doquier. Un tiempo espantoso. Revolcones en lodazales helados. Puentes provisionales, vehículos anfibios, pueblos y ciudades prácticamente destruidos, prudentes registros de viviendas, lanzando granadas primero. Recuento de víctimas, recuento de heridos, recuento de prisioneros; júbilo entre la población civil, y también privaciones… todo había quedado registrado en aquellos volúmenes rojos.

Para entonces ya era abril. El Brig estaba liberando la ciudad de Deventer, junto al río IJssel. Allí había un puente de importancia estratégica; era preciso tomarlo, y finalmente se logró, aunque a costa de muchas vidas.

Nell está al tanto de muchas de esas cosas porque se habían celebrado aniversarios, había habido ceremonias y música de gaita, se habían depositado coronas de flores. Se habían pronunciado discursos conmemorando la liberación, recordando el reparto de alimentos entre la población civil al borde de la inanición cuando ellos llegaron. Nell, Tig y los nietos habían asistido a algunos de esos actos. En uno de ellos, nombraron la calle principal de una

ciudad en honor al Brig. Tig ayudó a descubrir la placa conmemorativa. Hubo personas que se acercaron a estrecharle la mano; «se parece usted mucho a su padre», decían. Algunos lloraron.

La primera vez que visitaron aquel lugar, aún vivía un anciano que le había pasado clandestinamente al padre de Tig un mapa que mostraba las posiciones de los alemanes. Gracias a ese mapa, el Brig consiguió liberar la ciudad sin tener que destrozarla a cañonazos. Aquel anciano era un jovencito durante la ocupación y, al igual que muchos otros jóvenes, había participado en la Resistencia. Como era panadero, podía circular por la ciudad en su pequeña furgoneta de reparto y salir a la calle de madrugada, antes de que se levantara el toque de queda. Nadie había sospechado nunca de él porque todo el mundo lo tomaba por tonto. A su hermano, en cambio, lo habían pillado y pasado por las armas.

El anciano condujo a Tig, Nell y los niños hasta una gran casa rodeada de árboles frondosos: allí se había hospedado el brigadier mientras dirigía las operaciones, les explicó. En la misma casa donde, anteriormente, las SS torturaban a los prisioneros, y donde se encontraron los cadáveres de siete amigos suyos que habían sido asesinados y enterrados en el jardín. Desde entonces nunca había vuelto a crecer nada en aquella franja de tierra.

También les enseñó los escondrijos de los partisanos en el monte, los escenarios de descubrimientos y traiciones, las posiciones camufladas de las bombas volantes alemanas que apuntaban hacia Inglaterra, todo. Para aquel anciano, el pasado era el presente: seguía viviendo en él. Seguía llenándole de angustia.

A lo largo del río estaban los nidos de las ametralladoras enemigas. Según Tig, que se lo había oído contar a su padre, quienes los ocupaban eran niños. Niños de doce años a los que se les había entregado munición y alcohol, y ordenado que no se movieran de allí hasta que ambas facciones se hubieran retirado. Las curtidas tropas del Brig descubrieron que habían estado disparando contra unos críos, si bien unos críos fanáticos provistos de armas mortíferas. Se quedaron con el corazón encogido, pero ellos qué sabían.

La última visita de aquel día fue al cementerio militar canadiense, con sus hileras de lápidas, todas grabadas con el nombre de la víctima y su regimiento correspondiente. Sobre cada tumba había una rosa blanca que los colegiales de la localidad habían depositado allí con motivo de la Pascua. «Más de lo que se hace en casa», masculló Nell.

Por el camino se había sumado al grupo una anciana que había trabajado como camarera en la cantina de las tropas canadienses y ayudado con labores de enfermería. La mujer se plantó en medio del cementerio con los brazos abiertos y las lágrimas resbalándole por las mejillas, y gritó al cielo: «Estos son mis hijos».

No «eran». «Son».

—Aquí estuvo tu padre —le dijo el anciano a Tig—, aquí mismo.

El Brig escribió otro poema justo después de Deventer. Es el primero en el que figuran tanto el mes como el día: 18 de abril de 1945. En esa fecha —Nell ha estado indagando en los archivos—, un gran número de soldados alemanes, miles de soldados alemanes, depusieron las armas y se rindieron. Existen fotos en blanco y negro: largas colas de hombres sucios y harapientos arrastrando los pies, algunos con las manos detrás de la cabeza, escoltados por guardias armados con fusiles.

*LA WEHRMACHT, 1945*

*Entre sombras de desaliento,*
*la oscura puerta de la derrota*
*se cierra en silencio.*
*Ya no hay fulgor de victoria*
*que aliente los desfallecidos pasos.*

*Atrás quedan los sueños de gloria*
*que tan fatuamente nutridos*
*mataron la compasión de los hombres.*
*El guerrero avanza afligido,*
*a tientas, hacia el veredicto de la historia.*

*18 de abril de 1945*

Ni sombra de regocijo, ni sombra de pavoneo. Silencio y oscuras puertas que se cierran, un *diminuendo*. Tras el derroche de adrenalina, el desencanto, tanto para vencedores como para vencidos. Nell ha leído memorias; ha oído describir ese estado de ánimo. ¿Y ahora qué? Ahora a vivir con ello, con lo que quiera que hubieses hecho por cualesquiera motivos que, en el pasado, te hubiesen llevado a justificar esos actos. Algunos, en uno y otro bando, no lograron seguir viviendo con esa carga. Hubo suicidios. No podías matar y

seguir matando y ver los resultados de tus actos y los resultados de los actos de los demás y luego relegar todo aquello al olvido. Las imágenes se quedaban grabadas en lo más profundo de tu ser, no había forma de borrarlas. Por mucho que creyeras haber arrancado de tu cerebro todo aquello, aquello seguía ahí, acechándote. Por las noches recibías visitas que se sentaban en tus butacas y no te dirigían la palabra. Algunas de esas visitas eran muertos.

¿Y qué vino después? El ejército se desplazó hacia el norte. El Brig estaba al mando de la Segunda División de Infantería cuando esta liberó Westerbork, un campo de tránsito donde estacionaban temporalmente a los judíos que iban camino de los campos de exterminio. A juzgar por las crónicas, la liberación resultó traumática para los liberadores. Puede que los hubieran puesto sobre aviso hasta cierto punto, pero al parecer no estaban preparados para la realidad que los esperaba. ¿Cómo podían existir lugares así? ¿Quién había podido concebir algo semejante?

El Brig llegó a Bergen-Belsen unos días después de que los británicos tomaran el campo, y aquello fue peor si cabe.

No surgió ningún poema de esas vivencias. El Brig tampoco las mencionó nunca, que Tig supiera. Solo al final de su vida dejó caer algo al respecto, pero no a Tig, y tampoco dijo gran cosa.

Poco tiempo después, otro poema fechado con precisión:

*ALTO EL FUEGO*

*Terminó la guerra. Hay hombres vivos*
*en los campos donde otros murieron.*
*¿Olvidado queda ya el dolor?*
*Con orgullo castrense recordamos*
*risas, bromas, amigos que se hicieron.*
*No albergamos loco alborozo*
*tampoco nuestro contento es tanto.*
*Como el amante que refrena su ardor,*
*así encaramos el día, y sonreímos*
*por temor a que irrumpa el llanto.*

*Alemania, 9 de mayo de 1945*

El 9 de mayo fue el día siguiente al fin de la guerra en Europa. Una vez más, un interrogante ambiguo: «¿Olvidado queda ya el dolor?» Como diciendo: «De ningún modo.» El ardiente enamorado vuelve a aparecer, esta vez tan solo como un símil, pero de nuevo asociado a una sonrisa aparente y a un pesar interior. Hay temor a las lágrimas.

El Brig acababa de cumplir treinta y siete años. Tenía el resto de su vida por delante.

¿Eso es todo? ¿Ya no hay más poemas? Nell repasa otra vez las hojas para comprobar si las ha ordenado correctamente y, atención: se ha saltado algo. En el revés de la media página que contiene «Un deseo» descubre otro poema. Este (solo este) mecanografiado en una máquina distinta. El título, a diferencia del resto, está en minúsculas:

el despertar.

La gris y fría bruma, el sol naciente
ven con limpios ojos clarividentes
cómo huye fugaz la oscuridad
ya desnuda y pura la verdad.

Falaz luna, nubes embaucadoras
que hermoseaban la escena,
y ahora mis ojos lloran su pena:
lo que fue gozo hoy es pesar.

No hay fecha. «¿Qué estaba pasando?», se pregunta Nell. «¿Cuál de los dos poemas se escribiría primero? ¿Está hablando de la misma mujer o de otra, o ni siquiera se trata de una mujer?» Ese «gozo» podría sugerir un encuentro romántico (y no la escena de una batalla, por ejemplo) pero «la gris y fría bruma» y la luna velada por esas nubes embaucadoras remiten al paisaje de «El Reichswald». Se diría que «Un deseo» alude a acontecimientos del pasado, mientras que «el despertar» trata de algo más inmediato; sin embargo, los dos están en la misma hoja.

¿Qué historia había detrás? Ya no queda nadie a quien preguntárselo. De todos modos, no son asuntos de su incumbencia, ¿no? Pues no, pero los ha heredado, al igual que la tetera de plata, la cucharilla para espolvorear azúcar

y las palas de pescado. Los objetos pasan de mano en mano, las cosas se olvidan, su significado se desvanece.

¿Qué hacer con los poemas primorosamente guardados en esa carpeta? ¿Y con esa espada de desfile arrumbada en un rincón junto con los remos de la canoa, y con la Orden por Servicios Distinguidos a la Patria guardada en una caja de cartón sobre un estante del sótano, y con las insignias de plata y los distintivos oficiales amortajados en terciopelo que siguen en la cómoda de Tig? ¿O con los visitantes silenciosos, unos vivos y otros muertos, que se sientan en las butacas, aunque en realidad no están allí, o con el hombre colgado en la ducha? Porque también ellos forman parte de esa herencia.

Luego está la carta de Martha Gellhorn, ese pequeño fragmento del periplo de la corresponsal que, por un instante, había rozado la historia del Brig. «La guerra siempre es peor de como yo alcancé a describirla», le confesaría a un amigo al final de sus días. «Siempre».

«¿Por qué me obsesiona tanto todo esto?», se pregunta Nell. «¿Por qué me tiene tan enganchada leer las cartas de los muertos, hurgar en sus cabezas? Todo esto sucedió hace casi ochenta años».

¿Qué hace deambulando por casa en medio de la noche, en medio de esta porción condensada de un tiempo pasado en el que tantas cosas acontecen, pero tan pocas se aclaran? Venga a escarbar entre los escombros, un ladrillo aquí, un cascote allá, fragmentos de vidas; venga a intentar comprender lo incomprensible al menos para ella. Pedazos de papel doblados, metidos en un bolsillo. El Brig había puesto a buen recaudo esas palabras, las había salvaguardado: debía de querer que alguien las leyera algún día. Si no, se habría deshecho de ellas.

«Debería rendirme. No soy la persona indicada», piensa Nell. «No soy la persona indicada para leerte. Lo siento. Lo único que puedo decir es que te entiendo, que te oigo. O, mejor dicho, que oigo algo, o intento oír algo. ¿Cómo dices?»

# Viudas

Querida Stevie:

Gracias por tu carta. Espero que sigas bien de salud.

Ahora parece obligatorio empezar así las cartas, interesándonos por el bienestar físico del otro a modo de leve inclinación del sombrero a la antigua usanza; se ha convertido en una fórmula de cortesía indispensable, al igual que aquellas tarjetas de visitas que se dejaban antes. Y al despedirse hay que decir: «Cuídate mucho.» ¡Qué absurdo! Por mucho que te cuides, el frágil hilo del que pendemos puede romperse en cualquier momento y nosotros precipitarnos en lo desconocido. «Cuídate mucho», deberían prohibir esa expresión. La gente se hace ilusiones.

Perdona, me estoy volviendo muy gruñona con esto del idioma; algo que suele ocurrir solo a partir de cierta edad. Para los jóvenes, las cosas siempre se han llamado como se llaman actualmente, no así para los abuelos. Nosotros somos conscientes de las grietas, de los abismos. Y los chistes que circulaban en décadas anteriores han dejado de ser chistes, pero entretanto han surgido otros nuevos que no siempre captamos. En estos tiempos puritanos que vivimos no se hacen tantos chistes —no lo digo en tono de crítica, que conste —, pero todavía se permiten algunas risas, según parece.

Aunque cada generación tiene sus expresiones de moda que poco a poco van cayendo en desuso y dejan de utilizarse. ¿Qué significaba aquel «*twenty-three skidoo*» que se decía en mi infancia? ¿Por qué «veintitrés y puerta»? Solo usábamos la frase cuando jugábamos a la comba, porque ya entonces estaba anticuada y más allá de ese juego no me evocaba nada. Ahora que lo pienso, aquella cancioncilla era bastante siniestra: una banda de ladrones entraba a la fuerza en casa de una señora —entonces, a las mujeres adultas se las llamaba «señoras»— y empezaban a darle órdenes: que se diera la vuelta, que tocara el suelo, etcétera. Era imposible que aquello terminara bien: los ladrones eran veintitrés y la señora solo una. Aunque al final ella se despedía exclamando: «¡Y puerta!», así que a lo mejor conseguía escapar de ellos.

¡Cómo nos reíamos de la muerte en aquellos tiempos! En Halloween se nos brindaba la oportunidad de colocarnos una sábana encima y disfrazarnos de

fantasmas, o de llenar un cuenco de uvas peladas, vendarles los ojos a nuestros amiguitos y dirigir sus manos hasta el interior del cuenco. «Ojos», anunciábamos en tono sepulcral y el otro exclamaba: «¡Puaj!». Luego canturreábamos una canción que hablaba de la muerte, del cadáver sepultado, de los gusanos que lo invadían, de lo verde que se ponía. La monda lironda nos parecía todo eso entonces. Pero ¿cuántos de aquella nutrida pandilla de gamberretes quedan con vida? No muchos. Se fueron de este mundo, y con ellos los vestigios de las oculares uvas y los cuerpos verdes en descomposición. Ya solo queda un puñado de viejales agarrados al borde del precipicio, tomando té con galletas al sol y poniéndose la camiseta, de por sí ya no muy limpia, perdida de migas y leche, o angustiando a los vecinos cuando —con paso lento y torpe, dando peligrosos traspiés sobre el hielo— se afanan por intentar sacar a paletadas la nieve que se acumula delante de sus casas. «Traiga, déjeme esa pala, que yo se la quito», «No, no, ya me las apaño, gracias». Escarabajos aproximándose al término de su ciclo vital, pero aún ascendiendo animosos por el otrora familiar pedúnculo floral. «¿Dónde estoy y qué hago aquí?», tal vez se pregunte el escarabajo. «¿Hasta cuándo podrá seguir así?», tal vez se planteen los vecinos. Seguro que no mucho tiempo más.

Ah, pero no crean ni por un instante que ignoramos lo que están pensando. Es lo mismo que pensábamos nosotros en otro tiempo. Que seguimos pensando.

En fin, todo esto está muy lejos de tu realidad, querida Stevie. Tú eres mucho más joven, aunque ahora no te lo parezca. Si vives otros treinta años —como espero sinceramente que vivas; o incluso más, si aún te encuentras bien—, si vives otros treinta años, pues, y todavía disfrutas de la vida o de gran parte de ella —si es que en el futuro hay alguien que la disfrute, o incluso alguien vivo, dada la ola gigantesca de imponderables que se nos vienen encima—, imagino que al contemplar una imagen tuya de hoy día —suponiendo que tus efectos personales hayan sobrevivido a inundaciones, incendios, hambrunas, epidemias, insurrecciones, invasiones o quién sabe qué —, pensarás: «¡Qué joven era entonces!»

Pero me he ido por las ramas. Me preguntabas en tu carta que cómo estaba: otra fórmula de cortesía más. Esa es una pregunta a la que nadie desea que le respondan con sinceridad.

Te refieres a cómo estoy sobrellevando la muerte de Tig, si me siento sola, si lo estoy pasando mal, si me parece que la casa está más vacía que nunca, si

estoy cumpliendo con todas las fases del prescriptivo proceso de duelo. Si he entrado en el oscuro túnel de riguroso luto, guantes y velo incluidos, y salido por el otro lado ya feliz y contenta, vestida de alegres colores y lista para el ataque.

Pues no, porque esto no es ningún túnel. No existe ningún otro lado. El tiempo ha dejado de ser lineal, con acontecimientos vitales y recuerdos dispuestos en orden cronológico como cuentas en un collar. No, porque esto es un sentimiento, o una experiencia, o una reordenación de lo más peculiar. No estoy segura de poder explicártelo.

Además, si te dijera que «Tig no se ha ido del todo» te asustaría innecesariamente. Enseguida pensarías que veo fantasmas, que deliro o tengo demencia, pero no se trata de nada de eso en mi caso. Algún día quizá comprenderás esta distorsión o este pliegue temporal. En alguno de esos pliegues, Tig sigue existiendo, tal como cuando estaba vivo.

Pero no tengo intención de contarte nada de todo esto. No quiero que te angusties y empieces a llamar a mis amigos y familiares más jóvenes para decirles que hay que hacer algo conmigo. Siempre has sido una metomentodo bienintencionada, y no es un reproche; tienes buen corazón, rebosas buenas intenciones. La cosa es que no quiero que nadie venga a traerme ningún guiso, ni que me sondeen con indirectas, ni que venga a verme un médico o alguna de mis sobrinas intentando convencerme de que me compre un pisito en una residencia asistida. Y no, no me apetece lo más mínimo hacer un crucero.

Por el momento salgo con un puñado de viudas. Bueno, y también de viudos; seguimos sin disponer de un término de género neutro para quienes han perdido a sus parejas de toda la vida. Tal vez muy pronto nos acostumbremos a hablar de «viudes», pero por el momento… en fin, que hay mujeres que han perdido a otra mujer y hombres que han perdido a otro hombre, pero la mayor parte son mujeres que han perdido a un hombre. Está visto que los hombres son más frágiles de lo que creíamos.

¿Que de qué hablamos? De los extraños pliegues temporales que te mencionaba antes —todas hemos experimentado ese fenómeno—. De las peculiaridades y preferencias de los que ya no están. De lo que habrían dicho y lo que siguen diciendo, por supuesto, en un momento dado.

También de las últimas horas. Somos un tanto obsesivas sobre esas escenas: las comentamos, volvemos una y otra vez sobre ellas, las modificamos, las retocamos para hacerlas, quizá, más tolerables. ¿Qué declive

fue el peor? ¿Fue preferible asistir a un deterioro progresivo, con mucho sufrimiento pero con tiempo de sobra para despedirse, o ser testigos de una muerte repentina a causa de un derrame cerebral o un infarto fulminante? ¿Preferible para ellos o para nosotros? «Me di cuenta de que había llegado el momento», «Salí cinco minutos de la habitación y cuando volví ya había muerto», «Sabíamos que tenía que ocurrir», «¿Diez años? Debe de haber sido horroroso»…

También de cómo poner orden en las cosas del otro. Eso lleva mucho tiempo: ¡se acumula tanto, año tras año! Y luego se produce una mini explosión y todo lo almacenado —las cartas, los libros, los pasaportes, las fotos, los objetos favoritos guardados en cajones, cajas y estantes— queda desperdigado en la estela del cohete o del cometa o de la onda de energía o del silente soplo, y las viudas tienen que ponerse a barrer, clasificar, donar, legar y desechar. Fragmentos de un alma esparcidos por todas partes. Es una tarea que absorbe mucho a las viudas, y que las vuelve locas en igual medida. Nos llamamos por teléfono, zozobrando en un mar de dudas, y nos preguntamos: «¿Qué se supone que debería hacer con…?» Rellénese el espacio en blanco. Unas y otras nos sugerimos infinidad de posibilidades, pero ninguna resuelve el problema primordial.

También hablamos de nuestros remordimientos, de algunos remordimientos: «Si lo hubiera sabido», «Si me lo hubiese dicho», «Si se lo hubiera preguntado». «Debería haber sido más…», rellénese el espacio en blanco; «Si hubiésemos…», rellénese el espacio en blanco. Hay muchos espacios en blanco.

Las viudas, naturalmente, traemos mal fario. Somos conscientes de ello. Concitamos silencios incómodos. La gente contiene el aliento a nuestro alrededor. «¿La invitamos a cenar o enturbiaremos el ambiente?» Nosotras hacemos todo lo posible por no enturbiar nada, desde luego; lo turbio nunca es agradable.

Antes era peor, en otros lugares y otras épocas. Nos enterraban vivas junto con el rey difunto, o nos arrojaban con él a la pira funeraria. Y si escapábamos a ese sino, estábamos obligadas a vestir de negro, o de blanco, para el resto de nuestros días. Traíamos mal de ojo. La viuda negra, una araña cuyo veneno puede ser mortal, recibió ese nombre por nuestra causa. La gente se persignaba o escupía a nuestro paso para evitar contaminarse. Y si no estábamos decrépitas, si todavía nos quedaba un poco de vida en el cuerpo, entonces éramos viuditas alegres, mujeres sin ataduras siempre proclives al

desenfreno sexual. Una vez, en una fiesta, un hombre de cierta edad se atrevió a hacerme insinuaciones de esa índole —porque las viudas seguimos asistiendo a fiestas, y nos pintamos de rojo las uñas de los pies aunque nos pongamos zapatos cerrados; sabemos que es una coquetería absurda, pero lo hacemos de todos modos solo por darnos ese caprichito—. Acababan de presentármelo y, sin embargo, me miró con una sombra de lascivia y me preguntó: «¿Qué, sales por ahí con hombres?» Se suponía que era una broma, pero lo más probable es que no lo fuera. Dice la creencia que las viudas no solo son ricas, sino fáciles de persuadir.

—Soy viuda. Tig murió hace poco —le contesté con cierta dureza.

—¿Qué, a la caza entonces?

Era una forma de coqueteo geriátrico, creo yo. La gente de nuestra edad puede entregarse a esos flirteos sin temor a quedar completamente fuera de lugar porque ambas partes saben que no conducirán a nada. O, para ser exactos, que no pueden conducir a nada. Coquetilandia: ese es el territorio que habitamos. De haber llevado encima un abanico, como era costumbre en otras épocas, le habría dado unos golpecitos con él; con picardía, como en una grotesca comedia inglesa de la Restauración: «¡Ay, bribón!»

De nada habría servido replicar: «Déjate de tonterías, Tig sique aquí.» Al instante, los rumores se habrían propagado como la pólvora: «Esta va camino del frenopático», «Bueno, siempre fue un poco rarita», y observaciones por el estilo.

Las viudas, por tanto, nos guardamos esas ideas para nosotras.

Huelga decir, querida Stevie, que no pienso enviarte esta carta. Tú estás al otro lado del río. Desde tu orilla, tu amado sigue teniendo forma tangible. A este otro lado estamos las viudas. Nos separa un cauce infranqueable. No obstante, puedo saludarte con la manita desde aquí y desearte lo mejor, que es lo que me propongo hacer. De manera que:

Querida Stevie:

Gracias por tu carta. Espero que sigas bien de salud. Te agradezco que te intereses por mí. Estoy bastante bien, debo decir. El invierno se me ha hecho eterno, como a todos, pero desde que ha entrado la primavera estoy muy atareada con el jardín. Ya han brotado los galantos y empiezan a apuntar los

primeros brotes de narcisos. Le tengo echado el ojo a unos lirios orientales que quiero plantar en el arriate de delante. Ya los planté hace años, pero los escarabajos del lirio dieron cuenta de ellos antes de que pudiera percatarme. Esta vez no pienso dejar que esos bichos me pillen por sorpresa: mujer prevenida vale por dos.

Mis hijos están bien, y mis nietos rebosan energía y vitalidad. Estoy pensando en adoptar un gatito. La verdad es que no tengo mucho más que contarte. Avísame cuando vengas por estos lares y salimos por ahí a comer.

Cuídate mucho.

Con cariño,

Nell

# La caja de madera

Nell va de un lado para otro arrastrando los pies, sube y baja las estrechas escaleras, entra y sale de las habitaciones. El suyo no es un deambular sin propósito; está buscando un libro que quiere leer: *Maigret tiende una trampa*. Ya lo ha leído antes, pero no recuerda en qué consistía esa trampa. Esta vez no saltará a la última página para ver cómo acaba, esta vez se dejará atrapar. Puede leer con calma, no tiene por qué precipitarse; ahora dispone de espacio suficiente para eso. Ahora que Tig…

En el espacio-tiempo hay portales que se abren y se cierran como boquitas de rana.

Las cosas desaparecen en su interior, se esfuman, pero luego pueden volver a aparecer sin avisar. Cosas y personas que estaban aquí de pronto ya no están, o de pronto vuelven. No es algo que se pueda prever.

Un día no muy lejano, Tig perdió el «puente» superior; así se llamaba entonces, ya no «dentadura postiza», como en siglos anteriores. Lo buscaron por todas partes, pero no hubo forma de encontrarlo. Hasta que, *¡zas!*, apareció de pronto en lo alto de la librería, donde era imposible que Nell alcanzara a verlo porque era muy alta. Después de registrar la casa de arriba abajo entre todos, Nell había pasado a la operación escalera y ¡sorpresa! ¿Por qué lo habría dejado Tig allí? Era la primera vez que lo hacía. ¿O no había sido él? Quizá había sido succionado por uno de esos portales. Ahora aquí, ahora allí, luego vuelta a aparecer allá, en un sitio totalmente distinto. Puede ser, entonces, que Tig esté en algún lado ahora mismo, que no haya desaparecido simplemente.

*Maigret tiende una trampa*, ¡aquí está! En el canasto de la ropa sucia, ¿dónde si no?

Nell se apoya en la encimera de la cocina y abre el libro. Lo leerá mientras come esa especie de cena que se ha preparado: un trozo de queso, unas sobras de sopa recalentada en el microondas, una especie de hojaldre del día anterior, que se supone debería ser un *croissant*, cortado en lonchas y tostado en el pequeño horno eléctrico de sobremesa. Es como volver a la vida de estudiante: la misma desorganización, la misma desidia y los mismos

arrebatos impulsivos cargados de buenos propósitos, la misma ansiedad difusa, las mismas comidas de batalla. Hay que ver la facilidad con que se ha remontado a seis décadas atrás, año más año menos: vuelta a picotear a deshora, a recurrir a sobras en dudoso estado, a comer de cualquier manera.

A Tig le gustaba la mesa bien puesta, el vino servido en copas. Cocinar recetas especiales. Brindar en recuerdo de esto o de lo otro, por una persona u otra, por una causa u otra. Las ocasiones especiales. Las celebraciones…

«Es evidente que quienes fabricaron esta pasta no han visto un *croissant* de verdad en su vida», piensa Nell mientras mastica. «La textura debe ser hojaldrada, no amazacotada», les comunica en silencio a quienesquiera que fueran sus artífices. «Ojalá pudiera controlar uno de esos portales con boca de rana y arrojar cosas a su interior. Allá que irían todos los *croissants* mal hechos».

Tig habría tirado esa masa blandengue a la basura sin pensárselo dos veces. «¿Por qué vas a comer algo que no te apetece?», habría dicho. «Si el camino no te gusta, no vayas.» Tig se burlaba de que fuera tan frugal. «Es mi lucha contra el despilfarro», replicaba ella. Qué absurdo: ¿acaso era menos despilfarro que un *croissant* acabara en su sistema digestivo que en la pila de residuos orgánicos? Pues claro que no.

La trampa urdida por el comisario Maigret pretende desenmascarar a un asesino de mujeres. El asesino comete esos crímenes en un barrio determinado, pero Maigret no ha logrado averiguar por qué precisamente allí. Las víctimas no tienen nada en común, aunque al comisario no se le escapa que todas son mujeres morenas. Nell supone que en las novelas de Maigret también se asesina a hombres, aunque no tanto. ¿O es tan solo una impresión suya? ¿Es posible que se fije más en los asesinatos de mujeres? ¿Cuántas víctimas suman en total en cada categoría?

Podría contarlas: sería un proyecto.

Nell siente que gran parte de lo que ha hecho en su vida han sido cosas por el estilo. Proyectos, intrascendentes, a fin de cuentas. ¿Han tenido alguna utilidad para alguien?

Esta escena o cena improvisada o interludio lector tiene lugar en una casa de campo, si es que puede llamarse así. Una segunda residencia que ella y Tig

habían comprado impulsivamente porque allí estaba la casa y allí estaban ellos, porque se vendía barata y estaba en un bosque, y por qué no, además, se encontraban en una etapa de la vida en que todavía tenían ganas de aventuras. Lo que los cautivó fue lo aislado del emplazamiento, los pájaros…

La casa en sí se hallaba en un estado lamentable. Ni siquiera estaba terminada: el suelo era de hormigón, carecía de zócalos —lo que dejaba un hueco por el que entraban y salían a su antojo arañas, cochinillas y milpiés— y en una de las paredes ya brotaban hongos por culpa de la humedad. Además, Tig y Nell no tardaron en descubrir que el sistema de filtración de agua desembocaba en el rudimentario sótano: mala señal. Entre el muro exterior y los tabiques habitaban dos nidos de avispas, una población de ratones y un autillo chillón; por debajo del voladizo se había instalado una familia de estorninos y, en la bajocubierta del tejado, una serie de ardillas que se colaban dentro gracias al agujero practicado por los *Colaptes auratus*. Digamos que, al principio, era una casa llena de vida.

Poco a poco fueron resolviendo esos inconvenientes. Tig consiguió expulsar a las ardillas, que podrían haber prendido fuego a la casa a fuerza de roer los cables eléctricos. Tras varios intentos fallidos a base de caceroladas y música *rock* a todo volumen, se encaramó a una escalera de mano y roció la bajocubierta con pimienta de cayena. Después de que las ardillas salieran de allí dando tumbos y frotándose los ojos, Tig tapó el agujero por el que entraban con una plancha de chapa y unos clavos. A partir de ese momento, cada vez que se cruzaban con él lo saludaban dando chillidos.

Para combatir el calor del verano, Tig y Nell añadieron un porche con mosquiteras. Después, un estudio en la planta baja, una ducha y un recibidor para poder quitarse las botas enfangadas o llenas de arena cuando regresaban de sus caminatas bajo el azote del viento y la lluvia. Luego pertrecharon la cocina con sus artilugios favoritos, amueblaron las habitaciones con enseres huroneados en mercadillos de segunda mano y en el depósito municipal de reciclaje e instalaron un tejado nuevo. ¡Cuánto disfrutaron con todas aquellas reformas!

Esa fue la fase activa. Luego vino la ralentización… y la acumulación, como en los ríos estancados. Todo lo que no necesitaban en su vida urbana, pero no se veían con ánimo de tirar, iba a parar a aquella casa. Capas de sedimento que se habían ido depositando a lo largo de más de treinta años, durante primaveras y veranos y otoños, y más primaveras y más veranos, y ahora a Nell le toca ahondar en esos estratos, excavarlos, como si la casa

hubiera quedado sepultada por las cenizas de una erupción volcánica. ¿Habrá tesoros en perfecto estado de conservación, como en Pompeya? ¿O, para utilizar una metáfora más apropiada, un antiguo sepulcro como los que pueden hallarse en el desierto o en la jungla, provisto de enseres que se dejaron allí para acompañar al alma del difunto en su tránsito y garantizar la perpetuidad de su existencia en el más allá? ¿Y ese revistero? ¿De dónde saldría, y cuándo se utilizó por última vez? Las revistas son de hace una década como poco. ¿Y esa escopeta de caza desmontada, y esa jarra de peltre con la base de cristal resquebrajada?

En el baño, debajo del lavabo, hay un arsenal de pastillas, tubos y frasquitos. Analgésicos que caducaron mucho tiempo atrás. Un jarabe para la tos ya solidificado. Pasta dentífrica dura como una piedra.

Más al fondo, una taza antediluviana que contiene una brocha de afeitar reseca y engurruñida y una pastilla de jabón ya agrietada. El jabón no huele a nada, así de viejo es; y la brocha de afeitar lo mismo. No queda rastro de Tig en ella, a diferencia de su cepillo del pelo, que todavía lo evoca. Nell lo ha guardado en un cajón de la mesilla de noche y, a modo de altarcito, ha dispuesto a su alrededor una pequeña linterna, un par de lápices y media caja de pastillas para la tos. Si sus hijos se encuentran con esa instalación algún día, ¿les parecerá morbosa? Sí. Sin duda.

«Es que es morbosa», dice Tig calladamente, «pero a la vez tiene su gracia».

«¡Vaya, mira qué bien!», piensa Nell. «Ahora resulta que tengo un amigo imaginario ya muerto.» No es la primera a la que le sucede.

¿Cuándo había empezado Tig a afeitarse regularmente, bigote aparte? ¿Y cuándo había dejado de afeitarse y se había dejado crecer la barba? Qué difícil recordar esos detalles, aunque en su momento tuvieran importancia. Hay constancia fotográfica (en filminas Kodachrome), pero Nell no se ve con ánimos para hurgar en ellas.

«La taza es previctoriana», imagina. Está esmaltada en malva y negro. Dentro de una guirnalda en forma de corona, hecha con lo que parecen hojas de olivo, hay un poema:

*REMEMBRANZA*

*El astro perderá su esplendor,*
*cesarán su flujo las mareas*

*y se enternecerán los tiranos*

*y sufrirán con penas ajenas,*

*y tu gélido soplo, diciembre,*
*escarchará la flor que mayea*

*antes que yo cese de recordar*
*¡a los amitos que atrás quedan!*

En el último verso, en lugar de «amitos» debería decir «amigos»: la persona encargada de imprimir esos versos —¿cómo?, ¿con algún tipo de molde?— puso una «t» en vez de una «g». ¿Cuánto tiempo tardarían en advertir el error? No mucho, supone Nell, pero para entonces ese lote de tazas ya debía de haber salido del horno y, una vez esmaltadas, era imposible corregir el gazapo; además, habría sido una lástima que esas tazas se echaran a perder y, en el supuesto de que alguien se quejara, a cambio podían ofrecerle otra correctamente impresa del lote siguiente. Ese sería el proceder lógico para cualquier negocio que operara con poco margen, como debía de ser el caso de esos fabricantes, puesto que la taza es de mala calidad.

En el reverso hay una imagen. Tres niños descalzos; un chiquillo vestido con unos bombachos zarrapastrosos cargado con unas ramas de árbol a la espalda y una niña algo mayor que lleva a un crío en brazos. Detrás, una casa con techumbre de paja, un par de manchurrones oscuros que podrían ser piedras o animales y, al fondo, los picos de una montaña. El título es: *Niños campesinos*. Se trata de una copia bastante burda de una pintura muy conocida de Gainsborough, a veces titulada *Los recogedores de leña*, que Nell recuerda haber visto en diversos libros de historia del arte. Los fabricantes de la taza invirtieron horizontalmente la imagen, añadieron la casa y atemperaron considerablemente la paupérrima escena del original, concebida como un estudio de la pobreza rural.

«¿Qué tienen que ver esos niños con los “amitos” ausentes?», se pregunta Nell. ¿Y de dónde sacaría Tig esa taza que ella no recuerda haber visto jamás, aunque debía de llevar treinta años debajo del lavabo? ¿La compraría en algún mercadillo de Inglaterra antes de conocerla? ¿Le haría gracia? Quizá se la hubiera regalado alguien pero, en ese caso, ¿quién? A lo mejor por hacer una broma, como un guiño irónico al sentimentalismo. «Amitos.» Seguramente alguien de su entorno debió de encontrar divertido esa especie de lapsus freudiano: Freud estaba muy en boga por aquel entonces.

«Maldita la gracia, imbécil», dice Nell en voz alta. No dirigiéndose a Tig, sino al bromista invisible que deslizó esa taza en su línea temporal, que la dejó allí escondida, que la colocó allí a modo de trampa para que ella la encontrara ahora que Tig…

«Mira: otra vez está llorando.» «Venga, para ya», dice. Pero Nell no para.

Era Tig quien más disfrutaba con las historias del comisario Maigret. Para él lo de menos eran las víctimas; lo que quería era verse en Francia, a ser posible en los años treinta, o quizá en los cincuenta, cuando había estado allí por primera vez. Quería los mismos bares con su barra de zinc, las mismas sórdidas habitaciones de hotel, los mismos conserjes de mirada torva, los mismos cafés de provincia donde todo el mundo tenía algo que ocultar. Quería sentarse al sol con una copa de vino blanco mientras la gente del lugar le contaba sus mentiras con cierto nerviosismo. Quería seguir los razonamientos parsimoniosos de Maigret, ponerse chorreando bajo el mismo chaparrón ataviado con la reglamentaria gabardina atada a la cintura y la bufanda al cuello. Quería comer en los bistrós que frecuentaba Maigret, entrar en calor ante la misma estufa de leña, aquel monstruo que levantaba nubes de vapor de la ropa húmeda, quería fumar en pipa como Maigret… un consuelo cuando él ya no pudo seguir fumando en sus pipas, aunque no se había desprendido de ellas, de sus viejas amigas, y las tenía todas alineadas en un portapipas. Tig apreciaba que a veces Maigret hiciera la vista gorda y dejara escapar al culpable cuando el crimen había sido en cierto modo un accidente, o cuando consideraba que la víctima se lo tenía merecido. Él habría hecho lo mismo.

Un año antes de morir —¿o fue antes?—, Tig perdió la capacidad de leer. También olvidaba los nombres de las cosas. Una vez, durante la cena… ¡ay, esas cenas! Menudo cambio: meras improvisaciones a la desesperada que Nell pergeñaba como mejor podía tras años sin apenas cocinar porque a Tig le gustaba ocuparse de esa tarea. Crema de almejas enlatada y guisantes congelados, esos pasaron a ser sus recursos habituales. En aquella cena, como iba diciendo, mientras comían una sopa enlatada de pollo con fideos que Nell había aderezado con un chorrito de nata y un puñado de perejil, Tig dijo:

—Esto está delicioso.

Como acostumbraba a decir en esa época, mientras que el otro Tig, el de antes, habría visto con malos ojos esos recursos chapuceros; a él le gustaba

cocinar con productos frescos.

El caso es que, tras decirlo, se quedó quieto un momento con la cuchara medio levantada y, mirando por la ventana, añadió:

—A veces los dejaba escapar.

Nell supo exactamente de quién y de qué hablaba: se refería a Maigret. Cuando conoces bien la música, te bastan apenas un par de notas para reconocer canciones enteras, sinfonías enteras.

La casa es un problema, cómo no lo va a ser. Todo lo que no costaba ningún esfuerzo cuando Tig estaba operativo, ahora forma parte de una carrera de obstáculos que Nell debe correr. O mejor dicho, andar.

Se trata de una vivienda de planta y media: techo alto abuhardillado sobre la zona de estar de la planta baja, dormitorios en la parte superior y una balconada a todo lo largo del pasillo de acceso. Para evitar que aquello se convirtiera en un horno durante el verano habían instalado unos lucernarios; para abrirlos y cerrarlos se precisan una especie de varas que hay que sujetar con una mano e ir girando con la otra, pero resulta que Nell no alcanza. Están demasiado altas —para Tig no lo estaban—, así que no tiene más remedio que encaramarse a algo. A un taburetito de madera comprado en un mercadillo hace lustros. Está un poco cojo. ¿Y si da un traspié, se cae de cabeza por la barandilla de la balconada y se parte el cuello contra el suelo embaldosado de abajo? Los peldaños de la escalera son altos y estrechos, y además resbalan porque están pintados. Si cae rodando por esos peldaños, no vivirá para contarlo; como poco, se romperá la cadera.

Los toldos, que es preciso recoger cuando llueve y desplegar cuando el sol aprieta, constituyen de por sí una sesión de gimnasia. Tig y ella los habían preferido al aire acondicionado, que de todos modos no habría servido de gran cosa porque no habría hecho sino refrescar el mundo exterior. Se trata de una casa de campo a fin de cuentas, de un colador; en cualquier caso también estaba el asunto del calentamiento global y demás, algo de lo que ellos ya eran conscientes treinta años antes, cuando todavía no estaba tan cerca ni era tan tarde. Decidieron, pues, que enfriarían el ambiente valiéndose de ventiladores y de las corrientes de aire, así que abrían y cerraban ventanas, desplegaban y recogían toldos. Si los toldos estaban desplegados cuando llovía a cántaros, el agua se embalsaba en la tela y podían combarse e incluso romperse. Una vez se olvidaron de recogerlos y tuvieron que salir a toda prisa

armados de escobas, con los truenos retumbando alrededor, y empujar la lona por debajo para evacuar el agua. Acabaron empapados.

Ahora Nell tiene que ocuparse de todo eso sola y correr de un lado para otro. Mejor dicho, de nuevo: andar de un lado para otro. «Y con mucha precaución», piensa, «porque solo falta que te caigas rodando por las escaleras y te partas el cuello». En los últimos años esas escaleras la habían preocupado sobre todo por Tig: si se caía, Nell habría sido incapaz de levantarlo del suelo. Ahora le preocupan por ella misma.

—Qué mierda, Tig —dice en voz alta.

«Poco a poco», le contesta él sin voz. «Todo irá bien».

—Pero ¿cuándo? —le pregunta ella—. ¿Cuándo empezará a ir bien?

Nell y Tig están sentados en un banco uno al lado del otro, contemplando la puesta de sol al fresco del atardecer. Se han dado una sauna en la pequeña caseta que Tig había diseñado y habilitado para ese fin en la época en que empezaba a sufrir de artritis, cuando aún pensaba que quizá eso de las saunas podría revertir el tiempo. No cayó esa breva, pero, en fin, ahí los tenemos.

Están cogidos de la mano. Visten unos albornoces blancos de rizo, como de balneario, que Nell había comprado cuando se llevaban los albornoces blancos de rizo, cuando se llevaban los balnearios. Puede que ambas cosas se sigan llevando; Nell no se ha parado a investigar. Estar al día ha perdido su encanto. Hay algunas hilachas sueltas colgando de sus respectivos albornoces; es el problema que tiene el rizo. Nell toma nota mentalmente de que tendrá que cortarlas.

Tig nunca habría pisado un balneario. Antes que el vapor de las saunas, prefería el humo de los puros. El albornoz le está pequeño, las mangas le quedan demasiado cortas. Le asoman las muñecas y los antebrazos como a Frankenstein y demás monstruos por el estilo en las películas antiguas. Típico de un científico loco: trocear cadáveres y coser cerebros y partes del cuerpo sin tener en cuenta la talla de ropa que podría irle al producto terminado.

El crepúsculo tiene una tonalidad anaranjada, luego roja: al día siguiente hará buen tiempo.

—Hemos hecho un largo camino juntos —dice Tig.

—Cierto.

—Hemos tenido mucha suerte.

—Cierto.

—Hemos hecho cosas buenas.

—Cierto.

—Gracias.

Últimamente, Tig da las gracias por todo. A Nell le resulta excesivo. Esa inusitada gratitud le provoca rechazo. No la quiere. Lo que ella quiere es al Tig de antes, un Tig algo menos atento, centrado en su propia trayectoria, retozando por la vida sin preocuparse demasiado por lo que pudiera deberle, ni a ella ni a nadie, incluidas las entidades bancarias encargadas de gestionar las tarjetas de crédito o los recaudadores de impuestos. A Nell, que cumplía religiosamente con sus pagos, le inquietaba ese rasgo de Tig, pero a la vez lo encontraba misteriosamente excitante. No le gusta que Tig ahora esté equilibrando quién sabe qué tácita balanza espiritual. ¿Cómo reaccionar ante esas muestras de gratitud?

—Gracias a ti también —contesta, más o menos conforme con su respuesta.

Sigue una pausa. Se dicen y oyen palabras mudas:

«No tardaré en irme».

«¡No! ¡No te vayas!»

«¿Me ayudarás a salir de aquí cuando llegue el momento?»

«Sí, pero aún no».

—Quiero seguir siendo yo —dice Tig.

—Es que sigues siendo tú —replica Nell.

—Por el momento —dice él.

Otra pausa.

—Lo superaremos —dice Nell.

—Claro que sí —dice Tig, y se aprietan la mano.

No es la primera vez que mantienen esa conversación. Ni será la última. Nell, por ejemplo, la está manteniendo en este instante, en mitad de la noche. ¿Dónde se ha metido el comisario Maigret ahora que lo necesita? Él seguiría las pistas, resolvería las cosas. «¡Ajá!», exclamaría, o algo por el estilo, solo que en francés: «*Tiens!*»

«Rápido, abre el libro», se ordena a sí misma. «Adéntrate en él. *Tiens!*» La trampa urdida por Maigret se ha encarnado en una agente de policía: una mujer morena que tendrá que hacerse pasar por una posible víctima. «A veces arriesga usted demasiado», lo amonesta ella. ¿Y si al final resulta que ese señuelo suyo perece en el intento? Pero no perecerá, ni él tampoco. Maigret

seguirá tomando su cerveza en los bares, fumando sus pipas, comiendo en sus bistrós y tendiendo trampas, eternamente.

Nell está limpiando la nevera, otro pasatiempo nocturno muy entretenido. Es un aparato bastante nuevo; habían tenido que desprenderse del anterior porque, tras un apagón cuando ellos no estaban, ya no volvió a ponerse en marcha y el paquete de gambas congeladas que tenían en el congelador se echó a perder. Hay pocas cosas en el mundo que huelan tan mal como unas gambas podridas. A partir de aquel día siempre se aseguraron de vaciar el congelador antes de dejar la casa.

A la basura tendrán que ir esos tarros abiertos de encurtidos, esos restos sospechosos de kétchup, esa mayonesa que ya no hay quien se coma, esa manteca que supuestamente dura una eternidad, pero todo tiene su límite. Las latas de tónica pueden quedarse, y también la botellita de zumo de lima, que está sin abrir.

En un estante de la puerta hay un bote de mermelada de naranja. La etiqueta lleva el nombre de Tig, y la fecha es de hace año y medio: es del último lote que hizo, que hicieron entre los dos.

Cuando empezaron con esa nueva afición —a la que se entregaron con entusiasmo, como siempre, y con la ayuda de un caldero adquirido especialmente para ese propósito—, Tig se ocupaba de casi todo el proceso él solo. Compraba las naranjas amargas, las troceaba, las pesaba y calculaba las cantidades. Había copiado una receta especial que requería dejar las pepitas en remojo durante la noche dentro de una bolsa de estopilla. Él mismo esterilizaba los botes y se encargaba de hervir la mermelada durante horas y horas, siempre absteniéndose de remover la mezcla.

La participación de Nell, que en otro tiempo había sido una experta en hacer gelatinas —de manzana, de jalapeños, de uva de parra, ¿cuándo le había dado por ahí?—, solo era requerida al final del proceso, pues se suponía que dominaba el secreto de la gelificación; ella era quien agitaba en el aire la cuchara caliente, previamente sumergida en la mezcla, quien soplaba sobre ella y depositaba un pegote sobre un plato blanco y frío para examinarla y determinar si estaba demasiado líquida, demasiado grumosa o en su punto. Todo ello con la ayuda de un termómetro de cocina que no era infalible, de ahí el recurso de la cuchara y el plato. Un par de veces se precipitó y tuvieron

que volver a verter el contenido de los botes en el caldero y dejar que la mermelada hirviera un poco más, pero solo un par de veces.

A Tig le encantaba hacer mermeladas. Etiquetaba todos los botes, los fechaba y los firmaba con su nombre. Algunos se los regalaban a amigos amantes de la mermelada, aunque Tig y Nell, naturalmente, se quedaban con los suficientes para su consumo personal. Tig se la untaba a montones en las tostadas de pan integral y luego añadía un poco de pimienta molida. No le gustaban las cosas demasiado dulces.

Con el tiempo, sin embargo, el papel de Nell se fue ampliando. El proceso se revistió de cierta tensión. Requería tacto: Tig todavía podía trocear las naranjas, pero Nell tenía que descifrar la receta especial —porque él ya no era capaz de leer su propia letra— y calcular los ingredientes. El último lote estuvo en un tris de malograrse, pero finalmente lo sacaron adelante.

Nell les hizo una foto a los botes dispuestos sobre papel de periódico, primorosamente etiquetados —todavía con la firma de Tig, aunque escritos por ella— y al propio Tig, que aparece sentado a la encimera de la cocina detrás del despliegue de mermeladas. Tiene un aire un tanto compungido en esa foto, parece casi como si se encogiera de hombros. ¿Se siente un impostor? ¿Está triste porque recuerda lo bien que se le daba hacer mermeladas? ¿Está contento porque al menos han conseguido llevar a término la ceremonia? Es difícil descifrar lo que expresa ese gesto.

Y ahí está la mermelada, en la nevera, el último bote, definitivamente. Solo queda la mitad. Nell duda de si comérsela o no. Tanto una cosa como otra le parecen una especie de profanación.

«Vete a la cama», se dice. «Acuéstate. Por la mañana será solo mermelada».

—Ya no me interesa mucho esa gente —dijo Tig poco antes de… Antes.

—¿A qué gente te refieres?

—A todo eso.

—A los políticos, quieres decir —sugirió Nell.

En otro tiempo, a Tig le había interesado mucho esa gente y todo eso. Todas las noches escuchaba los informativos y los comentaba sobre la marcha, profiriendo breves interjecciones e incluso improperios.

—Sí, esa gente.

El año anterior habría dicho «Esos chupópteros de mierda.» Y el año anterior a ese habría empleado alguna expresión más elaborada: «Los mismos, pero con distintos collares, chupópteros de mierda todos».

Sin embargo, algunos políticos sí habían merecido su aprobación en otro tiempo. Como también la sanidad pública.

Nell se puso a darle vueltas a la expresión. Tanto «chupóptero» como «de mierda» podían ser insultos por sí solos, pero la yuxtaposición equivalía más que a la suma de las partes. ¿Ese «de mierda» intensificaba al primero o especificaba el tipo de parasitismo?

—Ahora me conformo con mirar los árboles —dijo Tig—. A ellos tampoco les interesa mucho todo eso. —Y a continuación, tras una pausa—: No saben qué hacer. —No se refiere a los árboles, se refiere a los chupópteros de mierda—. Nadie lo sabe.

—¿Con el lío que tenemos encima, con el estado del planeta?

—Sí. —Otra pausa—. No es solo esa gente. Somos nosotros. Todos nosotros.

—¿Te refieres a los seres humanos?

—Sí, nosotros. —Pausa—. No lo hacemos adrede, pero nadie sabe.

También le gustaban las tormentas, además de los árboles.

En los brazos de Tig empezaron a aparecer unas marcas extrañas. Él mismo se las mostró. Al principio Nell no acertaba a verlas. ¿Serían figuraciones suyas? No, eran pequeños morados sumergidos en la capa más profunda de la piel. Como una especie de moteado. Tiempo después aparecieron pequeñas grietas con gotitas de sangre, lo que ya parecía más alarmante. Pero no se había dado ningún golpe, ni se había cortado, ¿o sí? ¿Cómo iba a saberlo ella?

—¿Duelen? —le preguntó.

—No.

Eso en cierto modo era peor.

A Tig le dio por dormir mucho. Dormía excesivamente durante el día hasta que Nell descubrió que se había confundido con los medicamentos y estaba tomándose las pastillas de la noche por la mañana. «¿Debería haber revisado antes las etiquetas?», pensó. Subsanado el error, empezó a dormir en exceso por la noche. Se acostaba antes de que a Nell le entrara sueño, y era ella quien

tenía que deambular silenciosamente por la casa para apagar las luces, bajar la calefacción y asegurarse de que las puertas estuvieran cerradas. Antes era Tig quien se encargaba de hacer esas cosas.

Luego Nell se acostaba a su lado en la cama. ¿Y si un día despertaba por la mañana y Tig había dejado de respirar?

Se abrazaba con fuerza a él mientras dormía.

—No te vayas, no te vayas —le susurraba.

Solo se lo decía cuando estaba dormido. De habérselo dicho estando despierto, ¿qué habría podido responderle? Ninguno de los dos tenía control alguno sobre eso, sobre esa despedida gradual. Solo habría conseguido hacerlo sentir culpable por abandonarla.

Es una ilusión óptica, esa figura que se va retirando, que se hace cada vez más y más pequeña hasta que finalmente desaparece en la distancia. Los que se retiran no cambian de tamaño. En realidad no disminuyen, en realidad no desaparecen. Es solo que ya no puedes verlos.

Un año, Tig y Nell decidieron que pasarían el mes de marzo en esa casa. Está situada en una isla a la que se accede por *ferry*, excepto de diciembre a abril, meses en los cuales solo se puede entrar y salir de allí en avioneta. Ese año estaba previsto que el *ferry* reanudara el servicio el uno de abril. Volarían hasta allí en marzo y en abril tomarían el *ferry* de vuelta, recogerían el coche y harían el resto del trayecto por carretera. Ese era el plan.

Pero llegado marzo el lago seguía cubierto de hielo, al igual que muchas carreteras de la isla. La temperatura no subía de bajo cero. En teoría, la casa estaba acondicionada para el invierno, pero ya se sabe que entre la teoría y la práctica media un abismo. La calefacción radiante no era del todo eficaz y costaba de mantener. La estufa de leña funcionaba bien siempre que no dejaras de alimentarla, de manera que se acostaban con la casa caldeada y se levantaban congelados. Sacaron más mantas, sacaron las bolsas de agua caliente —aunque una de ellas reventó y hubo que tirarla—, sacaron la ropa interior térmica.

Tig estaba encantado con todo aquello. Le parecía vigorizante. Cortaba la leña con sus diversas hachas y trajinaba entre los árboles talando cosas con su motosierra. Salían a pasear juntos por las playas azotadas por los vendavales, desiertas en aquella época del año, con la arena sacudiéndoles la cara. Preparaban platos al horno para cenar, lo que en verano era una locura.

Cuando caía el sol, leían novelas de misterio con la leña ardiendo en la estufa y de fondo alguno de los cedés favoritos de Tig. En aquella época le había dado por escuchar lieder cantados por Elly Ameling. Eso o Waylon Jennings o Stan Rogers. Tenía gustos eclécticos.

Llegó el mes de abril y el servicio de *ferry* no se reanudó. Había sufrido un percance y lo estaban reparando. Entretanto, la avioneta había interrumpido sus vuelos. Se habían quedado aislados. No solo eso: los suministros escaseaban en la única tienda de comestibles de la isla, que había contado con que los pedidos encargados para la primavera llegaran por *ferry*. La única fruta fresca disponible eran plátanos, con los que afortunadamente se podían preparar bastantes platos. Los probaron todos: buñuelos de plátano, plátanos fritos espolvoreados con azúcar moreno, pan de plátano. La mantequilla, sin embargo, se estaba acabando. Eso podía ser duro.

Nell hizo inventario de los comestibles no perecederos que tenían almacenados en la despensa: macarrones, arroz, fideos. Sobrevivirían, sin duda, aunque quizá atiborrados de almidón. Para entonces, la mayor parte de la nieve ya se había derretido sobre aquella especie de prado que tenían por jardín. Un año habían decidido dejar que las malas hierbas crecieran a sus anchas solo por ver qué ocurriría —¿atraerían a más mariposas?—, pero como la hierba seca podía ser inflamable, al final acabaron pasando el cortacésped. Nell salía al jardín con una navaja y un cuenco y arrancaba dientes de león como suplemento vitamínico con el que enriquecer todo aquel exceso de alimentación blanca. *Pissenlit*: «meacamas», así se llama comúnmente en francés al diente de león, en referencia a su conocido poder diurético. Seguro que *madame* Maigret —una estupenda cocinera, a diferencia de Nell—, los servía en su mesa cuando estaban en temporada, aunque seguro que, siendo como era una mujer de maneras suaves, utilizaría un nombre más elegante: *dent-de-lion*.

Nell hundía la navaja en la tierra y arrancaba los *pissenlits*. Las hojas todavía estaban tiernas, justo en su punto; cuando empezaban a brotar las flores amargaban demasiado. Mientras estaba agachada, ocupada en esa tarea, una bandada de buitres migratorios pasó volando sobre su cabeza. Los buitres siempre están ojo avizor a la caza de cualquier bicho que pudiera estar enfermo o moribundo. Al divisar a Nell, empezaron a trazar círculos en el aire y terminaron posándose en los árboles cercanos a la casa, escudriñándola esperanzados.

Una vez lleno el cuenco de brotes de diente de león, Nell se puso en pie. Se oyó un batir de alas.

—Hoy no será —les advirtió—. Todavía estamos vivos.

«Los buitres siempre acaban por tener razón», piensa ahora Nell. Al fin y al cabo, antiguamente fueron dioses. Protectores. Devoradores de lo inservible.

Nell se desprendió de la mayor parte de la ropa de Tig, pero conservó tres camisas. Azules las tres, con pequeños estampados de colores vivos; el tipo de camisas que Tig había vestido durante décadas. Su idea era ponérselas para andar por casa, con las mangas arremangadas, porque obviamente le quedaban grandes, y llevarlas por encima de los vaqueros o de los pantalones de verano; así tendría la sensación de que Tig la envolvía en sus brazos y la estrechaba suavemente. Sería reconfortante, pensó.

Pero de eso nada. Aquellas tres camisas azules no resultan reconfortantes.

Están colgadas en el armario de Nell, a la izquierda de las blusas de lino rosa y blanco que tanto le gusta lucir en verano. Las ha apartado hacia el fondo, lo más arrinconadas posible. No se atreve a mirarlas ni mucho menos a ponérselas.

¿Y ahora qué? Se encuentra en un callejón sin salida. «Son solo trapos», se dice. Se niega a que tres trozos de tela le afeen la conducta. A que la recriminen, le supliquen, le imploren; para colmo, ni siquiera le dicen qué quieren.

Un día las sacará de sus perchas, las tres a la vez, las dejará caer sobre la mesa y hundirá las manos y la cara en ellas como quien se zambulle en una piscina. ¿A modo de ablución, de bautismo, de ahogamiento? De cualquier tipo de ritual desconsolado.

Sobre el escritorio de Tig hay un cúmulo de cosas. Tinteros, un variopinto montoncito de clips, monedas de cobre con una pátina verdosa, ganchos y alambres para colgar cuadros, gomas elásticas resecas, chinchetas con la punta doblada, carpetas con planos antiguos, de cuando Tig había excavado aquella balsa en medio del bosque a beneficio de ranas y culebras; recibos amarillentos, entradas usadas.

A un lado del escritorio hay una caja rectangular de unos veinticinco centímetros de largo. Tallada a mano, aunque no muy bien: obra de un

aficionado. Es de madera, barnizada con un tinte oscuro. Lleva el nombre de Tig estampado, o más bien grabado, probablemente con esos troqueles de metal que hay que golpear uno a uno con un martillo: el espacio entre las letras es irregular.

Tiene todo el aspecto de ser un trabajo escolar, una manualidad que Tig debía de haber hecho a los trece o catorce años en clase de lo que entonces llamaban taller de ebanistería. La idea era aprender a utilizar herramientas afiladas e instrumentos romos —sierras, gubias, destornilladores, taladros— con las que crear especieros, toalleros y otros objetos para regalar a tu mamá en festividades especiales, cuando recibirían más admiración de la que merecían.

En aquel entonces, las chicas no asistían a esos talleres. Se suponía que ellas no tenían por qué saber de martillos. A ellas se les enseñaba a cocinar; por ejemplo, «remolachas a la Harvard», fuera eso lo que fuera; Nell cree recordar que llevaban ralladura de naranja, ¿o era vinagre? También manjar blanco, un postre ya prácticamente olvidado, o isla flotante, otro postre tan arcaico como las pirámides.

O fuentes de brownies. Al menos los brownies no han desaparecido.

Una imagen en una revista: dos chicas adolescentes, melenita con raya al lado sujeta con pasadores en forma de lazo, manoplas de cocina, labios pintados de rojo oscuro, hoyuelos risueños, tienden sus fuentes de brownies a dos adolescentes con camisa, chaqueta y corbata, pelo repeinado con agua, que las reciben agradecidos e igualmente risueños. Muy bien educados, los cuatro. Los cuatro probablemente muertos a estas alturas.

Las chicas cocinaban exquisiteces que regalar. Los chicos tallaban objetos de madera que regalar. Así eran las cosas entonces.

Tig, sin embargo, había tallado aquella caja para sí mismo. La había conservado durante todos aquellos años. ¿Qué tesoro escondería en ella?

Nell la abre. Dos grandes agujas de zurcir y una madeja de lana trenzada con hilos de varios colores, de los que se usaban para zurcir calcetines; Tig, al fin y al cabo, pertenecía a una generación que había aprendido a hacer esas cosas, quizá en los *boy scouts*, y a la que habían enseñado que los calcetines tenían que zurcirse. Nell nunca había visto a Tig zurcir calcetines; cuando necesitaba coser algo recurría a ella; sin embargo, ahí está la prueba de que cabía la posibilidad de que supiera hacerlo. Autosuficiencia: un propósito encomiable. Un hombre debía ser capaz de cuidar de sí mismo. Los calcetines tenían su importancia: evitaban que te salieran ampollas en caso de emprender

una larga caminata. Una caminata para escapar, por ejemplo. Para huir del enemigo. Además, nunca sabías cuándo podías encontrarte varado en una isla desierta, donde una habilidad así pudiera resultar útil. Tig desde luego no lo sabía. En cualquier momento podía ocurrirte un percance.

Unas gafas con redondas lentes de búho a las que les falta una de las patillas. Eran las que Tig llevaba antes de la operación de cataratas, cuando el mundo recuperó todo su color, al menos durante una temporada.

Tres botones grandes de color marrón, forrados con tiras de cuero trenzado, que provenían de alguna prenda que Nell no recuerda.

¿Cuánto tiempo llevaba Tig sin abrir esa caja? ¿La habría olvidado por completo?

¿O la había dejado allí para Nell? ¿Es una trampa, como la taza con la brocha de afeitar? ¿Otra emboscada más, oculta bajo un lavabo o camuflada entre el decorado doméstico, agazapada para saltar sobre ella y pillarla completamente desprevenida?

—¿Cómo has podido? —le recrimina.

Tig no la entiende. «¿Yo qué he hecho?»

—Tu caja de madera —responde Nell—. ¿Por qué la has dejado ahí tirada de esa manera? ¿Para que yo me la encontrara?

«¿Por qué lloras?», le pregunta Tig. «Si es solo una caja. Gracias. Hicimos un largo camino juntos. Todo irá bien».

# Perdidas en el bosque

—¿Será el pantalón o un montón de hojas muertas? —pregunta Lizzie.

—Yo diría que el pantalón —responde Nell.

Están en el embarcadero, vestidas con unos bañadores impropios para su edad, mirando fijamente una mancha oscura bajo el agua.

Una hora antes, Nell había dejado la ropa recién lavada sobre el embarcadero, que era donde mejor se secaba, donde mejor se había secado desde hacía setenta años. Pero no se le había ocurrido colocar unas piedras sobre el pantalón de yoga, aun sabiendo lo que podía suceder, y se había vuelto a casa remontando la colina entre los suspiros y susurros de los árboles. Es un pantalón ligero de algodón, y parece que se lo ha llevado el viento. Por lógica, tiene que haber ido a parar al lago. De haber sido otro pantalón no le habría importado darlo por perdido, pero a ese le tiene cariño.

—Me voy a meter —anuncia Nell.

—¿Y si no es el pantalón? —contesta Lizzie insegura.

Las hojas muertas se acumulan en el fondo enfangado y pedregoso del lago. A veces, Robbie, el hermano mayor de Nell y Lizzie, las saca con un rastrillo junto con las minúsculas malas hierbas acuáticas, que se desmandan si no les pones freno, y luego deposita el viscoso amasijo en un gran balde de zinc; él lo hace por puro altruismo, aunque Nell ignora adónde lleva esos desechos luego. El rastrillo y el balde están apoyados en un árbol, por lo que deduce que Robbie debe de haber efectuado esa operación hace poco. Aunque solo al otro lado del embarcadero, así que cabe la posibilidad de que sean solo hojas, sí.

Nell se sienta en el borde del embarcadero y luego se desliza hacia el agua con mucha precaución, consciente de que podría haber astillas. No sería la primera vez que tuviera que vérselas con ellas. Lo peor es cuando se te clavan en el trasero, porque ni siquiera puedes verte por detrás para sacártelas.

Roza la arena del fondo con los pies. El agua le llega hasta la cintura.

—¿Está fría? —pregunta Lizzie, aunque sabe la respuesta.

—Ha estado peor. —Esa afirmación siempre es cierta. ¿Será verdad que una vez se lanzaron las dos desde la orilla del embarcadero y se zambulleron

en el agua helada, gélida de infarto, partiéndose de risa? ¿De verdad saltaron en bomba? Vaya que sí.

A Nell le viene a la mente un recuerdo de cuando Lizzie era pequeña (más pequeña aún que en la época en que saltaban al lago en bomba), cuando tenía dos o tres años. «¡Una arania! ¡Una arania graaande!», gritó; aún no sabía pronunciar la palabra «araña». Decía «ninio», «munieca», «baniera». ¿Qué edad tendría Nell entonces? Quince, ya una canguro avezada. «Las arañas no hacen daño», la tranquilizó. «¿Ves? Se va corriendo. Tienen miedo de las personas. Se ha escondido debajo del embarcadero.» Pero Lizzie no se quedó tranquila. Y sigue sin estarlo: para ella, debajo de cualquier superficie inofensiva tiene que haber, forzosamente, algún bicho con muchas patas.

—¿Voy bien dirigida? —pregunta Nell. Tantea el terreno con los pies y nota un leve cosquilleo, una cosa de textura blandengue que recuerda las gachas, luego unas piedrecillas cortantes y algo que parece un palo. El agua le alcanza ya las axilas, pero el ángulo de refracción de la luz le impide ver la mancha oscura.

—Más o menos —responde Lizzie dándose manotazos en las piernas desnudas: moscas de los establos. Existe una técnica para matarlas; como levantan el vuelo reculando, hay que acercar la mano con mucho sigilo para pillarlas desprevenidas, pero requiere concentración—. Vale, ahora mejor, caliente. Más caliente. Un poco más a la derecha.

—Ya lo veo —dice Nell—. Es el pantalón, clarísimamente.

Intenta pescarlo con los dedos del pie izquierdo y finalmente lo levanta chorreando. Por lo visto, todavía puede agarrar cosas con los dedos de los pies; no es una proeza que digamos, pero tiene su mérito. «Aprovecha, porque no durará», comenta para sí.

Al día siguiente quizá se enfrente a esas anchas tiras de pintura, o de tinte, gris que se han desprendido del embarcadero y han terminado depositándose en el fondo del lago como siniestras excrecencias fúngicas propias de la ciencia ficción. Era Lizzie quien había pintado el embarcadero; y Robbie quien se había empeñado en que se pintara. Estaba convencido de que eso protegería los tablones, de que eso evitaría que se pudrieran y tuvieran que rehacer el embarcadero. ¿Cuántas veces lo habían pintado ya? ¿Tres, cuatro?

Robbie se equivocó con lo de la pintura o lo del tinte, a la vista queda: los tablones se están despellejando como la piel quemada por el sol y el agua se filtra por esas partes y reblandece la madera. A pesar de todo, puede que no

les toque a ellos rehacer la estructura; puede que aguante hasta que se mueran. Ya se encargarán las jóvenes generaciones, suponiendo que sepan cómo.

Eso solía decir su madre refiriéndose a la ropa: «No necesito otro jersey, este aguanta hasta que me muera.» Nell no soportaba oírla decir eso. Los padres no deberían morir; es una falta de consideración.

Con el pantalón en la mano, salva a duras penas la distancia que la separa del embarcadero. Luego vacila por un instante, planteándose cómo encaramarse a él. Al otro lado hay un peldaño provisional medio podrido que consiste en dos tablas cubiertas de musgo, pero es una trampa mortal y deberían retirarlo. Bastaría con un par de mazazos. Aunque en su lugar quedarían unas mortíferas puntas de clavo oxidadas sobresaliendo del enorme tronco al que se ha fijado el peldaño. Alguien tendría que arrancar esos clavos pero no será Nell. Solo faltaba que en el intento se cayera de espaldas y se descalabrara contra esa odiosa roca blanca y puntiaguda que llevan siglos diciendo de sacar del fondo del lago.

Pensándolo bien, sería mejor remachar esos clavos oxidados que arrancarlos. Pero ¿quién será el guapo que lo haga?

Nell lanza los pantalones empapados al embarcadero. Luego, apoya los pies con mucho cuidado en los resbaladizos troncos del armazón y, agarrada a la cornamusa de amarre más cercana, se da impulso para subir. «Mira que eres tonta», se dice, «cómo se te ocurre hacer estas cosas a tu edad; el día menos pensado te partirás el cuello».

—¡Victoria! —exclama Lizzie—. Vamos a tomar el té.

Tomar el té… se dice pronto. Para empezar, se han quedado sin agua, un contratiempo al que se han anticipado bajando un cubo de casa. Ahora habrá que bregar con la bomba de mano. Este año chirría más que nunca, el chorro sale más flojo y el agua deja un intenso regusto a hierro en la boca, así que es probable que el pozo tubular subterráneo esté empezando a obstruirse o a desintegrarse. «Preguntar a Robbie por lo del pozo», ha anotado Lizzie en una de las numerosas listas que ella y Nell hacen a todas horas y que luego acaban extraviando o tirando sin querer.

Las opciones son: excavar y sacar el tubo a la superficie, una pesadilla; o introducir uno nuevo, otra pesadilla. Al final tendrán que recurrir a algún hijo o a algún nieto, o a un par de ellos, para que se líen a mazazos. Nadie cuenta

con que dos provectas ancianitas como Nell y Lizzie se hagan cargo de esa tarea por sí solas.

Bueno, nadie excepto ellas. Se liarán la manta a la cabeza, se lastimarán —las rodillas, la espalda, los tobillos— y las jóvenes generaciones se verán obligadas a tomar el relevo. Y lo harán mal, cómo no. ¡Cómo no! A Lizzie y Nell les tocará morderse la lengua. O mejor: pretextarán que les duele la cabeza para no tener que quedarse allí observando, subirán tranquilamente a la cabaña y se pondrán a leer novelas policiacas. Desde que descubrieron un gran nido de ratas detrás del lugar donde antes guardaban la colección de la familia entera, Lizzie tiene todas esas novelas de bolsillo, con sus hojas amarillentas y salpicadas de motitas, dispuestas en un estante de su habitación, ordenadas alfabéticamente por el apellido del autor.

Se turnan para darle a la palanca de la bomba. Una vez han llenado un cubo entero —o medio porque, a estas alturas, ninguna de las dos sería capaz de cargar con el cubo lleno— suben a trancas y barrancas por la escarpada pendiente, salpicada de obstáculos en los que tropezar, como esas losas que hacen la función de peldaños, y se pasan el cubo la una a la otra una y otra vez hasta que llegan jadeantes a la cima. Al infarto de cabeza, piensa Nell.

—¿Por qué mierda se le ocurriría al hombre plantarla en lo alto de la puñetera colina? —se lamenta Lizzie. Ese «hombre» cambia de referente en función de lo que estén hablando. En este caso es el padre de ambas. Y lo «plantado» es la cabaña de madera que su padre había construido con sus propias manos, valiéndose de hachas, serruchos, palancas, navajas y otras herramientas propias del hombre de las cavernas.

—Para disuadir a los invasores —responde Nell.

Es broma, pero solo a medias. Cada vez que ven una barca de pesca acercándose peligrosamente a las inmediaciones —la zona donde está su saliente de arena es rica en lucios—, reaccionan de la misma manera: «¡Invasores!»

Consiguen franquear el umbral de la puerta mosquitera de la cabaña sin apenas derramar agua.

—Hay que hacer algo con esos escalones de la entrada —advierte Lizzie—. Son demasiado altos. Y los de atrás no digamos. Tenemos que poner una barandilla. No sé en qué estaría pensando el hombre.

—No tenía previsto envejecer —dice Nell.

—Sí, vaya mierda de sorpresita —refunfuña Lizzie.

En su momento, todo el mundo había participado en la construcción de la cabaña. Su padre hizo la mayor parte del trabajo, evidentemente, pero fue un proyecto en el que intervino toda la familia, con explotación infantil incluida. Ahora es casi un mochuelo con el que hay que cargar.

«Los demás no viven así», piensa Nell. «Las cabañas de los demás disponen de generadores, de agua corriente, de barbacoas de gas. ¿Por qué estamos atrapados en esta especie de retrospectiva histórica televisada?»

—¿Te acuerdas de cuando podíamos con dos cubos? —dice Lizzie—. Dos cada una.

No había que remontarse muy atrás para recordarlo.

Hace demasiado calor para encender la estufa de leña, así que calientan el agua en el vetusto *camping* gas, un hornillo con dos quemadores y bombona de propano. La junta de la goma está oxidada, pero hasta la fecha no ha habido explosiones. «Comprar hornillo de butano» ya está anotado en la lista. El hervidor de agua es de aluminio, de un modelo que ya deben de haber retirado del mercado por cancerígeno. A Nell le basta con mirarlo para sentir que enferma, pero hay una norma tácita que prohíbe desprenderse de ese hervidor. La tapa solo encaja si se coloca como es debido; Nell había marcado el lugar exacto hace años, con dos círculos pintados con esmalte de uñas rosa, uno en la tapa y otro en el punto correspondiente del hervidor mismo, que debe guardarse siempre boca abajo para que los ratones no se cuelen por el pitorro y mueran de hambre en su interior, con la consiguiente fetidez y los consiguientes gusanos. «Una aprende por experiencia», piensa Nell; bastantes ratones y gusanos muertos ha visto ya a lo largo de su vida.

Las hojas de té guardadas en la *cocotte* esmaltada de los años cuarenta, etiquetada con la palabra «Té», son ya puro serrín; llevan años hablando de tirarlas a la basura. Lizzie ha venido preparada: se ha traído sus propias bolsitas de té metidas en un plástico con cierre hermético. Las bolsitas cuestan menos de retirar que las hojas de té empapadas, aunque todo el mundo sabe que esas bolsitas contienen restos de tierra y porquerías del suelo. En tiempos de Tig siempre usaban té a granel que él compraba en una tiendecita especializada, regentada por una señora india experta en la materia. Tig se habría mofado de las bolsitas de té.

«En tiempos de Tig.» Tiempos que ya han terminado.

En lo alto de la pared, por encima de la estufa de leña, cuelga la plancha rectangular que Nell y Tig habían comprado hace más de cuarenta años en la subasta de una granja, y en la cual se habían tostado alegremente muchos *pancakes* de masa madre, que Tig volteaba haciéndolos saltar en el aire en los días en que reinaba la liberalidad, el jolgorio y los niños todavía eran pequeños. «¡Marchando otra tanda! ¿A quién le toca?» Nell es incapaz siquiera de mirar esa plancha (levanta la vista un instante y enseguida la aparta), aunque no se le olvida que está allí.

«Tengo el corazón destrozado», piensa, «pero en nuestra familia no decimos: "Tengo el corazón destrozado", sino: "¿Quedan galletas?" Hay que comer. Hay que mantenerse ocupado. Hay que distraerse. Pero ¿por qué? ¿Para qué? ¿Para quién?».

—¿Hay galletas? —acierta a decir con la voz quebrada.

—No —responde Lizzie—, pero chocolate sí. Venga, vamos a tomar un poco. —Lizzie sabe que Nell tiene el corazón destrozado; no hace falta que se lo digan.

Las dos cogen sus tazas de té y sus respectivos caprichitos (dos onzas de chocolate con almendras saladas cada una) y salen a sentarse a la mesa que hay en el pequeño porche con mosquitera. Lizzie ha sacado la lista actual para ponerla al día entre ambas.

—Ya podemos tachar «Botas y zapatos» —dice.

—¡Yupi! —exclama Nell.

El día anterior habían estado repasando las bolsas de plástico que Robbie tenía colgadas de unos clavos en su antiguo dormitorio. Cada una de ellas contenía un par de zapatos del año de la nana y un nido de ratones. A esos ratones les encantaba anidar en los zapatos; forraban sus niditos con trocitos de madera, con cortezas mordisqueadas, con hilachas de tela afanadas de las cortinas que hacen las veces de puerta y con todo lo que conviniera para sus propósitos. Una vez un ratón había intentado arrancarle un mechón de pelo a Lizzie durante la noche.

El caso es que los ratones habían parido a sus crías dentro de aquellos zapatos y dejado sus excrementos en el fondo de las bolsas, así como en la encimera de la cocina o alrededor del lavabo del baño: había minúsculas pepitas negras por todas partes. Lizzie y Nell suelen ponerles una trampa que consiste en dejar un pegote de mantequilla de cacahuete estratégicamente colocado sobre la tapa abatible de un cubo de basura grande. En teoría, el ratón salta sobre la tapa para hacerse con la mantequilla y cae dentro del cubo.

Por lo general, la táctica surte efecto, aunque a veces a la mañana siguiente descubren que la mantequilla de cacahuete ha volado y no hay rastro de ningún ratón. Cuando quedan atrapados, los ratoncillos hacen un ruido como de palomitas en la sartén mientras saltan hacia arriba y golpean la tapa intentando escapar. Ellas siempre les dejan dentro unas pasas y un trozo de papel de cocina para que se escondan debajo, y por la mañana agarran la canoa y se llevan los ratones al otro lado del lago —volverían a hacer de las suyas de no ser así: olfatearían el olor del nido— y los sueltan en la otra orilla.

Robbie es más duro. Él usa ratoneras de verdad. Nell y Lizzie consideran que esa práctica perjudica a los búhos y las lechuzas, porque tanto unos como otras prefieren cazar ratones vivos, pero no lo mencionan porque Robbie se burlaría de ellas.

El día anterior habían colocado los zapatos-nido uno al lado del otro, junto con una bota de goma que albergaba un nido descomunal en su interior, y les habían sacado fotos con los móviles para enviárselas a Robbie: «¿Podemos tirar todo esto?» Robbie les contestó que dejaran ese calzado donde estaba hasta que él subiera por la cabaña; ya decidiría entonces qué se guardaba y qué no. «De acuerdo», contestaron, «pero se acabó eso de dejar los zapatos colgados en bolsas de plástico: la ocasión hace al ladrón, y hay que disuadir a esos roedores como sea».

—Apunta en la lista: «Caja hermética para los zapatos de Robbie» —dicta Nell, y Lizzie obedece. Las listas procrean; engendran otras listas. Nell se pregunta si existirá alguna terapia especialmente indicada para tratar la obsesión por las listas. Pero si no hacen listas, ¿cómo van a recordar lo que necesitan? De todos modos, ellas disfrutan tachando cosas. Así tienen la impresión de que avanzan.

Después de la cena, que consiste en un plato de pasta —«Apunta: “Comprar más pasta”», dice Nell—, dan un paseo hasta el saliente de arena, donde han dispuesto dos sillas de *camping*, de esas plegables con un bolsillo de malla en el reposabrazos para poner tu lata de cerveza. Una de las sillas tiene un agujero mordisqueado por los ratones, pero no es preocupante. Mientras no puedas caerte por él, ningún agujero es preocupante. Las sillas están orientadas hacia el noroeste, y Nell y Lizzie se sientan allí cada atardecer para ver la puesta de sol. Es la mejor manera de predecir el tiempo que hará al día

siguiente, mejor que la radio o que las distintas páginas web que consultan en el móvil. Eso y el barómetro, aunque el barómetro no sirve de gran cosa porque casi siempre anuncia lo mismo: «Variable».

—Está demasiado amelocotonado —observa Lizzie.

—Al menos no está amarillo.

El amarillo y el gris son lo peor; el rosa y el rojo, lo mejor; el melocotón puede indicar una cosa u otra.

Se quedan contemplando el cielo mientras las nubes pasan del melocotón al rosa y luego a un tono rojo verdaderamente inquietante: parece como si se hubiera declarado un incendio forestal a lo lejos.

Como era de esperar, cuando regresan a la cabaña, un trayecto que ambas pueden hacer en la penumbra —por suerte, ya que se habían olvidado de coger la linterna—, el barómetro ha subido un poco, de la «r» a la «i» de «Variable».

—Mañana no habrá huracán —anuncia Lizzie.

—¡Aleluya! —exclama Nell—. No llegaremos a Oz arrastradas por un tornado.

Una vez habían vivido un auténtico tornado estando allí, en tiempos de Tig. Fue uno de poca monta, aunque partió los troncos de algunos árboles como si fueran cerillas. ¿En qué año ocurrió eso?

Cuando ya ha oscurecido de verdad, Nell se coloca la linterna frontal en la cabeza, agarra otra en la mano y baja hasta el embarcadero arrastrando los pies. Antes podía moverse de noche sin ninguna luz —veía en la oscuridad—, pero la visión nocturna es una de esas cosas que se van perdiendo con la edad. No le apetece precipitarse colina abajo, ni dejarse la piel en una de esas piezas geológicas que su padre había colocado a modo de peldaños o amontonado aquí y allá por alguna misteriosa razón ya olvidada; tampoco desearía pisar ningún sapito. Esas criaturas salen al caer la noche y se ponen a dar saltos por ahí, entregadas a sus propias aventuras; si las aplastas pueden ser muy resbaladizas.

Se dirige al embarcadero con la intención de contemplar el firmamento, que se despliega sobre el lago sin el estorbo de las copas de los árboles. Es una noche clara, la luna no ha salido todavía, y las constelaciones destellan con una intensidad y un fulgor imposibles de ver en la ciudad.

Tig tenía la costumbre de hacer eso. Bajaba al embarcadero para cepillarse los dientes y contemplar las estrellas. «¡Asombroso!», exclamaba. Siempre tuvo una gran capacidad de asombro; las estrellas le producían una dicha inmensa. Puede que esa noche haya estrellas fugaces; es agosto, el tiempo de las Perseidas, que siempre coincidía con el cumpleaños de Tig. Nell le preparaba un pastel en el horno de leña —a veces con la parte de arriba chamuscada, pero eso se raspaba fácilmente— y lo decoraba con piñas de cedro, tallos de licopodio y lo que encontrara por ahí. Incluso con fresas, de vez en cuando: restos que quedaran en la mata que crecía en lo que antes había sido el jardín.

Llega al pie de la colina sin sufrir ningún percance; toda una proeza. Sin embargo, una vez en el embarcadero no puede seguir adelante con su plan. No siente asombro ni dicha, solo pena y más pena. La vieja plancha colgada de la pared de la cocina tiene un pase —siempre puede evitar mirarla—, pero ¿las estrellas? ¿Podrá algún día volver a contemplar las estrellas?

«Se acabaron las estrellas», piensa. «Al menos para ti, se acabaron para siempre», se lamenta. Y acto seguido: «¿A qué viene esta blandenguería de mierda?»

Remonta la colina haciendo de tripas corazón, guiada por la luz que acaba de encenderse en el interior de la cabaña. Casi espera ver a Tig bajo el haz de la lámpara, profiriendo gritos de entusiasmo con algún libro entre las manos. Casi no. Menos que casi. ¿Está desvaneciéndose?

En los viejos tiempos, que son muchos, Nell, Lizzie y Robbie utilizaban lámparas de queroseno, que había que manejar con extrema precaución —las mechas o las mantillas tenían tendencia a prender en exceso y carbonizarse—, pero la modernidad ha hecho su efecto: ahora disponen de una batería de barco que se recarga durante el día con energía solar y en la que enchufan una lámpara eléctrica. A la luz de esa lámpara, Nell y Lizzie se disponen a hacer un puzle. Es uno que ya han hecho antes, miles de años atrás —un paisaje de marismas con profusión de juncos, aves acuáticas y vegetación infestada de maleza—. Mientras están enfrascadas en la tarea, a Nell le viene a la memoria lo endiabladamente difícil que era aquel puzle: los terrones cargados de raíces, el fondo de cielo y nubes, las engañosas espigas de flores púrpura.

Es mejor empezar por los bordes, y la verdad es que consiguen hacer bastantes progresos. Pero faltan dos piezas del marco. ¿Las habrá perdido

alguien, algún miembro de la joven generación que ha osado profanar la sacrosanta colección de puzles de Lizzie? «Menudo fastidio», mascullan, aunque luego Lizzie se encuentra una de las piezas clave pegada en su brazo.

Al final desisten del puzle —esos terrones subterráneos repletos de raíces resultan imposibles— y Lizzie se entrega a la lectura en voz alta. Es un relato policiaco de Conan Doyle, pero no con Sherlock Holmes de protagonista; este trata sobre un cerebro del crimen que desvía un tren y lo hace descarrilar hacia una mina abandonada para así eliminar a un testigo y su guardaespaldas.

Mientras Lizzie lee, Nell se dedica a borrar fotos guardadas en el ordenador. Muchas de ellas son imágenes de Tig tomadas durante el año anterior, cuando los dos cumplían con la valerosa determinación de hacer las cosas que a Tig le apetecían antes de… no se precisaba antes de qué. Tampoco sabían la fecha exacta. Lo que sí sabían ambos era que ese año por el que discurrían con al menos un mínimo de dignidad estaba muy cercano a ese «antes de». No creían que llegaran a transcurrir dos años completos. Y no transcurrieron.

Las fotos de Tig que Nell está eliminando son tristes. Tiene la mirada perdida o vacía; son imágenes del declive. Nell no quiere recordarlo con ese aspecto, ni en ese estado. Se queda solo con las fotos risueñas; cuando fingía que no pasaba nada, que seguía siendo el mismo de siempre. Qué bien lo aparentaba gran parte del tiempo. Cuánto esfuerzo debía de costarle. Pese a todo, lograron sacarle un poco de jugo a la vida y ser felices, hora a hora.

Nell sigue eliminando fotos hasta que Lizzie llega al final del relato, cuando el megalómano criminal que había tramado la desaparición de ese tren se vanagloria de haber cometido el crimen perfecto: las dos infortunadas víctimas, atrapadas en un tren que se precipita al abismo, asoman los rostros desencajados por las ventanillas abiertas de su compartimento viendo su sino acercarse, las negras fauces de la boca de la mina, la abrupta caída, el hundimiento en el olvido. Nell teme que esa historia le cause pesadillas; suele sucederle con esas cosas. Nunca le han gustado las alturas ni los precipicios.

Sin embargo, el sueño que tiene esa noche no es una pesadilla. Tig figura en él, pero no está vacío ni triste; más bien se diría que la situación le hace cierta gracia. Es una especie de historia de espionaje, pero sin demasiados sobresaltos; en ella interviene un ruso llamado Polly Poliakov, aunque no debería llamarse Polly porque no es una mujer.

Tig no es un héroe de acción en ese sueño, simplemente sale en él, y a Polly Poliakov parece traerle sin cuidado su presencia. El tal Polly está muy angustiado. Hay algo que Nell precisa saber urgentemente, pero él no acierta a explicárselo por más que lo intenta. En cuanto a Nell, está contenta de que Tig aparezca en su sueño; eso es lo que más acapara su atención. Tig le sonríe como disfrutando de alguna broma cómplice entre ambos. «¿Lo ves? No pasa nada. Si hasta resulta divertido.» Es absurdo lo mucho que la tranquiliza ese sueño, piensa una vez despierta.

El día siguiente, después de haber encontrado en el suelo la última pieza extraviada del puzle, después de haber desayunado y trasladado el botín nocturno de ratones, el papel de cocina mordisqueado, las pasas roídas y los excrementos ratoniles hasta un acogedor tronco medio podrido, y mientras hacen como que se bañan en el lago —«He cambiado de opinión», anuncia Lizzie—, Nell se da un porrazo en un dedo del pie contra la roca blanca y puntiaguda del fondo. Era de esperar. Tarde o temprano tenía que lastimarse; forma parte del proceso de duelo. A menos que se proceda al derramamiento de sangre, al rasgado de vestiduras o al vertido de cenizas en la cabeza, el doliente está obligado a sufrir alguna suerte de mutilación.

¿Se habrá fracturado el dedo o es solo un hematoma? No es un dedo importante; todavía puede andar, más o menos. Armada de una tirita pirata, estampada con calaveras y tibias cruzadas que alguna estirpe de vástagos —¿los suyos?, ¿los de Robbie?, ¿los nietos tal vez?— ha dejado olvidada por casa, sujeta el dedo lastimado al contiguo siguiendo las instrucciones que ha encontrado buscando en el móvil. Poco más se puede hacer, según esas webs.

«Extraer la roca blanca del fondo del lago», añade Lizzie a la lista. Su intención es esperar al otoño, cuando haya bajado el agua, o quizá a la primavera, cuando puede que haya bajado aún más, y luego arremeter contra ella, como quien practica un exorcismo, con palas, horcas y las inevitables palancas. ¡La vampírica roca blanca debe desaparecer!

¿Cuántas veces se han propuesto ese plan? Muchas.

La semana sigue su curso. Se abren camino a través del tiempo como a través de un laberinto, o esa impresión tiene Nell; Lizzie tal vez no tanto. El percance de Nell es un tema de conversación muy socorrido. Las dos

examinan el dedito lastimado con interés: ¿se pondrá muy azul? ¿Se pondrá muy morado? ¿De qué color se pondrá? Esas observaciones del cuerpo herido animan mucho: uno no sufre de hematomas ni de dolores si no está vivo.

—Ni de picaduras de mosquitos —añade Lizzie. Las novelas policiacas les han enseñado que los mosquitos no pican a los muertos.

«—Se ha equivocado respecto a la hora del fallecimiento, *mon ami*.

»—¿Cómo puede ser?

»—El cadáver de la víctima no presentaba picaduras de mosquito.

»—¡Ah! Entonces eso significa que… ¡pero es imposible!

»—No puede ser de otra manera, amigo mío. A la vista está la prueba, es irrefutable».

—El que no se consuela es porque no quiere —dice Nell—. Solo faltaba que, encima de morirte, te picaran los mosquitos.

—Prefiero tener que rascarme —replica Lizzie.

Otros han atravesado este particular laberinto temporal antes que ellas. Desperdigadas por toda la cabaña hay señales con instrucciones que se han ido acumulando a lo largo de los años. Etiquetas, prohibiciones. En la cocina: «No tirar grasa por el fregadero»: esta lleva la letra de la madre de ambas. En el libro de recetas, que nunca ha salido de esa casa, hay pequeñas anotaciones hechas a lápiz, también de su madre: «¡Funciona!» o «Más sal». No son perlas de sabiduría ancestral precisamente, pero sí consejos prácticos, útiles. «Cuando estés con el ánimo por los suelos, ¡sal a mover el esqueleto!» ¿«Mover el esqueleto»? ¿Quién dice esas cosas aún? Ese consejo no está escrito en ninguna parte; flota en el aire, en la voz de su madre. Es un eco.

«No puedo salir a mover el esqueleto», le responde Nell calladamente. «El dedo, acuérdate.» No todo tiene tan fácil arreglo, quisiera añadir, pero su madre lo sabe de sobra. Sentada en el hospital con él quizá ya moribundo —ese «él» alude de nuevo al padre de Nell, al hombre de las hachas, los serruchos, las palancas—, su madre dijo: «No pienso ponerme a llorar porque, como empiece, no habrá quien me pare».

La víspera del día en que Nell y Lizzie tienen previsto regresar a la ciudad, Nell encuentra una nota escrita por Tig hace ya tiempo, cuando los dos instalaron las mosquiteras sobre las camas por el bien de la comunidad.

Muchas veces los mosquitos se apelotonan como densas nubes al otro lado de la malla, sobre todo en junio. Son capaces de colarse por las más minúsculas rendijas y, cuando lo consiguen, zumban quejumbrosos. Aunque te hayas rociado de repelente, pueden fastidiarte la noche.

«Mosquitera grande: al final de la temporada de insectos hay que guardarla en esta bolsa. La estructura de madera, una vez plegada, encaja dentro del compartimento interior de la bolsa verde. Gracias».

«¿Qué bolsa verde?», se pregunta Nell. Probablemente enmoheció y alguien se deshizo de ella. De todos modos, nadie ha hecho caso nunca de esas instrucciones; la mosquitera se queda en el lugar donde esté y, cuando no está en uso, se anuda y listo.

Nell alisa con cuidado ese pedazo de papel y lo guarda en la maleta. Es un mensaje que Tig ha dejado allí para que ella lo encuentre. Eso es pensamiento mágico, Nell lo sabe muy bien, pero se entrega a él de todos modos porque la reconforta. Se llevará ese pedazo de papel a la ciudad, pero ¿qué hará con él una vez allí? ¿Qué hace uno con esos mensajes crípticos de los muertos?

# Agradecimientos

Gracias en primer lugar a los muchos lectores de estos relatos (tanto antes de que se publicaran como después) por su fidelidad a lo largo de todos estos años.

Gracias a mi hermana, Ruth Atwood, y a Jess Atwood Gibson, mis primeras lectoras y revisoras, por sus utilísimos comentarios y observaciones, así como a la indispensable Lucia Cino, que también ha leído estos textos y aportado su ayuda.

Gracias a las redactoras de las revistas que han tenido que batallar con las peculiaridades de mi estilo, entre las que cabe destacar a Amy Grace Loyd, Susie Bright, Deborah Treisman y Kjersti Egerdahl.

Gracias a los editores de mis libros a ambos lados del Atlántico, que tanto me han alentado con su gentileza y su entusiasmo. Ese grupo comprende a Becky Hardie de Chatto/Penguin Random House UK, Louise Dennys de Penguin Random House Canada y Lee Boudreaux y LuAnn Walther de Penguin Random House USA. Heather Sangster, de Strong Finish, se ocupó una vez más de la revisión del texto con una meticulosidad exquisita y, como de costumbre, no se le escapó un detalle, ni siquiera los que se encontraban en estado larvario. Debo también un especial agradecimiento a Todd Doughty de PRH USA por su inagotable energía positiva, y también a Lindsay Mandel de PRH USA, por su gestión del *marketing*; a Jared Bland de McClelland & Stewart, por su serena presencia; a Ashley Dunn de PRH Canada, por su alegría y espléndida disposición en todo momento, y a Priya Roy de PRH UK por su atención al detalle y su profesionalidad.

Gracias también a mi agente, la infatigable Karolina Sutton, de Curtis Brown, y a Caitlin Leydon, Claire Nozieres, Sophie Baker y Katie Harrison, también de Curtis Brown, por su pericia en la gestión de los contratos y las cesiones de derechos extranjeros. También a Ron Bernstein de ICM (ahora CAA), que maneja los derechos cinematográficos y televisivos con un entusiasmo admirable.

Gracias una vez más a mis agentes, ahora ya jubiladas, Phoebe Larmore y Vivienne Schuster, que siempre me han apoyado tanto.

Gracias también a los que me ayudan a discurrir a trancas y barrancas por el tiempo y a recordarme en qué día vivo: Lucia Cino, de O. W. Toad Limited, y Penny Kavanaugh; a V. J. Bauer, que se encarga del diseño y mantenimiento de mi página web; a Mike Stoyan y Sheldon Shoib, a Donald Bennett, Bob Clark y Dave Cole.

También a Coleen Quinn, que procura hacerme salir de mi guarida literaria de Toronto para que me dé el aire por esos mundos; a Xiaolan Zhao y Vicky Dong; a Matthew Gibson, por sus manitas para arreglar cosas; a los Shock Doctors, por mantener las luces encendidas, y a Evelyn Heskin, Ted Humphreys, Deanna Adams y Randy Gardner, que contribuyen a hacer habitable la guarida de esta escritora.

Y, como siempre, a Graeme Gibson, que estuvo a mi lado durante gran parte de los años en que se escribieron estos relatos, y que sigue estando muy presente a mi lado, aunque no del modo habitual.

Algunos de estos relatos vieron la luz por primera vez en las siguientes publicaciones:

«Impatient Griselda» [«Impaciente Griselda»], The Decameron Project, *New York Times Magazine*, 7 de julio de 2020.

«Morte de Smudgie» [«Morte de Smudgie»], San Francisco, The Arion Press, 2021.

«Old Babes in the Wood» [«Perdidas en el bosque», ]*The New Yorker*, 19 de abril de 2021.

«Two Scorched Men» [«Dos hombres muy quemados»], Scribd, 4 de agosto de 2021.

«The Dead Interview: George Orwell» [«La entrevista *post mortem»]*, *INQUE*, 1 de octubre de 2021.

«My Evil Mother» [«Mi maléfica madre»], Seattle, Amazon Original Stories, 2022.

Una versión muy anterior de «Freeforall» [«Pandemónium»] apareció por primera vez en el periódico *Toronto Star* en 1986.

Gracias a Alexander Matthews, albacea testamentario de la periodista Martha Gellhorn, por autorizarnos a publicar material inédito; y a Janet Somerville, editora de *Yours, for Probably Always* (Richmond Hill, Ontario, Firefly Books, 2019), una recopilación de la correspondencia de Gellhorn, por compartir información general relevante para mi relato y también por su entusiasmo.

**Margaret Atwood** (Ottawa, 1939) es una de las escritoras más prestigiosas del panorama internacional. Autora prolífica traducida a más de cuarenta idiomas, ha practicado todos los géneros literarios. Entre su amplia producción destacan las novelas *Por último, el corazón*, *Alias Grace*, *El cuento de la criada*, *Los testamentos*, *Oryx y Crake*, *El año del Diluvio*, *Maddaddam*, *Ojo de gato* y *El asesino ciego*, la colección de relatos *Nueve cuentos malvados* y los ensayos *Penélope y las doce criadas* y *Cuestiones candentes*.

Ha recibido, entre otros, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, el Governor General's Award, la Orden de las Artes y las Letras, el Premio Booker (en dos ocasiones), el Premio Montale, el Premio Nelly Sachs, el Premio Giller, el Premio Literariodel National Arts Club, el Premio Internacional Franz Kafka y el Premio de la Paz del Gremio de Libreros Alemanes

# PERDIDAS EN EL BOSQUE

MARGARET ATWOOD

Lectulandia